

NEGRA  
ALEAGUARA

# Sandrone Dazieri

## El Rey

Narrativa Internacional Traducción de Xavier González Rovira



D.J.57

Sandrone Dazieri

El Rey

Traducción del italiano de Xavier González Rovira

NEGRA  
ALFAGUARA  


SÍGUENOS EN  
**me gustaleer**



[@adictosalcrimen](#)



[@adictosalcrimen](#)



[@editorial\\_alfaguara](#)

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

Este libro es una obra de ficción. Los personajes y los lugares mencionados son fruto de la imaginación del autor y pretenden dotar de veracidad al relato. Cualquier semejanza con hechos, sitios y personas, vivas o muertas, es absolutamente casual.

---

*Don't you never try to look behind my eyes  
You don't wanna know what they have seen.*

FRANK ZAPPA, «A Token of My Extreme»

## Antes

Colomba se agachó sobre Giltiné y verificó su muerte, mientras que Dante se volvió enfurecido hacia Leo.

—No era necesario. ¡No era necesario, joder!

Leo colocó un cargador nuevo, luego se acercó a Colomba.

—¿Está muerta?

—Sí —«Dios, qué pequeña es», pensó Colomba. No debía de pesar más de cuarenta kilos—. ¿Qué ha sido esa explosión, Dante?

—Un viejo amigo de Giltiné, que trataba de asegurarle una vía de escape.

—Y por poco lo consigue —dijo Leo, aferrando el cuchillo que Giltiné había abandonado.

—Leo, cuidado, estás contaminando las pruebas —dijo Colomba.

—Qué negligente.

Algo en la forma en que lo dijo le hizo sentir un escalofrío a Dante.

—¡No la toques! —gritó.

Pero ya era demasiado tarde: Leo le había clavado a Colomba el cuchillo en el vientre y lo había girado para abrirle la herida.

Colomba sintió como si su estómago se convirtiera en hielo y cayó de rodillas, soltando la pistola, mientras la sangre le llenaba las manos. Vio cómo Leo tiraba a Dante al suelo de un puñetazo, para luego agacharse sobre Belyy. El anciano lo miró horrorizado, incapaz de moverse a causa del terrible dolor en la pelvis.

—Si me dejas con vida, te haré rico —le dijo.

—Dasvidania —dijo Leo, y le cortó la garganta con la misma indiferencia con que se corta una porción de tarta.

Dante se arrastró hacia Colomba, echada en posición fetal, ahora ya en un lago de sangre.

—CC —dijo con lágrimas en los ojos—. Quédate quieta. Ahora te comprimo la herida. Te comprimo...

Leo agarró a Dante y lo puso en pie.

—Es hora de marcharse —dijo.

Dante sintió que su termómetro interior superaba el nivel diez, cien, mil, y la

cara de Leo se convirtió en una mancha oscura en los bordes de una pantalla gigante en Berlín, y luego en el transeúnte que meses antes había provocado la crisis psicótica que lo había llevado a la clínica suiza.

—Eres tú —murmuró.

—Muy bien, hermanito —dijo Leo, luego le apretó la garganta hasta que perdió el conocimiento y se lo cargó sobre los hombros.

Lo último que Colomba vio fue la mano de Dante tratando de llegar hasta ella desde los hombros de Leo. Quería decirle que la salvaría, que tenía razón en todo, y que nunca más se separarían, pero lo dijo solo en sueños.

Cuando los paramédicos llegaron para salvarla in extremis, Leo y Dante ya habían desaparecido y nadie los había visto alejarse.

Fue necesaria una semana de investigaciones hasta descubrir que Leo Bonaccorso nunca había existido.

---

**Primera parte**  
**PESADILLAS**

---

## Capítulo I

# 1.

Oscuro.

*Dante se asfixia. La oscuridad lo aplasta igual que si fuera cemento, lo tritura, le fractura los huesos. Le entra por la boca y en los pulmones. No logra gritar. No logra moverse ni tampoco vomitar. Se desmaya otra vez, y su sueño exhausto es una pantalla negra en la que arden sus recuerdos. Ve a una mujer vestida de verde que se ríe de él, cubierta de sangre. El sonido de una explosión. Los gritos.*

*Los gritos lo despiertan.*

*Oscuro. Oscuro. Oscuro. Oscuro. Oscuro. Oscuro. Oscuro. Oscuro. Oscu...*

Luz.

*Es solo un momento, una fracción de tiempo demasiado pequeña para poder medirla. Pero Dante se aferra a ella. Sus ojos beben la luz, empieza a pensar de nuevo. Un poco. Nota olor a madera y a polvo. Piensa en la explosión que ha oído... ¿Le ha caído algo en la cabeza? ¿Está en un hospital?*

*El esfuerzo es excesivo. Vuelve atrás, a la pantalla negra. Vuelve a los recuerdos. A la mujer cubierta de sangre con ese nombre extraño en ese extraño lugar que parece una discoteca. En las cinco balas que vuelan hacia ella. Dante es capaz de verlas moverse como babosas por el aire e impactar en la espalda de ella. La carne de la mujer se convierte en gelatina, el rostro líquido, la sonrisa se rompe. En la clavícula izquierda y en el estómago crecen dos pequeños volcanes de piel. Los volcanes se laceran y las dos balas que han hecho el trayecto completo salen escupiendo sangre y fragmentos de hueso. La mujer comienza a caer hacia delante. Detrás de ella...*

Oscuro.

*Dante está despierto pero no comete el error de abrir los ojos de inmediato. Primero intenta sentir su propio cuerpo, reconstruirlo a pesar de las oleadas de dolor que le llegan cuando se mueve. Comprende que está echado de espaldas y que algo le inmoviliza las muñecas y los tobillos. Tiene cuero en la boca, algo suave le envuelve las caderas. Por lo demás, está desnudo. ¿Lo habrán intubado? ¿Será grave? Recuerda el sonido de un motor diésel vibrándole en el*

*cráneo. Era el de un barco. Quizá le han llevado en él al hospital.*

*Intenta mover las manos y el dolor en las muñecas aumenta. Las tiene atadas con algo cortante que se hunde en la carne a cada movimiento.*

*Pequeñas cintas de plástico.*

*Las bridas son las esposas más baratas del mercado, pero no son un recurso habitual en los hospitales. No lo han ingresado. Está en otra parte.*

*Preso.*

*El horror lo devuelve al cine de su memoria. La película comienza otra vez y la mujer de verde prosigue su caída, permitiéndole así a Dante mirar por detrás de ella. Hay tabiques de cristal hechos añicos, mobiliario de plástico de colores chillones, polvo, escombros. Y cuerpos por el suelo. Hombres en esmoquin, mujeres en traje de noche. Cubiertos de sangre. En su estado alucinatorio, Dante se da cuenta de que esa explosión la ha visto con sus ojos. Él estaba allí. Ignora cuánto hace que ha ocurrido. Y también está seguro de que es Venecia.*

*Levanta los párpados, ahora ya en el presente, y se concentra en el punto luminoso que hay encima de él, mirándolo con el rabillo del ojo, más sensible a la luz. Girando la cabeza lo ve moverse, desplazarse y reaparecer. Hay algo entre él y el reflejo, no está mirando directamente el techo de un cuarto oscuro. Algo, advierte solo en ese momento, que está muy cerca. Una reja de madera.*

*Son agujeros para el aire.*

*Está encerrado dentro de una caja.*

## 2.

La sangre empezó a correr de nuevo tras la tormenta de nieve que azotó Las Marcas. Muchos pueblecitos situados entre los montes Sibilinos y los escarpados acantilados de Conero se quedaron aislados, y Protección Civil se vio obligada a distribuir alimentos mediante los helicópteros. En esos días, cientos de cabezas de ganado murieron congeladas en los establos que se vinieron abajo, en un caso también junto a su propietario.

Aunque alejada del epicentro del mal tiempo, la larga carretera sin asfaltar que unía la pedanía de Mezzanotte con la provincial quedó asimismo sepultada por la nieve, bloqueando valle abajo al camión cisterna con el GLP que abastecía a las casas dispersas entre las colinas. Una de estas, ubicada justo al final de la pista forestal y suspendida sobre un barranco de unos diez metros, era un desbaratado caserón de piedra gris. Lo habían levantado campesinos a finales del siglo XIX, y luego se amplió y modificó generación tras generación, a menudo sin seguir ningún criterio de uniformidad. Había ventanas de todas las formas y colores, cinco puertas de entrada y complementos de materiales diversos; la parte más reciente era de cemento y seguía la curvatura del terreno, en vez de excavarlo, y por tanto el caserón había acabado teniendo una parte con dos plantas y otra con una sola, como una cuña gris plantada en la tierra. De las capas de nieve del jardín surgían arbustos macilentos y maleza que lo ocultaban a la vista.

La caldera estaba en el sótano, arañada por las innumerables llaves inglesas que habían desmontado los tubos para limpiarlos de cal. Recibía el gas mediante un largo conducto que discurría por debajo del jardín hasta el depósito enterrado justo después de la cerca, uno de esos que el camión cisterna tendría que haber reabastecido.

A las dos de la madrugada, la caldera se tragó las últimas gotas de GLP, tosió como un anciano acatarrado y se apagó.

Una mujer con unos cambiantes ojos verdes, ancha de hombros y pómulos pronunciados permaneció tendida mientras escuchaba los crujidos de los radiadores al enfriarse. Se llamaba Colomba Caselli, tenía treinta y cinco años y era subcomisaria de la policía, retirada desde que un fantasma le clavara un

cuchillo en el abdomen y secuestrara a Dante Torre, el Hombre del Silo.  
Habían pasado quince meses.  
Nadie había vuelto a oír hablar de ellos.

### 3.

Colomba se levantó, se preparó un té con el hervidor eléctrico y una bolsita ya utilizada, se puso sobre el chándal la vieja parka, peluda como Chewbacca, y se asomó al umbral batido por una fresca brisa. Estaba completamente blanco y helado, la carretera sin asfaltar era una serpiente albina que desaparecía en una nada lechosa. Los únicos sonidos que se oían eran los del viento y el graznido de los cuervos.

Se cubrió la frente con la capucha para protegerse de los soplos de hielo pulverizado y fue cojeando hasta el tejado de uralita gris que quedaba cerca de la cancela, con la caja de cerillas de cocina que se había guardado en el bolsillo marcando sus pasos. Nunca había encendido la chimenea, pero sabía que allí abajo había una pila de leña, sepultada durante años por chatarra y plásticos.

Sin embargo, se detuvo antes de llegar, hundida en la nieve hasta las rodillas.

Por detrás de la leñera salía una fila de huellas humanas. Alguien había trepado la cerca y se había dejado caer del otro lado, antes de esfumarse por detrás de la casa.

Colomba no era capaz de moverse, no era capaz de girar la cabeza, no era capaz de dejar de observar las huellas que dibujaban un semicírculo sobre la nieve blanca, a ras de pared.

La mano corrió a buscar la pistola, y solo cuando se encontró con el bolsillo vacío se acordó de que la había dejado en el cajón de la cómoda. Los primeros días después del hospital se la llevaba también a la cama y se despertaba con el gusto del aceite mineral en la boca. ¿Por qué coño había perdido esa costumbre?

*¿Has empezado a sentirte segura?*, le dijo una voz conocida en la cabeza, tan nítidamente que parecía que le llegara por la espalda.

Se le cerraron los pulmones, perdió el equilibrio. Cayó de espaldas sobre las ramas esqueléticas de un rosal asilvestrado. Mientras observaba el cielo blanco solo pudo creer que aquello era el final.

Esperó la hoja del cuchillo. Esperó el disparo de pistola.

Esperó el dolor.

No pasó nada.

Poco a poco, Colomba recobró el uso de la razón. El temblor volvió a estar bajo control.

Se descabalgó del rosal y se levantó. Leo Bonaccorso, el fantasma de su vida pasada, nunca habría dejado sus huellas por ahí para que ella las viera. No, se lo encontraría delante al abrir los ojos una mañana, la mataría sin hacer ruido mientras durmiera.

*A menos que tenga en mente algo. A lo mejor quiere atraerme hacia algún sitio para...*

—Ya basta —murmuró, furiosa consigo misma—. Loca, gilipollas.

Echó otro vistazo a las huellas, que no eran fruto de su imaginación, y corrió a casa en busca de la Beretta. Sujetándola con las dos manos siguió las huellas del intruso hasta el cobertizo trasero que servía como depósito de la basura. El cerrojo estaba abierto, la puerta entreabierta, algo crujía en la oscuridad del interior. Colomba apuntó más arriba.

—¡Te he visto! Pon las manos detrás de la cabeza y sal de ahí.

No hubo ninguna respuesta. Los crujidos cesaron.

—Cuento hasta tres, no me hagas cabrear. Uno, dos...

Sin llegar hasta el tres, Colomba avanzó el par de metros que la separaban del cobertizo y abrió la puerta con la puntera de la bota. La luz del día reveló la forma maciza de un hombre de pie entre los viejos muebles llenos de telarañas. Estaba medio escondido junto a un armario, y Colomba tan solo lograba verle la espalda.

—¡Te he dicho que salgas!

Avanzó otro paso: el intruso se acurrucó aún más detrás del armario, pero ahora Colomba lograba verlo. Era grande, tanto en músculos como en carne; el pelo rubio parecía de paja. Llevaba solo un viejo chándal de gimnasia y un par de zapatillas de fieltro. Temblando de miedo, permanecía con la cara apoyada contra la esquina de la pared.

—¿Quién eres? Date la vuelta para que pueda verte.

El muchacho no se movió y fue Colomba la que se acercó a él, para descubrir un rostro rosado y lampiño. Tendría unos dieciocho años como mucho, y miraba al vacío, sin expresión.

Colomba se preguntó si sería siempre así o si se encontraba en estado de shock, pero bajó la pistola.

—¿Qué haces aquí? ¿Te has perdido? —preguntó.

El muchacho no respondió. Sin previo aviso echó a correr hacia la salida con gestos descoordinados y rígidos, las zapatillas chorreando agua sucia. Colomba

lo aferró. El chico le mordió la mano, ella lo derribó con una zancadilla de cara sobre la nieve.

—Venga, deja ya de hacer el idiota —dijo—. No quiero hacerte nada. Solo saber quién... —las palabras murieron en su garganta.

La nieve alrededor del muchacho se había vuelto roja.

#### 4.

Colomba se arrodilló al lado del muchacho, venciendo su impulso de pánico. ¿Se había golpeado con algo? ¿Una piedra? ¿Uno de los muchos trastos diseminados?

—¿Dónde estás herido? Déjame ver.

El muchacho se dio la vuelta y se quedó mirándola fijamente con los ojos muy abiertos y confundidos.

*Está en shock, dentro de poco perderá el conocimiento por la hemorragia.* Colomba le bajó la cremallera del chándal.

Debajo llevaba una camiseta empapada de sangre que empezaba a coagularse.

Ignorando las confusas quejas del muchacho, se la levantó, dejando a la luz la piel desnuda. Ninguna herida. Palpó para asegurarse de ello, él intentó retraerse, luego con decisión Colomba le obligó a tumbarse boca abajo y le examinó la espalda: no había nada tampoco allí, ni en las piernas.

Colomba le colocó bien la ropa: la sangre no era suya. Bueno.

*¿Estás segura de que eso es bueno?*

Lo ayudó a levantarse de nuevo y el muchacho se quedó basculando delante de ella.

—Si intentas escapar, seré menos amable, ¿de acuerdo? —le dijo—. Ven a casa antes de que me muera de frío.

El muchacho no se movió.

—A casa —Colomba le indicó la dirección—. Allí.

El muchacho no siguió el gesto de la mano. Colomba lo tomó del brazo haciendo caso omiso de sus intentos de liberarse y lo llevó a rastras hasta la cocina, que también hacía las veces de comedor y ocupaba la mitad de la planta baja; antaño allí había estado el establo, construido bajo el dormitorio principal para caldearlo con el calor de los animales. Las paredes estaban llenas de manchas y el mobiliario, cubierto de polvo, era de cuando aún no existía IKEA. Sobre un taburete de tres patas de la cocina, un televisor portátil, encendido sin sonido y en un canal de noticias. Colomba nunca lo apagaba.

Abrigió al muchacho con una manta, luego cogió el inalámbrico de la alacena

para llamar a la comisaría de policía más cercana; no le sorprendió descubrir que la línea estaba temporalmente cortada. Los cables cruzaban los campos a lo largo de kilómetros, corriendo entre los árboles hasta una centralita de antes de la guerra. Bastaba un esputo para que todo sufriera un cortocircuito, así que una nevada semejante era letal. Los que vivían por la zona estaban equipados con teléfonos móviles y radio, pero Colomba no tenía ni una cosa ni la otra.

Miró al muchacho contrariada.

Intentó preguntarle una vez más su nombre, pero él ni siquiera la miró. ¿Sería sordo? Dejó caer una cuchara y él se estremeció. No, no era sordo. Simplemente, no la escuchaba.

—Si no me hablas, tengo que ver si llevas algún documento, ¿vale? —le preguntó—. Okey, quien calla otorga.

El muchacho aceptó el registro, retirándose tan solo cuando Colomba rozaba su piel desnuda, que se frotaba después como si se sintiera sucio. No llevaba ni cartera ni carnet de identidad en el bolsillo, pero bajo el puño de la sudadera Colomba encontró una pulsera de plástico verde.

«Hola, me llamo Tommy y soy autista. No me gusta hablar ni que me toquen. Si me encuentran solo, llamen a este número, por favor.»

Colomba se dijo a sí misma que era una imbécil.

—Hola, Tommy. Encantada... Perdona que no me haya dado cuenta antes.

Le dio la vuelta a la pulsera y encontró el mismo mensaje en griego. Algunos extranjeros se habían construido su pequeño chalet en las colinas de Las Marcas, mucho más baratas que las de la vecina Toscana. Los padres de Tommy debían de ser de esos. También había un inútil número de teléfono y la dirección de un domicilio, una calle de Montenegro a una hora de camino en condiciones normales. En zapatillas, entre la nieve, resultaba difícil decir cuánto.

—¿Cómo te las has apañado para llegar hasta aquí? ¿Estabas con alguien que se ha hecho daño? —preguntó Colomba, sin obtener respuesta, como siempre.

Se sentó en el otro extremo del sofá, sintiéndose agotada, como si la última hora hubiera durado un día entero. Le habría encantado volver a la cama.

Pero ahí estaba Tommy. Con su pulsera.

—Habría sido mejor que te dejara escapar —le dijo—. Ahora serías el problema de otra persona.

Se puso de nuevo la parka y salió para poner en marcha el viejo Panda 4x4. No lo utilizaba desde que había ido a hacer la compra tres semanas atrás, pero en cuanto enchufó el cargador de emergencia a la batería, el motor de arranque empezó a girar.

Mientras dejaba que el motor se calentara, Colomba puso las cadenas que había sacado del maletero, congelándose las manos y blasfemando. De vez en cuando echaba otro vistazo a Tommy, que permanecía encorvado en el sofá. Se había quitado de encima la manta y parecía indiferente ante los rigores del frío. Colomba recordó vagamente que era uno de los síntomas del autismo. Dante se lo había explicado.

Una vez preparadas las ruedas, Colomba arrastró a Tommy hasta el coche, lo trabó con dos cinturones de seguridad en el asiento posterior y trepó en primera por el camino.

Le sudaban las manos. Superó a su primer «vecino», a dos kilómetros de ella, un hombre tranquilo que vivía solo, criando abejas, y llegó al acceso a la carretera provincial. No había más coches a la vista, y se sintió perdida en un planeta alienígena hecho de hielo. Le costaba respirar, un calambre en el estómago la cubrió con un sudor gélido.

Echó el freno de mano y se bajó. De pie en la nieve, se obligó a respirar con calma, mirando un jirón azulísimo del cielo.

*Son solo unos pocos kilómetros. No va a pasar nada, se dijo.*

Pero algo, lo sabía, había pasado ya.

## 5.

Tommy dio unos golpes en el cristal de la ventanilla y Colomba se espabiló.

—Okey, okey, ya voy —dijo.

Tommy no dejó de hacerlo y seguiría haciéndolo durante todo el trayecto. Colomba inspiró un par de veces más ese aire congelado, luego volvió al volante. La provincial solo tenía una ligera capa de nieve, y las cadenas parecían ametralladoras sobre el asfalto. En el cruce para entrar en Montenegro se encontró delante de un puesto de control de los carabineros, dos coches a ambos lados de la carretera y militares con las metralletas y la cara roja por la helada.

Se paró en seco. Tommy, detrás, lanzó un grito agudo y se echó sobre el asiento.

Colomba se giró hacia él.

—No tengas miedo, Tommy. Habrá ocurrido un accidente —le dijo, sabiendo que aquello no era nada probable—. Ahora espérame aquí, ¿de acuerdo?

Cerró el coche con llave y se acercó a pie hasta el grupito de carabineros. Uno de ellos era una chica con rizos pelirrojos, que dirigía el inexistente tráfico con la pequeña pala.

—Señora, debe maniobrar. La carretera está cerrada.

Colomba se fijó en sus galones.

—Buenos días, cabo. ¿Qué ha pasado?

—Una operación de rutina, señora —dijo la pelirroja con un tono de *eso no es cosa tuya*—. Le conviene dar la vuelta.

—Quizá usted pueda ayudarme. He encontrado a un chico que se ha perdido. Se llama Tommy Melas. Es autista y tiene que volver con sus padres cuanto antes.

—Espere aquí.

La cabo salió corriendo y regresó pasados algunos minutos con un cincuentón alto y calvo, con perilla canosa. Llevaba un traje desgastado de cazador, pero estaba claro que él también era militar. El hombre vaciló una décima de segundo antes de tenderle la mano y Colomba se percató de que la había reconocido.

—Soy el mariscal Lupo, comandante del puesto de Portico.

—Colomba Caselli, pero ya lo sabe.

—¿Dónde está su escolta, doctora?

—Yo no tengo escolta —se apresuró a contestar—. Mire, ese chico ha venido a pie hasta mi casa; si no ha muerto congelado es porque ha tenido suerte, pero sería mejor que lo viera un médico.

—Su casa en...

—En Mezzanotte. Lo he encerrado en el coche porque tengo miedo de que se haga daño, pero también porque lleva la ropa manchada de sangre. Muy manchada.

Colomba lo señaló. Tommy seguía golpeando el cristal desde dentro, con el mismo ritmo, abstraído de todo lo demás.

Lupo se pasó una mano sobre la barba, no muy contento.

—Escuche, doctora, se lo resumo. Esta noche han asesinado a los padres de Tommy.

—Dios santo... —dijo Colomba.

—Nos han llamado hace dos horas, y acabamos de cursar la orden de búsqueda del muchacho. Gracias para habernos ahorrado algo de trabajo.

—Ha sido solo una casualidad.

—Mientras veo qué hacemos con el chico, ¿le importaría esperarme en el bar? —dijo al tiempo que se lo señalaba, poco antes de la curva. Era un viejo estanco que también hacía las veces de lechería, como a menudo pasaba en los pueblos pequeños—. Tómese un café y que lo pongan en mi cuenta.

—Me imagino que es necesario.

—Creo que usted lo sabe mejor que yo.

Colomba lo sabía e hizo lo que le habían dicho, aunque pidió un té con limón. Se sentó a la única mesita, junto al pequeño escaparate. En el bar, tres ancianos hablaban en el dialecto local de lo que estaba sucediendo, mientras la camarera oriental chateaba con el móvil.

Vio que Tommy aparecía al final de la carretera, rodeado por carabineros que lo empujaban amablemente. Por un segundo, el chico se escabulló del grupito tras derribar a la cabo, pero en vez de escaparse corrió hasta la ambulancia y se lanzó dentro. Desde allí Colomba no vio nada más hasta que Lupo salió con una bolsa grande que contenía la ropa del muchacho. Volvió a mirar la taza.

Lupo llegó diez minutos después y se sentó con ella.

—El chico está bastante bien —le dijo.

—¿Tiene familia en la zona?

—Que nosotros sepamos, no. Ahora lo vamos a llevar a una casa rural de

Cartoceto hasta que encontremos un sitio mejor para él —pidió un café, la camarera se lo preparó sin levantar la vista del teléfono—. Aunque ya es mayor de edad, resulta obvio que no puede quedarse solo.

Colomba pensó en los ojos asustados del muchacho. Sintió pena por él, un sentimiento que últimamente se reservaba para sí misma.

—Estaba en casa en el momento del asesinato, me imagino.

—Yo también me lo imagino. Y se escapó en zapatillas. ¿Le ha dicho algo cuando lo ha encontrado?

—Nada, ni siquiera su nombre. Tampoco estoy segura de que hable.

—¿Se habían visto ya? ¿Conocía usted a sus padres?

—No.

—Yo tampoco, no se dejaban ver mucho por ahí.

Lupo se puso unas gafas de media montura y se abrió la chaqueta. Debajo llevaba un jersey con dibujos de sombreros mexicanos y burritos; extrajo un papelito del bolsillo.

—Ella se llamaba Teresa, era de Turín. Él, Arístides, era griego —dijo echando una ojeada a sus anotaciones—. Tommy es hijo del primer matrimonio de la madre. De apellido Carabba. Su padre murió cuando él tenía cinco o seis años. Ahora tiene diecinueve.

Colomba levantó la mano derecha.

—Gracias, pero eso no me concierne.

—Quizá un poco sí —Lupo trasteó con un iPhone bastante viejo antes de pasárselo—. Esta es la habitación de Tommy tal y como la hemos encontrado hoy.

De la habitación tan solo se veía el cabezal de la cama y una pared cubierta de fotografías. Colomba amplió y descubrió que las imágenes colgadas eran todas de la misma persona.

Ella.

## 6.

Colomba devolvió el móvil sin decir ni una palabra. *También aquí*, pensó. Masticó el limón lavado por el té, con el rostro aún más sombrío. Tenía la esperanza de que los admiradores obsesivos ya la hubiesen olvidado.

Lupo observó su expresión.

—No parece sorprendida, doctora.

—Después de la matanza de Venecia mi cara se hizo pública. Y luego están los admiradores de Dante, que creen que fui yo quien lo hizo desaparecer.

—Sí, me parece que leí algo al respecto. El mundo está lleno de imbéciles.

—Según Dante, el setenta por ciento de la población. Y el cien por cien de los uniformados —añadió con una sonrisa triste.

Lupo hizo una mueca de simpatía.

—Debió de ser un buen tipo, ese Torre.

—Todavía lo es —saltó Colomba. Luego, más tranquila—: No sé dónde se encuentra, pero está vivo.

—Por supuesto, perdóneme —Lupo le ofreció una sonrisa compasiva—. Según los vecinos, Tommy no habla casi nunca, pero cuando quiere es capaz de expresarse como un niño.

—Ustedes necesitan un especialista; en Roma conocía a algunos, aquí no sabría aconsejarle.

Lupo esbozó una sonrisa de disculpa.

—Mientras esperamos, ¿qué le parece si lo intenta usted?

—Mi deber era llevarlo a alguien que pudiera ocuparse de él y así lo he hecho. La cosa para mí termina aquí.

—El chico la admira, quizá ante usted abra la boca y cualquier información suplementaria nos sería de gran ayuda.

Colomba aferró la taza con las manos.

—Aunque Tommy me contara algo, no tendría ningún valor. Si es autista grave, como parece, no tiene capacidad legal.

—Pero podría ayudarnos a identificar a los responsables del asesinato. Y ahora que usted ya no está en servicio activo, no necesita ninguna autorización

para hablar con Tommy, mientras que yo sí la necesitaría.

Colomba pensó de nuevo en sus fotos colgadas en la pared. Suspiró.

—¿Los de la Científica han examinado ya la escena?

—No. Y no sé cuándo llegarán, con este tiempo.

—Entonces me gustaría echar un vistazo a la casa antes de ver al chico —dijo, con la esperanza de que Lupo lo rechazara para zanzar la cuestión.

Por desgracia, no fue así.

## 7.

Colomba siguió a Lupo y entró en el centro de Montenegro por primera vez desde su infancia. Ahora, muchas casas del pequeño pueblo de la época románica estaban abandonadas y en ruinas. En general, solo vivían allí ancianos que redondeaban su pensión buscando trufas y que a esa hora estaban todos curioseando en la calle, pese al riesgo de congelación. También había algunas pequeñas villas nuevas, las típicas de las zonas residenciales milanesas. La de los Melas era una de estas: de color ocre y con un gran pórtico sostenido por chabacanas columnas de mármol falso.

Un reducido grupo de militares daba saltitos para calentarse los pies detrás de la cinta bicolor que bloqueaba el acceso. Un viejo brigada la levantó para dejarlos pasar, y de manera instintiva Colomba buscó en su bolsillo la chapa para mostrársela. Obviamente, no estaba allí; en su último día en Roma la había lanzado contra la pared de la sala de operaciones, fallando por muy poco la cabeza del jefe de la Brigada Móvil. Quizá la habían fundido, o la habían aplastado con una prensa. No tenía ni idea de cómo terminaban los distintivos de los agentes retirados.

Se pusieron los guantes de látex y los cubrezapatos, tras sacarlos de una caja de cartón en los peldaños de la entrada.

—¿Hay señales de que forzaran la cerradura? —preguntó.

Lupo negó con la cabeza.

—Yo no las he visto.

La nieve había vuelto a caer en abundancia, las cañerías borboteaban y las ventanas eran ojos ciegos y brillantes. Pasaron por un vestíbulo repleto de zapatos y de paraguas y entraron en la cocina de la villa. Colomba vio una botella de agua mineral tirada en el lavadero, con una huella casi completa de una mano ensangrentada. Había señales también en la nevera, y en el suelo las huellas de pies descalzos y manchados de sangre. Estaba segura de que eran del muchacho.

—Menudo zafarrancho —murmuró.

—Sí, Tommy ha montado una buena. Las huellas digitales son suyas, hemos

hecho un control por encima mientras le cambiábamos.

Colomba siguió las manchas escarlatas de dedos a lo largo de un pasillo con las paredes cubiertas de fotografías de aves rapaces; luego, hasta la sala de estar. En la pared principal también había fotografías de la boda de los Melas. Ella lanzaba chorros de alegría incontrolable con el traje blanco tal vez un tanto ceñido en las caderas a barrilete; él, atlético con su traje negro, sonreía a la cámara.

Lupo sacó una hoja de papel del bolsillo de la camisa y se colocó las gafas de nuevo.

—Se casaron hace un año y medio, según los permisos de residencia. Pero solo hemos echado un vistazo al sistema, no ha habido tiempo para hacer nada más —empujó con el codo la puerta de la habitación de matrimonio—. Los han asesinado aquí, y no es un espectáculo agradable —dijo—. Puede ahorrárselo si quiere.

—Seguramente los he visto peores —dijo Colomba.

Tenía razón, pero la escena resultó repugnante de todas formas. Parecía que los cuerpos de los Melas hubieran acabado debajo de un camión y que el conductor hubiese engranado la marcha atrás. Yacían en una cama empapada de sangre, él de lado, con las piernas entrecruzadas con las mantas, una mano medio arrancada de la muñeca; ella, boca arriba. La pierna derecha de la mujer se había deslizado hasta el suelo, como si se la hubieran clavado mientras intentaba escaparse, el hueso de la tibia sobresalía de la carne. La violencia de los golpes había sido tal que el pijama de rayas rojas de él y el camisón con el dobladillo de punto de la esposa estaban hechos jirones. Colomba juzgó que los golpes mortales habían sido en la cabeza. El hombre tenía la nuca aplanada, el cuero cabelludo levantado recayéndole sobre la frente; la cabeza de la mujer, en cambio, terminaba en las cejas, donde solo se veía materia gris y pelo.

Colomba sintió el regusto del limón subiéndole desde el estómago.

—¿Han encontrado el arma?

—Aún no. ¿Qué cree que han utilizado?

—A juzgar por las hormas, probablemente una maza de las pesadas, de carpintero, de cabeza cuadrada. Grande.

—Y en su opinión, ¿cuántos agresores eran?

—No soy un *monito* de la Científica —respondió Colomba con sequedad.

—Estaba en Homicidios, habrá visto alguna cosa más que yo.

—Puedo suponer que los golpes se asestaron con una única arma, que iba alternando entre las víctimas —Colomba señaló al techo. Había salpicaduras de

sangre que se cruzaban igual que los arcos de carga de una bóveda de crucería—. Los goteos verticales los provoca el asesino cuando levanta el arma después de haber asestado el golpe. Los horizontales...

—Cuando cambiaba el objetivo. Adelante y atrás —dijo Lupo demostrando que sabía más de lo que decía—. De manera que podría tratarse de un solo agresor.

—También podrían haber sido diez, si se pasaron el arma y mantuvieron el mismo ángulo.

—Tendrá que admitir que no es muy probable, de todas formas.

Colomba vaciló, indecisa sobre la respuesta que debía dar. No le gustaba nada la insistencia de Lupo.

—Salgamos de aquí.

Volviéron a la sala de estar, junto a las fotografías de los muertos. Colomba se las imaginó en las lápidas.

—¿Cree que ha sido un robo? —preguntó Lupo.

—¿Y usted qué cree?

—Generalmente me ocupo de terneras robadas y de peleas de vecinos —dijo Lupo, encogiéndose de hombros—. Mi opinión no vale nada.

—He visto a agentes expertos vomitar delante de cadáveres tan maltrechos como esos. Usted me ha parecido muy tranquilo.

—A veces los robos de ganado acaban mal.

Colomba negó con la cabeza: si Lupo quería seguir jugando a ser el pueblerino ignorante, no era su problema.

—Un ladrón mata por miedo, para que no lo identifiquen, o como castigo por no haber colaborado. A los Melas, en cambio, los asesinaron cuando aún estaban durmiendo, o casi.

—Y dado que un martillo no es un arma propia de un asesino del crimen organizado, ¿qué debemos pensar? ¿Que se trata de un arrebato? ¿De un crimen pasional?

Los ojos de Colomba se volvieron de color cornejo.

—No siga mareando la perdiz. Usted cree que ha sido el chico. Tiene la esperanza de que se eche a llorar en mi regazo y confiese.

Lupo sonrió.

—¿Qué puedo decirle, doctora? Estoy abierto a cualquier posibilidad.

—¿Qué móvil podría tener Tommy?

—El chico está enfermo, no necesita un móvil.

—El autismo es un síndrome, no una enfermedad —dijo Colomba—. Los

casos severos, como Tommy, a veces lastiman a los demás porque no controlan su propia fuerza o tienen crisis de rabia. Asesinar a sus propios padres durante el sueño es muy diferente.

—Jeffrey Dahmer era autista.

—Asperger, tal vez —respondió Colomba—. Muy diferente a Tommy, que no es capaz de cuidar de sí mismo. Podría haber pillado a sus padres por sorpresa, pero no tiene bastante coordinación en sus movimientos para lograr matarlos a ambos antes de su reacción. He visto cómo se mueve.

—A lo mejor ha tenido suerte.

—Vamos a ver su cuarto.

Al principio, a Colomba le pareció que se había metido en un trastero. Un cartón cegaba la única ventana y tan solo había una cama individual, un arcón y un pequeño armario sin puertas donde se hallaba la ropa de Tommy. Las sábanas estaban decoradas con personajes de Disney; había un viejo PC colocado sobre una mesa pequeña, junto con una impresora de inyección de tinta bastante vieja, pero perfectamente cuidada. Sin embargo, lo que atrajo la mirada de Colomba fueron sus fotografías. Había allí al menos unas cien, impresas en hojas tamaño A4 o recortadas de los periódicos. Tommy las había colgado cubriendo casi por completo las paredes y parte del techo.

—Menudo espectáculo, ¿eh? —dijo Lupo—. ¿Cree que lo obligaban a estar aquí dentro?

Colomba observó la habitación.

—No. No hay cerrojo, no hay cuerdas. Quizá se sentía a sus anchas así.

—Quizá pensaba que era un vampiro.

Colomba fingió que no lo había oído e inspeccionó la cama y el suelo. Sábanas desordenadas, ni rastro de sangre: Tommy no había vuelto a su cuarto después de encontrar muertos a sus padres. O después de matarlos. Se había escapado sin ponerse ninguna prenda de abrigo encima. Solo lo que llevaba a la hora de dormir.

—Mariscal, ¿puede dejarme a solas unos minutos?

—¿Algún problema?

—No, solo quiero pensar un momento y acabar de hacerme una idea.

—No tarde mucho, por favor. Si alguien la ve aquí, tendría que justificar su presencia.

—No se preocupe.

Lupo salió. Colomba esperó a que el crujido de los cubrezapatos desapareciera, luego encendió el ordenador de Tommy, con la esperanza de que

no tuviera contraseña. No la tenía. Encontró rápidamente la carpeta con sus fotos y la borró, vació la papelería de reciclaje e inició el programa de limpieza del disco. Un técnico podría recuperarlas, pero no el primer periodista que soltara un soborno para entrar. Apagó el ordenador y arrancó las fotos de las paredes, empezando por una en la que llevaba el uniforme con los distintivos de comisaria. Algunas se habían imprimido en un papel con el membrete de un tal doctor Pala, «psiquiatra y terapeuta del desarrollo evolutivo», la dirección era la de un pueblo cercano. Añadió también estas a la gran bola de papel con las demás y se la metió debajo de la chaqueta. Con las paredes limpias, el cuarto parecía aún más tétrico e inquietante. Dante, pensaba, se habría muerto en un sitio como aquel. Quizá para Tommy era lo contrario.

*Ha hecho tres kilómetros a pie, no lo olvides.*

Apagó la luz y salió, para descubrir que había empleado el tiempo justo porque una furgoneta con las iniciales del Departamento de Investigaciones Científicas, el RIS, estaba aparcada junto a la puerta. Los *monitos* estaban acabando de vestirse mientras charlaban con Lupo. Ella fingió no verlo y dobló rápidamente la esquina de la casa, donde prendió fuego a los papeles con las cerillas que aún llevaba en el bolsillo. Cuando Lupo llegó a su altura, tan solo quedaban cenizas impalpables y una vaga silueta de rescoldos.

Lupo negó con la cabeza.

—Mira qué bien. ¡Mis más sinceras felicitaciones! ¡Gracias por haberme tratado como a un gilipollas!

—Habrían acabado en los periódicos incluso antes que las fotos de los muertos —respondió Colomba, sincera—. En Roma había gente que entraba en mi casa para explicarme sus teorías. No quiero que sepan dónde estoy ahora.

—No la denuncio solo porque siento respeto por todo lo que ha tenido que pasar. Pero no me ponga a prueba, *heroína de Venecia*.

—No me llame así —gruñó Colomba.

—Ese apelativo no me lo he inventado yo. ¿Tiene intención de hacer todo lo que me ha prometido, ahora?

—¿Ayudarle a encarcelar a Tommy?

—Yo no quiero encarcelar a nadie. Lo único es que no quiero perder el tiempo dando vueltas.

—Ya le enviarán a alguien para ayudarle con las pesquisas.

—Este es mi territorio, doctora. ¿Viene o no?

—No declararé nada que me diga el chico. Tendrá que repetirlo a otros de forma espontánea.

—¿Más condiciones? ¿Una limusina?

Colomba negó con la cabeza.

—Que se olvide de dónde vivo. ¿Cree que será capaz de ello?

Lupo asintió.

—Voy abriéndole camino.

## 8.

La casa rural donde Tommy permanecía a la espera de que un familiar o los servicios sociales se hicieran cargo de él se llamaba El Nido, y era una versión elegante del caserón donde Colomba vivía: el triple de grande, con piscina y caballerizas, rodeado por un parque donde dos ponis pintos pisaban la nieve con evidente desagrado.

A Tommy lo vigilaban la carabinera pelirroja y un colega suyo más viejo en una habitación individual, con las persianas bajadas y tan solo una lamparita encendida. Parecía aún más enorme, sentado en la cama con los pantalones de chándal y una camiseta amarilla que le dejaba la barriga al aire. Debía de pesar casi un quintal y medio.

—Abre las persianas, Concio, que parece que estemos en un sótano.

—Él lo prefiere así, señor mariscal —respondió la Pelirroja—. No le gusta el aire libre. Ha gritado durante todo el viaje.

—Ha hecho tres kilómetros a pie —dijo Lupo—. Aire libre ya lo ha respirado, y de qué manera.

—Se encontraba en estado de shock. Ha visto su habitación, ¿verdad? —dijo Colomba.

—La he visto, okey. Montad guardia en el pasillo —dijo Lupo—. Ya os llamaré.

Los dos respondieron «A la orden» y salieron.

—Usted también, mariscal —dijo Colomba.

—No voy a abrir la boca.

—Si Tommy hubiera querido hablar con usted, ya lo habría hecho. Salga.

—Estaré detrás de la puerta.

Colomba se la cerró en las narices; luego cogió una silla y la acercó a la cama. Tommy estaba haciendo un solitario con una baraja de cartas, basculando sobre sus nalgas. Parecía mover las cartas sin razón aparente, pero con una meticulosa precisión de sus dedos.

Colomba sintió de nuevo pena por él y de nuevo fue doloroso, como un músculo que se reactivara. Tan grande, parecía indefenso como un oso de

dibujos animados.

—Hola, Tommy —le dijo esbozando una sonrisa—. ¿Cómo te encuentras? ¿Te han tratado bien?

Tommy siguió jugando, pero más despacio, observándola con el rabillo del ojo.

—Siento lo que les ha pasado a tus padres. He venido aquí porque quizá quieras hablar de ello conmigo.

Tommy se quedó con una carta en el aire. Luego la dejó con lentitud, balbuceando algo, y Colomba oyó por primera vez su voz de barítono.

—¿Querías que te protegiera? ¿O querías decirme algo?

Tommy canturreó la melodía de un anuncio televisivo. La música y el tono eran idénticos, pero la letra carecía de sentido.

Colomba notó que su irritación aumentaba, pero la contuvo de inmediato.

—Intentémoslo otra vez, Tommy. Y te digo una cosa: estar aquí me hace sentir incómoda. Lo cierto es que preferiría no tener que ocuparme de un asunto tan feo como la muerte de tus padres. Si lo hago es porque confío en poder ayudarte.

El muchacho no dijo nada, pero Colomba tuvo la impresión de que la entendía.

—¿Has hecho algo que no deberías, Tommy?

Tommy dijo que no con la cabeza, con un movimiento exagerado, infantil.

—¿Has hecho daño a tus padres porque estabas enfadado?

No.

—¿Me estás diciendo la verdad?

Tommy asintió.

Colomba quería creerle.

—¿Has visto quién ha sido? ¿Lo conoces?

Tommy empleó un tiempo larguísimo antes de colocar la carta, pero no respondió.

—Yo también tendría miedo en tu lugar —dijo Colomba—. Pero aquí estás protegido. Nadie te hará daño.

Tommy permaneció inmóvil con la duda en la cara. Luego, con los dedos temblorosos, recogió las cartas y las puso en hileras sobre la manta, divididas en palos y en orden creciente de valor; en cuanto acabó, levantó el índice.

—¿Tengo que coger una?

Tommy asintió.

Colomba sonrió.

—Hay personas que hablan mogollón y no queda claro qué coño están diciendo... Tú no eres de esos.

Tendió la mano hacia una carta al azar, pero Tommy dio otro golpecito a la manta. Colomba se paró: Tommy no quería que eligiera ella, sino que eligiera una específica que él tenía en mente.

—Vale. No es esta. ¿Más arriba, más abajo?

Moviendo la mano en círculos concéntricos, fue pasando por todas las cartas... hasta que Tommy empezó a dar golpes como loco. Colomba se detuvo otra vez: sus dedos flotaban sobre el rey de oros. Mientras recogía la carta, el muchacho apartó los ojos, como si tuviera miedo de ella. El rey del palo, que en las barajas francesas equivalía al de diamantes, era un joven de perfil, con el pelo largo, capa y corona. Llevaba un collar con un gran colgante y en la mano sostenía un hacha. El pequeño sol que lo iluminaba era una moneda de oro, en cuyo centro aparecía una cara roja que se reía. Colomba no se había fijado nunca y le pareció más terrible que divertido. El hacha podía representar el arma del delito, pero ¿por qué un rey?

Giró la carta hacia Tommy, pero él no la miró.

—¿Ha sido alguien con el pelo largo quien ha entrado en tu casa? ¿O a lo mejor llevaba una gorra extraña?

Tommy negó con la cabeza.

—¿Un ladrón que se ha llevado el dinero?

Otro no.

Colomba todavía se estaba esforzando en busca de otra pregunta cuando entró Lupo. En su disculpa era necesario decir que había llamado, aunque luego no hubiera esperado la respuesta.

—El forense quiere echar un vistazo al chico. Cree que puedo...

Tommy reaccionó como si le hubieran lanzado una descarga eléctrica. Bajó de un salto de la cama, volcando la mesita de noche y lanzando al aire las cartas y la manta. Se detuvo de cara a la pared, las manos entrelazadas a la espalda, los ojos cerrados. Temblaba violentamente y respiraba entre jadeos.

Lupo chasqueó los dedos delante de la cara de la Pelirroja, que había permanecido embobada en el umbral.

—Despierta. Dile al médico que el muchacho tiene una crisis.

Colomba se sentía como si la crisis estuviera teniéndola ella. Temblaba igual que el muchacho.

*No es posible, pensaba.*

Y, sin embargo, ¿no le había visto ya hacer ese gesto precisamente en el

cobertizo de las herramientas? Entonces no lo había descifrado, porque no le veía la cara, pero ahora...

Tommy gimió mientras pegaba el cuerpo contra la pared, como si intentara atravesarla. De su boca completamente abierta caía un hilo de baba. Moviéndose con dificultad, Colomba lo abrazó por detrás y durante unos segundos permaneció así, respirando con él.

—Todo va bien, Tommaso. Estás a salvo. Eres un buen hijo —le susurró al oído.

Había utilizado la palabra *hijo* a propósito, aunque le quemaba en la boca. Tommy se relajó de golpe y casi se le cayó encima. Luego se zafó de ella y empezó a recoger las cartas desparramadas, procediendo según el palo y su valor.

La Pelirroja, mientras tanto, había regresado con un hombre de barba gris y un traje de tres piezas. Si no hubiera tenido setenta años, habría parecido un hípster, pero era el forense.

—Por favor, fuera todo el mundo —dijo autoritario—. Y la próxima vez pregunten a un médico si pueden acercarse a él. Pregúntenmelo a mí.

Colomba había salido con la primera sílaba; Lupo la persiguió por el pasillo.

—No creía que se fuera a asustar así. Antes ni siquiera me miraba a la cara.

—Habrá sido por la sorpresa. No lo sé. Pregúnteselo al médico —dijo Colomba con sequedad. Aceleró el paso.

—Si dice que está bien, puede intentarlo otra vez. Siempre de manera extraoficial.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque ya no puedo ayudarle más, mariscal. Si quería una confesión, él no va a dármela. No solo porque no me parece capaz de expresarse, sino también porque no creo que haya sido él.

Trató de superar a Lupo, quien le cortó el paso.

—Usted también ha visto la casa, doctora. La ropa, las huellas...

—Apártese.

—Que él se haya asustado puedo entenderlo, pero ¿y usted?

—No me he asustado. Solo estoy irritada por el tiempo que me ha hecho perder.

—Miente mal, doctora. ¿Qué le ha dicho el chico?

Colomba lo dejó plantado y se subió al coche, esperando ver que Lupo se metía de un salto en el cubículo para detenerla, pero eso no sucedió. Por la

carretera comarcal a Mezzanotte mantuvo el acelerador pisado a fondo, con las cadenas ametrallando el asfalto. Dio un par de bandazos y a punto estuvo de chocar de frente con una furgoneta, pero entre volantazo y contravolantazo logró enderezarse. No sabía que estaba conduciendo, sus movimientos eran automáticos, vigilados solo con un jirón de conciencia. El resto de su mente había retrocedido tres años en el tiempo.

En ese día de aquel entonces, una Colomba más joven se encontraba en la campiña de las afueras de Roma, delante de diez contenedores herrumbrosos colocados entre las ramas de los arbustos de una vieja granja. Los equipos especiales habían aislado la zona y los artificieros habían desactivado las cargas de explosivo plástico que sellaban las puertas. Cuando las abrieron, la luz del sol deslumbró a quienes estaban allí encerrados. El mayor tenía veinte años; el más joven, seis; casi todos estaban en unas condiciones terribles. Algunos de ellos huyeron tambaleándose sobre unas piernas que no los sostenían, pero la mayoría de ellos permanecieron inmóviles en su propia celda. Habían sido sometidos por la voluntad de un hombre que se creía Dios, que había actuado libre de trabas durante treinta años, secuestrando y asesinando niños, haciéndolos crecer como pollos enjaulados e inculcando en su mente la orden suprema, que contemplaba la muerte como castigo.

*No mirar nunca afuera.*

Cuando el portón se abría, tenían que darse la vuelta y mirar fijamente la pared más cercana, con las manos a la espalda.

Como había hecho Tommy.

Colomba no sabía cómo ni cuándo, pero también Tommy, como Dante, había sido un prisionero del Padre.

---

## Capítulo II

## 1.

*El Padre está en la caja con Dante. Dante nota su respiración junto a la suya. Oye su voz suave burlándose de él, el tacto de sus manos. Dante no logra escaparse, no logra siquiera cambiar de postura. La tapa de la caja está algunos centímetros fuera del alcance de su frente. De lo contrario, se mataría a fuerza de cabezazos. Imploraría, si no tuviera la boca tapada, se rasgaría las venas con los dientes.*

*¿Por qué no muere? Le reza a un dios en el que no cree que lo fulmine ahí mismo, que lo mate. Los gritos en su cabeza se hacen ensordecedores, tiembla y babea.*

*No sabe cuánto tiempo ha pasado cuando recupera el conocimiento, tan maltrecho que casi está tranquilo. El Padre ya no está con él. Colomba lo mató para salvarle la vida a él.*

*Dante piensa lo menos posible en el silo del campo de Cremona donde el Padre lo mantuvo encerrado durante trece años. Ahora, sin embargo, aceptaría el cambio. Al menos allí tenía un cubo para sus necesidades y no el pañal para la incontinencia que, ha descubierto palpándose, le ciñe las caderas.*

*La relativa calma está desvaneciéndose, Dante nota cómo se asoma el idiota baboso que hay en su interior. Se concentra en la forma rudimentaria de meditación que estudió de manera autodidacta, y que hasta ese momento solo ha utilizado contra los síntomas de la abstinencia de los fármacos. Visualiza la imagen que ha asociado a la calma y el bienestar: Gudetama. Es un personaje de dibujos animados japoneses, una yema de huevo dotada de brazos y piernas que pasa el tiempo dormitando y quejándose. No es lo que un maestro zen aconsejaría, pero Dante cree en la libertad de elección. Gudetama cumple su objetivo: la respiración de Dante se calma. Dante se imagina a Gudetama deslizándose indolente y mullido a través de los agujeros de la caja y tendiéndose sobre la manta para respirar el aire libre. Y él también puede conseguirlo, si hace un esfuerzo, la libertad está solo a unos pocos centímetros.*

*Dante ha pasado su vida estudiando cómo liberarse de cerraduras y cadenas, por miedo a que el Padre volviera para llevárselo. Puede abrir un candado*

utilizando una horquilla con la boca, zafarse de una camisa de fuerza dislocándose los hombros, golpear en el punto justo unas esposas de metal para hacerlas saltar. Con las de plástico aún resulta más fácil. Su mano izquierda, la mala, es un mero amasijo de cicatrices. Los huesos metacarpianos nunca se han soldado del todo y esto la hace flexible y comprimible. Dante la desliza a tirones a través del nudo corredizo, el plástico le lacera la carne. Gudetama se agita, se queja. Dante lo coloca de nuevo tendido. Con la mano mala libera la otra y con ambas, los tobillos. Al final se quita la mordaza. Estaba atada con una hebilla en la nuca y ahora que la ve se percata de que es un instrumento de masoquismo, la pelota de caucho que los esclavos se meten en la boca para amortiguar los gritos. Se pregunta cómo habría reaccionado Colomba de haberlo visto malparado de esa manera. Con su forma de pensar tan... clásica. Echa de menos a Colomba, pero le asusta pensar en ella porque la ve de nuevo sosteniéndose el estómago del que mana la sangre, los ojos completamente abiertos por el shock y el dolor. No sabe cuánto tiempo ha transcurrido (¿horas?, ¿días?), pero aún no ha digerido que Colomba no lo protegiera de su captor, que no abatiera a los malos como Wonder Woman. A fuerza de pasar el tiempo con ella como su... asesor, Dante había aprendido a confiar en Colomba. Se sentía seguro cuando ella estaba en la zona, protegido.

Atraído.

Recordar el pasado, sin embargo, no lo salvará. Dante se desentumece lo que puede en ese espacio limitado, un poco más grande que su cuerpo, con unos treinta centímetros de aire entre la rejilla y él. Trata de empujarla, pero la tapa no se mueve, no cruje siquiera.

Como una piedra sepulcral.

Es la imagen incorrecta y Gudetama se esfuma. Dante golpea con las manos y la frente contra la madera hasta que la sangre que le gotea en los ojos le ciega. Pierde el conocimiento y cuando lo recupera siente el sabor del vómito en la boca. Debe salir antes de volverse loco por completo.

Se masajea la mano buena para que recupere la sensibilidad, luego recorre con ella las esquinas de la tapa, sobre su cabeza. No hay goznes o partes móviles. Han atornillado la tapa desde fuera.

Dante hace un pacto consigo mismo: si no encuentra la manera de abrirla rápidamente, se cortará las venas. La hebilla de la mordaza tiene una lengüeta puntiaguda de un par de centímetros, podrá utilizarla. La idea de matarse extrañamente lo envalentona en su semidelirio: no morirá como una rata, será rápido y no muy doloroso.

*Pero mientras tanto tiene otra ocupación. Dante palpa el fondo de la caja, y de repente nota algo extraño. Señales circulares en la madera, del tamaño de la goma de borrar de un lápiz. Presiona una de ellas haciendo saltar una tapita de madera. Y debajo...*

*No es posible, está soñando otra vez. Y, pese a todo, sus dedos entrenados en mil experimentos en solitario no pueden equivocarse.*

*En el orificio hay un tornillo trucado, de los que utilizan los prestidigitadores para los juegos de Tuerca y Tornillo, o para cerrar los dobles fondos. Parece normal, fijado con una tuerca al exterior, pero esconde un truco: la parte con rosca no está soldada a la cabeza, sino solo atornillada. De este modo, es posible sacarlo sin tocar la tuerca. Dante lo intenta y nota cómo gira bajo sus uñas, la madera cruje, la grieta entre el fondo y las paredes se ensancha. Desengancha el tornillo y lo hace también con los otros tres escondidos en los cuatro lados de la caja. Y el fondo se separa.*

*Dante alza las piernas contra el pecho esquelético y empuja con los pies. El pesado baúl se levanta por encima de él. Entra una ráfaga de aire fresco que sabe a polvo y hierba. Sale fuera, reducido a un montón de nervios y músculos doloridos, el baúl cae otra vez con un ruido sordo cuyo eco se oye en el vacío. Se pierde unos instantes, gritando y arrancándose el pañal. Rodando por el suelo de cemento helado.*

*Pero se le pasa deprisa. Se levanta con esfuerzo, aunque rabioso, preparado para luchar contra quien pretenda encerrarlo de nuevo. Él, que odia la violencia, está dispuesto a utilizar uñas y dientes si resulta necesario. Es más, lo desea. Ve otra vez el rostro del hombre que se hacía llamar Leo Bonaccorso, sueña con borrarle la sonrisa de la cara a fuerza de golpes. De encerrarlo en un agujero y hacerle probar su misma medicina. Pero no antes de preguntarle por qué ha utilizado un truco de ilusionista para encarcelarlo. ¿Era lo único que tenía a mano? ¿Era un juego sádico? Aferra del suelo un trozo de cable eléctrico, del grosor de un plátano y el doble de largo. Está preparado para arrearle con él en los dientes, y espera hacer daño.*

*Pero allí no hay nadie. Se encuentra en el interior de un almacén rectangular, de unos cien metros en el lado más largo, con un tejado que se sostiene sobre pilares de cemento. La luz que veía es la de la luna, que se refracta a través del cristal sucio del lucernario, ahora casi desaparecida mientras el cielo va clareando. Todo es decrepito y está descalabrado, la rama de un árbol ha hundido una de las ventanas al crecer hacia el interior, y hay enredaderas y hojas podridas. Se oye el reclamo de una rapaz nocturna y el viento. Nada más.*

*Ni coches, ni personas o generadores eléctricos, los sonidos que asociamos a la civilización. Y el olor, el olor no es el apropiado. Venecia olía a salitre y a fritura, a cigarrillos y a algas. Ese lugar huele a silvestre y a plástico, a viejo incendio. Y no hay olor humano, excepto el suyo.*

*Dante piensa en El día de los trífidos. En Nación Z. Quizá ha habido un apocalipsis mientras estaba en la caja. Ahora que piensa con casi todo el cerebro, sabe que no es solo mérito suyo que no se haya vuelto completamente loco. Durante toda su vida de adulto ha gestionado humores y síntomas mediante fármacos, y siente la huella de algo químico en el torrente sanguíneo. Un antipsicótico, probablemente, un sedante de algún tipo. Busca dónde es más intensa la luz lunar y se examina. Los brazos tienen las venas gruesas, y hay capilares rotos y hematomas. Inyecciones, goteros. Le han hecho dormir.*

*¿Cuánto tiempo?*

*Se palpa la barba, que crece afeitada y suave; es solo la de un par de días. Pero no puede saber si le han afeitado mientras dormía. El pánico palpita. Dante olvida lo extraño de la situación y corre desesperadamente hacia la puerta desconchada de metal que cierra el almacén. En el segundo empleado en tocarla con la mano buena, se ve a sí mismo empujando en vano y quedarse a morir de penalidades.*

*En cambio, la puerta se abre arrastrando consigo los zarcillos de las enredaderas, y Dante termina en el centro de un amplio patio de cemento. Es un complejo militar en ruinas. Algunas construcciones le recuerdan el estilo soviético de la guerra fría. Al fondo se recorta un edificio que nunca ha visto antes, pero que reconoce de inmediato. Es casi idéntico a como se lo había imaginado, o soñado. A ese lugar se le ha llamado de muchas maneras, pero para sus presos tenía un único nombre.*

*La Caja.*

## 2.

La suerte que protegía la conducción de Colomba se agotó en la última curva de la carretera sin asfaltar antes de casa y el Panda acabó con el morro hundido en una zanja llena de agua congelada. Su rostro se golpeó contra el volante y se partió el labio, volviendo a la realidad. Recordaba poco del recorrido en coche desde la casa rural, pero aún sentía el miedo a lo largo de la columna vertebral.

Pero ¿miedo a qué?

El Padre había muerto. Solo once de sus prisioneros habían sobrevivido, incluido Dante, y Tommy no era uno de ellos.

*¿Estás completamente segura?*

No lo sabían todo sobre el Padre. Estaban muy lejos de saberlo todo. Había muerto sin dejar testimonios de lo que había hecho, y su único cómplice reconocido, el Alemán, cumplía tres cadenas perpetuas sin abrir la boca. ¿Qué impedía la existencia de otra prisión que no hubiesen encontrado, otros prisioneros?

Colomba se taponó el labio con el trapo para los cristales y abandonó el coche a su suerte. Entró en casa luchando contra el viento helado, se hizo una cura y se preparó un té que le quemó la herida.

Tommy, con su mirada asustada, se le quedó flotando en la mente, hasta que se obligó a concentrarse en cuestiones más prácticas. Como el hielo que iba formándose sobre los cristales y el frío húmedo que ascendía por el sofá.

*Elige: o la leña o mueres congelada.*

Aun cuando la segunda hipótesis le tentaba; eligió la primera. Salió con la pala para limpiar la leñera, provocando pequeños desprendimientos directamente sobre su cabeza, luego sacó de la caja de herramientas una vieja hacha que se aguantaba con clavos. Le pareció ver a Tommy temblando en la sombra del cobertizo, su silueta desproporcionada presionando contra la pared. Cerró la puerta tras de sí, con la esperanza de que el fantasma se quedara fuera, y empezó a cortar. Fue una operación lenta y penosa, no solo por la hoja roma, sino porque cada dos golpes Colomba se detenía para escuchar. Sentía ansiedad si no percibía los ruidos de fondo, aunque estuviera casi segura de que ese día ya no

tendría nuevas intrusiones, reales o imaginarias.

*Razonablemente segura.*

El Padre había muerto y Colomba no creía en los zombis. Que Tommy también hubiera sido un prisionero del viejo loco no excluía que de veras hubiese asesinado a su familia. Al contrario, habría sido una justificación, teniendo en cuenta lo que había sufrido. Eso en el caso de que hubiera pasado de verdad.

Tommy tal vez había visto ese gesto reproducido en algún documental, o había oído a alguien contar la historia de alguno de los supervivientes del silo. Al menos un par de ellos eran capaces de hablar con coherencia y los habían entrevistado cientos de veces. O bien era una casualidad.

*¿Cuántas probabilidades hay de que una víctima del Padre de la que nadie haya oído hablar viva a tres kilómetros de tu casa? Es más probable que te alcance un rayo mientras estás ganando a la ruleta.*

Sin embargo, el cuarto de Tommy parecía verdaderamente una de las celdas del Padre. Y allí estaban sus fotos.

Llenó la carretilla de leños y la vació en la cocina, pero encender el hogar fue incluso más penoso que cortar leña. La chimenea tiraba muy poco y los trozos de papel de periódico seguían apagándose; al final, Colomba resolvió el problema lanzando encima una botella de quitamanchas. El olor de petróleo llenó la habitación, pero el fuego fulguró con un estruendo y a punto estuvo Colomba de quemarse las cejas.

Se sacó del bolsillo el naipe de Tommy que había robado y lo incrustó en el espejo del baño. Un rey, un rico, un jefe... Tenía que hablar otra vez con Tommy, para tratar de entender.

En el bolsillo también tenía el trozo de papel con la dirección de su psiquiatra. No vivía lejos.

Maldiciéndose a sí misma y a su cabeza, que no quería quedarse tranquila, Colomba pidió un taxi tan pronto como se restableció la línea telefónica.

### 3.

El doctor Pala tenía su consulta en la parte alta de San Lorenzo, a pocos pasos de una abadía benedictina del siglo VII. Quien abrió la puerta de roble y latón fue una mujer de color con el pelo afro y un *tailleur* de cóctel. El vestíbulo en penumbra tenía frescos en el techo y olía a pachulí.

La mujer sonrió a Colomba, de pie en el umbral con su parka que apestaba a perro mojado.

—Buenos días, póngase cómoda. Si me recuerda su nombre comprobaré su cita de hoy.

—No tengo cita. Solo quiero hablar con el profesor. Diez minutos como máximo. Me llamo Caselli.

—Por desgracia, está esperando a un paciente...

—Es sobre Tommaso Carabba. Tommy. O Melas, no sé con qué apellido lo han registrado aquí.

La secretaria examinó a Colomba con la mirada.

—¿Melas...? ¿No puede decirme nada más?

—No.

La secretaria la hizo pasar a la sala de espera, un saloncito en penumbra con un pequeño sofá de piel y dos aguafuertes de De Chirico. Al poco salió de la consulta un hombre mastodóntico de unos sesenta años, con el pelo largo y canoso y dos gafas colgadas del cuello. El jersey y los pantalones eran negros, como las chanclas en los pies desnudos, con unas uñas perfectamente cuidadas.

—Venga, señora Caselli —le dijo.

La consulta tenía un mobiliario variopinto, de plástico y goma, carteles con paisajes, un Pinocho de un metro de altura y una pizarra con las conjugaciones del verbo *ser*. Colomba se sentó en una butaquita que parecía hecha con Lego.

—¿Tommy está bien? —preguntó Pala, sentándose delante de ella en un sillón naranja.

—Sí, pero tengo que darle una mala noticia: sus padres han sido asesinados esta noche.

Pala se quedó de piedra.

—¡Dios mío! ¿Quién ha sido?

—Los carabineros creen que ha sido Tommy. Lo encontré yo y tengo mis dudas.

—¿Es familiar del chico?

—Soy una expolicía. Colomba Caselli, puede buscarme en Google.

Pala se dejó caer contra el respaldo.

—No es necesario. Está claro que no la habría reconocido, por el pelo corto y sobre todo porque no pensaba que pudiera verla por aquí..., pero Tommy es un admirador suyo, comisaria.

—Subcomisaria. Ex.

—Así que no tiene un interés profesional por Tommy.

—No. Es solo personal.

Pala negó con la cabeza.

—Deme cinco minutos. Hago un par de llamadas; puede quedarse aquí si quiere —le pidió a Caterina, la joven de recepción, que pospusiera la visita siguiente; luego sacó del escritorio un paquete de cigarrillos sabor vainilla—. ¿Quiere?

—No, gracias.

Pala abrió la ventana y se encendió uno. Fuera estaba el patio interior del edificio, semejante al claustro de un convento; entraba un viento helado, pero al doctor no pareció molestarle.

—¿Cómo los han matado? —preguntó tras un momento de vacilación.

—A martillazos, mientras dormían.

Pala fumó en silencio durante unos segundos.

—Sé que es estúpido preguntarlo, pero... ¿fue doloroso?

—Probablemente perdieron el conocimiento de inmediato, eso si llegaron a despertarse.

—Si estaban en su habitación, es obvio que no estaban invadiendo el espacio de Tommy.

—Exacto.

—Entonces no creo realmente que pueda haber sido él. Es autista, las crisis de rabia no se desencadenan sin un detonante. Por supuesto, existe la posibilidad de que hayan hecho algo que Tommy pueda haber interpretado como una amenaza, pero lo descarto: la madre sabía cómo manejarlo. Por tanto ha sido otra persona.

Lupo y sus convicciones sobre el homicidio no iban a tener la vida fácil con un diagnóstico semejante, pensó Colomba, aunque en el fondo también ella habría preferido librarse de las preocupaciones.

—¿Alguna idea sobre quién podría haber sido? —preguntó.

—Explíqueme antes su interés personal.

—Esta mañana Tommy ha venido corriendo a mi casa. Aún estaba manchado con la sangre de sus padres.

Pala pareció perplejo.

—¿Vive usted en Montenegro?

—No, en Mezzanotte, en la Valfornai.

—Tommy nunca sale solo. A menudo su madre no conseguía que la acompañara hasta aquí y tenía que ir yo. Sufre enormemente con los espacios abiertos. Tenía que estar muerto de miedo para recorrer todo ese camino.

—Lo estaba.

—Debo verlo... ¿Cree usted que me dejarán reunirme con él?

—Depende del fiscal y del perito que asigne el tribunal. Tendrán que certificar que no es capaz de entender ni de sentir afecto.

—Tommy es capaz de entender y de sentir afecto. Solo necesita que lo asistan —resopló—. No debería hablar de un paciente mío con usted.

—Está claro que no puedo obligarle a confiar en mí, doctor. Pero le informo de que dentro de poco llegará en mi lugar un mariscal que se muere de ganas de cerrar la investigación.

—Parece que no tiene demasiada confianza en sus compañeros.

—Excompañeros. Si quiere proteger a Tommy, no conteste a sus preguntas y consulte con un abogado. Se requerirá algo de tiempo antes de que emitan una requisitoria, y a lo mejor hay novedades.

—¿Qué clase de novedades?

Colomba negó con la cabeza.

—No lo sé. Empiece a ayudarme.

Pala apagó el cigarrillo en el alféizar y volvió a sentarse.

—Una pregunta cada uno.

Colomba pensó que había entendido mal.

—¿Cómo dice?

—No la conozco y no sé si confiar en usted. Podría tener problemas con el Colegio de Médicos o crearle problemas a Tommy. Así que una pregunta cada uno, lo toma o lo deja. O bien me amenaza con la pistola que lleva en el cinturón.

Colomba advirtió que una parte del jersey se le había levantado, dejando al descubierto la culata del arma. Se lo bajó de nuevo.

—Tengo permiso para llevarla.

—Eso espero. Empieza usted. ¿Qué quiere saber?

—¿Desde cuándo llevaba a Tommy?

—Desde hace siete meses.

—¿Y antes?

Pala sonrió.

—Ahora me toca a mí. ¿Cree que Tommy es inocente solo porque lo ha visto asustado o hay otra razón?

—No lo pienso. Ahora me toca a mí.

—*Stop*. La suya no es una respuesta.

Colomba lo miró mal.

—Establece usted las reglas a su conveniencia... Digamos que tengo una duda. Y digamos que me gustaría descartarla. Responda a la pregunta anterior.

—Los Melas no vivían aquí. Se trasladaron hace ocho meses desde Grecia. La madre no estaba en condiciones de permitirse un especialista y hacía que lo trataran en los servicios públicos griegos. Me toca a mí. ¿Qué le impide desentenderse de este asunto? ¿El sentido del deber?

—Sentimientos de culpa, no quiero otros —Colomba enmudeció nada más decirlo. No era propio de ella confiar en un extraño—. ¿Se habría dado cuenta si Tommy hubiera sufrido un grave maltrato, dado su estado?

—¿Se refiere a abusos sexuales? —Pala pareció alarmado—. ¿Cree usted que ha pasado?

—No ha respondido.

—Porque es un asunto espinoso —dijo Pala tras un instante de reflexión—. La reacción a un maltrato por parte de un autista a menudo consiste en acentuar sus comportamientos autolesivos, como golpearse la cabeza o morderse los dedos. Pero si el maltrato hubiera sucedido antes de que yo lo viera, no habría advertido la diferencia. Y a propósito de malos tratos y de traumas, ¿quién la está ayudando a superar el suyo?

—Nadie. No tengo traumas —dijo Colomba deprisa—. ¿Tenía Tommy señales o cicatrices?

—Nunca lo he visto sin camiseta. En los brazos, no. Me toca a mí. Usted niega haber sufrido un trauma. Y, sin embargo, lo exhibe ante el mundo.

—¿Es una pregunta?

—No, la pregunta es esta: ¿Cuántos días hace que lleva esa sudadera de Charlie Brown?

—¿Qué coño significa eso?

—Responda o renuncie.

—No me acuerdo. Se lo juro.

Pala se puso una de sus gafas para observarla.

—Por el color del cuello, yo diría que una semana. No se cuida, duerme poco, se lava menos. Dudo que ese fuera su estilo antes del atentado de Venecia.

Colomba hincó los codos en el escritorio de Pala, con el verde arremolinándosele en los ojos.

—Escuche. Esta noche se me ha acabado el gas y por lo general no veo a mucha gente. Por lo tanto, sí, me cuido más bien poco. Pero estoy intentando ayudar a Tommy; y si no le gusta, por mí puede irse a tomar por el culo.

Pala se recostó contra el respaldo.

—Y creo que antes no era tan reactiva.

—Sobre esto se equivoca, siempre he odiado que la gente hurgue en mi cabeza. ¿Entonces?

—Pregunte lo que quiera saber —suspiró Pala—. En adelante me callaré las preguntas.

—¿Qué clase de personas eran los padres de Tommy? Y no conteste con monosílabos.

—A él lo vi muy poco para emitir un juicio. Era la madre la que me traía a Tommy o la que me recibía cuando iba a su domicilio. Ella parecía razonablemente feliz.

—Qué entusiasmo.

—No sé cuánto amaba de verdad a su marido y cuánto la ataba a él un sentido de gratitud por haberla hecho cambiar de vida. Fue muy duro para ella estar sola con su hijo.

—¿Por qué vinieron precisamente aquí? ¿Ella no quería volver a su tierra?

—No tengo ni idea al respecto. Decía que el marido sentía pasión por esta zona. De hecho, siempre estaba por ahí, por los bosques, haciendo fotografías de aves o de plantas.

—¿Y no trabajaba?

—No, vivía de rentas. Yo pensé en una herencia, pero nunca profundizamos en ese tema.

—Si era rico, podría haberse creado enemigos. O la esposa podía tener una aventura.

—No tenía trato con ellos socialmente, nunca hablamos de asuntos de ese tipo.

—¿Cómo era la relación de Melas con Tommy?

Pala se tomó unos segundos.

—No creo que se hubiera acostumbrado aún a él.

—¿Le echaba la bronca o cosas así?

—No, no. Absolutamente, no. Pero nunca los vi interactuar con afecto, a diferencia de la madre.

Colomba se levantó.

—Gracias. Si evita decirle al mariscal que he pasado por aquí, le estaré agradecida.

—No se preocupe, a mí también me preocupa que me inhabiliten. De todas formas, Colomba, llámeme. Si necesita hablar con alguien, aquí estoy. Lo importante es que la próxima vez deje la pistola en la secretaría. Las armas me ponen nervioso.

—¿Por qué tiene tanto interés en convertirse en mi psiquiatra?

—En parte, por egoísmo. De alguna manera, Tommy me ha obligado a ocuparme de usted y he visto con qué horrores ha estado en contacto. Ha mirado de cerca el Mal, Colomba. Y eso es algo que quien hace mi trabajo anhela entender.

—Así que solo quiere darse una vuelta por el circo de mi cabeza.

—No. Más allá de mi deseo de saber, quiero ayudarla. Porque necesita que le echen una mano, Colomba. Sé cuánto ha sufrido para cumplir con su deber. Se merece un poquito de paz.

Colomba habría querido responderle que bien podía meterse sus psicohorradas por el culo, pero un nudo en la garganta se lo impidió. Le temblaba la barbilla, los labios se le torcían hacia abajo. Con horror notó que estaba a punto de romper a llorar. *¡No delante de él!*

—Lo peor que se puede hacer con el dolor es fingir que no existe. No se marcha, aunque finjamos no darnos cuenta de que está ahí —prosiguió Pala—. Al contrario, nunca se alivia.

Colomba se llevó una mano a la cara. Esta también temblaba.

—No voy a dejar que me joda usted —jadeó. Pero entonces, ¿por qué no se marchaba?

—Hable con Caterina y fije un día y una hora con ella para vernos otra vez. No es culpa suya haber sobrevivido.

Colomba huyó de allí para no perder el control.

#### 4.

Colomba regresó con otro taxi que cogió tras casi una hora de espera en la esquina de la calle. El frío la calmó y fue aplacando poco a poco las ganas de llorar. Fue una bendición, porque cuando llegó al caserón encontró a su madre apilando bolsas y cajas delante de la puerta de entrada. No hacía mucho que había superado los sesenta; tenía el pelo gris azulado y el cuerpo diminuto.

—Nunca vas a ninguna parte y cuando vengo no te encuentro —refunfuñó.

—La próxima vez, llama —dijo Colomba con más aspereza de la que habría querido.

—¿Debo concertar una cita? Échame una mano, venga —la madre le vio el labio hinchado—. ¿Qué te has hecho?

—Me he dado un golpe contra el volante —Colomba le señaló la silueta del Panda metido en la zanja.

—Ya me daba a mí que se parecía al nuestro —dijo la madre—. Tienes que llamar a la grúa.

—Ya lo haré, gracias.

Colomba agarró una pequeña caja de manzanas y la llevó a la cocina, mientras su madre la seguía con las bolsas.

—Qué frío.

—La caldera no funciona.

La madre abrió la nevera y empezó a sacar la comida estropeada, tirándola a una de las bolsas negras semillenas que estaban apoyadas contra el fregadero.

—Mira esto...

—Si te marchas enseguida, evitarás el mal tiempo —dijo Colomba, que ya estaba harta—. Dicen que va a nevar de nuevo.

—Pensaba que a lo mejor te gustaría volver a casa conmigo.

—Ya estoy en casa.

—No querías venir nunca cuando aún vivía papá, y ahora no quieres dejarla.

—Y no me gustaban las espinacas y ahora las como —Colomba flexionó el brazo derecho—. Mira qué músculos.

—¿Quieres parar de una vez?

—¿Tienes que ir al lavabo antes de marcharte? ¿Quieres un vaso de agua?  
¿Una bendición?

La madre cerró la puerta de la nevera.

—De acuerdo —dijo con voz trémula—. Intento ser una buena madre, pero ¿qué puedo hacer si tú no me quieres?

—Nada. Soy una mujer adulta, tengo una tarjeta de crédito y una pistola. Puedo apañármelas sola.

La madre cogió un trozo de Scottex y se secó los ojos.

—¿Y te quedarás aquí hasta que Dante aparezca?

—¿Y si así fuera? —le soltó Colomba.

—¡Llevas aquí un año! ¡Sin hacer nada!

—¿Y qué?

—¡Pues que ha *muerto*! ¡Todo el mundo sabe que ha muerto!

—¡Ya basta! —gritó Colomba—. ¡Lárgate!

La madre se sentó rígida a la mesa y Colomba se avergonzó de haber perdido la calma con la única persona que aún se interesaba por ella.

Colocó el resto de la compra en la nevera ignorando las quejas de su madre, que duraron otra media hora, antes de ponerse en marcha de nuevo hacia Roma. En cuanto se quedó sola, encendió la chimenea rociando la leña con un frasco de acetona. Una insana llamarada verde se encendió como un cóctel molotov, pero esta vez ella dio un salto atrás y no la alcanzó.

*Llevas aquí un año sin hacer nada.*

Esperó a que los respiraderos soltaran aire caliente al exterior, luego se lavó con agua del hervidor eléctrico en una palangana en el baño de la planta baja. Parecía el de un triste motel de los años sesenta y contaba con un gran espejo rococó donde Colomba se vio obligada a mirarse. Había ganado unos pocos kilos en el hospital, aunque menos de los necesarios. Las cicatrices de la operación brotaban rosáceas sobre el vientre hundido, los pechos habían perdido una talla. Se los rozó con la mano, y de inmediato la retiró, porque la sensación le traía el recuerdo de la última persona que se los había presionado. Pero para entonces el recuerdo ya se había puesto en marcha, y Colomba se imaginó a Leo por detrás de ella, la cara como la había visto en el espejo del tren con destino a Venecia, cuando se encerraron en el baño antes de la que podía ser la última estupidez de sus vidas.

Aún se sentía sucia.

*Un año sin hacer nada.*

Colomba no estaba de acuerdo, había hecho un montón de cosas: se había

quejado y se había autocompadecido durante todo ese tiempo, como una auténtica profesional. Y se había construido un mundo gris donde nunca pasaba nada, donde no necesitaba hablar con nadie ni ir a ningún lado. Un mundo acolchado que hacía que todo fuera más soportable.

Antes de esa mañana, al menos. Antes de que llegara Tommy con su tragedia, y con sus rarezas. Y con todos los sitios que existían, había ido a meterse precisamente en su comfortable mundo gris, y no se decidía a marcharse.

Comió un par de rebanadas de pan de molde pasadas, envuelta en un edredón, mirando sin ver realmente el caos de la habitación. Había ropa por todas partes, sucia y limpia, libros y cajas de comida. Las escaleras que conducían a la planta superior estaban cubiertas de telarañas y de insectos muertos, llevaba siglos sin hacer la cama. No siempre iba ahí a dormir, a veces se quedaba en aquel sofá. Una noche durmió en el suelo del lavabo y ni siquiera sabía por qué. Ahora, sin embargo, sabía que el sueño no llegaría hasta al cabo de muchas horas.

Rebuscó en los cajones de la cocina hasta que encontró un viejo cuaderno de rayas de la escuela primaria, con el dibujo de una flor en la tapa. Reconoció la escritura de su padre, que anotó en una lista las semillas para el huerto que debía comprar en el mercado. A saber si consiguió plantarlas, o si fue la primavera en que tuvo el infarto.

Colomba giró el cuaderno por la parte limpia y empezó a escribir su primer informe de interrogatorio desde hacía un montón de tiempo.

## 5.

Mientras Colomba transcribía de memoria su conversación con Pala, a trescientos kilómetros de distancia el jefe de la Brigada Móvil de Roma, Marco Santini, se tapó la nariz para no notar la peste que llenaba el largo pasillo de la quinta planta de la comisaría de Via San Vitale. El olor lo provocaban los baños atascados, y los baños estaban atascados porque el pasillo se había convertido en el vertedero de todos los detenidos del grupo antiterrorista. Casi todos árabes, algún africano. Uno gritaba en su lengua, otro lloraba mientras lo sacaban de allí a rastras. Era una escena que se repetía cada vez que empezaba una nueva operación. Mientras arrastraba la pierna lesionada, Santini intentó recordar cómo se llamaba la última que habían realizado. *¿Pétalo sobre pétalo?* No, otro nombre para joderse: *Flor de flores*. Para ofrecer una idea de exactitud y de precisión ocultando que, en cambio, se trataba de pescar a ciegas.

En la puerta de su oficina Santini encontró al ayudante jefe Massimo Alberti, un grado que en la policía era equivalente a un cabo. Rozaba la treintena y tenía anchos hombros, el pelo rojo y pecas, en ese momento esparcidas en un rostro más taciturno de lo habitual. Santini añoró una vez más a ese jovenzuelo alegre que había sido hasta hacía poco. Pero se envejece deprisa cuando uno ve a sus propios compañeros degollados.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Más redadas? *¿Flor de flores 2, La venganza?*  
Alberti negó con la cabeza.

—Si es una mala noticia, espera. Me he tragado tres horas con los sindicatos, necesito un premio.

La oficina de Santini era la de la esquina, por donde habían pasado todos los jefes de la Móvil que lo habían precedido. El último en el tiempo le había dejado como herencia su colección de novelas de Coelho entre los volúmenes jurídicos y los ficheros. Santini movió las novelas, sacó la botella de vodka que estaba detrás y se sirvió un poco; luego volvió con el vasito al escritorio, donde se sentó colocando la pierna mala sobre el taburete que se había llevado de casa.

—¿Y bien? Dame esa funesta noticia.  
Alberti hizo una mueca triste.

—Dante Torre —dijo.

—¿Lo han encontrado?

—No, pero han encontrado el barco que Bonaccorso utilizó para llevárselo de Venecia, el *Chourmo*. Está a doscientos metros de profundidad.

## 6.

Justo después del atentado en el polideportivo de la Misericordia, un apagón hizo saltar el sistema de vigilancia de un club náutico y, antes de que lo pusieran de nuevo en funcionamiento, un yate de veinte metros se había hecho a la mar. El *Chourmo*, precisamente. Según la reconstrucción, Leo Bonaccorso se había alejado del área de la explosión cargando a Dante a hombros, mezclándose con los cientos de personas que huían presas del pánico. El *Chourmo* había desactivado de inmediato el transponedor, y teniendo en cuenta los depósitos y la potencia de los motores, podía haber amarrado tranquilamente en Oriente Medio. Bonaccorso debía de estar ya lejos cuando Santini corrió al lugar. Llegó a Venecia a las dos de la madrugada siguiente y se quedó mirando a los muertos del Ponte della Misericordia.

Habían sido cuarenta y nueve, estaban cubiertos con las bolsas de Protección Civil y de la Mortuoria. A muchos les faltaba un miembro, tenían las caras destrozadas, la ropa hecha jirones. La mitad de ellos eran carabineros y policías; los otros, invitados y directivos de la asociación filantrópica Care of the World, que había organizado una fiesta de beneficencia. La gran escalera metálica que llevaba a la planta superior se había desprendido en parte de sus pernos y rechinaba basculando mientras los helicópteros del ejército descendían.

A las diez de la noche anterior, Santini todavía estaba despatarrado en el sofá de su casa, hecho polvo por el alcohol. Había cogido un vuelo estatal con los peces gordos de Interior y el jefe de la policía, quienes fingían no verlo, la única ventaja de haber caído en desgracia. Tras identificarse y ponerse los cubrezapatos, entró en la plaza iluminada por las luces de los generadores, repleta de chaquetas, gabardinas, zapatos, bolsos, collares y pulseras abandonados durante la fuga o arrancados de sus propietarios por la onda expansiva. El cráter de la explosión tenía tres metros de diámetro y era de color negro carbón. Era exactamente allí donde uno de los terroristas se había hecho saltar por los aires, mientras los otros disparaban y acuchillaban a la gente. Los disparos habían abatido a dos de ellos, un tercero se había roto la espalda al caer sobre una barca amarrada.

Santini entró en el polideportivo. Los del Departamento de Investigaciones Científicas (RIS) hacían sus verificaciones, moviéndose entre muebles volcados y canapés pisoteados. Flotaba un hedor a vino y a frutas que recordaba el vómito; la luz era la amarillenta de las lámparas de emergencia que se habían encendido en el momento de la explosión.

Uno del RIS lo acompañó a través de la sala, iluminando con una linterna led los rincones oscuros por el camino. Dos guardaespaldas estaban echados en los peldaños de la gran escalinata central: uno tenía la nuez hundida; el otro, el cuello roto. Los del RIS comentaban que a esos los habían asesinado con las manos desnudas, alguien que sabía bien cómo hacerlo. Él no lo escuchó, o quizá sí lo hizo. En ese instante, su cerebro estaba hecho papilla.

La planta superior era poco más que una estrecha columnata que corría a lo largo de la pared principal, decorada como el área VIP de una discoteca. Los muebles eran de plástico con un colorido violento, las habitaciones estaban compartimentadas mediante carpintería de aluminio y cristal, hecho añicos. Todo estaba cubierto de cascotes y polvo.

Con el cuello en el tocón de uno de los tabiques yacía un joven elegante, casi decapitado por el borde afilado. Frente a él, otros dos empleados de seguridad en una posición descompuesta. El *monito* le señaló un charco de sangre en el suelo.

«Su compañera estaba aquí», le dijo. Y por un instante Santini tuvo la esperanza de que Colomba hubiera muerto en el acto, ahorrándole todas las molestias que estaban a punto de presentarse.

Alberti golpeó en la jamba, devolviéndolo al presente.

—Ha llegado el coche, *boss* —dijo.

—¿Hay novedades?

Alberti negó con la cabeza.

—Únicamente la confirmación.

El café de la máquina le quemó el estómago a Santini, mientras un vehículo camuflado con luces de emergencia lo llevaba al aeropuerto militar. Dos NOA, con pasamontañas y metralleta, lo escoltaron hasta la pista donde estaba posado un helicóptero NH90 NFH de la Marina con los motores apagados. Era una bestia de casi veinte metros, con una tripulación de tres miembros, que podía llevar hasta veinte pasajeros. De pie al lado del helicóptero con el portalón abierto, estaba el coronel Di Marco, y Santini sintió un leve envite de desaliento. Tenía la esperanza de no cruzarse con él, aunque debería haber sabido que no iba a perderse el último acto. Tenía unos años más que Santini, erguido como un palo e igual de maleable. Vestía un abrigo loden demasiado ligero para la

temporada y lo llevaba abierto, dejando ver un traje azul con la corbata reglamentaria. Le estrechó la mano.

—Doctor Santini, ¿cómo va la pierna?

—Duele. ¿Viajamos con este pedazo de bestia?

—Si no sufre mal de altura... —dijo Di Marco, dándole la espalda y subiendo a bordo. Los pilotos le saludaron—. Vayamos a buscar a Caselli —dijo—. Abróchese el cinturón.

## 7.

A las dos de la madrugada el NH90 aterrizó en el tejado del hospital de Portico después de haber despertado a la mitad de la población. Mucha gente pensó que había estallado la guerra y colapsaron las centralitas de emergencias. Entretanto, a Colomba la recogió un jeep militar y la escoltaron hasta el interior del ascensor de servicio. En el tejado las turbinas del helicóptero llenaban el aire de hielo pulverizado. Era enorme, un monstruo prehistórico que refulgía en la noche entre rugidos. Un militar de la escolta la ayudó a encontrar un sitio y abrocharse los cinturones de seguridad.

Santini estaba sentado en otro extremo de la fila de asientos vacíos. Di Marco, en la cabina con los pilotos, se volvió para mirarla y Colomba contuvo el deseo de borrarle la sonrisita a bofetadas. Despegaron deprisa, más deprisa que cualquier vuelo civil, y a Colomba se le clavó el estómago en el suelo. Portico se convirtió en una serie de luces amarillas en la neblina. Las ventanillas se cubrieron de hielo, el cielo se convirtió en una placa de pizarra, la luna se hizo pequeña y pálida. En cuanto abandonaron la zona de mal tiempo, Colomba se desabrochó el cinturón y se sentó al lado de Santini. Había adelgazado desde que se habían visto por última vez, tenía nuevas arrugas en la cara; el bigote, enredado. Le levantó los cascos y le gritó a la oreja:

—¿Tu amiguito te ha dicho algo sobre el cadáver?

—No, y no es amigo mío —respondió Santini del mismo modo. Se percató del corte en su labio, su delgadez—. ¿Cómo estás?

—Hago vida sana. ¿Y tú, con tus nuevos galones?

—Cansado.

—Renuncia tú también, así descansas. ¿Dónde han encontrado el barco?

—¿Has oído hablar alguna vez del escollo de Keith?

—Es la parte más cercana a la superficie del banco de Skerki —dijo Colomba, que durante mucho tiempo había practicado la pesca submarina.

—La roca llega a treinta centímetros de la superficie del agua. El *Chourmo* no llevaba el sonar encendido o Bonaccorso se quedó dormido al timón. Fuera como fuese, colisionó y se hundió.

—Como un idiota.

—*Quandoque bonus dormitat Homerus*, también el buen Homero...

—... *echa una cabezada a veces*. Pero no Leo. ¿Quién lo ha encontrado?

—La Marina libia. Han reconocido el pecio y nos lo han comunicado amablemente. A fuerza de regalarles barcos, se han vuelto colaboradores —se puso un cigarrillo en la boca, pero no hizo amago de encenderlo—. El barco se encuentra allí desde justo después de lo de Venecia.

A Colomba se le subió la sangre a la cara.

—¿Estás seguro?

—Es lo que me han comunicado.

—Tu amiguito.

—No es amigo mío, ya te lo he dicho. Pero resulta creíble, ¿no? Pensábamos que Bonaccorso tenía superpoderes, en cambio solo se equivocó de rumbo.

Colomba volvió a su sitio y fingió que dormía.

Aterrizaron en la prisión militar situada en el puerto de Pantelleria y los llevaron hasta un remolcador de la Armada. No vieron nada de la isla, salvo la costa que se iba alejando. Colomba, sin embargo, la recordaba por unas bonitas vacaciones cuando todavía estaba en la Academia. Volvieron a su mente las luces del cabo de Bon en Túnez, que brillaban en el agua nocturna, las pozas calientes, la vegetación africana. El remolcador los hizo brincar sobre las olas hasta el amanecer, cuando asomó el escollo de Keith y las naves que patrullaban la zona. Colomba había permanecido agarrada a la amura durante todo el viaje, intentando no vomitar. Ahora ya casi hacía calor, y un delfín del cual solo había quedado la parte anterior del cuerpo golpeaba contra las rocas, emanando un hedor de putrefacción.

Subieron al barco de apoyo del Comsubin, el grupo de submarinistas de asalto de la Armada. Asomaba sobre el agua el brazo mecánico que con un amasijo de cables sostenía el Rover. Se trataba de un pequeño submarino teledirigido que utilizaban para explorar los pecios y dragar las profundidades.

En el puente de cubierta pasaron al lado de cuatro submarinistas que entraban en escafandras de alta profundidad, asistidos por varios técnicos. Colgados de las grúas parecían gigantes robots de juguete, negros, con juntas y cabezas globulares. Colomba apenas se fijó en ellos. La ansiedad absorbía todas sus energías, le costaba mantenerse en pie. Habría preferido encontrarse de nuevo en el cuarto de Tommy, habría preferido sepultar con sus manos desnudas los cadáveres de sus padres en vez de estar allí. Pero lo que había vivido el día anterior ya estaba desvaneciéndose, anulado por un pasado que nunca se cerraba.

Además de la escolta de los Comsubin, en la cabina de mandos encontraron a unos cuantos oficiales en uniforme de campaña, entre ellos el comandante y el oficial médico. Por la forma en que se acercaron a Di Marco, no cabía duda al respecto de quién ostentaba el grado más alto. Un monitor mostraba el costado del *Chourmo* iluminado por los faros del Rover.

—¿Dónde está el cuerpo? —preguntó Colomba, antes incluso de que acabaran de estrecharse las manos.

—Del lado opuesto del pecio —respondió el comandante.

—¿Lo han identificado?

—Las condiciones del cuerpo no lo hacen posible desde aquí, doctora —dijo el oficial médico.

—Quiero verlo.

—Dentro de pocas horas comenzaremos la recuperación.

—Quiero verlo ahora, no dentro de unas horas.

Di Marco desbloqueó la situación ordenándole al comandante que dejara de poner problemas. Santini, que en todo el viaje no le había dirigido siquiera una mirada, le hizo una señal de agradecimiento que el otro fingió no haber visto. El marinero que estaba a los mandos maniobró el *joystick* y la imagen se movió barriendo el costado. Parecía intacto, a pesar de que lo cubrían laminarias y sargazos. Los daños comenzaban a partir de las hélices de popa: la de la derecha había desaparecido por completo, sustituida por un tajo que se abría en la quilla; la de la izquierda estaba doblada igual que una flor seca.

—Esto es el punto de impacto —dijo el comandante—. El eje de transmisión impactó contra el escollo y la embarcación empezó a hacer aguas. Los submarinistas entrarán por ahí, ensanchando la plancha metálica con los gatos. Desde aquí, de todas formas, podemos hacer un zoom.

El tajo se ensanchó en las pantallas convirtiéndose en el punto de acceso a un mundo ingravido, plagado de algas y posidonias. Mesas y electrodomésticos colgaban del techo, un colchón y una tumbona fluctuaban entre cúmulos de vegetales y telas que habían sido una sábana o una cortina. Había bancos de pececitos fluorescentes y moluscos que se arrastraban con lentitud alejándose del haz luminoso; del barro asomaban botellas de cristal e irreconocibles instrumentos metálicos.

Colomba contenía la respiración. La imagen se estabilizó sobre un amasijo de podredumbre del que sobresalían huesos verdosos. Era el torso de un esqueleto repleto de medusas variopintas. Asustadas por la luz de los faros se dispersaron en abanico, descubriendo el cráneo separado de la caja torácica. De las órbitas

colgaban filamentos de algas que se movían igual que cejas en la corriente. Una especie de anguila sin ojos se removía en el cráneo emitiendo nubes de mucosidad.

Los dientes de Colomba volvieron a abrir la herida del labio. ¿Eso era Dante? ¿De verdad podían ser aquellos sus pobres restos mortales? Se dirigió al oficial médico que se había quedado en silencio con la gorra del uniforme bajo el brazo.

—Doctor, ¿le han entregado la ficha médica de Dante Torre?

—Sí, señora.

—¿De verdad no puede afirmar si... —se le quebró la voz— si se trata de él?

—Es muy difícil a través del vídeo. Pero deje que eche un vistazo —hizo zoom sobre el esqueleto—. Por la masa ósea probablemente se trata de un hombre —de nuevo hizo zoom—. Según las suturas del cráneo puede tener una edad comprendida entre los cuarenta y los cincuenta años.

—Puede ser tanto Torre como Bonaccorso —dijo Santini, abriendo la boca por primera vez.

—Y otros millones de personas —dijo Colomba, que era incapaz de apartar los ojos de la pantalla, en busca de señales que pudieran ayudarla. Dante tenía una mano deforme, pero el esqueleto había perdido ambas.

—Veamos si el sonar nos ayuda —dijo el oficial médico. Colomba y Santini descubrieron que el Rover era capaz de escanear en 3D con una precisión milimétrica, algo que se utilizaba para las minas. El oficial médico hizo girar la imagen en la pantalla—. El esqueleto tiene problemas de cuello. Las vértebras cervicales tercera y cuarta están seriamente dañadas.

—¿Eso qué síntomas produce?

—Dolor y, en casos graves, lesiones medulares.

—No es Dante —dijo Colomba con un suspiro de alivio—. Sube y trepa por los árboles igual que un simio.

—¿Puede ser el hijo de puta? —preguntó Santini.

—No. Él también era muy ágil —Colomba logró decirlo con un tono neutro.

Vio de nuevo en un relámpago su primer encuentro con Leo durante el registro de una mezquita en Roma. Llevaba el pasamontañas como otros del NOA, pero la habían pasmado su mirada con un fondo irónico y su sentido común. Tendría que haberle arrancado los ojos, no sonreírle.

Di Marco la espabiló.

—Entonces hemos encontrado a otro miembro del comando —dijo—. Bien.

—Otro que se mató alegremente en nombre de su Dios —dijo Colomba, sarcástica.

—No sea pueril, doctora —dijo Di Marco—. Empezad la recuperación.

Hicieron falta más de seis horas para que los buzos vaciaran el casco. Colomba las pasó en continuo movimiento, entre el puente de navegación y la cubierta principal, donde la grúa descargaba paralelepípedos estancos de policarbonato negro del tamaño de baúles. Un equipo de auxiliares los abría y transfería su contenido a otros contenedores más pequeños, estériles y numerados. Hasta el agua del interior se recogía y se marcaba con el número del contenedor.

El esqueleto subió a la superficie con el primer viaje; luego llegaron cacharros, artículos de hogar y equipos de navegación. A continuación fue el turno de algunas cajas de madera todavía intactas. Contenían frascos de líquidos de colores que se trataron como si fueran radiactivos, probetas y botellas: parecía que se hubiera vaciado el laboratorio de Frankenstein. La última caja solo contenía los restos de un traje de hombre, negro, el mismo que Dante llevaba el día de su desaparición. También había un guante de cuero del mismo color.

Colomba se apoyó contra la amura y vomitó.

## 8.

Como siempre, asustaron a sus perros cuando fueron a recogerla. El dóberman se puso a correr por el patio, molestando a los vecinos a la hora de las telenovelas, y la doctora Bartone maldijo la arrogancia de los militares, que preferían presentarse en su casa con las metralletas, o en su laboratorio en el Labanof, el Laboratorio de Análisis Forense de Milán, en vez de llamarla por teléfono y enviarle un taxi. Después de lo de Venecia sucedía al menos un par de veces al mes, en cuanto aparecía una astilla de hueso sin clasificar o una mancha en la ropa de alguna víctima. Estaba orgullosa de ser la arqueóloga forense de referencia para Defensa, pero prefería dedicarse a las decenas de cadáveres sin nombre que llenaban las cámaras frigoríficas situadas bajo su oficina. Devolverles una identidad, permitir a sus familiares y amigos seguir adelante, era para ella más importante que las fijaciones de Di Marco. Se habría negado de no tratarse de Dante. Desde que, durante las investigaciones sobre las víctimas del Padre, llamaron a Bart para analizar el contenido de algunos bidones que contenían ácido y fragmentos humanos, para ella Dante y Colomba casi eran familia.

La hicieron subir al remolcador de los Comsubin con una manta térmica en los hombros, y temblando de frío se encontró con Santini, que la esperaba. Bart pensó que envejecía como los perros, a una velocidad siete veces superior a la de los seres humanos. En un lapso de un par de años se había transformado desde un poli de una pieza, a quien le asomaba el vello por la camisa, a ser una especie de viejo tío, cada vez más delgado y dolorido por la pierna. Siempre con la gorra irlandesa calada casi hasta la nariz.

—Buenos días, doc —le dijo estrechándole la mano.

—Buenos días, Santini. ¿Le sobra un cigarrillo?

El policía se lo dio y la puso al corriente de las operaciones. Los buzos seguían aún manos a la obra: estaban introduciendo enormes cámaras de aire en el casco que, al hincharse, lo harían subir a la superficie.

—¿Cómo está Colomba? —preguntó Bart.

Santini negó con la cabeza.

—No lo cree.

—Tal vez tiene razón —dijo Bart resoplando una nube de humo.

—Espero que encuentre algo entre los restos que pueda convencerla.

Bart negó con la cabeza, desalentada. No sabía realmente qué esperar. No encontrar nada significaría dejar intactas las esperanzas de Colomba, pero no creía que eso fuera bueno para ella.

Colomba apareció en el puente de cubierta, y Bart tuvo que hacer un esfuerzo para sonreírle. No la veía desde hacía seis meses, desde que le había hecho una visita imprudente a Culo del Mundo, donde se hallaba, y vio que Colomba solo era capaz de articular diez palabras seguidas. Ahora aún estaba delgada y pálida, cubierta con un falso abrigo de piel que le habría quedado bien a un pordiosero, los ojos húmedos y con ojeras. Santini le dio una palmada en el hombro y se alejó sin decir nada, ella se frotó como si la hubiera manchado una gaviota.

—Hey —le dijo Bart, y la abrazó, fingiendo que no notaba la peste a sudor. Colomba había partido sin llevar siquiera una camiseta de recambio—. Estás delgadísima, ¿ya comes de vez en cuando?

—Dante no está aquí, Bart —dijo Colomba como si no hubiera oído la pregunta.

Bart suspiró.

—Haré todo lo posible para saber qué ha pasado.

—No encontrarás nada que no cuadre. Leo es demasiado inteligente.

—¿Crees que naufragó a propósito? —preguntó Bart, sabiendo ya qué pensaba su amiga al respecto.

—Sí. Creo que fue su manera de conseguir que dejáramos de buscarlo. Y poder ser libre para hacer lo que quiere.

—Escucha, Colomba..., no debes alimentar demasiadas esperanzas —dijo Bart a regañadientes.

Colomba se puso rígida.

—¿No me crees?

—Cariño... —respondió con afecto—, te sientes culpable por él. Lo sientes por él. Lo echas de menos. Y harías cualquier cosa para llevarlo de regreso a casa. Incluso exagerar un poco con lo que ves. Eres un ser humano.

—Para ti, ¿cuántas posibilidades hay de que Dante aún siga con vida? ¿Una entre cien? Sé sincera.

—Según las estadísticas, las personas secuestradas de las que no se tiene noticia tras doce meses...

—Te lo tomas con calma —dijo Colomba, con impaciencia.

—Una entre cien.

—Si a ti te secuestraran y hubiera una posibilidad entre cien de llevarte de regreso a casa, rezarías para que alguien la aprovechara. Sé que lo harías.

Bart le aferró una mano entre las suyas.

—No tengo la intención de tirar la toalla. Pero tú debes descansar porque estás hecha un guiñapo. ¿Por qué no vienes a pasar unos días conmigo a Milán?

—Porque tengo cosas que hacer en Portico.

Un marinero le hizo un gesto desde la lancha, ella respondió con la señal universal de «cinco minutos».

—En tu opinión, ¿hemos encontrado a todas las víctimas del Padre? —preguntó.

Eso cogió a Bart por sorpresa.

—Por Dios, de verdad espero que sí. ¿Por qué?

—Hay un chico en mi zona que tiene un comportamiento... —se interrumpió—. Olvídalo, ya me tomas por idiota.

—No te tomo por idiota. Sé por qué momento estás pasando. Háblame de ese chico.

Colomba se apoyó contra la amura.

—Es autista y se comporta como los prisioneros a los que liberamos hace tres años.

—Eso significaría que alguien lo liberó en nuestro lugar, o bien que se escapó él solo. ¿Qué dicen sus padres?

—Han muerto asesinados. Y es un autista grave, no habla. Así pues, ¿no se te ocurre nada en absoluto?

—No. Nada de lo que he examinado sugería la posibilidad de otros prisioneros u otro lugar de reclusión. Pero no puedo descartarlo. A estas alturas, sin embargo, habrían muerto de hambre.

—No si alguien se ha ocupado de ellos.

La lancha amarrada a pocos metros de ellas lanzó un toque de sirena y Bart dio un respingo.

—¿Otro Padre?

—Un cómplice, un socio. A lo mejor, más de uno...

—Parece la historia que contaba Dante.

—Exacto, y yo habría hecho bien prestándole más atención. Porque tiene la mala costumbre de tener razón a menudo.

—Algunas veces, sin duda. Pero porque tú lo equilibrabas, eras la parte racional de la pareja. No puedes ocupar su lugar.

—Era la parte obtusa de la pareja. No cometas el mismo error que yo.

El marinero volvió a hacerle señas desde la lancha y a llamarla por su nombre.

—Tengo que irme. A ver si se te viene alguna cosa a la cabeza. Si encuentras algún detalle entre tus papeles, declaraciones, etcétera. Si tengo razón sobre ese chico, ya ha sufrido bastante.

—Cuando regrese —dijo Bart, dubitativa.

—Y avísame si encuentras algo en el *Chourmo* —le dijo al oído.

Bart, incómoda, respondió que sí.

—Pero hazlo de verdad. Estaré mal de la cabeza, pero ahora mismo Dante solo puede contar conmigo —Colomba la taladró con la mirada—. Y ten cuidado, no te fíes de nadie. No puedes saber de qué lado están.

—¿De qué lado están *quiénes*? —preguntó Bart.

—Todos.

Colomba bajó la escalerilla hasta la chalupa, Bart se quedó mirándola mientras se preguntaba si su amiga no habría perdido ya la luz de la razón.

## 9.

El viaje hasta Pantelleria fue más rápido que el de ida porque el mar estaba más tranquilo. No había nadie tocándole las narices y Colomba pudo consultar en paz los periódicos online desde uno de los puestos de la nave. No había grandes novedades sobre el doble homicidio. El cadáver de Melas lo había reconocido la hermana, que se llamaba Demetra y había llegado desde Grecia poco después de la salida de Colomba. En el vídeo filmado delante de cuartel de los carabinieri aparentaba unos cincuenta años, con un lifting y los labios de silicona. Iba acompañada por un tipo de aspecto simiesco, que en el pie de foto aparecía identificado como el fiscal de Pesaro, Vigevani, que estaba al frente de la investigación. Superaba a todo el mundo al menos por medio metro de altura.

En ningún periódico se hacía mención a posibles pistas alternativas, no se citaba ningún elemento que hiciera pensar en algo diferente a un drama familiar. En un ogo vuelto de la tumba que devoraba a los niños.

En la isla la subieron a otro helicóptero, el mismo que había acompañado a Bart; a petición suya la dejaron en el aeropuerto de Celio, en Roma. Desde allí fue en un taxi hasta la Piazza dell’Orologio, a pocos pasos del Quirinale. Eran las tres de la madrugada, su madre abrió la puerta en camisón, con el pelo revuelto.

—¿Qué ha pasado? —balbució.

—Nada. Solo he venido a recoger unas cosas del garaje. Perdona, no he tenido tiempo de avisarte.

Colomba entró y sacó la llave de un colgador con forma de pistola pirata. Muchas otras llaves estaban allí desde tiempo inmemorial, sin tener ya ninguna cerradura que abrir.

—Te preparo el desayuno —dijo la madre, todavía confusa.

—Me duele la barriga.

Colomba bajó al trastero del patio interior. Entre su ropa vieja y los armarios de formica, se hallaban los cajones y las maletas de Dante recogidos en su hotel. También estaba el archivo de la investigación que habían llevado a cabo sobre el Padre. Colomba llenó una vieja mochila con documentos y tarjetas de memoria.

También recogió el viejo portátil que utilizaba en la Móvil y que no había devuelto.

Subió otra vez y encontró a su madre sentada en la cocina, con aire dócil. El olor a café con leche llenaba el cuarto y se le hizo la boca agua.

—¿Te hago un café? —le preguntó.

—Ya no tomo.

—Ah, claro, por tu amigo. Me había olvidado...

Colomba no respondió, aún no quería discutir.

—Tengo que irme. Dicen que va a nevar de nuevo. Luego los trenes van con retraso y se monta la de Dios —le dio un beso en la mejilla, que olía a Acqua di Rose, y llegó hasta la estación de Termini a pie en la ciudad blanquecina, con estalactitas que colgaban en las fuentes y los últimos turistas borrachos. Todo le parecía falso y ajeno.

El primer tren regional para Las Marcas salía una hora más tarde y lo esperó en un banco del andén, congelándose hasta los huesos. Una vez a bordo se envolvió en la parka y se durmió, hasta despertarse por casualidad en la estación donde debía bajar. El cielo se veía negro e hinchado.

Llegó al taller en la entrada de Portico y el último tramo del trayecto lo hizo en la cabina de un remolque con un montón de rosarios colgando y la foto de un hombre con bigote que parecía la versión vieja del mecánico que conducía, un joven atlético con unas bonitas manos y pelo largo y revuelto. Apestaba a aceite y sudor, pero tenía una sonrisa hermosa. Se llamaba Loris.

—No te veo nunca. ¿Te gusta estar sola? —le preguntó.

—¿Y quién te dice que estoy sola?

—Tengo un ojo clínico —se rio—. ¿De qué trabajas?

Colomba desplazó la mirada hacia la carretera. Una pequeña furgoneta de la televisión estaba filmando una panorámica de los prados nevados.

—Estoy jubilada.

—Menuda suerte la tuya.

Al llegar a la última curva de la pista sin asfaltar previa al caserón, se detuvieron y Loris sacó el Panda de la zanja con el cabrestante eléctrico.

—Pero ¿qué cadenas usas? —le preguntó mirando el desastre de la rueda—. Deben de tener mil años.

—Es probable. ¿Puedes repararlo deprisa? Solo tengo este.

—Te convendría conseguir otro, aunque fuera usado.

—No soy muy exigente. ¿Para cuándo lo tendrás?

—Porque eres tú, te doy preferencia —respondió Loris.

—Pero si no nos conocemos...

—Has viajado en mi remolque, eres de la familia.

Cuando Colomba entró, la casa estaba helada. Metió unos pequeños troncos en la chimenea y los encendió rociando sobre el mechero el espray de laca de su madre, con un efecto lanzallamas. Arrastró el sofá hasta cerca de la chimenea y volcó el contenido de la mochila por el suelo, antes de distribuir los documentos a su alrededor. Con un destornillador rompió la cámara y el micrófono del ordenador, lo puso a cargar y luego lo utilizó para leer la historia del hombre al que había matado.

## 10.

El Padre había actuado en dos períodos diferentes. El primero fue desde finales de los años sesenta hasta 1989. Las víctimas del primer período, las ocho identificadas, parecían haber sido captadas al azar en el mapa de Italia. A un niño lo había secuestrado durante una excursión del colegio cerca de Roma; a otro, fingiendo un ahogamiento entre los remolinos del Po en Emilia. Lo único que tenían en común era que acabaron todos sepultados juntos en barriles de ácido un día no especificado de 1989.

La documentación de la segunda fase, comenzada en la década de 2000, era tan voluminosa como la primera y también les concernía a Dante y a ella. Se habían conocido cuando Colomba le pidió que le echara una mano para investigar sobre la desaparición de un niño en las inmediaciones de Roma. Paso a paso habían llegado hasta los contenedores donde el Padre retenía a diez prisioneros. Todos ellos fueron identificados, pero no todos volvieron con sus respectivas familias. Algunos de ellos llevaban años desaparecidos y se había declarado su presunta muerte, los padres se habían separado o habían muerto, o no tenían ganas de volver a hacerse cargo de hijos problemáticos, que se habían vuelto aún más problemáticos durante su cautiverio.

Uno de ellos se había suicidado en el hospital, una tragedia que, como recordó Colomba, afectó terriblemente a Dante. «Uno de los nuestros», dijo citando a *Lord Jim*. La opinión de los investigadores era que el Padre actuaba cuando encontraba condiciones favorables, después de haber localizado por azar a la víctima y haber estudiado sus hábitos. Le gustaban las familias en crisis, sobre todo aquellas en las que los padres se echarían las culpas mutuamente. A veces también mataba a uno de los dos, y obraba de modo que se creyera que el otro se había escapado con el hijo. Según las conclusiones de la comisión de investigación, los delitos del Padre se habían cometido para satisfacer «la pulsión incontenible de una personalidad dividida y gravemente alterada». Una explicación que a Colomba ya le pareció bien.

Pero a Dante no, aunque su comparecencia ante la comisión no sirvió para nada. Colomba estaba allí y lo recordaba perfectamente. La comparecencia se

desarrolló en el Palazzo San Macuto, en el barrio romano de Pigna, que, por una broma del destino, en el siglo XVII había sido una de las sedes de la Inquisición. En el suelo adoquinado del patio colocaron una mesa alargada y algunas sillas de plástico blanco, mientras a lo largo del perímetro una quincena de observadores temblaba de frío. En otro lado, un par de periodistas parlamentarios y un grupito de funcionarios de los servicios secretos.

Dante estaba en el centro del patio, arrellanado en una de las sillas; su cuerpo delgadísimo se confundía entre los pliegues de un largo abrigo negro, mientras delante de él, al otro lado de la mesa, un viejo senador con la cara rojiza por los capilares dormía bajo un sombrero ruso de piel. Una rubia con loden y botas hasta la rodilla, diputada de nombramiento reciente, colocó una grabadora sobre la mesa y la puso en marcha.

—Por favor, ¿quiere decirnos su nombre, y su fecha de nacimiento? Para que conste en acta.

Dante torturaba el paquete de cigarrillos. Estaba nervioso, pero lúcido, sin la mirada alucinada de cuando se atiborraba de psicofármacos.

—La fecha de nacimiento la desconozco —respondió con una voz que se iba afianzando—. Según el antropólogo legal que me ha visitado, entre los cuarenta y los cuarenta y cinco años. El nombre que utilizo es Dante Torre. El nombre con el que me bautizaron no lo conozco. Eso en caso de que me hayan bautizado. Podría ser un hijo de rasta o de pastafari, por lo que sé.

Hubo risitas entre el público y la rubia esbozó una pálida sonrisa tras la que escondía su irritación.

—Muy bien. Señor Torre, esta comparecencia ha sido instruida para profundizar en algunos aspectos de la investigación sobre el secuestrador y homicida en serie llamado el Padre, muerto durante el tiroteo a raíz de su detención. Y esto debido a que usted cree que hay hechos que la comisión debería esclarecer.

—Exacto.

—¿Quiere en primer lugar aclararnos su implicación en este asunto? Para la documentación.

—El Padre me secuestró cuando era un niño y me mantuvo cautivo durante trece años. En un silo en la provincia de Cremona, para ser exactos. Dónde y cómo me secuestró no lo recuerdo. Estaba convencido de ser hijo de Annibale Valle y Franca Torre, pero recientemente he descubierto que ese niño no era yo. El verdadero Dante fue asesinado cuando yo me escapé, en 1989. Encontraron su ADN en uno de los bidones de ácido donde el Padre disolvía a sus víctimas. Un

fragmento de hueso del pubis, para ser exactos.

—Y el Padre le hizo olvidar su verdadera identidad.

—Con el aislamiento, las drogas y la persuasión. Era psiquiatra y neurólogo, además de forense. Sabía cómo actuar. En mi caso, lo logró perfectamente.

—¿Por qué cree que las investigaciones no se han desarrollado de un modo satisfactorio?

—Porque el Padre no era solo un psicópata. Disfrutaba de protecciones y tapaderas que no han sido identificadas.

—¿Y lo encubrieron para que siguiera secuestrando y torturando a niños? ¿No le parece una idea un poco forzada?

—En todo el mundo se secuestran niños y se utilizan como esclavos, mendigos, objetos sexuales y fuente de órganos para trasplantes —contestó Dante con sequedad—. Cito de memoria. En 2007 el Gobierno nigeriano pidió indemnizaciones millonarias por las pruebas ilegales realizadas a unos doscientos niños de familias pobres con una vacuna para la meningitis. Cuarenta y nueve niños murieron en 2008 en la India durante los ensayos clínicos del Instituto de Medicina. Otra vez pobres, naturalmente, y ensayos siempre realizados por subcontratistas, a fin de que sea difícil llegar hasta quienes están detrás. De manera que no descarto que alguna multinacional con una facturación superior al PIB italiano pueda haber financiado al Padre para realizar experimentos *in vitro*. Actuó durante cuarenta años sin que lo pillaran, ¿cree que solo fue un gilipollas con suerte?

Todo el mundo lo creyó, pensó Colomba, incluso ella misma. Solo que ahora todo se le aparecía bajo una luz diferente.

Se hizo otra taza de té y escudriñó las fichas de los cómplices del Padre de los que la policía tenía noticia. Eran unos cuantos, pero casi todos habían fallecido de muerte natural (pocos), de muerte violenta (muchos); todos ellos eran criminales reincidentes: asesinos, violadores y exmilitares. Algunos lo acompañaban desde los años setenta, otros habían sido reclutados para matar a un testigo o dar de comer a los prisioneros. Al cómplice principal del Padre se le conocía como el Alemán, porque se ignoraba su verdadera identidad. Tenía unos setenta años, pero todavía era fuerte como un toro, y nunca había abierto la boca sobre su jefe después de la detención. Pero como él, podía haber un buen número.

Colomba leyó informes y sentencias hasta el amanecer del día siguiente y se adormiló soñando que estaba encerrada en un silo transparente en medio de las colinas. Bart la despertó con una llamada de teléfono al mediodía. Se oía de

fondo el rumor de las olas.

—Quería saber cómo estás... y tengo algo que contarte —dijo.

Colomba pasó del sueño a la ansiedad.

—¿Dante? —dijo con la boca seca.

—No. Te he buscado en Signal, pero no contestas.

Era una app para los teléfonos móviles que encriptaba las llamadas, la favorita de los traficantes y quien tenía algo que esconder. Colomba se la había hecho instalar.

—Porque ya no tengo teléfono móvil. Voy a comprarme uno.

—¿Cuánto tiempo necesitas?

—Media hora, si encuentro un taxi.

Había seis en toda la provincia, agrupados en una pequeña cooperativa, y estaban saturados de trabajo debido a la nieve. La chica de la centralita le dijo que por la tarde tendría más suerte. Colomba no quería esperar y se puso en marcha en el frío.

## 11.

Al principio, bajo el cielo que iba despejándose, casi fue agradable. Los campesinos habían limpiado la carretera sin asfaltar con los tractores y la temperatura era menos rigurosa que en los días precedentes. Los músculos de los hombros fueron distendiéndose poco a poco y las piernas se desentumecieron. Colomba alcanzó su ritmo de respiración tras los primeros trescientos metros de subida empinada, pero apenas duró y en mitad de la carretera se paró junto a un poste de señales, levantándose la capucha para respirar mejor. Tenía el corazón en la garganta, el estómago le palpitaba; maldijo esos meses pasados sin hacer ejercicio.

Empezó a caminar de nuevo. Superó la barraca del entrenador de perros, la granja del apicultor y la casa rural cerrada desde tiempo inmemorial y que ahora parecía el castillo de la Reina de las Nieves. Encontró una gata tricolor aterida de frío, unos pocos coches que se movían a paso de peatón salpicando barro. A la segunda hora de camino, vio brillar el sol de la mañana en los tejados blancos del centro medieval de Portico, desde lo alto de la última curva. El humo de las chimeneas hacía que pareciera una postal, con la iglesia de los Tintoreros en el centro y las casas de piedra amontonadas unas sobre otras como un pastel de boda. Colomba se detuvo para admirarlo: unas gotas de sangre de ese pueblo corrían por sus venas, y pensó que era tan bello que cortaba la respiración, un pedazo de Italia que conocía poca gente y que quizá por eso mismo no había cambiado mucho con el paso de las décadas.

Uno de los cambios fue la llegada de una tienda de telefonía e informática, abierta por un treintañero rechoncho, con la sudadera de *Final Fantasy*. Colomba compró un móvil barato y una tarjeta recargable: parecía que le quemara en la mano.

Al lado de la tienda estaba el bar del Corso, adonde su abuelo la llevaba de pequeña a comer helado de frambuesa; hasta los años treinta había sido una cochera para los carruajes. Colomba se sentó en uno de los bancos de hierro, descargó Signal tirando de la wifi municipal y envió un mensaje a Bart. Era uno de los pocos números que se sabía de memoria.

La arqueóloga y química forense la llamó un minuto más tarde.

—¿Por qué ya no tienes móvil?

—Porque es la mejor manera de que te espíen, hagas lo que hagas. ¿Tiene algo que ver con el Padre?

—¿Cómo? Ah, no... Aún no me he interesado por ese tema. Sin embargo, he visto el informe de los artificieros. Hay restos de explosivo a lo largo de la fisura del *Chourmo*. PBX, una clase de explosivo plástico. No sé mucho al respecto, no es mi especialidad y, obviamente, no puedo preguntar a los militares.

Colomba sintió que el corazón se le ensanchaba.

—Leo fingió el naufragio, ya te lo dije.

—Hay más. El pasajero no murió ahogado. Alguien le cortó la garganta con un cuchillo de submarinista. Al llegar al agua ya estaba muerto, pero no soy capaz de decirte cuántas horas antes y difícilmente será posible decirlo con exámenes más exhaustivos.

Colomba sintió una punzada en la herida.

—¿Qué más sabes sobre él?

—Déjame que encienda el ordenador... Estoy en el puente y hace un frío... Veamos, el muerto medía entre uno setenta y uno setenta y cinco, peso normal. Tenía una prótesis de titanio entre la tercera y la cuarta cervicales. El oficial médico no la había visto porque se había caído: la he encontrado en los sedimentos.

—¿Tiene número de serie?

—Sí. Y tengo una conexión con la base de datos del hospital. Se llamaba Giancarlo Romero, cuarenta años, autónomo. Vivía en Milán. ¿Te suena de algo?

—No. ¿Puede ser un nombre falso?

—No es probable. Se operó en un hospital público, y rellenó todos los documentos fiscales —Bart leyó en silencio durante unos instantes—. Y el nombre lo utilizó para otros ingresos en un lapso de diez años, siempre por el mismo problema. Radiculopatía, mal de cuello crónico..., lesión de las vértebras... Probablemente una Klippel-Feil sin diagnosticar.

—No lo he oído nunca.

—Un síndrome hereditario, el gen anómalo es el GDF6, por si te interesa. Tengo delante todo su historial médico y concuerda con los huesos que tengo sobre la mesa. Es él.

—¿Se había denunciado su desaparición?

—Nunca, por lo que he podido averiguar.

Colomba anotó los datos en una servilleta con el anuncio del licor de

frambuesas.

—¿Cuánto tiempo puedes ocultar esta información a los militares?

—Cinco o seis horas —dijo Bart—. No hagas tonterías.

Colomba pidió una cerveza, luego, con la misma aplicación, llamó a Alberti. Él tenía el programa ya instalado y contestó tranquilamente desde la mesa de Santini: su superior aún estaba en alta mar, con Bart y los demás.

—Doctora, ¿cómo se encuentra?

—Alberti, eres un poli ahora, y yo ya no. Así que deja ya de llamarme doctora. Deja que lo hagan los *pingüinos*.

—Mis disculpas. Es la fuerza de la costumbre —desde que el estatus de su relación había cambiado, Alberti siempre intentaba utilizar pronombres impersonales e inflexiones neutras, para no tener que tutearla o llamarla por su nombre. Era algo que no le salía, sentía hacia ella un temor reverencial—. ¿Cómo van las investigaciones en las profundidades?

—Ya no estoy en el barco. Necesito que me compruebes un nombre.

—Dígame... *Dime*.

—Giancarlo Romero, residente a Milán, cuarenta años —dijo—. ¿Me confirmas que no hay ninguna denuncia por desaparición? —le dictó los datos personales.

—Un momento, doct... De acuerdo —Alberti entró en el sistema conjunto del Centro de Elaboración de Datos, donde los uniformados guardaban los datos del resto del mundo—. Se lo confirmo. Reside en Milán.

—¿Tiene antecedentes?

—Solo por escándalo público. Le gusta que se la chupen en el parque los transexuales —sintetizó a partir de la ficha.

—Y es la única denuncia que hay. ¿Seguro?

—Sí. Cambió de domicilio en octubre de hace dos años. Le doy la nueva dirección.

—¿Qué día de octubre?

—El 30.

Dos semanas después de la masacre. Si realmente el *Chourmo* se había hundido de inmediato, Romero ya debía de estar muerto. Cuatro viejos jugaban a la escoba en la mesa de al lado. Coincidencia o destino, vio aparecer de nuevo el rey de oros.

—Necesito algo más. ¿Aún tienes amigos entre los *primos*?

Alberti había sido carabinero durante el servicio militar.

—Alguno.

—Hace tres días hubo un *doble* en mi zona. A ver si eres capaz de reunir algo de información. Familia Melas. Y pregunta si alguien conoce al mariscal Lupo, está al mando del cuartel de Portico.

—¿Tiene algo que ver con Romero?

—No. Luego te explico.

Colomba corrió al taller de reparaciones y a punto estuvo de ser arrollada por una máquina quitanieves. Loris salió del foso, por encima de él había un Toyota sin ruedas.

—Ya ves que todavía no he comenzado, ángel.

—Te lo ruego: nada de ángel —dijo Colomba con un escalofrío—. Préstame uno cualquiera. Me sirve incluso el tuyo.

—Acabas de meterte en una zanja con un Panda. ¿Crees que te voy a dar mi joya?

—Si te lo rompo, te compro uno nuevo. Es algo importante.

Él pareció pensárselo un rato.

—Martina dice que eres de la pasma, como ella, ¿es verdad?

—Ex. ¿Quién es Martina?

Loris se la describió: era la carabinera pelirroja.

—También me ha dicho que estuviste en Venecia dejando que te pegaran tiros los del ISIS —dijo.

—Yo a su edad hablaba menos.

—¿Es verdad?

—Más o menos. Pero el resto te lo buscas en los periódicos.

Loris se rio y le lanzó un manojito de llaves que sacó del bolsillo del mono.

—Déjame un documento. Y si me lo rompes, te llevo a juicio. He ganado tres grandes premios con ese.

El coche era un Peugeot 208 preparado para *rally* y repleto de logotipos. Colomba se marchó quemando neumáticos.

## 12.

El piso de Romero estaba en un bloque de cinco plantas entre la carretera de circunvalación este y el aeropuerto de Linate. La zona era una mezcla muy milanesa de zonas verdes, edificios estilo años sesenta y viejos hangares de ladrillo que habían sido la sede de la gloriosa fábrica de aviones Caproni, desmantelada en la segunda posguerra. Colomba llegó en tres horas escasas, añorando las luces de emergencia; aparcó no muy lejos y esperó a que entrara un vecino para colarse por la puerta. El edificio carecía de portería y Colomba blasfemó en voz baja: con una propina podías hacer que te abrieran o recibir información de la mayoría de los porteros. Por suerte, los nombres en los buzones indicaban los pisos, y subió a pie hasta el segundo. Una muchacha estaba regando una maceta de geranios. De unos veinticinco años, mejillas rojas y redondas como manzanas, talla cien de sujetador. Colomba vaciló un instante en exceso.

—¿A quién busca? —preguntó la joven secándose las manos en el delantal.

Colomba desgranó la historia que se había preparado durante el viaje.

—Giancarlo Romero. Hace un tiempo que no se sabe nada de él y los suyos...

—Vive allí —la interrumpió la chica, indicando la puerta del otro lado del rellano—. Cuando vuelva le diré que lo ha estado buscando.

El tono de la muchacha erizó el vello en el cuello de Colomba.

—Pero ¿cuándo se marchó?

—El lunes. ¿Ha pasado algo?

Una gota de sudor gélido recorrió la espalda de Colomba. Hasta ese momento había creído que Romero debía de ser un cómplice de Leo. Pero ahora todo aparecía desde otra perspectiva.

—Sus padres están buscándolo —dijo forzándose a respirar—. Aunque quizá no hablamos de la misma persona. Para asegurarnos, ¿es bajo, gordo y calvo? —dijo haciendo una descripción al azar.

—No, es alto y castaño, con gafas —la muchacha se rio—. Y es cualquier cosa menos gordo. Hace un montón de deporte. Ahora tendrá que perdonarme, pero estoy oyendo que el niño llora.

—Gracias —logró decir Colomba.

En el bolsillo de la parka aferraba la culata de la pistola con tanta fuerza que dolía. Esperó a que la muchacha regresara a su piso, luego hizo saltar la cerradura de Romero lanzando una patada tras coger impulso. Había visto que no era una puerta blindada, y de hecho se abrió con facilidad, aunque con ruido. Colomba la cerró deprisa tras de sí, apoyándose contra la misma y sujetando la pistola con las dos manos. Se oyó en la escalera la voz de alguien que se quejaba del alboroto, pero a nadie se le pasó por la cabeza salir para echar un vistazo.

Se adentró en el apartamento envuelto en la penumbra de las cortinas, con un hedor a cloro que hizo que le lloraran los ojos. Tres habitaciones, algún mueble normal y corriente. Nada de ropa, libros u objetos decorativos. Nada de sábanas en la cama y el colchón estaba empapado de lejía putrefacta. También los suelos y las paredes se habían lavado, disolviendo y manchando la pintura. Pese a no ser de los *monitos*, Colomba estaba segura de que cualquier huella biológica había desaparecido. Se cubrió las manos con las mangas de la parka y abrió una ventana para ventilar.

*Tú sabes quién es, ¿verdad? Sabes que ha vivido aquí todo este tiempo.*

El móvil vibró con «Número desconocido» en la pantalla. Bart y Alberti habrían utilizado Signal y ella no le había dado a nadie su número. Conocía a solo una persona capaz de encontrarlo tan deprisa. La misma persona que durante el último año había sustituido a Romero y había vivido en su lugar.

*Solo una.*

*Descolgó.*

—Hola, Colomba, te he echado de menos —dijo la voz de Leo.

---

## Capítulo III

## 1.

*La temperatura en el exterior del almacén rondará los cero grados, pero a Dante no le sorprende. Sabe adónde lo ha llevado Leo, ha reconocido el edificio de sus pesadillas: el cubo de cemento al que sus prisioneros habían apodado la Caja. Lo que ocurría es que él pensaba que había sido destruida, porque se eleva a pocos kilómetros de Chernóbil. La ciudad muerta. Poblada únicamente por ancianos que esperan a morir de cáncer o de cualquier otro efecto de la radiación. La misma que ahora Dante siente sobre su piel. Pincha como agujas. ¿Cuánto tardará en acabar cubierto de pústulas? ¿Minutos u horas? La ciudad se consideraba de riesgo radiactivo bajo para estancias cortas, pero ¿quién se lo creía? Cuando el dinero se mueve, siempre se encuentra la manera de dorar la píldora.*

*Debería regresar como mínimo entre las paredes de cemento del almacén, pero si lo hiciera se quedaría esperando únicamente a palmarla. Fuera, al menos, puede tener la esperanza de encontrar una forma de huir.*

*Ya empieza a no sentir los pies. Una villa de dos plantas cierra el patio, tan grande como tres campos de fútbol; y del otro lado la verja que lleva a la Caja. Dante corre por el cemento congelado y roto por las malas hierbas hasta la villa. Espía desde el umbral, alguien ha pasado antes por allí para desvalijar. Lo que debía de ser una oficina está reducido a escombros. Los pocos escritorios que quedaron han sido amontonados y quemados, máquinas y cables eléctricos han desaparecido, todo lo que tenía algo de valor lo han desmontado y se lo han llevado. Solo quedan cenizas y excrementos humanos y animales. Dante se arma de valor y entra, pisando con los pies descalzos la porquería que cubre el suelo. Se está contagiando de millones de enfermedades mutantes, se convertirá en un monstruo como Matango.*

*Sube las escaleras prestando atención a no pisar añicos de cristal y los casquillos del Kaláshnikov que han agujereado la foto de Andrópov en la pared.*

*En el primer piso encuentra un cadáver. Ya se lo esperaba, solo faltaba eso en ese lugar de pesadilla. Pero de todas formas le da asco. Y más asco aún el pensamiento de que ahora le quitará el mono antirradiación que lleva puesto.*

*Dante lo quiere, a ser posible antes de desmayarse debido al frío y al encierro.*

*Se arrodilla sobre el cuerpo, teniendo cuidado de mantener los ojos delante de la ventana. Está cubierta por una rejilla y en la rejilla se envuelve lo que parece la liana de Tarzán, pero que es un trozo de luna que se asoma entre las hojas. Que Dios bendiga a quien la inventó.*

*El mono que lleva el hombre también parece un resto de la era soviética, por lo viejo y desgastado que está. La capucha de goma y de plástico transparente está equipada con un filtro que Dante juzga ineficaz y que se mantiene unido con cinta adhesiva. El resto del mono es liso como un jersey. Pero es mejor que nada. Sabe que no lo protegerá en absoluto de la contaminación, pero al menos le dará calor. Solo debe sacarle antes el contenido. Un cadáver, qué va a ser. Nada diferente a una persona con vida, tan solo un poco más inmóvil.*

*Tira de la capucha, que hace un ruido líquido al separarse de lo que hay debajo. Dante se temía una explosión de aguas residuales, pero la cara del anciano que se descubre parece la reliquia de un santo. El microclima del mono lo ha transformado en una momia apergaminada. Dante ha visto decididamente cosas peores, y ha tocado decididamente cosas peores. Le desabrocha el mono haciendo crujir los huesos, luego se lo arrebató al cadáver mediante un furioso cuerpo a cuerpo que dura largos minutos y que transforma a Dante en una fuente de sudor.*

*El anciano también lleva un jersey y ropa interior, pero Dante decide que eso no es capaz de quitárselo. Le basta con el mono, que al contacto con el calor de su cuerpo —el que le queda— empieza a oler a rayos. Dante se tambalea hasta el exterior con los pies desnudos en las botas de goma que le hacen parecer un pato. Tendrán que amputárselos, probablemente, cuando todo acabe.*

*El frío se ha hecho soportable. Desde el centro del patio observa de nuevo la Caja. No tiene ventanas, un edificio de seis plantas tan grande como un bloque popular de viviendas sin una puta ventana. Lo construyeron de ese modo a propósito, porque lo que se hacía en su interior no podía ser visto. Y nadie debía salir de allí.*

*No sabe cómo lo ha llevado Leo al otro lado de la frontera ucraniana y no sabe por qué lo ha hecho. No sabe por qué antes de llevárselo le reveló que era el hermano al que nunca había conocido, ni sabe si eso era cierto. De lo único que está seguro es de que allí durará poco, con mono o sin mono. Se echará a dormir en algún sitio y será el final. Ya le cuesta mantenerse en pie, no tiene la menor idea de cómo volver a casa o pedir ayuda, y no oye en el aire ningún sonido de coches o de líneas eléctricas. Va hacia la Caja, la única estrategia*

posible. El monumento al único Dios al que Dante teme, el Dios de lo Cerrado, hecho de oscuridad y paredes impenetrables.

La verja da a una copia a escala reducida del patio que ha dejado a su espalda. El muro que lo cerca tiene cinco metros de alto, con alambrada, y nace en la parte inferior de la Caja, una base de cemento más amplia que el edificio y con un piso de altura. Allí hay ventanas, porque era el área reservada al personal. Los cristales están rotos, también allí todo ha sido desvalijado y quemado. Todavía nota el olor, no tan malo, a decir verdad. Parece...

Café.

Sabe que es imposible, pero sigue de todas formas el rastro aromático. Se encuentra delante de la puerta de lo que había sido la cocina. Mobiliario y utensilios han sido robados o destruidos, salvo una gran nevera volcada de lado. Sobre ella está colocado un hornillo de gas con una cafetera que borbotea. Dante piensa en rápida sucesión en una alucinación, luego en un bomba trampa, un mina antipersona, pero cuando levanta los ojos ve al hombre que limpia con un pañuelo un par de tazas rotas.

Leo.

Viste un mono militar sin distintivos abierto sobre la chaqueta térmica de abajo. No lleva ni máscara ni mono, parece que la radiación se la suda.

—Has llegado justo a tiempo —le dice alegremente—. Ya está saliendo el café. Ven, tenemos un montón de cosas de las que hablar.

## 2.

Colomba no lograba hablar. Sostenía la pistola apuntando a la puerta de entrada y el móvil en la izquierda, lejos de la oreja, como si quemara. Se esperaba ver a Leo irrumpiendo en la habitación.

—¿Quién eres? —jadeó.

—Ya sabes quién soy —dijo el otro, con el tono tranquilo de siempre—. ¿De verdad tengo que decirte que estás perdiendo el tiempo? No he dejado nada a mis espaldas.

—Déjame hablar con Dante —dijo Colomba con un hilo de la voz.

—No está aquí.

—¿Y dónde está?

—Es una historia complicada, Colombina.

Colomba recuperó el aliento.

—¿Qué coño le has hecho? —gritó—. ¡Dime si está vivo! ¡Dime dónde está!

—No puedo. Lo siento.

—¡Maldito hijo de puta! —Colomba no era capaz de contenerse, el odio y la rabia estallaban en su voz—. ¡Yo te mato, no me importa una mierda si me condenan a cadena perpetua!

—Si vuelves a gritar, cuelgo.

El tono había perdido toda clase de entonación y Colomba se percató de que estaba haciendo lo contrario que debía hacerse cuando uno está hablando con un psicópata. Tenía que ser condescendiente, amable, estimular su ego. Cada palabra que Leo dejara escapar podría ser valiosa. Se controló mordiéndose la herida del labio.

—¿Puedo preguntarte al menos si está bien, por favor?

—Cambia de tema, Colombina.

*No exageres. Síguele la corriente.*

—¿Por qué mataste a Romero?

—Porque era fácil de ligar. Y a mí ligar se me da bien.

Colomba tembló pero no dijo nada.

Él se rio amablemente.

—Perdona, Colombina, he sido inoportuno.

—¿Qué pasó a bordo del *Chourmo*? ¿Por qué lo hundiste?

—No te he llamado para contestar a tus preguntas.

—Entonces, ¿para qué?

—Para decirte que lo dejes. Nunca nos encontrarás ni a mí, ni a Dante. Y podría ser peligroso para ti seguir buscando.

—No tengo miedo —mintió Colomba.

—Pues deberías tenerlo. Sabes de lo que soy capaz.

El aire luchaba por entrar por la garganta estrecha, Colomba flexionó las piernas hasta que acabó de rodillas.

—Por favor... —graznó—. Solo dime si está vivo.

—Elige, Colombina. Una larga vida en mitad de las colinas o un rápido pero doloroso final. Elige bien —dijo Leo, y colgó.

Colomba dejó de respirar. Los oídos pitaban, todo se volvía negro y viscoso. Con sus últimas fuerzas arañó las baldosas. La uña del índice izquierdo se levantó hasta doblarse cerca de la raíz. El dolor fue un relámpago que le aclaró el cerebro.

*Joder*, pensó mientras se chupaba el dedo herido. Media uña se le quedó en la boca y la escupió al suelo con un chorro de sangre. Estaba montando una buena, pero era incapaz de contenerse.

*Una larga vida en mitad de las colinas.*

Sabía dónde vivía. Sabía lo que estaba haciendo. Se había desprendido de cualquier aparato electrónico, había dormido con un ojo abierto durante un año, y él había logrado vigilarla de todas formas.

Con un trozo de papel higiénico y lejía borró sus huellas y recogió los fragmentos de uña. Se deshizo de todo en el váter, tirando de la cadena numerosas veces.

*Sabía dónde vivo, pero también que estaba aquí. Lo ha sabido de inmediato.*

Salió del piso entrecerrando la puerta rota, y se encaminó hacia las escaleras. O mejor, solo pensó en hacerlo porque se encontró de nuevo con el nudillo pulsando el timbre de la vecina. La muchacha abrió con un delantal a flores alrededor de la cintura.

—Qué coñazo —le soltó.

Colomba la empujó dentro y cerró la puerta con el codo para no dejar huellas.

—Le has avisado tú —gruñó.

—¡Salga o grito!

Colomba la lanzó contra la pared y le tapó la boca con la mano.

—La persona a la que has avisado es un asesino. Un monstruo. Y por tu culpa puede que se haya escapado. Podría estar matando a alguien justo en este momento. ¿Lo entiendes? Dime que lo entiendes.

La muchacha estaba aterrorizada. Señaló la puerta entreabierta de la habitación, se veía el brazo de un recién nacido que sobresalía entre los barrotes de una cuna. Podía tener como máximo un año. Colomba apartó la mano.

—No le hagas daño a mi hijo —dijo la chica, la voz chillona debido al miedo—. Te juro que no he avisado a nadie.

—¿Te ha pagado? ¿Te ha amenazado para que le hagas de espía?

—¡No!

Colomba no la creía, pero daba igual. Si aún seguía con vida, es que no sabía nada útil para encontrar a Leo. Había cometido un error al ir allí. La muchacha no la había visto bien cuando habló con ella, pero ahora sin lugar a dudas la recordaría.

*Tanto peor.*

—Dime algo más sobre él.

—No sé qué...

—Visitas. Comportamientos extraños.

La muchacha negó con la cabeza.

—Nada.

—Nunca vino nadie. Un monstruo vive delante de ti durante un año y no ha hecho nada raro nunca —dijo sarcástica.

—Estaba poco. Hablaba poco —la muchacha pareció esforzarse, con los ojos clavados en la habitación del niño—. Quizá le gustaba la montaña.

—¿Te lo dijo él?

—No, pero la última vez que lo vi llevaba una mochila con esos trastos que se ponen en los pies para el hielo. Quizá fue a la montaña.

—¿Os acostabais? —preguntó.

La muchacha le devolvió una mirada aterrada.

—No. Lo juro.

—Ojalá sea así.

Colomba salió del edificio a la carrera, con un miedo que empezaba a consumir la rabia. Mantenía la cabeza gacha y la gorra calada hasta la nariz, igual que había hecho a la ida ante posibles cámaras de seguridad. A estas alturas las ponían por todas partes, y estaban también las de simples ciudadanos que se divertían ofreciendo imágenes del patio con las cámaras web. Resulta muy práctico cuando tienes que investigar, un poco menos cuando quieres evitar que

tus excompañeros vengan a buscarte después de haber intimidado a una testigo.

*No es de ellos de quien debes preocuparte, pensó.*

La voz de Leo se le había clavado igual que una espina venenosa y comenzaba a infectarla. Leo podía estar en los alrededores, dispuesto a saltar sobre ella.

*¡Cálmate!*

Se le cayeron las llaves del coche dos veces, se dio un golpe en el dedo herido, gritando de dolor, y al final logró abrir la puerta del coche y marcharse. Enfiló la provincial para evitar las cámaras de seguridad y se detuvo para llenar el depósito en una estación de servicio. Reactivó el móvil y envió un mensaje por Signal tan lleno de errores y desesperado como para que Bart la llamara de inmediato. Lo hizo desde el lavabo del laboratorio marítimo.

—Dales el nombre —susurró Colomba—. No servirá de nada, pero hazlo.

Incluso con la penosa calidad de la comunicación Bart se percató de que estaba en shock.

—¿Qué ha pasado?

Un camionero que iba a los lavabos del exterior le sonrió, Colomba volvió el rostro.

—Leo ha utilizado la casa de Romero durante todo este tiempo —dijo bajando aún más la voz.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Me ha llamado por teléfono, joder... Estaba en su apartamento y me ha llamado —tartamudeaba, los latidos eran puñetazos en la garganta—. Me vigila. Sabe todo lo que hago.

—Colomba —dijo Bart esforzándose por mantener la calma—. Pero ¿estás segura de que era él?

—¡Sí! ¿Tú crees que podría equivocarme con algo semejante? —Colomba se secó la mano sucia de sangre en la camiseta. El dedo seguía sangrando.

—Escucha... ve a mi casa. Pídele las llaves a la portera. Yo vuelvo lo antes posible.

Bart vivía en Milán con sus dos perros, en un *loft* situado en una vieja tipografía.

—No, no... Ya casi he llegado —mintió Colomba—. Te llamo más tarde.

Colgó, bloqueó el teléfono tecleando seis veces el pin incorrecto, luego lo desmontó encima de una papelera, destruyó la tarjeta SIM y lo tiró todo. No bastaba con cambiar el número, también los aparatos eran localizables. Tenían un código IMEI que transmitían cada vez que se conectaban con las antenas, y con la tecnología apropiada era posible identificarlos. Y Leo contaba sin lugar a

dudas con la tecnología apropiada. Tendría que haberlo apagado antes de ir a casa de Romero, pero estaba tan acostumbrada a no tenerlo que no se le había pasado por la cabeza.

*Idiota.*

No se sentía capaz de regresar a casa en plena noche y se paró en un motel, donde dio una propina para no dejar la documentación. Esperó al amanecer mirando las luces de los coches de la carretera provincial. Solo pensaba en Leo, no lograba dejar de hacerlo. Su voz era un veneno que la intoxicaba, se sentía como si estuviera caminando por un hilo suspendido sobre un estanque de tiburones.

¿Por qué había dado señales de vida un año y medio después? ¿Por qué había querido confirmarle que aún estaba con vida en vez de dejarla con la duda? Su experiencia le decía que los asesinos nunca llamaban a la policía para desafiarla, no lanzaban señales en clave, no intentaban inconscientemente que los detuviesen. Se escapaban, mataban y se escondían, sabían que cualquier contacto era un peligro. Los viejos mafiosos, con todo el dinero que tenían, raras veces veían la luz del sol. Vivían como topos en habitaciones subterráneas, enviaban por ahí notitas, los *pizzini*, que no dejaban huellas en internet.

Leo podía estar como una cabra, pero sabía que contactar con ella era peligroso. Si lo había hecho, debía de tener un motivo, válido al menos para él.

*Una larga vida en mitad de las colinas.*

*Las raquetas para el hielo.*

Leo había permanecido en Italia en vez de huir, sabía dónde vivía, se movía por la nieve. El hilo invisible bajo los pies de Colomba tremoló, poniéndola en peligro de caer. En el vértigo revivió las breves vacaciones en el hotel balneario Bagni Vecchi de Bormio, donde había estado con Dante después de la muerte del Padre. Mientras ella nadaba en la piscina termal, Dante respondió al móvil. Un desconocido al otro lado de la línea lo felicitó por haber sobrevivido, y antes de colgar le dijo que era su hermano. Nada de nombres, no había vuelto a llamar, pero esa llamada telefónica lo había cambiado todo. Dante no recordaba nada de su propio pasado, lo que sabía sobre su familia era un recuerdo falso que le inculcó el Padre durante los años largos de aislamiento de su infancia. Es fácil influir en un niño aislado del mundo exterior, y seguro que el Padre sabía cómo hacerlo. Y para Dante, cuando supo que tenía un hermano por ahí, la búsqueda de su pasado se hizo obsesiva. Existía alguien que tenía la llave para abrir la puerta dentro de su cabeza, que podía decirle quién era realmente.

Y ese era Leo. Leo lo admitió mientras secuestraba a Dante y ella entraba en

coma. Si era verdad, ¿cuál había sido su relación con el Padre? ¿Era el cómplice que había asesinado a los padres de Tommy?

Colomba sintió el vértigo, el vacío a sus pies. Leo había sido capaz de hacerse pasar por compañero suyo durante semanas solo para llegar a Venecia durante la masacre. Planeaba, seguía un guion exacto. Alguien como él podía organizar que uno de los prisioneros del Padre se mudara a tres kilómetros de ella, pero ¿con qué propósito? ¿Solo quería torturarla?

Con un dedo Colomba escribió «Leo» sobre la humedad del cristal. Los faros de un camión lo hicieron brillar. Los Melas fueron asesinados el día en que descubrieron el *Chourmo*. Quizá Leo estaba quemando las naves. O quizá tenía una razón más oscura y, si nadie lo detenía, habría más sangre.

### 3.

El puesto de los carabinieri de Portico era una pequeña villa de tres plantas semejante a las otras de la calle que llevaba hasta el museo, salvo por la alambrada y el cartel amarillo que indicaba el límite infranqueable de la zona militar. La puerta para el público estaba en la planta baja, a la que se accedía superando un detector de metales. El primer piso, en cambio, estaba reservado a los carabinieri, incluida una pequeña habitación para los interrogatorios, que también se utilizaba para las conversaciones entre los detenidos y sus abogados. En el tercero vivía Lupo. En los pequeños cuartelillos era normal que el comandante durmiera en el puesto. No había bastante personal para los turnos de noche y contestaba directamente él a las llamadas fuera del horario.

También en el interior el puesto se parecía más a una pequeña villa que a un cuartel. El mobiliario estándar de los suministros ministeriales se veía aliviado por un par de cuadros de Magritte reproducidos por un falsificador local, al que Lupo y su equipo habían detenido un par de años antes. Estaban expuestos en el vestíbulo, junto a la fotografía del presidente, porque le gustaban a Chiara, que había sido la única funcionaria civil del cuartelillo y una especie de jefe supremo irascible en lo que concernía a la logística. Lo pasó bastante mal cuando se jubiló y la sustituyó un telefonista con jornada reducida, contratado según la ley sobre discapacitados, Donato, que por otro lado era sordo de un oído y tenía ambas piernas amputadas.

Justo después del despacho de Chiara (lo llamaban todavía así, como si su espíritu siguiera revoloteando) se abría la puerta de la cocinita, donde los carabinieri tomaban el café o se calentaban algo en el microondas comprado por Navidad tras una colecta. También había una pequeña nevera para guardar la comida que se llevaban de casa en recipientes de cierre hermético. No había nombres escritos encima, todos sabían reconocer el de cada uno. A las ocho de la mañana, dos carabinieri de turno estaban allí para hacer un segundo desayuno: el mariscal segundo Nerone y el brigada Bruno con el café de la cafetera napolitana que Bruno, originario de Mergellina, era el único autorizado a manipular. Nerone tenía un físico de exjugador de rugby con barriga y barba;

Bruno, cerca de la jubilación, era alto y delgado. Entró Martina con un termo de batido Herbalife con el que tenía la esperanza de rebajar un par de centímetros de cintura y de inmediato la atención de sus dos compañeros se desvió hacia ella. Martina no era una *top model*, pero era, en cualquier caso, la única mujer que frecuentaba esa especie de androceo.

—Buenos días, señor mariscal; hola, Bruno. ¿Queda algo para mí?

Bruno levantó la tapa de la cafetera napolitana.

—Poco. ¿Quieres que te haga más?

—No, me basta, gracias —Martina se sirvió el café en un vasito de papel—. Ya me he tomado dos.

—¿Has traído aquí al hijo de Melas? —preguntó Nerone.

—Sí, mariscal.

En el piso de arriba, de hecho, se llevaba a cabo una reunión con el fiscal y el perito del tribunal, para hablar sobre el estatuto de Tommy.

—Lástima que no puedas devolver a un hijo si te sale rana —dijo Nerone—. Os imagináis lo cómodo que sería. ¿Que tu hijo es demasiado tonto? Pues lo devuelves.

Bruno se rio.

—Cuando mi hijo era adolescente lo habría hecho sin pensármelo.

—Tommy no es tonto —dijo Martina con cautela. Era la última incorporada y no quería llevar la contraria a sus superiores abiertamente—. Tiene otros problemas.

—Sus padres ya se han dado cuenta de los problemas que tenía —dijo Nerone.

Bruno se rio de nuevo, Martina forzó una sonrisa.

—Aunque sin duda alguna también ha sido culpa suya si su hijo ha salido así —prosiguió Nerone, encantado de recibir la atención de los demás, sin sospechar que buena parte de la misma se debía a su graduación—. Deben de haber hecho alguna gilipollez.

—Uno nace autista —dijo Martina, con un tono incluso más bajo.

—Uno de cada diez es por culpa de las vacunas —pontificó Nerone—. Quizá más, porque las multinacionales farmacéuticas hacen de todo para ocultar los daños.

Bruno pareció darse cuenta de la incomodidad de Martina e intervino cambiando de tema.

—¿Y a Vigevani qué le hicieron? ¿Habéis visto lo alto que es?

El ayudante de fiscal de Pesaro era un gigante. Pelo despeinado, rostro equino, medía dos metros y quince centímetros y pesaba ciento veinte kilos. Su corbata

era tan ancha que habría podido usarse como pareo, los zapatos parecían los de Goofy.

—Parece un hombre de las cavernas —se rio Nerone, mordiendo el anzuelo.

Martina no dijo que los hombres de las cavernas eran mucho más bajos que los hombres modernos, y sorbió su batido pensando en Tommy, que lloraba de miedo cada vez que había que moverlo de un lugar a otro. Sus ojos le recordaban los del perro que tenía de niña, y que se le había muerto entre sus brazos haciéndole entender de golpe la realidad más dura y terrible de la vida: que tiene un final.

Alguien bajó corriendo las escaleras. Martina se imaginó a Tommy fugándose y se lanzó al vestíbulo para detenerlo. Había visto cómo lo trataban sus compañeros cuando nadie los veía —un buey al que empujar al matadero y del que burlarse— y no quería que ocurriera.

Pero solo era Lupo, la cara como un tomate por la irritación, que la miró como si fuera transparente y se encaminó a la puerta principal sin decir ni una palabra.

—Diría que la reunión ha ido mal —dijo Nerone. Tiró el vasito de plástico arrugado, sin acertar el cubo de la basura y salpicando las botas de Martina.

—Eso me temo, Vice —dijo Bruno. El mariscal Nerone era el segundo en la línea de mando, y le gustaba ese apodo, aunque en un cuartel de seis personas fuera ridículo—. El jefe tiene la cara de cuando ha de ir a pedirle un favor a alguien.

#### 4.

Colomba regresó al caserón y le pareció que estaba hirviendo y lleno de mosquitos. Durante su ausencia y gracias a la sal derramada a toneladas por las carreteras, el camión cisterna había sido capaz de trepar hasta Mezzanotte y recargarle el depósito de la caldera. Colomba entró pistola en mano, inspeccionó las habitaciones, luego verificó que todas las ventanas estuvieran atrancadas, colocando el candado a las que se lo había quitado para ventilar. Solo más tarde roció el insecticida sobre los restos de comida y se lanzó bajo la ducha para librarse de la peste fantasma de la lejía. La peste a Leo. El rey de oros la observó desde el espejo.

Con un poco de imaginación su mirada podía parecer la de Leo, según la recordaba. ¿Era esto lo que Tommy quiso decirle? ¿Había sacado la carta que más se parecía a él?

Apartó los ojos de la imagen, tildándose de estúpida. Si seguía procediendo así, corría el riesgo de ver su cara hasta en las manchas de la pared.

En el motel se había vendado el dedo con papel higiénico, ahora lo desinfectó y se puso una tirita. La punta era el doble de grande de lo normal, y el lecho ungueal le dolía solo con mirarlo. Mientras masticaba una aspirina, le llegó el sonido de un claxon.

—¡Doctora, felicidades por su nuevo coche! —le gritó la voz de Lupo desde el exterior.

Se envolvió en el albornoz y se asomó a la ventana. El mariscal estaba apoyado en la puerta como un preso en los barrotes de la cárcel.

—Me lo ha prestado el mecánico —le gritó—. Loris. ¿Lo conoce?

Lupo asintió y Colomba se percató de que no le caía demasiado bien.

—Pero no estoy aquí por él. ¿Puedo entrar?

—¿Para qué?

—¿Tengo que hablar desde aquí?

Colomba cogió las llaves de la verja que llevaba en la parka y se las lanzó, luego bajó a abrirle la puerta.

—¿Todo bien? Me parece un poco agotada —le preguntó Lupo al entrar y

quitarse la chaqueta.

—He dormido mal. Será por la calefacción, a la que no estoy acostumbrada. Lupo rescató una hoja del bolsillo de los tejanos.

—Le había traído algo para encender la chimenea, quédesela para la próxima vez.

Colomba abrió el papel: era una fotografía suya impresa con el ordenador.

—¿Esta también era de Tommy?

—Se dejó olvidada una debajo de la cama, todo un clásico. Así ya no le damos más vueltas.

—Gracias —Colomba la utilizó para encender el fogón debajo de la tetera. Ya estaba harta de sus fotos—. ¿Qué le trae hasta aquí, aparte del regalo?

—¿Sin rodeos? La Fiscalía no quiere incriminar a Tommy todavía —dijo Lupo sentándose a la mesa—. Vigevani tiene miedo de quedar como el culo.

—¿Porque es autista?

—Sí, y también porque le aterra que dentro de unos años aparezca un pordiosero confesando el asesinato. O que la hermana de Melas lo denuncie.

—¿Para pagarse el cirujano plástico?

—Probablemente. No le importan un carajo ni el sobrino ni el hermano, pero es capaz de sacarle sangre a las piedras. Si por lo menos se largara de una vez, pero quiere permanecer hasta que el juez levante el embargo de las propiedades del hermano. Y no lo hará hasta que cierre la investigación. Una pescadilla que se muerde la cola, mejor dicho, *mi* cola.

—Entonces vaya a buscar al pordiosero ese —dijo Colomba.

—Lástima que por estos pagos no haya pordioseros. Ya no sé por dónde tirar. Hemos ido casa por casa y nadie nos ha dicho nada útil —se abrió de brazos—. ¿Vida social de los Melas? Cero. ¿Parientes? Cero. ¿Enemigos? Cero. ¿Amigos? Cero.

—¿Ya le han preguntado a su psicoterapeuta? —preguntó Colomba como de pasada.

—¿Pala? Sí. Él también nada de nada. He intentado convencerlo de que el chico estará mejor cuando todo termine, pero a él le importa un pimiento. Los psiquiatras solo piensan en la pasta.

Colomba no le dijo que Pala le había causado una impresión distinta, pero se alegró de que no hubiera hablado sobre ella.

—¿Continúa sin querer pedir apoyo de la Legione Marche de los carabinieri?

—No, señora. Cuando estaba en Florencia tenía que pasar por mil oficinas antes de dar un paso. Este de aquí es mi pequeño pedazo del paraíso, y me

gustaría mantenerlo.

—¿Y por eso quiere enviar a Tommy al matadero?

—Al chico lo curarán, no van a enviarlo a la silla eléctrica.

—El autismo no tiene cura, y Tommy no es culpable.

Lupo levantó los ojos al cielo.

—Se lo juro por Dios: no soy capaz de entender cómo es posible que usted y Vigevani sigan insistiendo.

Colomba vertió el agua hirviente en las tazas y las llevó a la mesa con la caja del té.

—Si busca un hombro en el que llorar, tendrá que irse a otra parte.

Lupo eligió un sobre que no le pareció mohoso.

—He venido porque creo que el arma del delito podría hacer cambiar de opinión a Vigevani.

—¿Todavía no la han encontrado?

—Hemos utilizado los detectores de metal y he hecho que los chicos de Protección Civil se metan en cualquier agujero existente en el camino entre Montenegro y aquí. Cero.

—¿Y?

—Falta su propiedad, y pensaba hacerlo hoy por la tarde. Con todo el equipo tardaremos una horita como mucho. Luego hasta le daremos cera.

—¿Por qué tendrían que comprobar mi casa?

—Usted le dio cobijo, ¿no?

—Tommy no llevaba nada encima.

—Quizá no lo vio mientras lo escondía. Usted sabe que no necesitaría su autorización, se lo estoy pidiendo amablemente.

—Mi autorización no, pero la del juez, sí. Y si ha venido usted aquí para pedir, significa que no se la ha dado.

Los dedos de Lupo que sostenían la taza empezaron a ponerse blancos.

—Doctora, estoy tratando de comportarme de manera civilizada con usted... ¿Por qué no corresponde a mi cortesía? Estamos en el mismo bando, ¿no?

—La última persona que me dijo algo semejante me perforó el intestino con la hoja de un cuchillo.

Lupo cerró la mandíbula.

—Gracias por la comparación.

—Cuando lo conocí, Leo Bonaccorso parecía más poli que usted. Sobre todo hoy, que viene a mi casa en busca de una solución fácil para volver a rascarse la barriga otra vez.

Lupo se puso en pie de un salto y se colocó la gorra.

—Tengo que irme ya. Su té es malísimo, si quiere saberlo.

—No se preocupe, ¡es el último que le ofrezco! —le gritó Colomba.

Lupo desapareció tras la colina con la sirena puesta solo para molestarla. Colomba se calzó rápidamente las botas y fue corriendo a verificar el cobertizo, solo por precaución. Desplazó también alguna capa de cajas y encontró allí telarañas y polvo milenario. Por fin miró largo rato el trazado de la cerca.

Ningún martillo a la vista.

La hipótesis Leo volvía a ser la principal. Una hipótesis basada en nada, salvo en sus impresiones. Acabó de vestirse y buscó entre los papeles un retrato robot de Leo. No existía ninguna fotografía suya, pero el retrato robot tridimensional se le parecía mucho. Pelo corto, rostro fuerte, sonrisa franca. La imagen había circulado durante meses, aunque sin resultado, y la propia Colomba no había tenido oportunidad de enseñársela a nadie. Hasta ese momento. Se subió al 208 y bajó hasta Portico, donde compró un teléfono nuevo en la misma tienda y una nueva tarjeta prepago, con la esperanza de que fuera la última. Dentro del coche aparcado en la plazoleta del ayuntamiento, con la calefacción encendida y los pies desnudos sobre las salidas del aire caliente, Colomba llamó a todos los hoteles de la zona que estaban en TripAdvisor, ordenándolos según la distancia. Encontró a la hermana de Melas al noveno intento.

## 5.

Demetra almorzaba en la sala de la casa rural Baita de Collesecco con la única compañía de las cabezas disecadas de ciervos e íbices. Era más baja y más joven de lo que Colomba había pensado al verla en el vídeo, vestía un traje negro y llevaba un maquillaje morado sobre el lifting.

—¿Señora Melas? Buenos días... Sé que habla mi idioma —dijo Colomba—. Mi más sentido pésame.

Demetra ignoró la mano tendida.

—Ya les he dicho a tus compañeros que no concedo entrevistas gratis —su italiano era perfecto, al margen de un fuerte acento.

—No soy periodista. Me llamo Caselli y soy oficial de policía retirada. Necesito hacerle algunas preguntas.

Demetra agitó una mano como para ahuyentarla: llevaba la manicura francesa.

—Déjame en paz.

Colomba se sentó delante de ella.

—Repito que lamento su pérdida —dijo en voz baja—. Pero si no me responde, llamo a los de Antiterrorismo y les digo que usted forma parte de algún grupo anarquista griego. Tarde o temprano descubrirían que no es verdad, pero usted pasará una mala semanita aunque haya votado a Amanecer Dorado.

Demetra terminó la última cucharada de sopa.

—Tú no eres policía, has dicho.

—Pero todavía tengo allí un montón de amigos. ¿Quiere ver si realmente sucede?

—¿A ti qué te importa mi hermano?

—Nada —Colomba le enseñó el retrato robot de Leo—. ¿Conoce a este hombre? —dijo sin lograr esconder la turbación de su voz.

Demetra lanzó solo una mirada.

—No.

—Mírelo bien. Podría tener barba o llevar gafas. O haber cambiado el color de pelo.

—No. ¿Quién es?

*El hombre que quizá haya matado a tu hermano, pedazo de arpía.*

—¿Lo ha visto alguna vez en compañía de su hermano?

Demetra alejó el plato decorado con imágenes de caza.

—Por tercera vez, no. No me has dicho quién es.

Colomba guardó la foto.

—Si no lo conoce, no tiene importancia —dijo—. ¿Su hermano tenía enemigos?

—No tengo ni idea. No lo conocía tan bien.

—¿No conocía a su hermano? Perdone que lo ponga en duda.

—*Pensaba* que lo conocía, pero me equivocaba.

—Explíquemelo.

Demetra hinchó los pulmones ciñendo la blusa sobre sus pechos de silicona.

—Mi abuelo era marinero —dijo—. En la posguerra dejó de navegar y abrió un taller de reparación de barcos en Markopoulo Mesogaias, en la costa este. Cuando murió, pasó a mi padre, que lo convirtió en una compañía con cien empleados. Cuando murió mi padre, Arístides la vendió a una compañía turca.

—¿Eso cuándo fue?

—Hace dos años.

—¿Qué mes?

La mujer se lo pensó.

—Diciembre. ¿Es importante?

Colomba hizo un gesto vago, y no lo sabía realmente.

—¿Qué clase de barcos construían?

—De todos los tipos, hasta trescientas toneladas. Pero no los construíamos, únicamente los reparábamos. Yates sobre todo, nos llegaban de toda Europa.

—¿Se acuerda de un barco de nombre *Chourmo*?

—Yo no me encargaba de los barcos, solo de los movimientos financieros. Puede preguntar al nuevo dueño.

—Okey. ¿Por qué no se opuso usted a la venta?

—Mi voz no tenía ningún peso. A mi padre no le gustaba que yo hiciera mi vida, en vez de estar en casa para lavarle los calzoncillos. Por tanto lo puso todo a nombre de Arístides antes de morir.

—¿Y no intentó hacerle cambiar de idea?

—Nos peleamos y dejó de hablarme.

—Y la esposa ¿qué papel desempeñó?

Demetra hizo una mueca de desagrado.

—¿Y yo qué sé? La he visto por primera vez aquí, en fotografía.

—¿No la invitaron a la boda?

—No sabía ni que se había casado. Le gustaban las mujeres, pero nunca le vi mantener una relación seria.

—La gente madura.

Demetra sacó el móvil del bolso y le enseñó una foto de Melas junto a una veinteañera escultural con aspecto de Europa del Este.

—Una de las muchas. Era modelo de ropa interior. ¿Tú crees que se parece a esa con la que se casó? —negó con la cabeza—. Los hombres no cambian tanto.

## 6.

Alberti llamó a Colomba mientras regresaba a la comisaría de Roma con un batido proteico comprado en el bar de la esquina. Había menos follón en el pasillo de lo habitual, quizá porque a la mitad de los efectivos de los NOA los habían enviado a Milán y no había ilegales que fichar.

—Doctora, buenas noches —se sentó en el escritorio de Santini, como hacía a menudo cuando él no estaba. También puso los pies encima—. Y no me diga que la tutee, porque yo no tuteo a quien a punto ha estado de hacer que me enviaran a Guantánamo.

—¿De qué estás hablando? —Colomba, que en ese momento iba conduciendo, aminoró y se colocó bien el auricular.

—De la operación en curso en la dirección que le di ayer. Y que imagino yo que visitó usted antes.

—Tal vez. ¿Qué se dice por ahí?

—Que un muerto relacionado con el atentado de Venecia ha seguido utilizando los cajeros automáticos y pagando el alquiler. Ese muerto era Romero, me imagino.

—No te preocupes, te dejaré al margen si me descubren. ¿Qué has sabido sobre el *doblo*? —fue directa al grano.

Alberti leyó las notas en el teléfono móvil.

—Los Melas están limpios. Hubo una investigación sobre la muerte del primer marido, pero fue un accidente. Iba a por setas cerca de Turín, resbaló en un barranco. Pasó hace unos trece años.

Colomba hizo un cálculo rápido: en esa época, Tommy debía de tener unos seis.

—¿La mujer estaba con él?

—Dicen que no. ¿Está pensando en un uxoricidio?

—Estoy pensando en cualquier cosa.

—Por lo que se refiere al mariscal Lupo... ¿quiere la versión corta o la larga?

—La corta.

—Sospechoso de recibir sobornos cuando todavía estaba en Florencia, el

delito prescribió, pero a él lo trasladaron a provincias, donde no podía causar molestias.

Colomba estaba tan concentrada que no se dio cuenta del semáforo en rojo. Era uno de esos que funcionan con batería, utilizados en las obras, sincronizado con otro semejante dos kilómetros más abajo para alternar el sentido de la marcha. Colomba se encontró de cara con una máquina quitanieves y logró no chocar de frente, no sin llevarse por delante una hilera de conos de señalización. Se detuvo cien metros después, con el corazón latiéndole a mil por hora. Salió para tomar el aire, y solo entonces se acordó de que había dejado a Alberti al teléfono. Recuperó el móvil en el suelo del coche: la línea se había cortado, pero en vez de llamar de nuevo se sacó del bolsillo el papelito con el número de Pala.

—Me alegra oírlo otra vez —dijo él cuando la secretaria se lo pasó.

—Quería darle las gracias por no haberle contado nada a Lupo —dijo Colomba.

—Se lo prometí.

—Sí, en efecto... —Colomba no sabía bien qué decir, se sentía incómoda como un chiquillo que quiere comprar una revista porno en un quiosco. Se quedó callada.

Pareció que Pala entendía.

—¿Quiere concertar una cita?

—¿Qué tal le va ahora? —dijo ella de golpe.

—No funciona así, Colomba.

—Llego en cinco minutos.

Empleó diez, aparcando de morro en un cúmulo de nieve.

Caterina la acompañó en un silencio gélido hasta su escritorio.

—¿Va armada? —preguntó.

—Mmm...

Caterina tendió la mano.

—¿Le basta con el cargador? —preguntó Colomba.

—Solo por hoy. La próxima vez la echo de aquí. Y también quiero la bala de la recámara.

Colomba desmontó el arma, Caterina cogió al vuelo el proyectil.

—Buenos reflejos.

—Tres hermanos. Todos ellos cazadores. He visto rifles y balas desde niña.

—¿También usted va de caza?

Caterina sonrió, dejando asomar la punta rosácea de la lengua entre los dientes.

—No con escopeta.

Pala esa tarde parecía un malo de James Bond, con un traje blanco, gafas y sandalias incluidas.

—¿Cómo está Tommy? —le preguntó.

—Más o menos. Lo han trasladado a una casa de acogida. En caso de que el juicio se torciera para él, ¿qué le pasaría?

—Las personas como Tommy no son procesables, lo sabe usted perfectamente —dijo Colomba—. Los jueces examinarán los informes de los peritos, declararán su incapacidad y lo internarán en una residencia para cumplir la condena.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Resulta difícil decirlo. Pero eso no será mañana. El fiscal es muy prudente, quiere la pistola humeante. Y estoy convencida de que no existe.

*A menos que Leo le endose una, pensó.*

Pala entrelazó las manos sobre la barriga, recostando la butaquita hacia atrás.

—¿Por qué ha decidido volver a verme?

Colomba no supo qué responder, ella tampoco lo tenía nada claro.

—Hay un tipo en Roma al que veo... *veía* siempre cerca de la comisaría. Grita a todo el mundo y dice que el Papa le habla a través de la televisión.

—Creo que hay uno de esos en cada ciudad.

—Siempre me he preguntado por qué estaba tan seguro de que el Papa quería hablarle precisamente *a él*. ¿Qué era lo que le hacía sentirse tan importante?

—¿Usted también oye al Papa?

—No, pero no sé cuándo fiarme de mí misma. Tengo miedo de que mis deseos le tomen la delantera a la realidad. De centrarme en las que son simples coincidencias.

—¿Quiere hablar del tema?

—No.

—Lo entiendo... ¿Estos deseos tienen que ver con el regreso a casa de su novio?

A Colomba aquello la cogió por sorpresa.

—¿Está hablando de Dante?

—Sí. ¿Cuál es el problema?

—No éramos novios o amantes. Solo amigos. Él me echó una mano con las investigaciones y me invitó a unas pocas cenas en su hotel, pero no nos

acostábamos.

—Pese a todo, tengo la impresión de que su relación era íntima.

Colomba se torturó el dedo herido.

—Hemos compartido cosas importantes, pero no es mi tipo. Somos demasiado diferentes. Es la persona más inteligente que he conocido en mi vida, pero también es un paranoico, se burla del sentido común y de las leyes... —se encogió de hombros—. No cree en nada ni a nadie.

—¿Ni siquiera en usted?

—En mí sí. E hizo mal.

—Porque no logró salvarlo.

Colomba sintió la amargura de las lágrimas en la garganta.

—A tomar por culo. Deme un pañuelo.

Pala le lanzó una caja de kleenex sin decir nada. Colomba se sonó la nariz y se levantó.

—Nos veremos en otra ocasión.

—Todavía tenemos tiempo.

—Yo no.

—Venga, cinco minutos, vamos a probarlo —dijo Pala amablemente, haciendo que se sentara—. Usted tiene límites, Colomba, como todos los seres humanos, y sufre por su terrible experiencia, pero dudo de que oiga voces por televisión. Usted no está aquí para saber si todavía es una persona racional, sino si puede fiarse o no de sí misma y de su juicio.

—¿Y cuál es la respuesta?

—Tiene que dársela usted misma, por desgracia. La vida es trabajosa también por eso. No sé cuál es el problema que la atormenta, Colomba, pero estoy seguro de que encontrará el camino correcto.

—A menos que esté solo en mi cabeza.

—Enfílelo, en cualquier caso, y vea adónde la conduce. Siempre hay una respuesta, al final.

## 7.

El operativo casi había llegado a su conclusión. Los NOA, con la ayuda de agentes de varias fuerzas de seguridad, habían acordonado el barrio de Romero y pasado por el tamiz a todos los residentes. Para apoyar la operación, que se valía casi de quinientas unidades, habían llegado efectivos de toda Italia del Norte y la comisaría local había puesto en la calle incluso a los que tenían el culo atornillado a la silla. Uno parecía un gorila con la cabeza afeitada. Era el inspector Claudio Esposito, que había pedido y obtenido el traslado al norte y fuera de la Móvil. Ahora estaba en Personal: horarios de oficina, compañeros que lo trataban con guante de seda para obtener vacaciones y favores, y la pistola acumulando polvo en la caja fuerte.

A Esposito le habían asignado el desvío del tráfico, pero tras saludar al comisario se dirigió hacia el único bar-estanco que había dentro del perímetro. Estaba lleno de uniformados que hacían un estruendo infernal, y Santini estaba sentado a la única mesa del exterior, húmeda por la lluvia, con el abrigo cerrado bajo la barbilla y la gorra irlandesa calada hasta la nariz aguileña.

—¿Ha visto qué circo? —le dijo.

—Ahora siempre es así —Santini se metió en la boca un cigarrillo y Esposito se lo encendió con un Zippo con la imagen de Mussolini antes de sentarse—. Dicen que estamos buscando a Bonaccorso. ¿No estaba en Siria?

—Parece que no —Santini le hizo una breve síntesis del hallazgo del pecio. Debería ser una información clasificada, pero Esposito había demostrado que sabía mantener la boca cerrada—. Existen las chalupas y seguro que ese tío asqueroso tenía una —concluyó.

—¿Y qué ha venido a hacer aquí? ¿A organizar un atentado en Linate?

—Cuidado con las chorradas que dices, podrías acabar creyéndotelas —dijo Santini.

A Esposito le entró la risa tonta.

—Yo creo en lo que usted me dice que he de creer, doctor —entre las virtudes de Esposito se encontraba la fidelidad—. ¿Y Torre?

—Admitiendo, mas no concediendo, que Bonaccorso siga con vida, seguro

que no se lo ha llevado por ahí. *Parce sepulto* —lo miró nuevamente de reojo, por debajo de la gorra—. No me pongas esa cara tristona, el tío te tocaba los huevos, y de qué manera.

Esposito se encogió de hombros.

—¿Cómo se lo ha tomado la doctora?

—Sal a verla y pregúntaselo a ella. Ha vuelto a donde estaba antes.

Esposito pidió una *grappa*.

—Prefiero no hacerlo. Me hace sentir como un gilipollas porque no dedico toda mi existencia a buscar a Torre.

—Es lo mismo que le hace sentir a todo el mundo —dijo Santini.

Por el portal de Romero salió luego un grupito de agentes de paisano, entre ellos Di Marco, el único sin chaleco antibalas.

—Me parece a mí que el coronel se cree invulnerable —dijo Esposito.

—Un tío duro de verdad, se afeita a balazos.

En ese momento a Santini le sonó teléfono móvil: reconoció el número de su despacho.

—¿Por qué utilizas mi teléfono? —dijo.

Alberti se había olvidado, había estado muy ocupado liándose a bofetadas con su sentido de la lealtad.

—El mío me lo están arreglando, doctor —dijo deprisa—. Le traía unos documentos para firmar.

—Vale, muy bien, ¿y qué?

—He metido un poco la pata... Le eché una mano a la doctora con una identificación. Creía que se trataba de algo rutinario.

Di Marco se encaminaba decididamente en su dirección, Santini cerró los ojos e imaginó que pilotaba un caza hasta el despacho y que ametrallaba a Alberti desde la ventana.

—Una identificación de Milán, me imagino.

—Sí. Pero no me había dicho que...

—Ya sabes que solo le interesa una única cosa, no me tomes por idiota —lo interrumpió Santini.

Hubo unos instantes de silencio.

—También me preguntó por un *doble* cerca de su casa. ¿Cree que eso también está relacionado?

Santini mordió con tal fuerza el filtro que se rompió.

—Hazme un resumen y me lo dejas en el escritorio, así sabré de qué muerte he de morir. Y mantén la boca cerrada. Si alguien se entera del asunto, esta vez

estás bien jodido.

Santini colgó de nuevo. El coronel se había detenido a su lado.

—Deja que se siente, Esposito.

—No es necesario, demos un paseo —dijo Di Marco.

Santini fue con él a paso lento hacia la parte trasera del edificio, donde se había instalado la coordinación de las operaciones y estaban aparcados los blindados. Allí también se habían congregado los extranjeros que habían encontrado con permisos de residencia o visados que no estaban en regla, una treintena de individuos de Oriente Medio y de África del Norte, hombres y mujeres. Todos ellos gritaban, policías y detenidos, los niños lloraban.

—¿Habéis encontrado algo en el apartamento? —preguntó Santini apartando la mirada. Estaba harto de esas escenas.

—Ni una molécula, por ahora. De todas formas, la vecina ha descrito perfectamente a Bonaccorso. Ha estado allí durante más de un año, aunque se dejara ver pocas veces. Luego huyó en cuanto identificaron el *Chourmo*.

—Alguien lo ha avisado. ¿Los libios?

—Eso no tiene importancia, de momento —Di Marco miró hacia la ventana de Romero—. La vecina también ha descrito a otra persona, que ayer por la tarde la agredió, y los amenazó de muerte a ella y a su hijo. Una mujer guapa, con el pelo corto, ojos verdes... —Di Marco se detuvo para mirarlo a los ojos, Santini no reaccionó—. ¿Entonces?

Él se pellizcó el bigote.

—Entonces, ¿qué? No sabía que Caselli había venido aquí, pero tampoco me parece tan asombroso.

—Caselli es un problema suyo, es usted quien debe mantenerla a raya.

Santini se encendió otro cigarrillo y descubrió que le había robado el encendedor a Esposito. Escondió al Duce en la palma de la mano.

—Ya no está de servicio y ni siquiera vive en Roma. Y fue usted quien la llevó a las grandes maniobras submarinas.

—Esperaba que reconociera un cadáver y dejara de tocarnos las narices. ¿Qué posibilidades hay de que Caselli haya encontrado algo y lo haya hecho desaparecer?

Santini abrió la boca para decir que no tenía ni idea al respecto, pero no lo logró. Una oleada caliente lo empujó desde atrás con la fuerza de un camión articulado y lo lanzó contra Di Marco y luego a ambos por el aire, arrastrados por un estruendo que lo borraba todo, también sus gritos. Santini golpeó con la barbilla contra el bordillo de la acera. Di Marco se dejó llevar suavemente, como

enseñaban en el curso militar, pero se dio de lleno contra un desagüe y se rompió ambas muñecas.

Ni Di Marco ni Santini perdieron el conocimiento. Así pudieron ver a la vecina de Romero lanzándose en llamas por la ventana del segundo piso con lo que parecía un bebé en brazos.

---

## Capítulo IV

## 1.

*Dante mira la que fue la cocina de la Caja, aunque poco o nada ha quedado de la misma. El ventanal ha reventado, la pared es un colador.*

*Leo se sienta en una silla volcada. A su lado, la nevera tirada, sobre la que ha colocado el hornillo de camping. Le hace una señal para que se acerque. Y Dante obedece. ¿Qué otra cosa puede hacer? ¿Huir? Está agotado y helado de frío, su termómetro interior ha estallado.*

*—Apuñalaste a Colomba —dice con todo el horror que logra sentir en su estado—. La mataste... —se siente arrastrar por el vértigo hacia el fondo, se ve obligado a dejarse caer en el barro de ese lugar infame.*

*—Está bien —dice Leo.*

*—Vi la sangre, vi...*

*Leo le lanza un paquete de Marlboro y un encendedor.*

*—No he dicho que no le hiciera daño. Fuma y relájate.*

*Dante se pone un cigarrillo en la boca con las manos enguantadas. El sabor del tabaco es maravilloso, imagina el subidón de la nicotina. En cambio, lo escupe después de media calada y le devuelve el paquete a su dueño. Un lanzamiento débil que ni siquiera llega hasta la nevera en la que su secuestrador vierte el café en dos vasitos de plástico.*

*—No quiero nada tuyo —dice Dante—. Y el café te lo puedes meter por el culo.*

*—Deja ya de quejarte. Si hubiera querido matar a Colomba, habría girado la hoja hacia el lado contrario. Zas, y la arteria salta —sorbe el café.*

*Leo sabe mentir tan bien que Dante no es capaz de captar las señales. ¿Y si dice la verdad?*

*—¿Ella te importa?*

*—No tenemos tiempo para chácharas.*

*Con un golpe del brazo, Leo barre el hornillo, y la cafetera se vuelca salpicando alrededor y rodando hacia él. Dante piensa que podría utilizarla como arma, pero cuando trata de agarrarla descubre que ha desaparecido debajo de diez centímetros del agua.*

—¿Qué coño está pasando? —pregunta moviendo los pies. Le parece que se filtra del suelo de la cocina. Agua radiactiva.

—Nada.

El agua le llega ya a los tobillos. Ahora también baja del techo, corre a lo largo de las paredes. Apesta a ozono y queroseno. Dante intenta llegar hasta la salida, pero resbala y cae hacia atrás. Queda flotando de espaldas, en la posición del muerto.

—¡Ayuda, la radiación!

—Es a otra cosa a la que debes tener miedo, hermanito —le dice Leo, agachándose sobre él.

Dante se mueve intentando inútilmente ponerse en pie. El mono lo sostiene como un chaleco salvavidas, pero le impide enderezarse.

—¿De qué?

—No de qué. De quién.

Leo dice algo más, pero el ruido del agua cayendo a cántaros se traga su voz. Dante es arrastrado como un tapón de corcho.

Leo ahora es un puntito entre las ruinas. Su voz es un zumbido eléctrico. Agita la mano para despedirse, luego desaparece entre las olas.

Y entonces el agua se cierra sobre la cabeza de Dante y lo devora todo.

## 2.

Al final del día, Colomba devolvió el 208 al taller de Portico. Loris estaba a punto de cerrar, pero lanzó un aullido de alegría cuando la vio.

—Pensaba que habías desaparecido con mi joya. ¿Me lo has tratado bien?

—Sí. ¿Y mi trasto?

—Lo he terminado hace media hora. No sabía cómo avisarte.

—Mejor así —le lanzó las llaves.

Loris comprobó meticulosamente su «joya», luego la condujo hasta el Panda. Habían lavado por dentro y por fuera el viejo cacharro y alisado las abolladuras. Parecía, si no nuevo, al menos no robado en un desguace. En comparación con el 208, sin embargo, su motor semejaba un pedo.

—Te he cambiado también el filtro del aire y el embrague —dijo Loris—. Y tenía un nido de avispas debajo del asiento trasero, que por suerte estaba vacío. Te encuentro uno mejor por poco dinero.

—Es un recuerdo.

—¿Importante?

—De mi padre. Lo utilizaba solo para bajar al pueblo y regresar a Mezzanotte, como estoy haciendo yo. Para los viajes largos tenía un Skoda —aún recordaba el aroma de protector del volante en piel perforada.

—Así que de verdad eres de por aquí.

—Solo por parte de padre. Mi abuelo trabajaba en Sant'- Anna Solfara, cuando cerraron las instalaciones se trasladó a Roma. ¿He de vender un riñón para pagar la reparación?

—No es la parte del cuerpo que más me interesa —repuso él sonriendo.

—No me hagas reír.

Dentro de la oficina, un televisor de veinte pulgadas se reflejaba en la ventanilla corredera utilizada para pasar la documentación. Sorprendida por un resplandor, Colomba levantó la mirada y vio la inscripción AIRANIDROARTXE NÒICIDE en sobreimpresión bajo los chorros de agua de un camión cisterna que mojaban un amasijo hirviente de humo negro. El reportaje siguió con la toma de un helicóptero que volaba a baja altura sobre una alfombra de vehículos de

emergencia y coches de policía y, al final, sobre el edificio donde había estado Colomba no hacía ni veinticuatro horas: se había desmoronado hacia el interior como un *soufflé* de cemento, quedando en pie solo las paredes exteriores.

Loris dijo algo, pero Colomba no le prestó atención y se colgó del teléfono, dando las gracias al cielo por no haberlo tirado aún. Alberti le respondió mientras salía de la sala de agentes, donde todos miraban las mismas imágenes en el televisor. La informó de que Santini y Di Marco estaban en urgencias, pero que su estado no era preocupante. Sin embargo, había una veintena de agentes y militares y siete arrendatarios desaparecidos. Se hablaba de un escape de gas, pero nadie creía en un accidente y todo el mundo pensaba en un único culpable, aunque oficialmente permanecían con la boca cerrada.

*Leo.*

Colomba pagó la reparación con gestos de zombi y con el mismo ánimo se dirigió hacia Mezzanotte al volante del Panda, que olía a jabón y pino silvestre. Loris también había cambiado las cadenas por unas nuevas que ametrallaban menos. Colomba, en cualquier caso, no las habría oído. Pensaba en Leo con el dedo en el pulsador mientras le pedía que eligiera la vida en mitad de las colinas o el final rápido. ¿Y si había dado la respuesta incorrecta? ¿Tendría tiempo de darse cuenta o todo se terminaría en un relámpago?

Colomba ya había estado implicada en tres atentados con explosivos, y siempre se había salvado por un pelo. Algo parecido, casi, a aquel japonés que estaba en Hiroshima cuando lanzaron la bomba atómica, se salvó, y se marchó a Nagasaki a tiempo para recibir también la segunda. De haber existido una tercera, tal vez no habría sobrevivido. Y ella tampoco.

Colomba regresó al caserón, y nada más quitarse las botas vio cómo una columna de luces de emergencia bajaba por la ladera de la colina. En vez de irrumpir, como ella se temía, los dos coches de los carabineros y dos furgonetas sin distintivos se detuvieron delante de la verja. Los pasajeros bajaron y se agruparon en el claro: Colomba reconoció a Lupo y su equipo. Se puso la parka y salió al umbral prestando atención a mantener las manos alejadas del cuerpo.

—¿Estoy detenida?

Lupo se acercó a la verja con la cara de quien está divirtiéndose.

—No, doctora. Pero después de lo que ha pasado en Milán, el riesgo de atentados ha subido a Alfa Uno —eso significaba ataque en curso—. Y hemos recibido orden de vigilar los sitios sensibles. Y despejarlos.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Está en la lista de las personas en riesgo, doctora.

—Es un riesgo mínimo, ambos lo sabemos.

—Pero preferimos no correrlo. Por usted y por sus vecinos.

—No tengo vecinos...

—Los artificieros vienen de Perugia, me han hecho el favor de venir aquí de inmediato —dijo Lupo ignorando la observación.

Colomba lanzó una palmada a la red metálica, Lupo retrocedió de un brinco.

—¿Es así como quiere jugar, mariscal?

—No. Es *usted* quien ha querido jugar así. Le rogué de rodillas que colaborara —le hizo una señal a uno de los artificieros, que ya se había puesto el mono.

Se acercó.

—Teniente Franchini —dijo con fuerte acento napolitano—. ¿Hay alguien más en la casa?

—No.

—Tardaremos un par de horas. Si le apetece, puede ir a dar un paseo.

—No, gracias. Prefiero quedarme a mirar.

—Desde el área de seguridad fuera del perímetro, en todo caso. Es el reglamento.

Colomba no podía oponerse y ni siquiera lo intentó.

—Está haciendo un trabajo inútil, teniente.

—Eso es lo que siempre espero. ¿Tiene material explosivo en casa?

—Solo una caja de balas en el cajón de la cocina.

—¿Las puertas están abiertas?

—Sí.

—Muy bien. Espere fuera —dijo haciéndole una señal.

Colomba salió echando chispas de rabia y se apoyó contra el capó de uno de los coches patrulla. Franchini y un compañero suyo más joven terminaron de ponerse las protecciones que hacían su cuerpo enorme, los miembros cortos y la cabeza, con el casco negro puesto y las grandes gafas de protección, pequeñísima. Lentamente examinaron el terreno hasta la casa con dos topógrafos portátiles, luego el teniente insertó las fibras ópticas por la cerradura de la puerta y verificó que no había nada peligroso al otro lado.

—¿No creen que están exagerando? —les gritó Colomba.

—No se preocupe, señora, sabemos lo que hacemos —dijo Martina, que se había quedado a dos pasos de ella para mantenerla controlada.

—¿Cómo que no? Y, para ti, soy *doctora*.

El teniente extrajo con cuidado las fibras ópticas.

—Hay demasiadas cosas alrededor —gritó dirigiéndose a un tercer artificiero

que permanecía al lado de la furgoneta sin la armadura protectora—. Envía el teledirigido —dijo.

—Pero ¿están de coña o qué? —estalló Colomba. Nadie le respondió y tuvo la impresión de que todos seguían un guion muy preciso para molestarla al máximo.

El tercer artificiero abrió el portón de la furgoneta e hizo bajar el robot con la plataforma hidráulica. Se parecía vagamente a Wall-E, con una oruga de tres ruedas de un lado y una serie de tenazas inquietantes. El artificiero montó un trípode y desplegó sobre el mismo el cuadro de mandos con una pequeña pantalla LCD. Movi6 alguna palanca y el robot activó la oruga excavando una pista en la nieve. Estaba dotado con un aparato radiográfico portátil, un endoscopio, un analizador de protocolos y un inhibidor para bloquear posibles señales de control remoto. Era posible dotarlo con un pequeño cañ6n que lanzaba agua a alta presi6n, pero por suerte esto se lo habían ahorrado.

El robot insertó la cámara de vigilancia en el caser6n a trav6s de la puerta abierta. El compa6ero a cargo del monitor hizo zoom sobre los platos sucios de Colomba.

—Nada a la vista —dijo por la radio.

Los artificieros entraron con cautela. Dentro y debajo de los muebles encontraron solamente restos secos de comida y polvo. Cuando acabaron con la planta baja, el robot subi6 la escalera interna salpicando de barro las paredes y gimiendo como Godzilla. Lupo entr6 tras 6l y Colomba abandon6 su lugar para correr en pos del militar.

—Usted no es artificiero, mariscal.

—Tengo que supervisar. Qu6jese al mando, doctora.

—Se est6 aprovechando de la situaci6n.

Lupo se inclin6 hacia ella.

—S6 —dijo en voz baja—. Y no sabe cu6nto lo disfruto. Bruno, por favor, acompa6ala fuera.

El brigada se acerc6 para cumplir la orden, pero la mirada de Colomba lo dej6 de piedra. Volvi6 detr6s de la pantalla, respirando sobre la nuca del tercer artificiero, que fingi6 no inmutarse.

El examen de la planta superior termin6 y todos bajaron de nuevo en la misma formaci6n articulada. Al pasar, el robot choc6 con el lavadero, haciendo caer un plato que se rompi6 en el suelo. Colomba se quej6 al operador.

—Perdone —dijo ruboriz6ndose.

El robot volvi6 al jard6n; Lupo se sent6 en el pelda6o de entrada de la casa.

Colomba miró a su alrededor en busca de una piedra que lanzarle a su calvo melón, pero no lo hizo porque Martina la alcanzó a la carrera.

—Los artificieros han encontrado algo. Tenemos que alejarnos, mariscal.

—¿En serio? —preguntó Lupo tranquilo.

—¿Dónde?

—Detrás. En el cobertizo.

—Bien. ¡Fuera todo el mundo!

En la pantalla los dos artificieros estaban agachados en la nieve, junto a la caseta de las herramientas.

—¿Qué es? —preguntó Colomba.

El operador le mostró el trazado del topógrafo.

—Está a medio metro de profundidad.

—Metálico, y no parece un tubo. ¿Le dice algo?

—No.

Los dos artificieros excavaron con las manos, removiendo la tierra gramo a gramo. Al llegar cerca del objeto, uno de los dos metió con decisión la mano en el agujero y lo extrajo. Desenrolló la funda de almohada en el que iba envuelto.

—Todo bien —dijo por la radio, moviéndolo—. Es solo un viejo martillo.

Entonces se percató de que su compañero lo observaba con horror y siguió su mirada.

En el pico del martillo estaba clavada una oreja humana.

### 3.

Colomba esperó echada en el sofá de la cocina, repleta de marcas de oruga y huellas fangosas, viendo la televisión. Los desaparecidos en el edificio habían bajado a cinco, los muertos se elevaban a siete. Lupo reapareció unos minutos antes de la una de la noche.

—Al cadáver de Melas le faltaba un trozo de oreja. El forense dice que se corresponde y que con el frío se ha conservado bien. Tenemos el arma del delito.

Colomba no dijo nada.

—Habría preferido que lo entregara usted de forma espontánea o que me hubiera dejado buscar. Así, en cambio, todo va a ser más complicado.

—Es imposible que Tommy excavara un agujero sin que yo me diera cuenta. Y habría visto las señales en la nieve.

—¿Sabe, doctora?, es lo que pienso yo también. Imagino que lo encontré y lo escondió usted, intentando proteger al muchacho.

—¿Con todos los sitios del mundo donde podría haberlo tirado? Seamos serios. Lo más probable es que haya sido alguien que tiene prisa por cerrar el caso y que, mira tú por dónde, hoy ha decidido venir aquí con un detector de metales.

—Un poco de respeto a mi uniforme.

Colomba lo fulminó con la mirada.

—¿Qué respeto tenía usted por su uniforme cuando aceptaba los sobornos?

Lupo contrajo la mandíbula.

—El informe del embargo lo haremos mañana por la mañana junto con todo lo demás. Nos vemos a las ocho en mi oficina.

Colomba esperó a que la caravana se alejara, a excepción del coche encargado de molestarla, que se desplazó a unos cuantos metros de la verja en la carretera sin asfaltar. Estaba demasiado oscuro como para ver quién lo conducía, pero sabía que allí se quedaría toda la noche vigilando que no se marchara.

*Vete a tomar por culo seas quien seas.*

Buscó algo para beber. En la nevera no había nada, pero en la despensa, con la fecha de caducidad del año anterior, encontró un paquete con seis latas de cola y

ron ya mezclados. El sabor era horrible, mucho más a temperatura ambiente.

Se puso de nuevo la parka y arrastró una silla hasta el pequeño porche de la entrada de servicio, oculta a la vista del vigilante. Amontonó a patadas un poco de nieve, metió en ella las latas al alcance de la mano y empezó a vaciarlas. Cuando llegó a la tercera estaba fría a la temperatura perfecta. Soplaba un viento gélido y la temperatura había caído por debajo de cero grados. Pequeñas rebabas de hielo tintineaban en las ramas de los árboles. Lupo se había vengado, Di Marco habría tardado más, estaba segura de ello. Sin la explosión quizá habría cerrado un ojo ante su interferencia en las pesquisas, pero así... Tal vez fuera su última noche en libertad.

Miró el reloj de muñeca, un modelo de hombre en acero que había sido de su padre, con los números y las agujas fluorescentes.

Eran las dos. Si esa iba a ser su última noche, valía la pena sacarle partido.

#### 4.

A los dos y diez de la madrugada, Martina limpió la condensación del parabrisas y se recolocó bajo la manta. No sabía por qué la habían dejado olvidada en el coche del servicio, pero se alegraba, dada la temperatura del exterior. No le apetecía tener el motor en marcha, que se oía a kilómetros de distancia. No protestó cuando Lupo le endosó la noche en blanco, a pesar de que ya había superado con creces el máximo de horas extras. A Lupo no le gustaban los que discutían, los llamaba los «sindicalistas» y había alejado a todo aquel que no respondía al «espíritu de la familia», o bien que no le daba la razón en todo. Martina se había adaptado, pero se moría de ganas de marcharse a una ciudad más grande, donde el jefe no fuese por ahí pisándote los talones y el segundo no fuera tan inútil. Ahora que tal vez sucedería, casi no podía contener su excitación, a pesar de los remordimientos de conciencia y de las dudas que la habían torturado.

Se puso el auricular del móvil y encendió la app de Radio Piña para escuchar las últimas noticias sobre Milán —las víctimas ascendían ya a diez— mientras seguía observando la silueta de Colomba, que había vuelto a casa desde los árboles y se movía a contraluz. Le caía como el culo desde la primera vez que la vio, con ese aire de sabelotodo, y más ahora que la forzaba a pasar una noche en blanco. Si entraba gente así en la Móvil, había hecho bien al elegir el Cuerpo de Carabineros. *Imagínate tener que trabajar juntas...*, pensó.

La nieve empezó a caer de nuevo, fina como polvo. El viento bajo creaba remolinos en formas que brillaban bajo la luna llena. Aparecían y desaparecían, se deslizaban dentro y fuera de las sombras de los árboles.

La nieve dibujó la silueta de un hombre, de pie delante del coche.

Martina instintivamente encendió los faros, y los copos de nieve se convirtieron en fósforos encendidos que lo borraron todo. Apagó de inmediato, llamándose idiota, y en la retina se le quedó el negativo de un camino blanco, con puntos negros y una silueta evanescente. Martina abrió y cerró los párpados y la forma se desvaneció. Por seguridad, comprobó que Colomba todavía estaba en casa y vio que su sombra se movía por la planta baja.

Quizá era el tipo que adiestraba perros que había ido a dar de comer a los animales, pensó. Martina los oía ladrar en la oscuridad, llamándose con otros perros desperdigados en el valle. A saber qué coño tenían que decirse todo el tiempo. Tal vez para ellos fuera como el WhatsApp. *¿Qué has comido hoy? ¿Otra vez croquetas? Sí, y luego me he lamido bien el agujero del culo.*

Martina se rio sola, luego vio otra vez la sombra evanescente del hombre. Ahora parecía en movimiento, pasada la curva del camino. De una manera u otra la silueta le resultaba familiar, aunque no sabía decir por qué.

Desbloqueó la puerta y la entreabrió. Una ráfaga cargada de agujas heladas le dio en la nuca y le hizo estremecerse. Tal vez no valía la pena salir con ese tiempo de mierda para identificar a alguien que a lo mejor vivía en la zona. A buen seguro era el dueño de los perros que iba a verificar si estaban bien.

Pero...

Pero los perros seguían ladrando, y no eran ladridos alegres para saludar a un amigo humano. Eran los ladridos de una bestia que olfateaba a un extraño y cumplía con su deber de vigilancia.

*Véamos, se preguntó Martina en ese segundo de indecisión, ¿voy a ver quién es o disimulo y paso de todo?*

Mientras el segundo se consumía, Martina tomó la decisión incorrecta.

## 5.

A las tres menos un minuto, Colomba terminó de equiparse y se colocó la mochilita a la espalda. Contenía una linterna solapada con cinta adhesiva, un par de guantes de cocina y un grueso pie de cabra recuperado de debajo del lavadero, así como un par de raquetas de madera de los años setenta. Si Leo también tenía un par, pensó Colomba, probablemente las había utilizado la noche en que mató a los Melas. Y cuando dejó con vida por algún motivo a Tommy. Como también por algún motivo la había dejado a ella con vida en Milán, en vez de hacerla morir en la explosión del edificio.

Odiaba ese pensamiento.

En vez de la parka forrada se puso un traje de esquí. Salió por la puerta trasera, por donde no podría verla quien estaba vigilándola. Se movió lo más deprisa que pudo en la oscuridad hasta el límite del jardín, protegido por nogales esqueléticos. Más allá, solo la oscuridad sinuosa de los campos, separados por una escarpada pendiente de diez metros. Las zarzas y las zonas con corrimientos de tierra hacían casi imposible el descenso, pero Colomba conocía bien el recorrido.

Se agarró a las ramas más bajas y las utilizó para descender hasta medio camino, luego se dejó resbalar por la nieve evitando afloramientos rocosos. Aterrizó hundiéndose hasta las rodillas y se colocó las raquetas en los pies, mientras se peleaba con los cierres. Había utilizado esas trampas solo cuando estuvo en la escuela de oficiales y aquellas eran de plástico; las suyas, en cambio, parecían salidas de una película de la Segunda Guerra Mundial. Dio un par de pasos como un pato, esperando hundirse, pero eso no ocurrió. Por causas misteriosas, los desechos militares funcionaban.

Permaneciendo tras la loma que la hacía invisible desde la carretera, se encaminó hacia las luces amarillas de la colina de enfrente. El trayecto era todo de subida y en cuanto se consumieron los restos de alcohol en la sangre empezaron a dolerle las pantorrillas y el bazo, luego la espalda. Tuvo que pararse a descansar con frecuencia y una vez también a esperar a que una familia de jabalíes acabara de hozar. Llegó a la entrada de Montenegro a las cinco, exhausta

y congelada.

Recuperó el aliento sentada en una roca limpia y lo celebró con la última lata, luego observó el pequeño pueblo. Estaba desierto y oscuro, como una ciudad fantasma. El único destello procedía del coche de los carabineros aparcado delante de la casa de los Melas, al final de la calle. Tenía la esperanza de que Lupo hubiese retirado la vigilancia al menos de allí, pero no había tenido suerte.

Gateando por la cuesta, Colomba llegó hasta el extremo opuesto de la calle principal del pueblo, la cruzó, entró en un reducido campo de fútbol y salió a la parte trasera de la pequeña villa de los Melas, al otro lado de la verja.

Del extremo opuesto de la casa llegaba el ronquido del coche de los carabineros con el motor al ralentí y una canción cursi lounge de fondo. No se oía la voz de la dotación, probablemente medio dormida.

Mientras sujetaba la linterna con la boca para iluminarse, forzó la persiana de la cocina. La hoja de la navaja producía débiles ruidos que en el silencio le parecieron explosiones. La ventana estaba entreabierta, *aleluya*.

Colomba trepó al interior y aterrizó junto al lavadero. Los objetos manchados de sangre estaban desperdigados, las huellas quedaban evidenciadas por la cinta adhesiva del RIS. En la habitación, los cadáveres y la cama habían desaparecido, pero la sangre, oscura y granulada como pez, todavía ensuciaba las paredes y el techo.

El hedor era mínimo, y Colomba se lo agradeció al clima riguroso y a la previsión de quien había apagado la calefacción. Se puso los guantes de goma y los cubrezapatos y empezó el registro.

No encontró nada escondido, ningún cuaderno en clave, ningún microfilm o cápsula con veneno. Solo las señales de una vida vivida al mínimo, con poquísimas alharacas. Muebles modestos, con colores discretos y combinaciones estándares. Algún recuerdo griego barato, poca ropa de marca, toda de la mujer, mientras que la del hombre era de calidad media, gris o marrón, comprada en los grandes almacenes italianos. Lo único elegante era el traje de boda, envuelto en celofán y con pinta de no haber sido utilizado nunca más.

La habitación de Tommy no tenía ningún misterio, pero en los armarios del salón Colomba encontró media docena de cámaras fotográficas y se acordó de que Melas era aficionado a la fotografía en los bosques. Encendió una de ellas y recorrió las imágenes. Solo naturaleza, fotografiada por alguien que carecía de la más elemental capacidad artística. Era raro que un ave apareciera encuadrada en su totalidad y bien enfocada; generalmente se veían copas indistinguibles o troncos de árbol. A menudo, mediante el disparador automático, se habían

tomado en ráfaga en el lapso de unos minutos.

*A Melas las fotos le importaban un carajo.*

Solo eran la excusa para salir de casa todos los días y hacer lo que había ido a hacer en aquella zona. Espiarla a ella, matar a alguien, encontrar a Leo. La esposa, en cambio, permanecía en casa con su hijo. Se sentía feliz por haber conocido a alguien que cuidara de ambos. En el fondo del anaquel del armario, Colomba encontró una cajita con cincuenta tarjetas de memoria. Saltaba a la vista que Melas no quería que nadie lo cogiera por sorpresa si le pedían ver el fruto de sus esfuerzos.

Colomba sustituyó la tarjeta de la cámara y encendió la presentación de diapositivas. Otros árboles, esta vez con colores otoñales, otros pájaros desenfocados y encuadres torcidos. Se dio cuenta, sin embargo, de que los espacios se repetían. Ese árbol torcido, ¿no lo había visto ya? Lo comprobó insertando la tarjeta anterior en otra cámara y poniéndola al lado de la primera. Sí, era el mismo árbol, fotografiado en una estación distinta. Y también el escorzo de la montaña era muy similar. Si Melas frecuentaba y fotografiaba siempre los mismos sitios, podría vislumbrar adónde iba mediante las fotos... quizá. Esparció todas las tarjetas sobre la cama de Tommy. Cada una de ellas contenía doscientas imágenes, por tanto al menos unas diez mil para mirar y anotar. Intentando no pensar en el tiempo que requeriría, Colomba se puso manos a la obra.

## 6.

A las cinco menos veinte, Lupo dormía en su apartamento en la última planta de la pequeña villa, amueblada con una mezcla de estilos ministerial y tex-mex. El pequeño salón, por ejemplo, unía una mesa de reuniones de formica, un gran cactus de plástico verde y uno de esos viejos pósters de Billy el Niño apoyado en su rifle en tonos marrones. Uno podía estar seguro de que por el equipo estéreo de buena calidad saldría música country o southern antes incluso de darle a la tecla. En el dormitorio, en cambio, había una fotografía en formato gigante de Lupo en la Harley Davidson con la que había cruzado de costa a costa Estados Unidos, las vacaciones más hermosas de su vida.

La llamada del Vice le hizo incorporarse bruscamente en la cama.

—¿Qué pasa? —preguntó murmurando al móvil.

—Martina ha desaparecido.

Lupo se despertó del todo.

—¿Qué quiere decir con que ha desaparecido?

—No lograba dormir y la he llamado para preguntarle si quería un relevo o un poquito de compañía. Sé que no te gusta que cambiemos los turnos, pero...

—Ya hablaremos de eso en otro momento —dijo Lupo, que sabía que el Vice seguía intentándolo con la susodicha, a pesar de que le había dicho que no lo hiciera.

—He intentado llamarla a través de la radio, pero no ha contestado. Lo mismo con el móvil. He ido a ver. El coche sigue en su sitio, pero ella no está ahí.

—Y Caselli, ¿está ahí?

—Hay luces encendidas, pero no he querido acercarme de momento. Si hubiera salido y Martina anduviese tras ella, habría llamado.

—Espérame al pie de la carretera sin asfaltar.

Lupo puso la cafetera en el fuego mientras se vestía de nuevo y se bebió el café hirviendo leyendo la temperatura en el barómetro de la ventana: uno bajo cero. Podía ser peor. Vertió lo que quedaba del café en una botellita vacía de zumo de fruta y la cerró con un tapón de plástico; luego, con el jeep verde que habían heredado de los Forestales, fue hasta donde se encontraba Nerone. El

Vice le indicó su posición con la linterna de carretera puesta en rojo. La luz carmesí los convertía a él y a la vegetación en una pesadilla.

—Toma, aún está caliente —dijo Lupo pasándole la botellita a través de la ventana.

—Gracias, jefe —el Vice se desenroscó tres metros de bufanda y se lo bebió de un trago—. He intentado llamar otra vez, pero nada. En casa lo mismo.

—¿Puede haber bajado a casa de Caselli? A lo mejor se le escapaba el pis.

—Antes se mea encima. Confía un poco en la chica, se está dejando la piel.

Lupo fingió que no lo había oído.

—Comuniquémonos por teléfono, de momento dejemos al margen al centro de operaciones. Y dame la linterna, la mía está descargada.

Se la arrebató de la mano y bajó por la carretera sin asfaltar en primer lugar, parándose a pocos metros del coche abandonado, que alcanzó a pie. Las llaves seguían en el salpicadero; en el asiento, el móvil y el bolso de Martina. Ni rastro de sangre, por suerte.

Cambió el color de la bombilla e iluminó las huellas apenas visibles de Martina. Se había bajado del coche a los pocos minutos de empezar la nevada, y ahora solo quedaba un evanescente perfil cubierto de aguanieve fresca. Igual que había hecho Colomba solo una semana antes, Lupo comenzó a seguir las huellas pistola en mano.

A diferencia de Colomba, sin embargo, era un experto en el tema. Cuando te llamas Lupo, ya desde niño te ves obligado a elegir muy pronto una estrategia de supervivencia. Y dado que entonces era débil y le asustaba la idea de que le hicieran daño, se inventó una parentela nativa americana de un abuelo inexistente, que se llamaba Lupo como él, pero Gris de nombre. A él le habían dado un nombre cristiano solo porque tenía que vivir en Italia, pero en *sus* lares lo llamaban Pequeño Guerrero. La historia funcionó solo un tiempo —a los diez años ya lo habían desenmascarado delante de todo el patio—, pero a él le quedó la pasión por las tribus del Pueblo libre. Y se las había apañado para reproducir, en lo posible, sus cualidades. Sabía distinguir las huellas de cientos de animales diferentes y también sus excrementos, si bien no iba contándolo demasiado por ahí. Y también sabía advertir con qué paso iba un animal. Si pastaba con tranquilidad o si huía de un depredador.

Martina corría.

No de inmediato. Se había bajado del coche a paso normal; luego, al cabo de un par de metros, había acelerado en línea recta hasta el límite de la carretera sin asfaltar. Aquí un tronco de árbol caído señalaba el principio de un pequeño

sendero casi invisible que se internaba en los campos, en dirección contraria al caserón de Colomba. Justo después del tronco, las huellas de Martina parecían seguir a otro par que la precedían. A esas alturas ya eran solo un fantasma, y Lupo no logró distinguir si eran de hombre o de mujer, ni tampoco su verdadero tamaño. *Martina se ha bajado y ha perseguido al individuo. ¿Y luego?*

Las huellas desaparecieron por completo bajo la nieve fresca, pero Lupo fue capaz de identificar el punto donde la primera y la segunda serie se habían encontrado. Había restos de dos medias lunas, la señal que se deja cuando se gira sobre los talones, arrastrando sobre el terreno la puntera de la bota.

El recién llegado se había parado, Martina lo había alcanzado. Él se había dado la vuelta.

¿Y?

Lupo veía una escena confusa de cuerpos aferrándose en la oscuridad, se imaginaba un grito de terror. Sin embargo, en el sendero no había rastros de lucha. Señales de cuerpos caídos, sangre, ramas rotas. Las huellas ya eran invisibles, pero rastros semejantes se habrían visto. Entonces, ¿se habían alejado juntos?

Prosiguió a lo largo del sendero hasta el principio del bosque, cinco mil kilómetros cuadrados que se extendían entre las colinas. Numerosos caminos se entrelazaban bajo los abetos y los alerces, Martina podía estar tanto a un metro como a cien kilómetros.

En el camino de vuelta, Lupo llamó a Nerone, que se había refugiado en el coche.

—Martina perseguía a alguien.

—¿Caselli?

—Quién sabe. Voy a echar un vistazo a su casa. Pero tú despierta a todo el mundo y avisa a Protección Civil. Llama también a don Vito, mira a ver si nos envía a alguien para las pesquisas. Organiza tú los equipos, os quiero a todos fuera antes del amanecer.

Lupo superó la verja y llamó a la puerta de Colomba sin recibir respuesta. Recorrió el perímetro del caserón y vio de inmediato las huellas que bajaban hacia los campos y que iban desapareciendo bajo la ahora copiosa nevada. La policía había querido rehuir la vigilancia de Martina. ¿O había trazado tan solo un círculo para pillarla por la espalda?

Lupo reparó en que esa hipótesis no era posible, porque las huellas se dirigían hacia el otro lado del valle. Hacia Montenegro.

Corriendo el peligro de caerse por las prisas, Lupo regresó a toda velocidad a

su coche.

## 7.

Colomba se despertó por el ruido de la cerradura al abrirse y durante dos segundos tuvo en la cabeza solo un vacío centelleante, como un televisor sin sintonizar. Luego se acordó de que se había quedado dormida como un lirón en la cama de Tommy tras la millonésima imagen desenfocada de pájaros y árboles. Se puso en pie de un brinco y se escondió detrás de la librería, sembrando tarjetas de memoria por toda la habitación. Tenía una pegada en la frente, que se cayó dejándole el logotipo sobre la piel.

Su reloj de muñeca con las agujas fluorescentes que se utilizaban antaño indicaba las seis y diez. *He perdido una hora y he dejado que me pillaran como una idiota.*

Saltó también la segunda cerradura y Lupo entró, manchado de barro hasta las orejas. La esperanza de Colomba de que se encontrara allí por casualidad se desvaneció tras sus palabras.

—Doctora, si está aquí dentro, salga —dijo—. Y sé que está aquí dentro.

—Voy desarmada —gritó ella, aún a cubierto.

—Muévase.

Colomba observó desde el otro lado de la jamba. Lupo mantenía la pistola enfundada y se rascaba la nuca, con las preocupaciones en otra parte. Salió a su encuentro.

—¿Cómo me ha localizado?

—Quizá soy menos idiota de lo que piensa. Allanamiento de morada y daños a la propiedad privada. De momento, voy a detenerla; luego que decida Vigevani. Vamos.

Lupo la cogió del brazo, y Colomba reprimió el impulso de asestarle una patada.

—Un momento, Lupo. Déjeme respirar. ¿Qué ha pasado?

Lupo resopló.

—Martina se ha marchado hace un par de horas y no contesta por radio.

—¿Se ha marchado de dónde?

—De la vigilancia delante de su casa —volvió a tirar de ella, esta vez solo

para que lo mirara a la cara—. ¿La ha visto? ¿Sabe usted algo que no quiere decirme?

—Si a Martina le ha pasado algo, la persona responsable es la misma que asesinó a los Melas y que ha puesto el martillo en mi casa. Eso es lo que sé.

—Otra vez con esas chorradas...

—¡No es ninguna chorrada! Y los Melas escondían algo —Colomba le señaló una fotografía en la pared.

—Mire.

—Es un pito —dijo Lupo. Un pito crestado, para ser exactos, que no existía en Europa, pero Lupo se lo calló. Pequeño Guerrero no quería parecer un empollón.

—Comprado en una papelería. Porque todas las fotos que Melas realizó en un año dan asco. He visto la mitad de ellas, sé algo al respecto. Así que, ¿por qué se pasaba el día por los bosques haciendo fotografías?

—A mí solo me interesa encontrar a Martina. El resto viene más tarde.

—¿Está seguro de que las dos cosas no están relacionadas? ¿Que Martina no ha visto a alguien a quien no tendría que haber visto? —Lupo titubeó y Colomba se dio cuenta—. ¿En qué está pensando? —le preguntó.

—Había huellas junto a su casa, dejadas mucho después de que nosotros llegáramos —dijo Lupo de mala gana.

—¿Ha enviado a alguien para que las siguiera?

—La nevada ya las estaba borrando, de lo contrario las habría seguido yo mismo. En cualquier caso, he sacado a la calle a todos los hombres disponibles.

—Entonces puede emplear su valioso tiempo en intentar averiguar qué hacía de verdad Melas en los bosques. Podríamos descubrir la identidad del hombre o de la mujer que ha dejado las huellas. Y determinar si están implicados en la desaparición de Martina.

—Es usted diabólica, lo sabe, ¿no? Se está aprovechando de mi preocupación por la chica.

—Sí, estoy aprovechándome de ella para lograr que razone —admitió Colomba—. Pero me temo que el diablo está ahí fuera, en medio de la nieve.

## 8.

Cuando era una chiquilla, la cabo de los carabineros Martina Concio fue una promesa del patinaje artístico, una pequeña Denise Biellmann según su entrenadora, sobre todo cuando hacía trompos. A los trece años llegó hasta la selección nacional júnior, antes de que una mala caída le arrebatara un par de dientes y la determinación. Como todos los que han perseguido una meta y han renunciado a ella, se le quedó una herida abierta que redimía en sus sueños, patinando a velocidad supersónica o deslizándose en el hielo lenta como un caracol. Ahora debía de estar soñando, porque tenía delante de ella un tronco cubierto de hielo y no era capaz de moverse. Tenía frío y estaba oscuro. Volvió a ser niña durante unos instantes y le pareció oír a su entrenadora que le gritaba que tuviera cuidado con la pierna de apoyo. Volvió a abrir los ojos, el tronco helado seguía delante de ella. Empezó a sentir su cuerpo, y algo que se arrastraba a la altura de su estómago. Una serpiente de llamas y de hielo, la mano de Hulk, el primer cubalibre a los catorce años.

*Dolor.*

Cuando la visitaron después de la caída, el médico de urgencias le preguntó su nombre, luego le dijo:

—Mi prima se llama Martina, ¿no te parece una bonita coincidencia? Y ahora, dime, de uno a diez, ¿cuánto te duele si te muevo la pierna así?

Martina a los trece años gritó «Diez», pero ahora tendría que gritar cien, o mil. Lo intentó, y de sus labios salió una especie de eructo, luego un chorro de sangre y saliva. No era capaz de decir en qué posición se encontraba. ¿Echada en su cama, de pie, sentada? Era como si su cuerpo flotara en una nube. No sentía los brazos, no lograba abrir los dedos. Intentó mover los pies y el dolor le dio otra punzada en el estómago, que le subió a la garganta con un regusto dulzón. Los pies no tocaban nada. Ni el suelo, ni las sábanas de una cama. Solo aire.

*¿Qué me ha pasado? ¿Qué había tras el árbol?* Intentó girar la cabeza, pero de nuevo el estómago gritó. Algo por dentro de ella se laceraba a cada respiración. Escupió sangre de nuevo.

*No debo moverme, estoy herida.* A buen seguro había sufrido un accidente,

pero seguía viva. Y sentía dolor. Buena señal. Los heridos graves no sienten nada, ¿no? ¿No?

Buscó por entre la confusión que tenía en la cabeza. La guardia nocturna, Caselli.

*La sombra en la nieve.*

¿Era posible que aquel fuera su último recuerdo? El ruido de la puerta al abrirse resonó nuevamente en su cabeza.

La sombra en el camino. Ella bajando.

*¿Y luego qué? ¿Me ha traído hasta aquí? Pero ¿dónde es aquí?*

Esta vez dobló la cabeza hacia abajo, milímetro a milímetro, quizá incluso menos, con momentáneos intervalos de inconsciencia. Por debajo de ella, a su derecha, en la espesa oscuridad le pareció entrever algo que brillaba. Hielo, probablemente, aunque parecía moverse, rizarse.

Era un río, un torrente, donde se reflejaba la luna. Y ella tenía la impresión de estar volando por encima del mismo. Desplazando otro milímetro la cabeza vio la sombra de sus piernas, que parecían colgar en el vacío. ¿Cómo era posible, qué la mantenía levantada en el aire?

Apretando los dientes, giró la cabeza al menos un centímetro, y la imagen del río desapareció. Había algo que obstruía la mirada, una zona oscura más oscura que las otras. Otro centímetro, la zona oscureció completamente su vista. Algo entre ella y el río, y cuando vomitó un nuevo borbotón de sangre y lo vio chocar contra la zona oscura, se percató de que estaba más cerca de lo que imaginaba. No se encontraba en la zona indefinible entre sus pies y el arroyo, sino pegado a su cuerpo. La sostenía.

*¿Estoy sentada en una rama del árbol?,* se preguntó. ¿Se había caído durante la vigilancia y había permanecido agarrada a la planta? Habría querido poder mover las manos para palparla y asegurarse de su existencia, pero eran como hilos de lana que no respondían a sus órdenes. Como las piernas.

Vomitó más sangre, y esta vez la vio correr y definir el contorno de la rama antes de caer en la sima, incolora como el universo alrededor de ella, todo de matices de gris. Y por fin comprendió realmente lo que le habían hecho.

## 9.

Colomba le enseñó a Lupo las fotos que había seleccionado de un camino que discurría desenfocado tras una hilera de abetos.

—Creo que Melas hacía todas las veces el mismo trayecto. Este sendero siempre reaparece en las fotos, por ejemplo.

—Sin duda está en el sur-sudoeste —dijo después de echar un vistazo, tras comparar las sombras con los códigos de tiempo—. Los del fondo son los montes Sibilinos.

—¿Puede ser más exacto?

—No.

Colomba hizo pasar otras fotos en la cámara.

—Mire estas. Se han tomado en días y meses diferentes, pero siempre es lo mismo. ¿Ve esta especie de árbol?

—Sí —dijo Lupo, más interesado, mirando la encina retorcida.

Colomba le señaló un poste carcomido de cemento gris.

—¿Y esto le dice algo?

—Creo que son las colinas del valle de Cesana. Son los viejos soportes de alta tensión.

—Entonces es la línea de colinas pasado Mezzanotte, viniendo de Montenegro.

—Enséñeme más, el área todavía es demasiado amplia.

Colomba le pasó la cámara que estaba utilizando como visor.

—Las he puesto en fila —dijo. Lupo hizo correr una especie de videoclip de imágenes estáticas del sendero con el árbol retorcido; daba bastantes curvas y terminaba ante una pared de ladrillos y cemento—. Aquí hay un edificio sin ventanas. ¿Un establo?

—Esos son distintos. Es un henil —cogió el teléfono y abrió Google Maps.

Cinco minutos después subían al jeep verde de Lupo. Eran apenas las siete y media, y afuera había dos grados de temperatura; el cielo, sereno, empezaba a

clarear.

Lupo habló con el cuartel de Portico, donde solo se había quedado el oficinista civil, porque todos los demás estaban fuera peinando la zona. Llegaban voluntarios de Protección Civil de toda la región y las unidades caninas. Cortó la comunicación vía radio y luego, de repente, dijo:

—Nunca acepté sobornos.

—Mejor para usted —respondió Colomba, con todo seco.

—El único error que cometí fue no denunciar a los compañeros que lo hacían. Creía que los trapos sucios se lavan en casa. Luego descubrí que la familia que yo imaginaba nunca había existido. Me dieron la espalda incluso aquellos a los que traté de proteger.

—Son cosas que pasan.

—Supongo que usted se habría comportado de manera distinta.

Colomba se encogió de hombros.

—No puedo darle lecciones a nadie. Yo también he cometido muchos errores.

—Y por eso está aquí ahora, de recreo —dijo Lupo.

—Pues sí.

El último tramo del sendero era demasiado estrecho para seguir con el vehículo. Se bajaron y se internaron por el bosque a pie. Colomba se ató de nuevo las raquetas de nieve, mientras Lupo confiaba en sus botas de Gore-Tex hasta la rodilla.

—Debe de estar a unos cientos de metros de aquí —dijo Colomba, verificando la dirección en el móvil.

—Pero no somos los primeros —Lupo le señaló una serie de huellas paralelas en el sendero, que parecían dibujadas con un rastrillo torcido. Se agachó y barrió con la mano un abultamiento, para descubrir agujas de pino—. Alguien ha borrado sus huellas con una rama —dijo.

—¿Quién puede haber sido?

—Cazadores furtivos, probablemente. Tenga cuidado con dónde pone los pies, no vaya a ser que hayan colocado trampas.

—Si son cazadores furtivos. Me alegro de que al menos usted vaya armado.

Entraron por un pasillo verde de ramas entrelazadas que dejaban filtrar la luz del sol y caer bloques de nieve a su paso. El cielo estaba despejado por primera vez desde hacía varios días y había un goteo constante.

—Me parece que ese es nuestro árbol —dijo Lupo al cabo de unos cien pasos,

indicando la encina helicoidal que apareció delante de ellos.

Colomba, acostumbrada ya a las raquetas, aceleró para llegar a su altura mientras prestaba atención a no acercarse al borde inseguro y escarpado del sendero. Una parte se había desmoronado recientemente y un ápice de barro asomaba entre la blancura. Se asomó para mirar y se dio cuenta de que uno de los árboles que se elevaba debajo brillaba con un color que a menudo significaba solo una cosa.

El rojo.

La nieve púrpura se derramaba por los troncos y goteaba hacia el suelo, densa como pez. Era un níspero silvestre, y las ramas parecían la versión gigante de los tallos de una rosa. Una de ellas, ancha como el brazo de un hombre y doblada hacia arriba, traspasaba el cuerpo sin vida de Martina.

## 10.

Martina tenía la boca y los ojos completamente abiertos, las manos agarrotadas, estaba cubierta de sangre y vómito. Colomba se puso un puño en la boca para no gritar.

—¿Qué ha visto? —preguntó Lupo, aún a algunos pasos de distancia.

Colomba miró al otro lado. Allí estaba, el henil al fondo. Era de piedra y cemento y le faltaba parte del tejado, pero incluso desde esa distancia lograba ver la cadena que cerraba la puerta de madera maciza.

Corrió con los pies como un pato, rezando para que las raquetas no se rompieran ahora. Oyó que Lupo la llamaba, y luego su grito cuando llegó al borde desplomado.

No se detuvo.

Antes de que la encerraran en una celda quería ver ese maldito henil.

Lupo pidió refuerzos por radio, luego gritó el nombre de Colomba con la voz llena de rabia. Ella hizo oídos sordos. Se aferró al muñón de pared para elevarse y mirar en el interior, pero solo vio nieve, basura y vigas putrefactas. Había, sin embargo, un espacio intacto, el que cerraba la puerta con candado. Imposible ver nada de su interior. Cogió una piedra grande y empezó a aporrear el candado.

Lupo, ahora más cerca, bramó:

—¡Usted lo sabía! ¡Me ha traído hasta aquí adrede!

Colomba fingió que no lo oía.

—¡Deténgase! —gritó de nuevo Lupo, alcanzándola.

Colomba se giró y le golpeó en la cara con la piedra. Había apuntado a la barbilla, pero le dio en la nariz, que se rompió y empezó a chorrear sangre. Colomba lo golpeó de nuevo, esta vez en el pómulo. Lupo se tambaleó, cayó, y a cuatro patas empezó a arrastrarse hacia ella, moviéndose a ciegas, completamente aturdido. Colomba le arrebató la pistola y se la guardó en el bolsillo del traje de esquí; luego siguió golpeando el candado.

—Ha sido usted —murmuró Lupo—. La ha matado usted.

—No diga chorradas. Hemos venido aquí porque las fotos mostraban este lugar.

Lupo la agarró por el tobillo.

—Las ha puesto en fila usted.

Colomba le pisó la mano, luego dio otra pedrada. La anilla saltó. Abrió la puerta de un empujón con el hombro. Si había únicamente un montón de leña podrida, se dejaría detener.

En cambio, el débil sol de primera hora de la mañana iluminó una especie de habitación rústica, con una mesa de madera y una silla de plástico. Al otro lado, había una moto de cross cubierta con una lona de plástico, una Honda CRF 450. Llevaba neumáticos de clavos que parecían nuevos. Al lado, un set de herramientas y un par de ruedas de verano listas para ser montadas, así como tres cascos distintos de colores diferentes y otros tantos monos de motociclista de talla mediana para hombre. Las llaves estaban bajo el asiento, junto a otro manajo de llaves de doble paleta.

Lupo se había puesto de rodillas y estaba hurgando en una de sus botas. Colomba le dio una patada en el estómago y él dejó caer una calibre 22 de jugador de póquer del Salvaje Oeste. Tenía cuatro cañones dispuestos en dos filas y la culata historiada. Colomba se la guardó en el bolsillo, luego esposó a Lupo a una anilla para animales que sobresalía de la pared. Él se tragó un trozo de diente.

—Está loca.

Colomba le quitó el móvil y la radio, apagó ambos y los dejó sobre la mesa. Luego llamó a Alberti utilizando su teléfono, y lo pilló en el sótano donde componía su música en el ordenador, música que colgaba en la red con el seudónimo de Rookie Blue. En esa ocasión, sin embargo, había ido solo para dormir, tras regresar a las cuatro de la madrugada de la comisaría. Lo hacía a menudo cuando volvía tarde a casa y no tenía ganas de despertar a su novia. Poco a poco se iba mudando a su casa, sin que hubieran hablado del tema, y Alberti aún no sabía si la cosa le gustaba.

—El jefe está bien, ha vuelto de Milán...

—Me importa un rábano. Necesito algo y lo necesito ya. Una matrícula.

—Doctora, no es momento.

—Es lo último que te pido. Y es realmente importante.

—¿Tiene que ver con Bonaccorso?

—Sí. Joder.

—Vale. La escucho.

Colomba le dictó el número de matrícula, Alberti hizo que lo comprobara un compañero de confianza. La propietaria de la moto resultó ser una inmobiliaria

londinense, que la había comprado en una subasta de una clínica de Rímini, en bancarrota junto con su antiguo propietario. Y también había comprado la clínica. En febrero del año anterior.

Febrero, precisamente cuando ella se trasladó a Mezzanotte. Colomba se dejó caer en la nieve, los pulmones tenían dificultades para almacenar el aire. ¿Otra casualidad?

Quizá Pala se equivocaba y de verdad estaba loca.

Volvió al henil, donde encontró a Lupo que, amoratado, intentaba arrancar la anilla de la pared.

—¡Suélteme, coño! ¿Qué piensa hacer?

Colomba se subió a la moto y arrancó.

—Llegar hasta el final del camino —dijo.

## 11.

Un exnovio de Colomba, con quien había terminado decididamente mal, se desplazaba solo sobre dos ruedas, y en esa época ella se compró una moto para acompañarlo en los fines de semana libres. Nunca se había aburrido tanto, pero al menos había aprendido cómo se hacía. Abrió por completo la puerta del henil y la bloqueó con una rama, luego se puso uno de los cascos. Era demasiado grande para ella, y le pareció notar el olor del aliento del que se lo había puesto antes. Leo o Melas, un monstruo o un muerto.

Se puso en marcha y por poco no se desnucó.

Para gobernar una moto en la nieve debes ir lo bastante rápido para no hundirte, pero no tanto como para perder el control. Para complicarle las cosas a Colomba, también estaba la falta de ejercicio y el escaso conocimiento del vehículo. Se cayó cuatro veces en los primeros doscientos metros, y la última vez se quedó boca abajo, llorando lágrimas de frustración. *Levántate, pedazo de gilipollas*, se dijo. *¿Quieres que te encuentren aún aquí? Al menos, pónselo difícil.*

Se levantó de nuevo y se cayó otra vez, pero cuando pensaba que ya no le quedaba ni un centímetro del cuerpo sin hematomas llegó por fin al asfalto de la carretera provincial. Con el aumento de la velocidad, sin embargo, también aumentó el frío.

Evitó la autopista por las cámaras de seguridad y bordeó el mar negro y la playa desierta que en los meses de verano se transformaba en el país de las hadas. La humedad le penetró bajo la piel. Llegó a Rímini en una mañana de color perla, y se orientó gracias a un cartel de carretera que todavía tenía el nombre de la clínica Villa Quiete, aunque habían cesado ya sus actividades. Con Google Maps lo habría logrado antes, pero tenía la batería desconectada del móvil, para evitar que la localizaran demasiado pronto.

La clínica estaba en un barrio residencial a dos pasos de la playa, un paralelepípedo de cerámica color restaurante de autopista, de tres plantas, rodeado por un pequeño jardín descuidado, lleno de desperdicios.

Colomba aparcó la moto en un callejón y observó la clínica a distancia. La

verja no era difícil de superar, pese a las puntas de lanza, y solo había dos cámaras de seguridad en la entrada principal..., o al menos, había solo dos *a la vista*. ¿Era otro de los refugios de Leo después del piso de Milán? ¿Lo utilizaban Melas y él para reunirse? ¿Preparaba allí los explosivos que Leo había utilizado en Milán?

Superó la verja, se dejó caer en el césped descuidado y corrió encorvada hacia el edificio con mucho cuidado de que no la vieran desde la calle, aunque no había nadie en las inmediaciones. Las ventanas estaban cerradas con las persianas de rodillo y no se veía nada del interior. Colomba evitó las puertas centrales y eligió la entrada del personal en el lateral del edificio protegido por los árboles. Como las demás, también aquella puerta era de cristal laminado antirrobo y estaba protegida con un cierre metálico de tijera. La cerradura era de doble paleta, y se acordó del manajo que había visto bajo el asiento. Regresó a la moto, y la tercera vez que superó la verja para volver a entrar se dio cuenta de que no podría hacerlo una cuarta: estaba agotada.

Fue probando las llaves por ambos lados, en cada ocasión pidiendo la ayuda del cielo y de quien estaba al mando. La tercera llave giró con tal facilidad que durante un momento Colomba pensó que había roto algo. En cambio, había desbloqueado la reja, y la puerta que estaba del otro lado se abrió con solo girar la manija. Se encontró ante un corto pasillo donde hacía más frío que en el exterior. Había polvo y telarañas y el suelo mugriento estaba repleto de huellas, que iban y venían.

Colomba tuvo la esperanza de que fueran recientes, que de veras Leo estuviese durmiendo en una de las habitaciones del antiguo hospital, ajeno a su llegada. Se imaginó que lo despertaba metiéndole el cañón de la pistola en la boca. *¿Te parece que te tengo miedo?*, le gritaría.

Una puerta metálica se abría dando al vestíbulo de la clínica, saqueado de casi todos los muebles, con las lámparas de neón cubiertas de telarañas. En un gran mosaico, la Virgen velaba a un enfermo durmiente. Por la persiana entraban rayos de luz, y Colomba pudo leer el mapa numerado de la pared. La clínica se subdividía en dos largos pasillos en la primera y la segunda plantas, mientras que las oficinas estaban en la planta baja.

Colomba comprobó primero estas, moviéndose en silencio mientras empuñaba las dos pistolas de Lupo con las manos temblorosas por la adrenalina. Estaban vacías, apestaban a rata muerta.

Encontró la capilla del mortuorio, luego las escaleras para la primera planta. Subió a paso lento, prestando atención a cada ruido. Se oían tan solo los de la

calle, y un motor eléctrico que zumbaba a saber dónde en el edificio.

El pasillo era de color pastel, con habitaciones sin puertas y sin camas. Vacías.

Colgado en una vitrina, un registro de servicio con las hojas amarillentas invitaba a todo el personal a aprender el uso de las nuevas camas, que parecían las camillas de una nave espacial para los pacientes incapaces de moverse, y Colomba descubrió que no se trataba de una clínica normal, sino de un hospital para pacientes en coma indefinido.

El zumbido del motor eléctrico era más fuerte ahora, y Colomba se percató de otro detalle crucial: llegaba de la planta superior.

Más escaleras. Las pistolas pesaban, Colomba se metió en el cinturón la calibre 22, y sostuvo la reglamentaria de Lupo con las manos, apuntando hacia arriba, el cuerpo moviéndose con el arma. El zumbido ahora se había convertido en el torno de un dentista, al que se añadía el chasquido rítmico de un mecanismo. *Zzz. Clic. ZZZ. Clic.*

Una habitación de la segunda planta conservaba la puerta. Por debajo de ella se filtraba una luz azulada que temblaba de forma sincrónica con el chasquido.

*Zzz. Clic. ZZZ. Clic.*

¿Qué estaba haciendo Leo? ¿Tenía un arma en la mano, era capaz de lanzar rayos? Colomba ya no entendía nada, el ruido la confundía y el miedo se mezclaba con la adrenalina.

La puerta tenía una cerradura, electrónica y sólida, donde una luz roja destellaba al fondo de un agujero que parecía hecho aposta para un pequeño cilindro que colgaba en el manajo. Lo insertó y de inmediato se colocó en posición de disparo, al oír que la cerradura saltaba y ver que la luz se ponía verde.

A las diez en punto de la mañana, dieciséis horas exactas después de la explosión de Milán, Colomba bajó la manija con el codo y empujó, para entrar en una nube de luz azul que la cegó durante un instante. Luego sus ojos se acostumbraron. Vio a un muñeco de tamaño humano sacudido en el aire por una mano invisible, iluminado por una lámpara led.

Vio que el muñeco estaba atado a una cama de un millón de dólares. La cama seguía cambiando de forma, girando y estirando al muñeco, poniéndolo vertical, luego horizontal, luego doblado, sin solución de continuidad.

Vio los electrodos con los que el muñeco estaba cubierto, las bolsas vacías de los sueros colgándole de los esqueléticos brazos.

Vio el tubo que se le metía en la garganta y le bombeaba aire.

Luego vio que no era un muñeco.

Era un hombre.  
Era Dante.

---

**Segunda parte**  
**DESPERTARES**

## *Antes*

*La experta en informática ha trabajado sin descanso desde el día de la masacre, una semana entera en la que ha dormido una media de tres horas cada noche; y todavía no ha terminado.*

*Pasa el lápiz de memoria a Di Marco, coge un destornillador de estrella y empieza a desmontar el ordenador para extraer el disco duro del mismo. Lo pondrá en el horno microondas para que dé una vuelta, del mismo modo que ya ha cocido en su punto también los tres teléfonos móviles hallados en el apartamento. Con una lluvia de chispas y de humo, su memoria interna se había dañado definitivamente. Mejor que liarse con ellos a martillazos.*

*Di Marco se mete el lápiz USB en el bolsillo, deja al equipo terminando el trabajo de limpieza y alcanza la lancha de los Comsubin que lo espera en el amarre de la calle veneciana. Cuando sube a bordo, los militares lo saludan sin dejar de apuntar sus fusiles de asalto hacia los cuatro puntos cardinales.*

*La lancha se desliza sobre el agua hasta el puerto de Mestre, donde un coche blindado recoge al coronel y su escolta para llevarlos luego al cuartel de Matter. Antes de superar el portón gris de la sede de las fuerzas especiales, Di Marco vislumbra la figura delgada de un hombre que fuma en la acera, con una gabardina desgastada y una gorra irlandesa. Le da un golpecito al conductor en el hombro para que se detenga, luego se baja y alcanza al tipo. No se ha equivocado: es Santini, el exdirector del SAIC, el Servicio de la Actividad Informativa de la Confederación, aparcado en la Móvil de Roma, a la espera de la jubilación.*

*—¿Qué quiere? —le pregunta mientras se planta delante de él.*

*Santini tira el cigarrillo y hunde las manos en los bolsillos.*

*—¿Lo sabía? —pregunta con voz apagada.*

*—No sé de qué me habla.*

*—Voy armado —Santini mueve la mano, y sobre la tela de la gabardina asoma la joroba del cañón de una pistola.*

*—Es demasiado inteligente para dispararme delante de testigos.*

*Santini parece nervioso, pero no cede.*

—Si hubiera sido inteligente, no habría venido hasta aquí. ¿Sabía lo que estaba a punto de ocurrir en la Misericordia o no?

—No —responde Di Marco, sin mover un músculo de la cara.

—Caselli estaba allí.

Di Marco retrocede un paso para examinar mejor el rostro de Santini. Reflexiona, y casi parece oír los tic, tic, tic, de sus engranajes dando vueltas.

—Se lo está inventando —le dice al cabo de unos instantes. Su voz ha perdido algo de presunción.

—Está en el hospital, pero saldrá de esta. Torre, en cambio, se encuentra entre los desaparecidos —Santini tiembla—. No pueden haber llegado a Venecia por casualidad. Sabían que algo estaba a punto de pasar en el polideportivo. ¿Cómo es que usted, en cambio, no lo sabía?

Di Marco reflexiona y sus engranajes siguen haciendo tic, tic, tic.

—Suba al coche —dice entonces.

Santini se tambalea, por el alcohol y por la sorpresa.

—¿Por qué?

—Le voy a contar lo que aún no sabe —señala hacia la puerta del cuartel—. Allí dentro.

—Una mierda voy a ir yo ahí.

—Su desconfianza es ridícula. Soy el jefe de Antiterrorismo de un país que ha sufrido el atentado más grave desde la posguerra. No tengo miedo de usted, luego usted no debe tener miedo de mí.

Es una amenaza, pero Santini está concentrado en otra cosa.

—Usted no es el jefe de Antiterrorismo.

Di Marco esboza una sonrisa que es solo un estiramiento de labios.

—Todo está cambiando muy deprisa, Santini, después de lo que ha ocurrido. Habrá hundidos y salvados. ¿Entre cuáles quiere estar usted?

---

## Capítulo I

## 1.

Un grupo de paramédicos retiró a Dante de la cama de un millón de dólares y lo subió a la ambulancia. Antes, sin embargo, los bomberos hicieron saltar la cerradura de la puerta principal de Villa Quiete, dado que las llaves no estaban en el manajo en posesión de Colomba.

Bajo el nombre del «señor Caselli», Dante recibió la visita del equipo de urgencias del hospital de Rímíni, que se preguntó qué carajo le había pasado a ese desgraciado, y no tanto por su lamentable estado general como por los implantes quirúrgicos que llevaba en el cuerpo. El paciente tenía a un lado del ombligo una válvula PEG para la alimentación gástrica, cubierta por una venda sucia; en los brazos, dos catéteres intravenosos; en la tráquea, el tubo de un respirador mecánico, de manera que sin duda alguna alguien había comenzado a tratarlo. No recientemente, sin embargo: todos los implantes estaban infectados, rodeados de carne necrosada e hinchada, y además el paciente estaba desnutrido y deshidratado, entumecido, sucio, apestaba a excrementos y a putrefacción.

Una enfermera formuló la hipótesis de que había huido de algún otro hospital antes de esconderse en Villa Quiete. A una amiga suya, jefa de sala, una vez se le había escapado una paciente y la encontraron seis meses después en la sala de calderas, reseca como una momia. Esa tenía Alzheimer, no obstante, mientras que, según el TAC, el cerebro del paciente de Villa Quiete estaba sano, sin señales de traumatismos o de enfermedades. Entonces, ¿por qué había permanecido encamado tanto tiempo?

—No lo sé —respondió Colomba a la pregunta exacta del médico especialista. Como había hecho con prácticamente todas las demás.

—¿Sabe qué le han dado para mantenerlo sedado?

—No.

—Pero ¿sabe cuál es su enfermedad? ¿Por qué está intubado?

Colomba negó de nuevo con la cabeza y el médico se preguntó si la mujer estaba realmente capacitada para entenderlo. Los ojos verdes que mantenía clavados en la puerta de los servicios de urgencias eran febriles y brillantes.

—Tenemos que quitarle esos implantes infectados y limpiar las heridas —dijo

—. Necesitamos la autorización de un tutor o de un familiar. Usted es su hermana, ¿verdad?

Colomba firmó sin mirar siquiera los papeles.

—¿Se pondrá bien? —preguntó.

—Está muy debilitado, señora. Y no le escondo que la operación conlleva sus riesgos, visto el estado de su organismo —titubeó—. ¿Quiere hablar con el capellán?

Colomba negó con la cabeza.

—No es creyente.

Media hora después Dante fue trasladado al quirófano. Colomba, de pie en el pasillo, lo miró pasar y lo acompañó hasta el ascensor. Cuando las puertas metálicas se cerraron de nuevo, vio reflejados en ellas a Alberti y Santini.

—Me cago en la puta —dijo su exjefe, a su espalda—. Por Dios bendito, lo has conseguido de verdad.

## 2.

El efecto dominó: los bomberos de Villa Quiete habían avisado a la policía, la policía había llamado al mando, el mando había informado al comisario jefe de Rímini, el comisario jefe de Rímini había llamado al comisario jefe de Roma, el comisario jefe de Roma había llamado a Santini, que en ese momento estaba postrado en el sofá con una sobredosis de analgésicos. El meollo de la llamada había sido el siguiente: ¿qué coño hace «la heroína de Venecia» en Rímini, en una clínica abandonada con un moribundo? ¿Está trabajando de incógnito o ha perdido la chaveta por completo? Fuera como fuese, era un problema suyo.

Santini llamó a Alberti y reunió un equipo, rezando por palmarla durante el camino. Tras haber visto a Dante con vida, sin embargo, agradeció a los cielos haber llegado a tiempo. Acompañó a Colomba a una de las butacas de la sala de espera, arrebatándole con precaución la calibre 22 y la otra pistola que llevaba en el cinturón. Era una Glock 17, no la Beretta de costumbre.

—¿De dónde la has sacado? —preguntó mientras se la guardaba en el bolsillo de la gabardina.

—Lupo —murmuró Colomba desde muy lejos.

—¿Lupo?

—Es el mariscal de los carabinieri de Portico —intervino Alberti, que hasta entonces había permanecido en silencio, superado por todo lo que estaba ocurriendo.

—No quiero saber por qué lo sabes —replicó Santini—. ¿Qué ha pasado, Caselli? ¿Qué tienen que ver los carabinieri con Torre?

Colomba se lo contó a trancas y barrancas, ayudada por una *grappa* que Alberti le llevó del bar del hospital. Cuando llegó a Lupo esposado en el henil, Santini salió corriendo para hacer un par de llamadas.

### 3.

A Lupo lo rescataron dos de sus hombres, aterido de frío y blasfemando. A pesar de que tenía el lado izquierdo de la cara el doble de grande que el otro y la nariz rota, rechazó el ingreso hospitalario y permaneció allí mientras el grupo de rescate de montaña recuperaba el cadáver de Martina. Para no poner en peligro la autopsia, serraron la rama y la dejaron en la herida, haciendo que el cadáver rígido por el *rigor mortis* bailara en el arnés de un cabrestante. También estaba el forense, con su aspecto de antiguo matasanos y la barba perlada por el hielo.

Siguiendo sus instrucciones, soltaron el cadáver del cabrestante y lo depositaron sobre la camilla plegable. La rama que Martina tenía aún en las vísceras hizo de pistón. Un gorjeo, y del vientre surgieron dos gigantescos labios, temblorosos y translúcidos, que escupieron sangre encima de los ayudantes. Era el peritoneo, lacerado y empujado al exterior por la presión del aire. El forense, el doctor Tira, se limpió las gafitas redondas con un pañuelo de seda; los paramédicos corrieron para cubrir el cadáver con una sábana.

—Quiero una orden de detención provisional contra Caselli. Y te ruego que no me vengas con cuentos esta vez —le dijo Lupo a Vigevani encaminándose con él detrás del cadáver. En privado se tuteaban.

—¿Estás seguro de que podrás sostener la acusación, Wolf? Cuentan por ahí que tú fuiste el primero en ponerle las manos encima, podría ponerte en una situación delicada —respondió el fiscal.

—¿Y también me esposé yo solo?

—Deberías saber que no es tan difícil.

Lupo se paró en seco, obligando a Vigevani a darse la vuelta.

—Si no me crees, dímelo ya.

—Pues claro que te creo... Pero, venga, ¿Caselli asesinando a Concio?

—¿Por qué no?

—Ha sido una policía intachable, Wolf.

—Exacto. *Ha sido*. En Venecia casi murió, secuestraron a su novio...

—No creo que Torre y ella estuvieran juntos.

—Y antes se ocupó de un asesino en serie —prosiguió Lupo sin escuchar—.

He visto a compañeros dimitir después de un único tiroteo, ella ha estado en más que Buffalo Bill. Ha superado su punto de ruptura, a saber lo que se le puede pasar por la cabeza.

La ambulancia con el cadáver de Martina partió en dirección a la sala de autopsias del hospital de Pesaro. Los únicos coches que permanecieron en la explanada fueron el de Lupo y el de su superior. El conductor de Vigevani se bajó para abrirle la puerta, pero el fiscal le hizo un gesto para que esperara y acompañó a Lupo a su jeep.

—¿Y cómo lo habría hecho? Explícame la dinámica del asunto, visto que no necesita un móvil, ya que está loca.

—Salió de casa y Martina la siguió para ver qué hacía. Caselli le dio un golpe en la cabeza, luego la subió al coche...

Vigevani resopló, exasperado.

—Luego la trajo hasta aquí, repostó combustible en Mezzanotte y se encaminó hacia la casa de Melas, donde tú la encontraste, segura de que te presentarías.

—Quizá estaba buscando algo y se inventó una historia en ese mismo instante.

—¿Para traerte aquí y permitir que encontraras el cadáver, tras lo cual darte un golpe con una piedra y huir con una moto que había escondido con anterioridad?

—Cuando estás mal de la azotea, la lógica no pinta nada.

Vigevani negó con la cabeza.

—Mira, esto es lo que haremos: yo llevo esta teoría al juez de instrucción, pero luego vas tú y lo convences —añadió.

Lupo se sintió vejado, y su rabia aumentó.

—De acuerdo, quizá, y digo *quizá*, no fue Caselli quien mató a Martina, muy bien. Así que no está loca, muy bien. Entonces tenía un motivo para partirme la cara, y quiero saber cuál. Agresión a oficial público, robo de arma de fuego, secuestro, robo de vehículo... Puede que sea una superviviente de Venecia, pero, por Dios santo, no puedes justificárselo todo.

Vigevani puso una extraña expresión —una sincera preocupación, habría apostado Lupo—, pero se giró de todas formas para volver a su coche, caminando como si pisara huevos para no resbalar.

—¿Oye, te marchas así? —lo llamó Lupo.

Sin darse la vuelta, Vigevani le preguntó:

—¿Sabes qué chiste se cuenta en la fiscalía de Venecia?

—No —respondió.

—Que si el ISIS tuviera un buen abogado, no pasaría ni un día de cárcel por la

masacre del polideportivo.

—¿Se supone que tiene gracia?

—Se supone que te hace reflexionar. Vigila cómo te mueves, Wolf. Por mi parte, creo que es la última vez que pongo el pie en esta zona —y se marchó, dejándolo plantado en la nieve.

#### 4.

Santini dejó que Colomba mirara unos minutos a Dante a través del cristal de cuidados intensivos —la operación había ido bien, pero era pronto para saber si la infección reaccionaría a los antibióticos—; luego la acompañó hasta el coche que los esperaba a ambos a la entrada del hospital. A bordo había dos hombres, que parecían hermanos pero no lo eran: musculosos, pelo corto y chaqueta forrada de piel. Colomba todavía estaba aturdida, pero se dio cuenta de que Santini había informado a Antiterrorismo.

—¿Era inevitable? —le preguntó.

—¿Y aún me lo preguntas? —respondió él.

Los llevaron a la comandancia de las fuerzas especiales en el cuartel Gamella de Pisa. Santini la acompañó a través de pasillos y de piquetes armados; luego la dejó ante una puerta cerrada.

—Si quieres un consejo —dijo—, colabora.

—Que te jodan —respondió Colomba, que durante el viaje se había recuperado un poco. Entró.

Di Marco la esperaba en una oficina donde solo había una mesa de despacho y dos sillas, con ambas muñecas enyesadas colgadas del cuello, el habitual traje azul y la habitual cara de gilipollas.

—Un trabajo óptimo, doctora. La próxima vez llámeme antes de poner en pie de guerra a medio país.

Colomba tuvo el último chispazo de energía.

—¡Maldito hijo de puta! —gritó, lanzando una patada a la mesa que hizo rodar lápices y bolígrafos—. ¡Dante estaba en Rímini! No en el fondo del mar o en las cuevas afganas. ¡En Rímini! ¿Dónde coño lo han buscado durante todo este tiempo?

—Doctora, estoy tan sorprendido como usted. Es un giro inesperado.

—¿En serio? ¡Con todos los hombres que tienen a su disposición, con todo el ejército, y no lo han encontrado delante de sus narices! A lo mejor es que no han *querido* encontrarlo.

—No me sea infantil y siéntese.

Antes que darle esa satisfacción, Colomba habría preferido que se le rompieran los ligamentos, pero la energía se le agotó y le cedieron las piernas.

—Podría haber hecho que la detuvieran cuando fue a husmear en casa de Romero, doctora —dijo Di Marco—. En cambio, gracias a los buenos oficios del doctor Santini, intento mantenerla fuera de la cárcel por segunda vez. Debería estarle agradecida.

—¿Agradecida? Me muero de ganas de contarle a todo el mundo que dejaron a Dante pudriéndose —dijo ella.

—Tras lo cual será detenida y juzgada por traición y violación de secreto de Estado.

Colomba rechinó los dientes. Qué ganas tenía de echarle las manos al cuello.

—¿Es esto lo que quería decirme? Muy bien, no diré nada a nadie. Ahora ordene que me suelten.

—La cosa ha ido demasiado lejos para cerrarla por un camino informal. El presidente del Gobierno participará en la reunión a puerta cerrada del CAEA que he notificado para dentro de un par de horas. Y usted, Caselli, será la invitada de honor esta ocasión.

El CAEA era el Comité de Análisis Estratégico de Antiterrorismo. Por regla general, solo participaban los altos mandos del Servicio de Inteligencia y de la Policía.

—¿Y qué se supone que pinto yo ahí? Ahora soy civil.

—Explicaré cómo llegó hasta Torre y cómo durante todo este tiempo ha actuado a las órdenes de mi oficina. Santini respaldará su versión.

—Pero yo no. Estoy cansada de mentir por usted.

—¿Prefiere acabar en una prisión militar sin poder estar junto al cabecero de la cama de su amigo?

Colomba se recostó en el respaldo.

—No —dijo en voz baja.

—Entonces termine de una vez con esta vana hostilidad. Además, será una reunión especialmente interesante. El señor presidente del Gobierno ya lleva seis meses en el poder y ha recibido la última habilitación de seguridad. Por fin descubrirá qué fue lo que realmente ocurrió en Venecia.

## 5.

Lupo volvió a su apartamento y llamó a la familia de la muchacha, despertándolos con la peor noticia que un padre pueda recibir. Con ellos minimizó el carácter de las heridas, inventó que Martina había muerto en el acto y dijo que estaban buscando a los responsables con todas sus energías. Cuando colgó se sirvió una copita de bourbon moonshine, elaborado como se hacía en la época de la Ley Seca, incoloro y fortísimo. Lupo no bebía prácticamente nunca, pero se sentía roto por dentro y por fuera.

Acababa de meterse entre pecho y espalda el segundo sorbo cuando llamó Bruno. El viejo brigada tenía los ojos hinchados y le temblaban las manos.

—He visto que tenías la luz encendida.

—No hay problema —Lupo le hizo un gesto para que entrara—. ¿Te apetece una copita?

Bruno asintió y se sentó en el puf al lado del gran cactus de plástico, humedeciéndose solo los labios cuando Lupo le sirvió la bebida.

—Voy a solicitar la jubilación —dijo de repente—. He cotizado ya el noventa por ciento, si computo el servicio militar; con eso me llegará.

Lupo sintió una punzada de contrariedad. Bruno llevaba seis años prestando servicio con él, habían llegado juntos a Portico. No se habían hecho amigos, pero después de todo ese tiempo había pocos secretos entre ellos. Y Lupo ya se había percatado de que Bruno estaba llegando al límite, aunque había fingido que no pasaba nada.

—Sé que si has tomado esa decisión, no voy a lograr hacerte cambiar de idea, aunque me gustaría. Piénsatelo un poco unos meses.

Bruno no mudó el gesto.

—Lo he pensado durante un año, estoy seguro. Y no es solo por Martina. Es por toda la mierda que tenemos que comernos. Lo que está pasando ya lo he visto antes demasiadas veces.

—¿De qué hablas exactamente?

—De esos que manejan la verdad como les parece.

Lupo levantó los ojos al cielo: con los años, Bruno se había vuelto cada vez

más defensor de la teoría de la conspiración.

—¿Esos que han inventado las vacunas para controlarnos a todos? —dijo con tono hastiado.

—No estoy loco. Tengo ojos. Veo las cosas. Caselli no será incriminada, ¿qué te apuestas?

A Lupo lo pilló descolocado.

—Vigevani se muestra extrañamente reacio. Me ha dado a entender que es por la masacre de Venecia...

—Porque Venecia apesta —dijo a Bruno, lapidario—. He hablado con un montón de compañeros que han tenido que ver con el caso. Los servicios secretos han hecho desaparecer de todo. Pruebas, declaraciones... Tal vez incluso cadáveres.

—Estarán realizando alguna investigación reservada.

—Ya me conozco sus investigaciones reservadas. Tú no estabas en los años setenta, pero yo sí. Y en ese período era imposible que los servicios secretos no te incriminaran en algo. Pero aquí es distinto.

—¿Distinto en qué sentido?

—Esconden algo grande. Fíate de mí. Y Caselli está metida hasta el cuello — Bruno se humedeció de nuevo los labios—. Ha dicho que fue a Venecia para pasar dos días de vacaciones con Torre y que acabó por casualidad en el Polideportivo de la Misericordia durante el ataque. Luego Bonaccorso la hirió y secuestró a Torre, y no se sabe el porqué. ¿No es así?

—Me parece que sí.

—En los días previos mantuvo un tiroteo con un extremista islámico, luego un policía de su equipo asesinó a su mujer y se suicidó. Guarneri, se llamaba.

—No lo sabía —se sorprendió Lupo—. Pero ¿qué tiene eso que ver?

—Ya ves tú qué casualidad: se suicidó el día antes de Venecia. ¿Es una coincidencia? No lo creo.

—Sin embargo, es lo más probable.

—¿Tú te habrías ido de vacaciones con un compañero muerto recientemente?

—No.

—Hay otra cosa que poca gente sabe: Caselli conocía a Bonaccorso.

—¿En qué sentido lo conocía?

—*Aparentemente* se encontraron por casualidad. Pero un testigo declaró que los vio juntos en el tren hacia Venecia, antes de la masacre. Él, ella y Torre.

—Es una chorrada —dijo Lupo, no muy convencido. Parecía una historia demencial, aunque el comportamiento de Colomba aún lo había sido más.

—Yo solo expongo los hechos. Pero si Caselli trabaja para los servicios secretos, nunca sabremos la verdad sobre Martina.

## 6.

Los militares habían vaciado un rincón del almacén central desplazando cientos de sacos de cemento, para apilarlos luego en semicírculo alrededor de una larga mesa metálica y una pizarra de papel, una de esas con páginas que se giran igual que una libreta. Además de Colomba, Santini y Di Marco, se habían colocado alrededor de la mesa iluminada por el neón el jefe de la policía y el general comandante de los carabinieri. Se pidió a todo el mundo que dejara los dispositivos electrónicos en una pequeña palangana de plástico, que un soldado llevó a una distancia de seguridad. Di Marco logró colocarse la silla sin utilizar las manos, fulminando con el relámpago de sus ojos al hombre que estaba a su lado, que había hecho ademán de ayudarle.

Ese individuo era un funcionario al que Colomba no había visto nunca: unos cuarenta años, bronceado y con el cuerpo enjuto de un corredor. Llegó a tiempo para estrecharle la mano —«Encantado, Walter D'Amore, Agencia de Información y de Seguridad Interior», dijo—, antes de que el presidente del Gobierno hiciera su entrada con un abrigo de pelo de camello color mostaza.

Resultaba extraño verlo solo; la escolta había sido bloqueada a la entrada del almacén, porque no estaban autorizados siquiera a ver quiénes participaban en la reunión. Sin su séquito habitual, el presidente miraba a su alrededor como un turista de paseo entre los monumentos. Tenía cuarenta y cinco años —por tanto joven, de acuerdo con los estándares del país— y a Colomba le pareció que hacía esfuerzos por mostrarse desenvuelto. Solo lo había visto en televisión, y no muy a menudo, porque la política no formaba parte de sus intereses. Pensó que se parecía a un pastelero de libros infantiles, la cabeza redonda y una sonrisa.

—Buenas noches a todos, si es posible decirlo, vista la hora —dijo—, y perdonen el retraso, pero hoy he tenido una reunión tras otra —miró el reloj que llevaba en la muñeca—. Ya es la una y media, por tanto tengo como máximo cincuenta minutos. Debo subirme a un avión para la conferencia de París sobre la zona de libre comercio.

—Dudo que nos baste con eso, presidente —dijo Di Marco de forma glacial.

El otro se abrió de brazos con una sonrisa apenada.

—Pasaría del tema, dada esta emergencia, pero será la ocasión para hablar un poquito de seguridad con mis colegas europeos —se volvió hacia Colomba y le tendió la mano—. Me alegro mucho de conocerla, doctora Caselli. Personas como usted son el orgullo de nuestro país.

—Gracias —dijo Colomba, azorada. Al menos había conseguido darse una ducha rápida en el barracón femenino; un traje de camuflaje sin distintivos sustituía al sucio traje de esquí.

—Espero que haya ocasión para reunirnos otra vez y hablar con calma. Sin embargo, tengo mucha curiosidad por saber cómo encontró al señor Torre.

D'Amore puso las manos sobre la mesa; Colomba vio que en la muñeca izquierda le colgaba un pequeño Buda de madera.

—Antes de hablar de eso, debemos tratar un asunto delicado, señor presidente —y después de una pausa añadió—: La masacre de Venecia.

El presidente del Gobierno lo miró como si le hubiera soltado una grosería.

—¿Hay novedades acaso, aparte del regreso a casa del señor Torre?

—No son exactamente novedades, es más bien un recordatorio —afirmó D'Amore, imperturbable.

El presidente volvió a su sonrisa de pastelero.

—Ya sé todo lo que hay que saber sobre Venecia. He leído hace poco el documento completo de la comisión de masacres. Y también hablé largo tiempo del asunto con el director de la CIA, cuando vino a Roma para reunirse conmigo.

*A saber lo que se habrán leído con el asunto*, pensó Colomba.

—Una persona de gran inteligencia. Me imagino que se habrá reunido con él en muchas ocasiones, coronel —añadió el presidente.

—Presidente... Le ruego que no cambiemos de tema —dijo Di Marco, enojado como un viejo maestro—. Son pocos los que están al corriente sobre lo que hablaremos en este almacén. Ni una palabra siquiera de esta reunión se transcribirá, exactamente como en las anteriores.

El presidente miró a su alrededor en busca de apoyo, sin encontrarlo.

—¿Me está diciendo que existe información *clasificada* sobre Venecia?

—Sí, presidente.

—No es posible clasificar como secreto las masacres.

—Gracias por recordárnoslo —dijo Di Marco—. Pero le garantizo que al final de la investigación será competencia nuestra dar a conocer las informaciones que hayamos recopilado ante las sedes competentes.

—Pero eso es una locura... No se puede hacer.

—Según el anterior Gobierno y numerosos ilustres constitucionalistas, sí. Por

favor, D'Amore. Esta vez *intentaremos* escucharte.

D'Amore se aclaró la voz.

—Como ya sabe, presidente, la mayor parte de las víctimas de Venecia formaban parte de la organización sin ánimo de lucro Care of the World, COW, para los amigos.

—Puede ahorrarnos el abecedario —replicó el presidente de modo glacial—. Los asesinos son cuatro miembros del Daesh, entrenados en Siria y a las órdenes de quien se llamaba a sí mismo Leonardo Bonaccorso.

D'Amore no parpadeó.

—Por desgracia, no es así. Las informaciones de las que habla han sido *fabricadas*.

Al presidente del Gobierno se le desencajó la mandíbula.

—Espere. ¿Quiere decir que son falsas?

—Sí.

—¿Y quién las ha fabricado? —miró de nuevo a su alrededor.

*¿Y tú qué crees?*, pensó Santini, atusándose el bigote.

—El comando que llevó a cabo el atentado no formaba parte de organizaciones yihadistas —continuó D'Amore—. El Califato lo reivindicó, como acostumbra en un intento de arrogarse méritos que no son suyos. Y, por una vez, les dejamos hacer.

—Todas las agencias de Inteligencia confirmaron la credibilidad de la reivindicación. Los miembros del comando ya tenían órdenes de búsqueda en medio mundo... —dijo el presidente del Gobierno.

El jefe de la policía chasqueó los labios: comenzaba a cansarse. Era un sesentón fornido y calvo, con los dedos como *Würstel*. Santini y él no se caían nada bien, pero se veían obligados a soportarse.

—Me temo que no. Eran un pedófilo, un violador reincidente que había devorado en parte a su compañero de piso, un expolicía alcohólico y un tipo que había ahogado a su esposa en agua hirviendo. Y ninguno de ellos era musulmán.

—¿Y Bonaccorso? ¿Tampoco es un combatiente extranjero?

—Por lo que sabemos sobre él, podría ser el Hada Azul.

—Buena parte de los servicios de Inteligencia extranjeros tomó como creíbles las informaciones que les proporcionamos. Otros nos echaron una mano —dijo Di Marco—. Y por lo que concierne a Bonaccorso, no participó en el atentado. Llegó más tarde al lugar, junto con la doctora Caselli, y mató a todos los miembros del comando con los que entró en contacto, así como al fundador de la COW, John van Toder. Consideramos que no tenía nada que ver con ellos, y que

actuaba al dictado de otra organización, cuyos motivos aún debemos concretar. La investigación que estamos llevando a cabo, y que requiere el máximo de discreción, se refiere sobre todo a él.

—Pero quien secuestró a Torre fue Bonaccorso, ¿sí o no? —preguntó, del color de la cera, el presidente del Gobierno a Colomba—. ¿También esa es una invención?

—Fue él —intervino Colomba por primera vez—. Pero no para el Estado Islámico, presidente.

—Entonces, ¿para quién?

Colomba apretó los dientes.

—Me gustaría saberlo.

—¿Saben los americanos la verdad? —susurró el presidente—. ¿La saben los americanos? ¿Y los rusos?

El general de los carabineros se encendió un cigarro toscano a pesar de la mirada fustigadora de Di Marco.

—Presidente, le doy un consejo: no hable del tema con nadie. Eso hago yo y nunca me equivoco.

La cara del político enrojeció.

—Cuatro perversos no pueden haber cometido una masacre. No por sí solos, sin el respaldo de una organización.

—Tiene razón, tuvieron un apoyo. Mejor dicho, más de un apoyo. Alguien los reclutó y los organizó.

D'Amore cogió de la carpeta que tenía delante la foto de un cadáver y la deslizó hasta el presidente. Era una mujer pequeña, con un traje verde ácido, cubierta de heridas y de sangre. La cara se había congelado en una sonrisa.

—Ella.

## 7.

Santini supo quién era esa mujer el día en que acompañó a Di Marco al cuartel de Matter, inmediatamente después de la masacre. Con gran estupor por su parte, el coronel le obligó a atravesar las cocinas, para luego hacerlo entrar en una gran cámara frigorífica, bajo la vigilancia de las fuerzas especiales. Entre los cuartos de buey colgados había un saco para cadáveres: dentro, una mujer de unos cuarenta años, los ojos rasgados, una leve sonrisa en el rostro.

—Se hacía llamar Giltiné —le dijo Di Marco—. De pequeña fue presa política en una cárcel ucraniana conocida como la Caja. Ha actuado por motivos personales.

Santini miró a la mujer encogida por la muerte.

—Entonces el ISIS no pinta una mierda aquí. Tenía razón Caselli.

—Me temo que sí.

—¿Y cuándo pretenden hacer pública esta información?

—Cuando deje de ser útil.

—¿Útil para quién?

—Para nuestro país. Por ahora es un secreto que pocas personas conocen.

—Entre las cuales estoy yo.

Di Marco lo miró fijamente a los ojos y Santini se dio cuenta de que su destino se estaba decidiendo en ese instante.

—Hay una película que se llama *El Club de la Lucha*. ¿La ha visto? —le preguntó.

—Hace bastante tiempo.

—¿Y se acuerda de cuál es la primera regla del Club de la Lucha?

—Nunca se habla del Club de la Lucha. También es la segunda regla.

Di Marco asintió.

—Bienvenido a nuestro Club de la Lucha, pues.

Santini se encendió un cigarrillo y volvió a seguir la conversación. Estaba hablando el presidente del Gobierno, que parecía un boxeador sonado.

—Pero ¿por qué... qué tenemos nosotros que ver con esa Giltiné?

—Nada. Ella iba en busca del fundador de la COW —dijo D'Amore, al tiempo que mostraba la fotografía de un anciano con el pelo largo y blanco, con una mueca de terror fijada por el *rigor mortis* sobre su cara bronceada—. Que, en realidad, no se llamaba John van Toder, ni tampoco era sudafricano, sino ruso. Su verdadero nombre era Aleksander Belyy y era un criminal de la guerra fría, el equivalente soviético de Mengele. Se ocupaba de los prisioneros políticos para el KGB. Hizo desaparecer a cientos de personas en un manicomio de Ucrania llamado la Caja. Familias enteras, niños incluidos. Uno de esos niños era la mujer que provocó la masacre.

—Dios mío —dijo el presidente del Gobierno—. ¿Y causó cuarenta y nueve muertos solo por él? Personas que habían dedicado su vida a la beneficencia.

Santini oyó al jefe de la policía sofocando una risa.

—Tampoco la COW era lo que decía ser —soltó D'Amore, casi con desagrado—. Era tan solo la tapadera para una red de contratistas militares que levantó Belyy en su segunda vida. La COW reciclaba el dinero y se servía de la cobertura de las misiones humanitarias para transportar armas y hombres a zonas sometidas a embargo.

—Pero ¿por qué no han dicho nada al respecto? ¡Tenían que haber denunciado a ese criminal!

Santini suspiró, el dolor de cabeza estaba volviéndole loco.

—Presidente, bajo el paraguas de la COW, muchos contratistas militares trabajaban con países amigos —dijo con tono fatigado—. A ninguno de nosotros le interesaba que estallara la Tercera Guerra Mundial. Caselli, cuenta el resto, por favor.

Con algo de azoramiento, Colomba se levantó e hizo su intervención, limándola hasta hacer desaparecer cualquier referencia a Tommy y sin revelar que Leo había declarado que era el hermano de Dante antes de secuestrarlo. Exactamente como había hecho con Di Marco, explicó que se había interesado por los Melas porque Lupo le pidió su parecer sobre el doble asesinato. Contó, sin embargo, casi toda la verdad sobre Bonaccorso.

—Lo conocí después de un tiroteo y fingió que quería ayudarme en mis pesquisas, aunque estuviera suspendida —dijo—. Juntos reconstruimos el recorrido de Giltiné en Italia y viajamos juntos a Venecia, por desgracia demasiado tarde para darnos cuenta de lo que estaba pasando. Con nosotros también se encontraba Dante Torre, que fue de gran ayuda en la investigación, pero no sé por qué Leo lo secuestró. Como tampoco sé por qué lo escondió en

Rímini. Lo encontré por azar, pero me alegro de que así fuera. —La llamada telefónica de Leo le retumbó otra vez en el cerebro. Luego vio su sonrisa mientras le abría el estómago, tan parecida a la del espejo del tren. Sintió que le entraban náuseas y se sentó otra vez.

El presidente del Gobierno la había escuchado con aire distraído, torturado por sombríos pensamientos.

—Entonces todos estabais de acuerdo en ocultar la verdad —dijo cuando Colomba terminó su relato—. Policía, carabineros, agentes de los servicios secretos. Y también miembros del Gobierno anterior. Es... detestable.

—No sea ingenuo, presidente —dijo Di Marco—. Tener amigos entre las bancadas de la ONU o de las instituciones europeas es más ventajoso que montar un escándalo.

—No me han votado para ocultar la verdad a los italianos.

—Lo que los italianos quieren de nosotros es que los protejamos, presidente. Y es lo que hacemos, entre otras cosas también con la reserva que hemos mantenido sobre la investigación.

—¿Reserva? ¡Distracción, es así como se llama!

—Presidente... usted sabe mejor que yo que la verdad está sobrevalorada. Y, a menudo, quien insiste en contarla es menos atractivo para el gran público que un mentiroso aguerrido.

D'Amore esbozó una sonrisa de vendedor ambulante.

—Le proporcionaremos una lista de funcionarios extranjeros que se alegrarán de echarle una mano, el día que tenga que realizar alguna complicada gestión. Nuestro país ha pagado un precio enorme en Venecia; ¿no cree que es justo obtener algunos beneficios del mismo?

## 8.

D'Amore acompañó a Colomba y Santini al coche, mientras Di Marco se quedaba sermoneando al presidente del Gobierno sobre la necesidad de una plena colaboración. Santini hizo una parada en el lavabo de hombres y D'Amore lo aprovechó para hablar con Colomba en privado.

—De Bonaccorso no sabemos nada más que lo que hemos dicho en la reunión, pero quizá hayamos comprendido por qué mató a Romero: el puerto.

—¿El puerto? —preguntó Colomba, sorprendida.

—La zona al lado del club náutico donde estaba amarrado el *Chourmo* es un lugar bien conocido de prostitución masculina —explicó D'Amore—. Identificaron a Romero un par de días antes mientras se entretenía con un chaperó. Creemos que antes de marcharse de Venecia volvió a ese sitio, justo cuando Bonaccorso subía al barco con Torre cargado a hombros. Quizá se ofreció para ayudarlo.

Colomba se imaginó la escena.

—Pobre... Pero ¿no se ha interesado nadie por él?

—Ya había hecho el *check-out* en el hotel. ¿Le sorprende algo?

Colomba negó con la cabeza. Leo le había dicho por teléfono que Romero era fácil de ligar, aunque no dijo que se lo hubiera ligado.

—Con él redondeamos la cifra —dijo sombría—. Cincuenta. Sin contar a las víctimas colaterales como los Melas.

—Las pesquisas sobre su muerte pasarán al fiscal general, quien actuará en estrecho contacto con nosotros. Pero para el trabajo en la zona de Portico nos gustaría contar con alguien a quien conozcamos y que sepa lo que se está cocinando.

—Pregúntenle a Santini. A ese ya lo tienen en nómina.

En ese momento salió Santini con el bigote goteando agua.

—Yo me voy a dormir —dijo mientras cojeaba hacia el coche—. Vosotros haced lo que mejor os parezca. Adiós, D'Amore, ha sido un placer indescriptible.

D'Amore lo siguió con la mirada.

—Ese ya tiene entre manos más cosas de las que es capaz de manejar. Me refería a ti. Has encontrado a Torre tú sola —dijo pasando al tuteo.

—Por casualidad.

—No, porque, de todos nosotros, eres la que mejor conoce a Bonaccorso.

Colomba tenía ganas de gritar, pero no las fuerzas.

—No lo conozco, ¿de acuerdo? Me dio por el culo igual que os dio por culo a vosotros.

—No dejes que tu antipatía por Di Marco te condicione. Siempre has antepuesto el deber.

—A diferencia de vosotros.

Colomba se subió al coche y cortó por lo sano la charla dando un portazo. A bordo la esperaban los dos *no* hermanos de costumbre y Santini, que ya estaba roncando y despidiendo vapores alcohólicos. Llegaron a Rímini cuando empezaba a clarear. En el hospital, Colomba echó un vistazo a Dante por detrás del cristal, luego se echó en la camita para familiares fuera de la zona esterilizada y se durmió sin quitarse siquiera las botas.

Santini, en cambio, siguió hasta Roma soñando con combates sin camisa y con los pies descalzos.

## 9.

Colomba ya no se movió del hospital. Alberti, nuevo responsable de seguridad durante el período de hospitalización del señor «Caselli», le llevó ropa de recambio desde casa, pero ella no se alejó de Dante más de dos metros.

Lo habían trasladado de Cuidados Intensivos a una habitación individual, y Colomba se paseaba por su cuarto igual que un zombi, mientras la conciencia de que estaba realmente delante de ella —vivo— iba borrando poco a poco el coágulo de dolor, sustituido por el miedo a que Dante se le muriera delante cuando parecía ya a salvo, que se quedara inválido o con daños cerebrales permanentes. También temía que Leo volviera para arrebatárselo de nuevo.

Por seguridad, el hallazgo de Dante no se hizo público y los hombres de Di Marco peinaron la zona entre Portico y Rímini inventándose una alarma terrorista, lo que derivó en la expulsión de un par de braceros paquistaníes y de un lavaplatos marroquí, aunque solo fuera para justificar los gastos. A Lupo lo persuadieron sus superiores para que no tocara las pelotas con el tema de Colomba, reforzando las sospechas de Bruno sobre el montaje de los servicios secretos. También lo apartaron del caso de los Melas, pasándoselo al alto mando, que se limitó a pedir los archivos y a ignorar sus llamadas. No le dijeron nada sobre Dante, como es natural. Como tampoco se lo dijo Vigevani, que se había ido de vacaciones bloqueando su número en el móvil.

En cambio, D'Amore informó a Bart, a las seis de la mañana del tercer día del hallazgo. Se despertó oyendo aullar a los perros en el patio y el *flap-flap* del helicóptero sobre la cabeza.

—¿Otra vez? Qué huevos tienen... —murmuró.

Se echó el edredón por encima del pijama y corrió afuera para recoger a los perros, que brincaban asustados, arañando las puertas de los vecinos.

El de enfrente, un fotógrafo barbudo cubierto de tatuajes, abrió llevando puestos solo un par de pantalones cortos.

—¿Los mandas a la mierda de mi parte? —dijo.

—Perdona, no es culpa mía.

Bart salió por la verja y fue corriendo al descampado de detrás del edificio,

donde estaba aterrizando el helicóptero. Un militar con uniforme de camuflaje y un hombre guapetón y bronceado saltaron al suelo.

—Pero ¿es que pretenden que el barrio me declare persona *non grata*? —les gritó—. ¿Qué tienen en contra de los teléfonos?

—¡Perdone la hora, doctora! —le gritó el guapetón para alzarse sobre el ruido del motor que giraba al mínimo. Le tendió una mano—. D'Amore. AISI.

—Roberta Bartone. ¿Qué ha pasado? ¿Otro atentado?

D'Amore sonrió.

—Por una vez, se trata de buenas noticias.

En cuanto Bart descubrió de lo que se trataba, corrió a casa para cambiarse, llamó al cuidador de perros y telefoneó a su ayudante para que se las apañara.

## 10.

Cuando Colomba se despertó, Bart estaba en la silla junto a la cama de Dante y le sostenía la mano.

—Eh.

Bart se dio la vuelta, tenía los ojos húmedos.

—Eres mi policía favorita, lo sabes, ¿verdad?

—Ex —Colomba se levantó al instante y la abrazó—. Es un milagro.

—Tú has hecho el milagro, cariño.

Colomba miró con ansiedad la cara de Dante. ¿Había ganado peso? ¿Estaba más sonrosado?

—¿Cómo está? —le preguntó a su amiga.

—He revisado los informes y he hablado con el responsable de planta; yo diría que la cosa va bien. La infección está retrocediendo y le ha subido la tensión.

—Entonces ¿por qué no lo despiertan?

—Dales tiempo, todavía está delicado. Date una ducha, yo voy a buscar algo para desayunar.

Bart volvió con un plato de sándwiches variados y se encontró a Colomba leyendo en voz alta una novela vestida con un albornoz-quimono.

—¿De dónde has sacado eso?

Colomba dobló la esquina de la página y cogió tres sándwiches de salami.

—Me lo regalaron a los dieciséis años. Y llevaba todo este tiempo en Mezzanotte.

Bart sonrió.

—Debes de haber sido una chica divertida. Date prisa en comer porque quiero oír tu versión.

Colomba bebió a morro de la botella que estaba en la mesita de noche de Dante.

—¡Alberti! —gritó.

Él entró corriendo.

—¿Sí, doctora?

—Quédate aquí con Dante hasta que vuelva —dijo Colomba—. Nosotras vamos a dar una vuelta por el jardín.

Bajaron al parque de robles y sauces que rodeaba el hospital y caminaron entre los pacientes en pijama con la chaqueta por encima y los goteros a rastras.

—¿De verdad crees que el Padre tiene algo que ver con Tommy? —preguntó Bart cuando Colomba acabó de resumir todo lo ocurrido.

—Él o alguien que actúa en su lugar.

—¿Estás pensando en Leo?

—Dante siempre tuvo la certeza de que Leo y el Padre se conocían. Empezó a seguirlo justo después de que el Padre muriera. Y si sabe quién es Dante de verdad, puede ser cierto.

—Otro psicópata.

—Dante estaba convencido de que el Padre experimentaba con niños en busca de un remedio contra el autismo, a sueldo de la Big Pharma.

—Un fármaco que curara todas las alteraciones de quien está en ese espectro destruiría la personalidad del paciente.

—Pero ¿no valdría un montón de pasta? —preguntó Colomba.

—Joder, claro que sí —se desplazaron a lo largo de la pared del perímetro, donde Bart gorroneó un cigarrillo a un médico—. ¿Por qué no les has contado tus sospechas a los servicios secretos? Podrían investigar en esa dirección.

—No me fío de Di Marco, nunca sé cuáles son sus planes. Lo único que me veo obligada a reconocer es que es un patriota. Si hubiera algo más turbio en él, las personas a las que superó para llegar a ser jefe del Departamento de Antiterrorismo ya lo habrían quemado —Colomba lanzó una piedra, intentando darle de lleno a una papelera metálica. Falló—. Y, además, ya han escarbado en el pasado de Tommy y no han encontrado nada. ¿A ti se te ha ocurrido algo?

Bart negó con la cabeza.

—No. He inspeccionado de nuevo las dos únicas prisiones de las que tenemos conocimiento: los contenedores y el depósito de caravanas donde mataste al Padre. No he encontrado nada que hiciera pensar en el paso de otros prisioneros o en otros sitios de tortura. Y hoy, por desgracia, estarían todos muertos.

—A menos que Leo se haya ocupado de ellos —dijo Colomba. Lo intentó con otra piedra, y esta vez golpeó el borde de la papelera con un gong satisfactorio—. Espero que Dante se despierte pronto. Con todo este follón, realmente necesito su cerebro agusanado.

## 11.

El cerebro de Dante, afortunadamente, no había sufrido ningún daño físico a pesar de la prolongada anestesia. Superado el principio de meningoencefalitis, a la semana de su ingreso se le retiró el tubo de respiración asistida y empezaron a bajarle los sedantes. Dante se vio así en un paraíso muy aburrido, sin nubecitas y sin colores. Requirió una eternidad para que el blanco ininterrumpido empezara a poblarse con siluetas que fluctuaban en el silencio. Luego las siluetas adquirieron grosor y sonido. Se convirtieron en sombras que se movían alrededor en un fluido constante de borboteos y silbidos y zumbidos. Eran palabras, pero Dante no las entendía: las había perdido todas, junto con las sensaciones. Ni siquiera era consciente de que tenía los ojos abiertos.

Por eso, al décimo día, fue la primera sensación —la sed— la que trajo aparejada la primera palabra con significado completo.

*Agua.*

La palabra palpitaba flotando por encima de él. Dante sintió que le caían encima gotas congeladas, pequeñas picaduras del alfiler.

*Lluvia.*

Sintió su gusto en la boca, metálico como la

*Sangre.*

Le parecía casi como si la cabeza se le llenara, hinchándose como una bolsa de conceptos y estímulos que lo hacía sentirse de nuevo un

*Ser humano.*

Vistos desde fuera, sus párpados solo temblaron, pero por dentro hacía

*Cabriolas*

de

*Alegría.*

Y las siluetas ahora reducían su velocidad, lograba ver sus detalles. Un relámpago verde que le produjo una especie de

*Descarga eléctrica.*

La silueta se convirtió en su punto de referencia. Aparecía del otro lado de la insuperable montaña formada por las

*Sábanas.*

Las otras siluetas se acercaban y se escabullían, pero la de los relámpagos verdes siempre estaba ahí. El tiempo redujo aún más su velocidad, como si las palabras que le llenaban la cabeza hicieran de contrapeso. El paisaje se iba haciendo definible, el mundo adquiriría calor y color.

*Olor.*

El olor le abrasó el cerebro. Cada molécula llevaba consigo sensaciones y recuerdos de lo que había sido. La silueta se hizo tridimensional. Era una mujer sentada en un viejo sillón con un libro que se le deshacía entre las manos. Vestía un jersey de lana áspera y unos vaqueros; mantenía los pies desnudos apoyados en la cama.

Cuando la mujer levantó los ojos verdes hacia él, Dante recordó su nombre.

## 12.

—Aire —articuló Dante con los labios.

Colomba se puso en pie de un salto, pulsó el timbre para llamar a la enfermera, desbloqueó las ruedas de la camilla y la empujó fuera del cuarto y, a la carrera, hasta la salida de seguridad. Dante movía los ojos furiosamente, la mirada aterrada.

Ella bajó la barra antipánico y la alarma perimetral se disparó al instante, poniendo en guardia a Alberti y a otros dos agentes, que acudieron pistola en mano. Colomba los ignoró y siguió corriendo, empujando la camilla hasta la balaustrada.

El aire libre pareció obrar el milagro. Dante se calmó, movió los ojos hacia Colomba y sus labios deletrearon algo.

Cuando Colomba entendió que Dante estaba jadeando «CC» —el apodo que ella había aprendido a aceptar—, se agachó para abrazarlo con lágrimas en los ojos, prestando atención a no aplastarlo. Era ligerísimo, como si tuviera los huesos huecos.

Al cabo de otro par de semanas de fisioterapia y de tratamientos, Dante ya era capaz de moverse y los mandos del servicio de protección presionaron para que se le trasladara a un hospital militar. Colomba se opuso y los convenció en cambio de que lo ingresaran en el hospital de Portico, donde la noticia sobre el señor Caselli, localizado en una clínica abandonada, no había circulado como en Rímini. El hospital, pese a que era pequeño, tenía estructuras adecuadas y lindaba con un jardín asilvestrado, invisible desde la calle gracias a un muro que rodeaba la zona. En el jardín yermo montaron un hospital de campaña de la Cruz Roja, que se convirtió en la residencia de Dante; otra tienda hacía las veces de base operativa del puesto de guardia. Era difícil que alguien pudiera verlos, pero para evitar cotilleos se instalaron otras tiendas vacías alrededor, y se colocó un cartel que informaba acerca de la próxima apertura de un *outlet* de camping. Esto también justificaría la vigilancia, con policías disfrazados de guardas nocturnos.

En la tienda de Dante, a petición suya, Colomba practicó un corte en la lona con la navaja y empujó el cabezal de la cama al exterior. Aún hacía frío, a pesar de los radiadores eléctricos que un ingeniero del ejército había conectado directamente con el cableado aéreo de alta tensión, pero Dante estaba casi siempre con la cara fuera de la lona. Y a fuerza de mirar el cielo, poco a poco logró enfocarlo y entender dónde se encontraba. Su mente era un calidoscopio roto. En los días que siguieron a su traslado funcionaba algunas veces, otras solo hacía un ruido de cascajos; en esos casos, Dante farfullaba mezclando tiempos y lenguas. Reconocía algunas caras, se asustaba con los sonidos demasiado fuertes y le costaba un gran esfuerzo sentir su propio cuerpo. Lloraba, sobre todo de noche. Más de una vez Colomba se levantó para mecerlo igual que se hace con los niños.

—Todo está bien —le decía—. Estás a salvo.

Al final de la tercera semana de su despertar, Dante estaba en condiciones de hilvanar algunas frases simples y de tragar comida semisólida, que Colomba le daba con la cuchara, prestando atención para que no se atragantara.

Cada vez que abría los ojos, él sabía que la encontraría a su lado. Sentada en el exterior cuando hacía buen tiempo, o bien dentro, a los pies de su cama, con algún libro viejo en la mano. Era su guía para regresar al mundo, para los momentos en que no recordaba los gestos cotidianos. A menudo Dante miraba maravillado o temeroso objetos de uso corriente. Se perdía delante de un pulsador o de una cuchara. Tenía crisis de rabia, de llanto y ataques de pánico, que cuando superaba vivía con vergüenza. Como también se avergonzaba de su pésima dicción, de la flacidez que había alcanzado su cuerpo, de sus momentos de ausencia.

Colomba nunca perdía la paciencia, ni siquiera cuando se volvía caprichoso como un niño. Le leía *Adiós a las armas* con un ejemplar tan viejo que tenía el precio en liras (350, para ser exactos), las críticas de las películas que se había perdido, las últimas noticias. A petición suya, colgó un cartel en la tienda con la inscripción *Crystal Lake* (que Colomba sospechaba que era una oscura referencia a alguna película), le habló de Las Marcas y de su familia, y paso a paso —y con mucha cautela— de lo que había pasado durante su ausencia: Tommy, los Melas, el doctor Pala, Lupo, Romero y todo el resto de la cadena que la había llevado hasta él.

Una noche Dante gritó como si estuvieran destripándolo. Colomba, que

dormía en la otra cama situada en la tienda, protegida con un pequeño biombo, corrió a su lado pistola en mano.

—¿Qué pasa?

—Leo... Lo he visto —dijo Dante con la voz ronca por la traqueotomía.

Colomba miró a su alrededor apuntando el arma que le habían devuelto recientemente.

—¿Dónde?

Dante torció los labios en el esfuerzo.

—The Musical Box —tosió.

—No te entiendo —dijo Colomba, amable—. Inténtalo otra vez.

—Apertura. Frío. ¡Qué largo viaje! —Dante estaba a punto de llorar—. Mierda. Coño —se concentró, intentando detener la anguila escurridiza en que se había convertido su cerebro—. La Caja.

—¿La Caja? ¿La de Giltiné?

—¡Wunderbar! —dijo Dante, feliz—. ¡Wonderbra!

Mezclando lenguas y referencias sacadas a saber de dónde, Dante fue capaz de contarle a grandes trazos a Colomba su despertar en Chernóbil y su encuentro con Leo, que habían aflorado en su mente. Ella le dijo que había sido solo un sueño y para convencerlo lo hizo navegar entre las fotos vía satélite de Ucrania y de Chernóbil.

—¿Ves como no hay nada? La Caja fue desmantelada después de que colapsase la central nuclear. Fuiste tú quien me lo dijo.

Dante al principio no se lo creyó. Todo le parecía demasiado real, más que la tienda que se había convertido en su casa. Pero con ese contacto con la realidad, que se iba haciendo cada vez más firme, muy pronto se percató de que Colomba debía de tener razón: lo había soñado todo, y el año y medio que había perdido se lo había pasado durmiendo. Ninguna fuga heroica, ninguna radiación consumiéndolo, ningún acto de valentía, ningún enfrentamiento con el hombre que decía ser su hermano. Aunque Dante estaba convencido de que aquello debía de tener algún significado. O tenía esa esperanza, para encontrar algo positivo en la desgracia.

Mientras miraba la luna en el cielo, que perdía el gris del invierno, el cuerpo en la tienda y la cabeza congelándose en el jardín, Dante se preguntó si eso no sería también una alucinación. Tal vez seguía en Venecia, detenido en el instante en que identificó a Leo como el hombre que lo había espiado durante años. Tal vez lo habían encerrado realmente en una caja y se había vuelto loco, y Colomba todavía estaba buscándolo, porque no había existido nunca ningún Tommy que

le abriera el camino.

O bien no había existido nunca ninguna caja, ninguna masacre, ningún Leo.

Tal vez continuaba encerrado en el silo, prisionero del Padre, imaginándose una vida que nunca habría tenido.

---

## Capítulo II

## 1.

Colomba, con un gorro de lana demasiado pesado y gafas de sol, subió otra vez la escalinata de la catedral de Portico, repleta igual que un estadio. Allí estaban las autoridades de toda la provincia y policías con el uniforme de gala que asistían para el funeral por la muerte de los Melas, el único doble asesinato de la zona desde la Edad de Piedra. El juez había autorizado las exequias, dado que se habían llevado a cabo todos los análisis posibles en los cuerpos, incluido el de ADN. Aunque llevaba un mes fuera de Portico, y nunca lo había visitado mucho, Colomba mantuvo la mirada gacha, para no cruzarse con la de alguien que pudiera reconocerla.

Un poco antes de que comenzara el entierro empezó a llover. En la plaza se abrieron decenas de paraguas multicolores y Colomba se vio empujada al interior de la resaca humana, y solo logró detenerse al lado de los ataúdes en la nave central. Las numerosas flores sobre las tapas no ocultaban la factura miserable de los mismos; Demetra debía de haber elegido los menos caros del catálogo.

Ella estaba, de todas formas, en primera fila, con diez vueltas de perlas alrededor del cuello y una expresión más cabreada que triste. Las pesquisas sobre la muerte de su hermano y de su cuñada estaban lejos de haber concluido, y esto la obligaba a permanecer en Italia. Le habían retirado el pasaporte, y jueces y carabineros la habían interrogado, forzándola a revelar cada recoveco de su vida.

Junto a Demetra se apretujaban las autoridades, incluido Lupo y cuatro de sus hombres con uniforme de gala, más el tipo sin piernas y con muletas que contestaba al teléfono en el cuartel.

Colomba se desplazó hasta detrás de una columna y siguió controlando a la gente. Reconoció entre la multitud al doctor Tira, al *nerd* de la tienda de telefonía que por una vez había renunciado a las camisetas en idioma klingon, y hasta a la camarera coreana de Montenegro. También estaba Pala, obviamente de negro de la cabeza a los pies, que permanecía aparte admirando un fresco a la espera de que comenzara el funeral junto con Caterina; hablaba con ella en voz

baja. Colomba siguió observando a los presentes, en busca de alguien que le pareciese fuera de lugar. Tenía la esperanza de que Leo se presentara por allí con un bigote falso para burlarse de sus víctimas. Sabía que era prácticamente imposible, pero si se hubiera quedado en casa, las dudas la habrían torturado.

El sacerdote dio inicio a la ceremonia. Colomba se persignó y rezó un padrenuestro, para luego darse la vuelta en busca de la salida. Tommy entraba en ese momento.

Lo acompañaba una mujer con el pelo canoso y de maneras resueltas, quizá una asistente social de la casa de acogida adonde lo habían trasladado. Parecía tranquilo, y aún más mastodóntico, abrigado con un jersey de lana azul de cuello alto y unos pantalones de pana marrón que le reventaban a la altura de los muslos. Miraba a su alrededor moviendo la cabeza rápidamente, como un pajarillo, retorciéndose las manos y repitiendo a cada paso una secuencia de vocales que superaron la voz del sacerdote. Todas las cabezas se giraron en su dirección como en una ola, y el oficiante se detuvo. Colomba, sintiéndose demasiado visible, aceleró el paso hacia las puertas, pero con la gente que atestaba la iglesia no resultaba fácil. Tommy la divisó y lanzó un aullido tan agudo que hizo temblar las cristaleras. Corrió hacia ella atropellando a su acompañante, con una sonrisa enorme que le descubría los dientes superiores.

—Calma, Tommy —dijo Colomba, amable—. No me tires al suelo.

Tommy la cogió de las manos y la obligó a una especie de baile desbaratado entre la muchedumbre. Al fondo, Colomba entrevió a Lupo y sus hombres girándose hacia ella. Cuando la reconoció, Lupo enrojeció de ira.

—Tommy, tengo que marcharme —dijo liberándose con amabilidad las manos. Quería impedir que Lupo la alcanzara.

Tommy volvió frenéticamente la cabeza, a derecha e izquierda, nervioso. Colomba le acarició el pelo.

—Pasaré muy pronto a verte. Te lo prometo —le dijo, y lo dejó al cuidado de la acompañante, antes de salir bajo el aguacero.

Detrás de ella empezaron las graves notas del órgano de tubos de la iglesia, y como si fuera convocado, D'Amore apareció en medio de la plaza, con un gran paraguas con los colores del Orgullo Gay.

—Obviamente, también estáis por aquí —dijo Colomba.

Él sonrió.

—Con discreción, según nuestra naturaleza. Dado que es casi la hora del almuerzo, ¿qué te parece si almorzamos juntos?

—Hoy ponen pastel de carne en el comedor. No puedo perdmelo.

—Venga. Te he dejado en paz estos días, pero no puedes esperar que me olvide de ti. Invito yo —D'Amore levantó el paraguas—. Ponte debajo.

Colomba permaneció a un paso de él.

—Antes me ahogo. Ve abriendo camino.

## 2.

Comieron en una *trattoria* que en Portico todo el mundo llamaba la Casa del Fascista debido al gran mural con Mussolini realizado durante el Ventennio fascista y que se hizo pasar como obra histórica. La anciana camarera les puso delante dos platos de estofado de jabalí y una cesta de tortas a la brasa, y en el estruendo de las conversaciones de las mesas cercanas se sintieron tranquilos para llevar la suya adelante.

—Demetra Melas ha solicitado la tutela legal de Tommy. Estamos intentando ponérselo difícil, pero si no aparecen otros parientes, al final se saldrá con la suya.

Colomba levantó la mirada del plato, sorprendida.

—No creía que le importara.

—Tiene sus razones. Veinticinco millones de razones —dijo D'Amore.

—¿Perdona?

—Su hermano estaba podrido de dinero. Villa Quiete también es suya. Se hizo socio mayoritario de la sociedad propietaria, a través de un fondo de inversión. Antes de morir, Melas lo puso todo a nombre de Tommy. Ni siquiera ha de heredar. Ya es suyo.

—Aún está en la lista de sospechosos por doble asesinato —dijo Colomba—. ¿Por qué no lo habéis exonerado ya?

—Porque no hay pruebas de que haya sido Bonaccorso el que lo ha dejado huérfano. El fiscal general es muy comprensivo con nuestra investigación, pero no está dispuesto a exonerarlo basándose solo en un razonamiento abstracto. No hemos encontrado ninguna conexión entre Bonaccorso y los miembros de la familia Melas o huellas de su paso por Italia.

—Aparte de la masacre de Milán.

—La única persona que lo vio está con quemaduras en el setenta por ciento de su cuerpo. Y si hubiera dejado algo de utilidad en el edificio de Romero, está hecho cenizas.

—No me imaginaba que la investigación siguiera tan verde —murmuró Colomba. Cogió una torta y la devoró.

—Si tienes alguna sugerencia, será bienvenida.

Colomba tragó ayudándose con el vino.

—Si se me ocurre algo, te lo digo.

D'Amore sonrió.

—¿Cuánto tiempo vas a seguir haciéndote la ofendida? Tienes cuentas pendientes con Bonaccorso y nosotros necesitamos que nos eches una mano. Aunque solo sea para entender qué coño tenía en la cabeza cuando se trasladó a esta zona.

Colomba jugueteó con la salsa.

—Probablemente ahora está en la otra punta del mundo.

—También antes pensábamos así, pero nos equivocábamos —D'Amore se metió en la boca el último trozo de jabalí—. Estamos listos para apoyarte en cualquier línea de investigación que quieras seguir y a proporcionarte toda la autonomía que necesites. Si quieres, podrás utilizar lo que queda de tu equipo. E incluso te pagaremos.

—Muy generoso por vuestra parte.

D'Amore dibujó una sonrisa roja de salsa.

—Tienes razón. Dudo que hayas recibido nunca una oferta mejor.

### 3.

Durante el viaje de regreso al «hospital de campaña», Colomba estuvo valorando seriamente la oferta. Sabía que por sí sola nunca podría ponerle las manos encima a Leo, y había vuelto a obsesionarse pensando en él, ahora que Dante ya no necesitaba asistencia continua. Articulaba bien las palabras y lograba permanecer en pie y dar dos pasos, aunque tuviera que hacerlo apoyado en un andador, que odiaba porque era idéntico al del viejo pedófilo de *Padre de familia*. Su voz era muy ronca y algunas veces todavía perdía el hilo del discurso, pero sus progresos se consideraban, si no milagrosos, al menos excepcionales. Para los doctores, en cualquier caso, era difícil tener con qué compararlo, dado que la larga sedación de pacientes sanos no estaba documentada.

—Después del tercer coma, resulta fácil —le dijo una noche, mientras cenaban, bajo la lona transparente de la tienda.

Dante había eliminado de nuevo toda clase de comida de origen animal. A pesar de que los médicos fruncieron el ceño, complementaba la sopa de verduras y los purés con batidos veganos de culturista.

Por su parte, esa noche Colomba había cenado una triste pechuga de pollo con ensalada. Estaba ganando peso y musculatura, y le sentaba bien, aunque no quería que le saliera barriga.

—¿Tres? No me tomes el pelo.

—Sobredosis con fármacos. Yo los llamaba experimentos, pero los médicos no estaban de acuerdo.

—Es una chorrada, pero fingiré que te creo porque aún estás medio atontado —Colomba le había pasado el hueso de la suerte después de haberlo limpiado con los dientes—. Tira.

Dante tiró y se quedó con la parte más larga.

—He ganado.

—¿Qué deseo has pedido? —preguntó Colomba.

—Ser capaz de recuperar lo que me he perdido, pero sin cansarme. Aunque no creo que haya funcionado.

Después de trece años de completo aislamiento, prisionero del Padre, Dante había amontonado cientos de cajones llenos hasta los topes con la cultura pop de los años que le habían robado. Ropa, videocasetes de programas televisivos que ya ni sus protagonistas recordaban, desodorantes fuera de producción, vinilos todavía sin abrir, muñequitos de los huevos Kinder, cromos de fútbol, juguetes que duraron tan solo una temporada, como las taca-taca, catálogos de moda y revistas de muebles. Y ahora tenía otros dieciocho meses que recuperar, en un mundo inmensamente más complejo que el de los años ochenta, hecho de una nada que se reproducía viralmente en las redes sociales antes de ser archivado.

Cada vez que no pillaba un chiste o una alusión lanzada por los enfermeros o por los guardias era una herida. Lo llevaba de vuelta al adolescente torpe que había salido del silo, incapaz de usar el lavabo y los cubiertos, los zapatos y el teléfono. Si había sobrevivido a ese período oscuro se lo debía a la única ventaja que el silo le había proporcionado: su espíritu de observación. Para entender a los extraños que lo rodeaban, había codificado y memorizado sus miles de gestos, de sonidos, de olores, de expresiones faciales, como si estuviera estudiando una compleja lengua extranjera. Antes de los veinte años, ya era capaz de leer a los seres humanos como libros abiertos. Y había hecho el descubrimiento que había cambiado su vida: todo el mundo mentía. Por conveniencia o por miedo, para alegrar a alguien u obtener sus favores, por estupidez o maldad, pero mentían y a menudo se creían sus propias mentiras.

Colomba lo sabía, y también sabía que su relación funcionaba porque ella siempre había sido brutalmente franca con él. Al menos, hasta el momento en que él se despertó y ella evitó decirle lo que había sucedido durante su ausencia.

Cuando entró en la tienda y vio un televisor recién salido de fábrica a los pies de la cama, Colomba se dio cuenta de que el secreto ya no era tal.

## 4.

Dante levantó la mirada por encima del televisor y Colomba no logró sostenerla.

—Hey —dijo mirándose los pies—. ¿Cuándo te ha llegado eso?

Dante apagó el televisor con el mando a distancia.

—Esta mañana, mientras estabas fuera. Netflix ha hecho un documental sobre Venecia, ¿lo sabías?

—Sí.

—¿Qué coño pasó, CC? ¿Qué montaje han hecho?

—Lo han tapado todo. Mejor dicho, hemos. Yo he colaborado, también es culpa mía.

—No te creo —Dante estaba tan agitado que empezó a acortar las palabras, como en la primera época tras el despertar—. Nunca habrías hecho nada semejante.

—Pues ya ves, ha sido así. ¿Quieres saber toda la historia o prefieres que vaya a ahorcarme?

Dante cerró los ojos.

—Por Dios. Cuenta. Desde el principio, por favor.

Colomba se sentó en su cama y se quitó las botas.

—Después de que Leo me apuñalara y se te llevara del polideportivo, me desmayé. Desperté en el hospital de Venecia tres días después. Había perdido un montón de sangre y estaba bastante atontada —y cada vez que le bajaba el efecto de la morfina le estallaba una granada en el estómago—. Tan atontada que no me daba cuenta de que no venía nadie a verme, aparte de Santini. Escuchaba mis delirios, me contaba lo que pasaba en el exterior sin que mi cabeza fuera capaz de retener nada. Solo al cabo de una semana descubrí que nadie sabía nada aún de mi presencia en el polideportivo. Me habían ingresado con un nombre falso, y ni siquiera habían avisado a mi madre.

—Te habían puesto en cuarentena —murmuró Dante.

—Santini tenía la misión de instruirme, antes de que me pusiera en contacto con civiles o investigadores. La versión tapadera era que tú y yo estábamos de

vacaciones en Venecia, y que habíamos pasado por casualidad por el polideportivo —la voz de su exsuperior se oyó en eco otra vez en sus oídos. *¡Hay cuarenta y nueve muertos! Cuarenta y nueve. Y tú sabías que iba a pasar* —. Santini me dijo que si decía la verdad, me acusarían de omisión del deber, obstrucción a la justicia y complicidad culposa en masacre.

—Tú intentaste avisarles... —dijo Dante.

—Habían hecho desaparecer todos los informes donde explicaba mis sospechas sobre la existencia de Giltiné. Santini sabía que era cómplice en una canallada, pero también me dijo que no tenía elección —ese día estaba hecho polvo y medio borracho—. Porque si creyeran mi versión, él, su jefe y todos los que no me habían escuchado acabarían hasta el cuello de mierda igual que yo.

—Yo lo habría intentado de todas formas —dijo Dante, con rabia—. Dios, me habría gustado verlos *ahogarse* en la mierda.

—Podía arriesgarme a ir a la cárcel, pero no a ponerte a ti en peligro. Se cruzarían denuncias, contradenuncias, comisiones de investigación, escándalos y cada vez que un juez intentara hacerse cargo de la investigación, se encontraría enfrentándose a todos los que habían tenido problemas gracias a mí.

Dante hizo bajar el cabecero de la cama, para luego levantarlo de nuevo, desahogándose con el botón.

—En el documental dicen que te dieron una medalla.

—Nunca fui a que me la colgaran —Colomba se tapó los pies con la manta, hacía frío—. Cuando me trasladaron al hospital de Roma empezó el circo. Los periódicos se metían por todas partes para obtener un relato de primera mano. Luego estaban tus admiradores, que querían que confesara tu asesinato. Comenzaba también a correr ese rumor.

—Lo sé. *Verdad para Dante Torre*. Estoy casi orgulloso.

—Un tipo se disfrazó de enfermero para lograr que confesara en el hospital, pero le pararon en la entrada, por suerte —le había quitado la bata, sucia de harina, así como un cuchillo, a un amigo suyo panadero—. Los que me hacían estar peor, sin embargo, eran mis compañeros.

—¿Por qué?

—Porque no te encontraban. Había cometido perjurio y nadie sabía dónde te encontrabas. Trataba mal a todo el mundo. Y mientras estaba aún en el período de convalecencia, llegó la evaluación psicofísica que decía que ya no era idónea para el servicio activo. Con suerte, acabaría dirigiendo la oficina de pasaportes o algo parecido. De todas formas, ya no tenía intención de permanecer en servicio. No después de lo que había hecho. Dimití y luego me marché.

La primera vez recorrió cuatro kilómetros exactos antes de terminar contra una barrera de seguridad de hormigón que le dejó su coche hecho chatarra. Los analgésicos la atontaban, tenía el tiempo de reacción bajo mínimos. La segunda vez se subió a un tren y se plantó en la vieja casa de la familia. Y allí se quedó.

—No podía hacer nada para encontrarte. Y no había novedades sobre ti. Nunca —dijo Colomba—. Un montón de veces pensé que lo mejor habría sido decir la verdad y esperar a que llegara alguien mejor que Di Marco o que los jueces que se habían hecho cargo de la investigación. Sigo pensando lo mismo. Quizá alguien te habría encontrado antes.

Dante rodó de un lado a otro como una oruga en pena.

—No. Quítate esa idea de la cabeza —dijo—. Hiciste todo lo posible.

—Al contrario, me equivoqué en todo —Colomba sorbió por la nariz—. No detuve a Giltiné. Estuve a punto de lograr que me mataran. Conté un millón de trolas. Y todo eso para nada. Dejaron que te pudrieras —Sorbí de nuevo por la nariz.

—No fue culpa tuya, CC. Estoy furioso con toda esa masa de soplones y políticos que reescriben la historia para uso y consumo propios. Y que chantajean a la buena gente —negó con la cabeza—. No es nada nuevo, siempre ha sido así. Por suerte, en cuanto salga de aquí, no tendré nada más que ver con ellos.

Colomba suspiró.

—A propósito, ahora que lo mencionas... Hay otra cosa que debes saber.

## 5.

Colomba le contó a Dante su reunión con D'Amore.

—Me ha ofrecido colaborar con Antiterrorismo.

—¿Y no lo has mandado al infierno? —Dante la escrutó—. No, no lo has hecho —sacó un paquete de cigarrillos de debajo de las mantas y encendió uno.

Colomba se echó encima de él.

—Pero ¿tú estás mal de la cabeza? —gritó.

Intentó arrebatarse el cigarrillo, pero Dante lo hizo desaparecer entre sus dedos como un prestidigitador, luego se lo sacó de la oreja. Fingía que lo dominaba como antaño, pero a juzgar por las muecas que hacía, el cigarrillo bien podría haber sido de plomo.

—CC, soy una persona adulta y responsable —dijo, dando una calada a lo Bogart.

—Y convaleciente —Colomba tiró el cigarrillo y el paquete al patio—. Puedes estar todo lo cabreado que quieras, pero ese no es un buen motivo para suicidarse. Y, en cualquier caso, si acepto realmente no trabajaría para ellos, solo fingiría estar haciéndolo, para utilizar lo que saben. La información viajaría en una única dirección.

—¿Y por qué quieres hacerlo?

—Para encontrar a Leo. ¿No te parece una razón suficiente?

—Pues no.

—Hubo un tiempo en que Leo era tu obsesión. Habrías dado qué sé yo por ponerle las manos encima —dijo Colomba, sorprendida.

—Y entonces él me las puso encima a mí y se me pasó la obsesión.

—Leo es también responsabilidad mía.

—Tú eres una víctima como yo, CC. Y la única responsabilidad que tienen las víctimas es la de intentar estar mejor —una sombra cruzó el rostro de Colomba, que apartó la mirada. Pero Dante lo notó y en su cabeza otra pieza volvió a su lugar: él en el tren hacia Venecia, viendo a Leo y Colomba alejándose del compartimento con la misma luz en los ojos—. Te lo follaste.

Colomba se mordió una uña.

—Era demasiado pensar que no te habías dado cuenta. En cualquier caso, no es asunto tuyo con quién me acueste.

Dante levantó la voz y se ahogó de tos.

—¡Es mi secuestrador! ¡Y es mi hermano! ¡Si te hubieras quedado embarazada, ahora sería el tío de tu hijo!

—No digas chorradas. Y el ADN de Leo no tiene nada que ver con el tuyo.

—¿La muestra te la sacaron de las bragas?

Colomba le lanzó una de las botas, fallando por muy poco.

—¡Gilipollas! El examen lo hicieron a partir de un pelo, pero te lo repito, no es asunto tuyo. Me siento culpable conmigo misma por haber caído, no contigo.

La luz de la tarde ya avanzada le daba a Colomba a un lado de la cara. Dante sintió una punzada familiar en el estómago. *Dios, qué guapa es*, pensó. Y se dio cuenta de que por dentro tenía algo que nunca antes había sentido: celos. Era un sentimiento que despreciaba, y su tono se hizo aún más áspero.

—Bien —dijo sin mirarla—. Perdona. Tengo un mal día. Pero dile a D'Amore que no trabajaré para él.

—Es a mí a quien quiere —respondió Colomba, gélida.

—No te engañes. Se sirve de ti con la esperanza de que me convenzas. Es el modo que tiene Di Marco de manipular.

—No soy tan fácil de manipular.

—Eso le dijiste a Leo cuando estabais encerrados en el váter del tren, ¿no? —preguntó Dante, arrepintiéndose en el acto.

—Que te jodan —Colomba brincó para ir a por la bota y salió.

## 6.

Colomba saltó al coche con un amasijo de rabia, vergüenza y desilusión en el estómago. Cómo coño podía Dante ser tan desagradecido, tan paleta...

Cuando se sentía tan mal, Colomba solía salir a correr, pero esa mañana ya lo había hecho alrededor del hospital y aún no había vuelto a estar lo bastante en forma para permitirse un bis. Así que enfiló hacia Conigliano, un pueblecito vecino que tenía en una gran nave de las afueras un campo de tiro que se había propuesto visitar una y otra vez. El dueño le vendió dos cajas del cincuenta y la acompañó a la línea de tiro. Había veinte posiciones, en gran parte ocupadas por tiradores de todo tipo, desde el musculitos con tatuajes neonazis a la anciana que se limpiaba las gafas después de cada disparo.

El dueño le dio los auriculares de protección.

—Por cómo se mueve, me parece que se las apaña, pero por ley debo darle las instrucciones de seguridad, ya que es la primera vez que viene usted aquí.

Colomba asintió. Él le enseñó a cargar y descargar el arma, y a moverse por las posiciones. Disparó tres tiros en rápida sucesión sobre la silueta de un hombre con sombrero y pistola situado a veinte yardas, anotando una buena puntuación, pese a que guiñara los ojos tras unos gruesos cristales. Luego le pasó el arma.

—Toda suya.

Colomba recargó. El instructor se fijó en cómo movía los dedos.

—¿Ejército?

—Policía. Ex.

—Muchos de sus compañeros no saben siquiera en qué lado está el cañón.

—Muchos de mis compañeros nunca han necesitado saberlo, por suerte para ellos.

Vació el primer cargador con disparos lentos. Era una tiradora media, y la falta de práctica no ayudaba. Apuntó al bajo vientre de la silueta en vez de al pecho, luego levantó, acertó en corazón, garganta y cara. El instructor asintió.

—Yo diría que puede seguir sola. Diviértase.

Colomba vació ocho cargadores y destrozó diez siluetas, luego compró otros

cien proyectiles y disparó estos también, esta vez en tiros rápidos. Al final le dolían las muñecas y los hombros, pero se sentía mucho más relajada. Limpió la pistola y fue a despedirse del dueño.

—Me he fijado en que no lleva funda —dijo él—. Si la tiene gastada, tengo un par baratas.

—Me he acostumbrado a ir así —Colomba metió la pistola en el bolsillo de la chaqueta, que tenía el forro agujereado y sucio de aceite.

El dueño se levantó las gafas.

—Señorita, si tuviera veinte años menos, sería mi mujer ideal.

—Gracias. Es lo más bonito que me han dicho en bastante tiempo —respondió.

Salió al aparcamiento desierto con los oídos aún zumbándole por los disparos. A pesar de una farola anaranjada, estaba mucho más oscuro que cuando aparcó, pero Colomba estaba demasiado relajada y cargada de endorfinas para preocuparse.

Entonces sintió un aliento en la nuca.

## 7.

Colomba intentó sacar la pistola, pero no tuvo tiempo. Sintió que la aferraban por el pelo y que la empujaban con violencia contra la ventanilla del Panda. La nariz crujió, los pulmones se le cerraron. Gritó con los labios aplastados sobre el cristal, pero no salió nada de ellos.

*Leo.*

Otro empujón, esta vez para golpearla contra el capó. Los sonidos le llegaban con eco, blandos; la boca se le llenó del sabor de la sangre. Volvió a ver en ese instante congelado todas las veces que lo había imaginado en una sombra, en un crujido. Las manos enguantadas le apretaron la garganta y la oscuridad se intensificó.

*Está bien, okey, pensó, de alguna extraña forma más ligera. Al menos así se acabará.*

Entonces sintió la peste del hombre que estaba estrangulándola. Era ácida, olía a suciedad y a sudor. Colomba recordaba el olor de Leo, el sabor de su boca, la forma de su cuerpo.

No era Leo.

*No era Leo.*

La rabia la llenó de fuerza. Colomba lanzó una patada hacia atrás y por debajo de la bota notó un tobillo que cedía. La presión en el cuello se atenuó, los pulmones se le abrieron. Logró darse la vuelta tres cuartos. Su atacante era un hombre delgado con un pasamontañas y un grueso mono de trabajador.

*No es Leo, se repitió por tercera vez.*

Colomba trató de sacar la pistola del bolsillo, pero una vez más no tuvo tiempo: el hombre la embistió con todo su peso y la lanzó contra el suelo. La pistola salió despedida.

Notó que un incisivo se le astillaba contra el cemento sucio, masticó aceite quemado y queroseno. Volvió la cara y lanzó un mordisco a ciegas, hundiendo los dientes en el músculo de una pierna. El hombre aulló de dolor, y Colomba oyó una nota familiar, aunque no lograra reconocerla porque el pasamontañas se la velaba. Rodó por el suelo, sin tratar de levantarse, y se metió bajo el Panda.

Permaneció tendida de espaldas para observar los movimientos del otro, mientras sacaba la navaja de la bota izquierda. La abrió despacio, esperando que su agresor se agachara para poder clavársela. En cambio, vio las zapatillas de tenis alejándose, y un instante después oyó el sonido de algo metálico que se deslizaba por el cemento del aparcamiento.

*¡Mi pistola!*, pensó Colomba al tiempo que se arrastraba hacia las ruedas delanteras. El hombre del pasamontañas se arrodilló y disparó a discreción bajo el coche. Una bala rebotó en el larguero del chasis y cayó en perpendicular a un centímetro de su cara. Colomba se impulsó hacia fuera con las manos y empezó a correr cuando aún estaba a cuatro patas. El hombre del pasamontañas disparó otra vez y los disparos se perdieron lanzando chispas en la oscuridad. La ventanilla de un coche estalló, y puso en marcha la sirena de la alarma antirrobo.

Corriendo en zigzag, Colomba cruzó de nuevo el aparcamiento hasta esconderse en la esquina del polígono. Se aplastó contra la pared, aferrando la navaja con ambas manos, escupiendo sangre y saliva. Del hombre del pasamontañas ningún rastro. Colomba miró atrás con cautela: el aparcamiento estaba desierto y la oscuridad había envuelto los campos circundantes.

Todos los clientes que quedaban en el polígono ahora estaban delante de la entrada, preocupados por los gritos. Colomba dijo que la habían atacado, y que iba a denunciarlo en persona.

—¿Hay grabaciones del aparcamiento?

—Las cámaras de seguridad están solo dentro y a la entrada, lo siento — respondió el dueño.

*Obviamente*, pensó Colomba.

—Entonces, la lista de los socios.

—Señorita..., existe la confidencialidad...

Colomba se secó la sangre de la nariz y se limpió la mano en la camisa del dueño.

—Si no te das prisa, te desmonto este sitio pedazo a pedazo.

El dueño se dio prisa.

## 8.

Colomba llegó al hospital sobre las diez, cubierta de sangre y aceite. Alberti, que en ese momento estaba charlando con un enfermero frente a la entrada, salió corriendo hacia ella en cuanto la vio.

—¿Doctora? Pero ¿qué le ha pasado?

—Métete en tus asuntos —replicó—. Y pobre de ti como vuelvas a comprarle tabaco a Dante.

La tienda brillaba débilmente en la oscuridad. Colomba superó la salida de las ambulancias y apartó la mosquitera. Dante estaba sentado en la cama fumando mientras veía la televisión.

—Han hecho un reportaje sobre mí —dijo al tiempo que hacía desaparecer el nuevo paquete bajo las sábanas. Entonces la vio—. ¡Joder! ¿Quién ha sido? —murmuró.

—Es menos de lo que parece.

—Eso espero, porque parece terrible —dijo Dante—. Voy a llamar al médico.

—No. Quiero encontrar al cabrón que me ha atacado —se sentó erguida en el borde de la cama—. Mira si ves algo.

—Sangre —dijo Dante, a punto de un ataque de pánico.

—Inténtalo de nuevo. Eres mi única alternativa a la Policía Científica, dado que no puedo llamar a mis compañeros.

—¿Y por qué no puedes llamarlos? —preguntó Dante, apartándose de su chaqueta sucia.

—Podría ser un cómplice de Leo.

—Y tú debes encontrarlo, sola, contra todo el mundo —Dante negó con la cabeza—. Me ayudaría que me dijeras lo que te ha pasado.

—Un tipo me ha atacado en el aparcamiento del polígono de tiro de Conigliano.

Se lo contó todo, mientras Dante con delicadeza le quitaba la chaqueta y la examinaba más que nada para que permaneciera en calma.

—No me parece el modo de actuar de Leo —dijo Dante, cauto.

—¿Realmente crees saber cuál es su forma de pensar?

—Lo que creo es que puede encontrar sicarios más eficaces que uno que se comporta con tal torpeza —Dante suspiró—. Retira un poco el jersey, por favor. Colomba obedeció.

—Quizá tengas razón. Ha sido ese cabronazo de Lupo... No soporta que le haya hecho quedar como una mierda.

Dante le iluminó el cuello con la lámpara de pie. Había sangre, tierra y hematomas.

—Mmm...

—Mmm... ¿qué?

—Mmm... no lo sé. ¿Llevaba guantes?

—Sí, de trabajo, nada de huellas.

Con cuidado para no tocarla, Dante acercó la cara al cuello de Colomba y olfateó. Sangre, sudor, aceite de coche, polvo, jabón. Y limón. Químico. Que ya había oído. Que despertaba en él aspereza en la lengua.

—¿Has lavado los platos o utilizado algún detergente en las últimas horas?

—No.

—Puedes ir a que te atiendan. Sé quién es. Pero no tengo intención de decírtelo a menos que vayas a urgencias.

—No me estarás contando una trola, ¿verdad? ¿En serio te ha venido algo a la cabeza?

—Trolas entre nosotros ya las ha habido en abundancia. Ve y que te den algo.

—Ya me hago yo la cura, tengo prisa.

Se lavó la cara en el cuarto de baño de la planta baja, llenando el lavamanos de sangre. La nariz se veía el doble de grande, pero el tabique no estaba roto. El labio, en cambio, se había partido exactamente en el mismo lugar en que se lo había cortado la otra vez. Y quemaba como el ácido. Colomba empapó de agua un puñado de papel higiénico y se limpió, luego se metió más papel en las fosas nasales, que entretanto habían empezado otra vez a mear sangre. Cinco minutos después volvía a estar con Dante, quien la esperaba retorciéndose las manos.

—Dios, qué mierda de día —dijo Colomba sentándose; solo entonces se percató de que llevaba la camiseta rasgada en el estómago—. ¿Quién es?

—Te lo digo, pero yo también voy —dijo Dante, renuente—. Así me da un poco el aire.

—No. No te aguantas de pie y se montaría la de Dios si alguien te reconociera. Pero, si quieres, discutimos al respecto otro par de horas mientras el tipo ese huye.

Dante resopló.

—Eres insoportable.

—Tú sí que lo eres. ¿Ha sido Lupo o Leo?

—¿Un carabinero habría venido desarmado?

—Las pistolas tienen un registro.

—¿Quieres decirme que tú no habrías logrado obtener un arma «limpia» cuando todavía estabas de servicio?

—Entonces, ¿quién...? Abrevia.

—Tu agresor evitó las cámaras de seguridad del polígono. Y no puede haberse preparado el terreno, porque ni siquiera tú sabías que ibas a ir ahí. De manera que conoce el lugar. Probablemente, te siguió desde el hospital pero luego improvisó.

—Conseguí que me dieran la lista de los socios. ¿Quieres leerla? Yo lo he hecho pero no conozco a nadie.

—No es un socio por el mismo motivo por el que no es un carabinero. Habría tenido un arma que utilizar, al menos para quitarte la tuya. ¿Llevabas puesto el seguro?

—Sí.

—¿Ha tenido problemas para quitarlo o para cargar el arma cuando la recogió del suelo?

Colomba hizo memoria.

—No.

—Entonces tu agresor sabe disparar, pero no posee un arma. Ni siquiera tiene una escopeta de caza, cuando aquí los perdigones te los dan de cambio en el bar.

—Con antecedentes penales.

—Exacto. En Portico te has relacionado con poca gente. Si eliminas a la pasma y a las mujeres, ¿cuántos varones en edad capaz te quedan?

—Unos cuantos. Eso sin contar a las decenas de periodistas que han pasado por aquí.

—Los periodistas no utilizan pasta lavamanos. He identificado el olor de limón en tu cuello. Es la que sirve para quitarse la grasa.

Colomba sabía cuál era. Era otra de las cosas que le había enseñado a utilizar su ex obsesionado con la moto, cuando volvía a casa cubierta de negro.

Como un mecánico.

## 9.

Colomba buscó a Alberti, y Alberti, un coche del servicio. En cuanto alcanzaron la pequeña casa al lado del taller en la que vivía Loris, estuvieron de acuerdo en que lo mejor era no perder el tiempo: la puerta saltó con un par de embestidas con el hombro.

Loris no estaba. Sí que había, no obstante, hedor a comida pasada, desorden, sábanas revueltas y manchadas, cientos de colillas dispersas y el algodón sucio de sangre que el hombre había utilizado para curarse. Los altavoces del estéreo estaban hundidos a patadas; el televisor, volcado en el suelo. En un plato, una tarjeta de cliente del supermercado Conad estaba sucia de polvo blanco. Colomba pensó que era idiota: ¿cómo no se había dado cuenta de que Loris era toxicómano?

—Habría empezado hace poco —dijo Alberti—. ¿Miramos en el taller?

—Claro, claro.

La alarma no estaba puesta y por debajo de la persiana metálica salía la luz de un neón. Colomba y Alberti se colocaron a ambos lados de la persiana y la levantaron manteniendo protegido el cuerpo contra la pared. Loris estaba sentado a la mesa de trabajo, con una botella de whisky delante y una taza, y en la mano un viejo teléfono inalámbrico que se caía a pedazos. Alberti le apuntó con la pistola.

—¡Policía! Al suelo con las manos en la nuca. ¡Muévete!

Loris dejó caer el inalámbrico. Por el mono entreabierto se atisbaba una camiseta sucia y los hematomas que Colomba le había dejado. Loris había adelgazado, y tenía la cara hundida, los ojos de alguien que no duerme desde hace un siglo. En vez de levantarse, cogió la taza de la mesa de trabajo y la sostuvo entre las manos, observándola con gran interés.

—¿Estás sordo? —gritó Alberti una vez más.

—Solo quiero hacer un brindis —dijo Loris con la voz plana—. En memoria de Martina.

—¿Qué tienes tú que ver con ella? —preguntó Colomba, perpleja.

—Era mi mujer. Esperaba un hijo. Mi hijo.

Colomba sintió que la rabia se desvanecía, sustituida por la pena.

—Oye, lo siento, pero no tengo nada que ver con su muerte. Ahora pon las manos en la nuca.

—Chin-chin —Loris levantó la taza y la lanzó contra ella.

Colomba se agachó por instinto y la taza se rompió contra la pared de detrás de ella. El líquido se derramó alrededor y algunas gotas que acabaron en su chaqueta comenzaron a humear.

Colomba se abalanzó contra Loris y con un golpe de hombro lo lanzó contra el mostrador. Él recogió la botella e intentó golpearla con ella, pero Colomba lo agarró por la muñeca con ambas manos y se la retorció.

—Suéltala o disparo —dijo Alberti mientras se acercaba un paso para abrir la línea de tiro.

Loris le propinó una patada a Colomba en el estómago, luego se llevó la botella a la boca y bebió. Alberti gritó de horror. Colomba, acuclillada y sin aliento, rodó mientras Loris caía al suelo, tosiendo presa de convulsiones. La botella se le cayó de la mano y estalló contra el suelo, dispersando buena parte del líquido sobre las piernas de Loris que, como antes la chaqueta de Colomba, empezaron a humear.

Prestando atención a no tocar las partes mojadas, Colomba y Alberti arrastraron a Loris lejos del charco, que apestaba a huevo podrido. La parte inferior de la cara del mecánico estaba hinchada y violácea, la boca reducida a un agujero espumeante lleno de dientes, que cayeron en cuanto se consumieron las encías. Con un hipo, Loris escupió la lengua: negra y agujerada como un queso gruyere, siguió moviéndose en el suelo.

Alberti pescó el teléfono del bolsillo para llamar a la ambulancia, mientras Colomba corría a la bomba de agua: la abrió y lanzó el chorro helado hacia Loris. El mecánico ya casi no se movía, las manos presionadas contra la garganta que se rasgaba con un chisporroteo y de la que manaba sangre negra. Ella siguió enjuagándolo, pero Loris había dejado de reaccionar. El chorro de agua descarnó aún más sus manos heridas y un dedo flotó en la corriente y acabó bajando por el desagüe. La cara de Loris, ahora, estaba negra.

—La ambulancia está a punto de llegar —Alberti colgó el móvil.

Colomba le puso una mano sobre el hombro; él estaba pálido y a punto de vomitar.

—¿Puedes apañártelas solo? —le preguntó—. Puedes decir que oíste gemidos mientras paseabas y has entrado.

Alberti asintió.

—Intentaré ver qué dicen en Antiterrorismo, para hacer que quiten tu nombre de los informes. De todas maneras, en caso contrario, tampoco te preocupes.

—Pero ¿qué ha bebido?

—Por cómo huele, ácido de batería.

—Dios santo.

Colomba le dio una palmada en la espalda, luego hurgó en el mostrador, hasta encontrar su pistola descargada y una foto enmarcada de Martina. Iba de uniforme y la habían recortado de un periódico. Colomba creyó que a Loris le gustaría tenerla consigo mientras lo llevaban al hospital, pero cuando se giró de nuevo, él ya había dejado de respirar.

## 10.

Cuando Colomba regresó a la tienda-hospital, Dante se bajó de la cama de un salto por la ansiedad.

—¿Estás bien? ¿Y Alberti?

—Todos bien. Excepto Loris. Se ha ido. Y ha sido... —Colomba no era capaz de proseguir—. Jesús, ¿por qué la gente que me rodea sigue palmándola?

—Ven que te dé un abrazo.

—No. Tú querías salir, te llevo afuera.

Dante se echó el abrigo por encima del pijama de franela, lanzando chispas en la oscuridad. Colomba lo ayudó a subir al coche y enfiló la calle que llevaba a la salida de Portico. Distraída por la conducción, le contó a Dante lo que había pasado, y él, al enterarse de cómo había muerto el mecánico, se puso verde.

—Yo tenía entendido que Martina y él se conocían, pero no que estaban juntos —concluyó Colomba.

—¿Puedes parar? Tengo ganas de vomitar.

Colomba estacionó delante de una pizzería en la carretera provincial, con un par de mesitas en el exterior para los fumadores. Sujetándolo, Colomba lo ayudó a sentarse, luego pidió al camarero dos cervezas. Todavía hacía frío, pero el cielo estaba sereno y estrellado por primera vez desde hacía un mes. A Dante se le llenó el corazón con aquello.

—A saber qué gusto tiene el ácido —dijo.

—A saber cómo se te ocurre cierta clase de cosas. De todas formas, Martina no estaba embarazada —dijo Colomba—. Se habría sabido.

—Si el forense no ha mentado para proteger su reputación, Loris lo entendió mal o alguien se lo hizo creer así.

—Loris no necesitaba a Leo para tenerme ojeriza.

—¿Estás segura? En mi opinión, necesitaba a Leo para relacionarte con la muerte de la carabinera. ¿Cómo sabía que eras sospechosa? Era un toxicómano y un exdelincuente, ¿tú ves a Lupo contándoselo todo?

—No —Colomba pidió otra cerveza, diciéndose que se bebería solo la mitad—. Seguramente Leo sabe tocar las cuerdas precisas. Me hizo creer por teléfono

que incluso se había follado a Romero.

—¿Y te molestaba porque creías que le había gustado más?

A Colomba se le fue la cerveza por el otro lado, escupió y se echó a reír. Había sido agredida y había visto a un hombre disolverse la cara a propósito y, no obstante, por primera vez desde hacía un montón de tiempo no fue capaz de contenerse.

—¿Te he dicho alguna vez que eres un gilipollas?

—Es mi segundo apellido.

—Tú no tienes segundo apellido. Ni siquiera tienes el primero.

—Ah. Qué pérfida —Dante se rio a carcajadas. Los pocos grados de alcohol se le habían subido enseguida a la cabeza.

—No puedo obligarte a que me echas una mano porque cuando uno no se ve capaz, pues no se ve capaz, pero no voy a negar que me serías de gran utilidad... —dijo Colomba—. Y además..., está Tommy.

—Quien tal vez haya pasado por las garras del Padre.

—Sería la prueba de que el Padre no era un loco aislado, sino que tenía una organización detrás. Has intentado demostrarlo durante años, ahora podrías conseguirlo. Y ayudarías a un chico.

Dante le birló la botella.

—Uno de los nuestros —dijo, y bebió.

Le devolvió la cerveza a Colomba, que se la acabó.

—Uno de los nuestros —repitió ella. La vida de todos aquellos que se habían cruzado con el Padre había cambiado, también Colomba formaba parte del grupo —. Entonces, ¿me echas una mano o preparas un plan de fuga? —preguntó.

Dante enarcó una ceja.

—Ya tengo tres preparados y le he sangrado bastante dinero a mi padraastro para poder vivir un par de años en cualquier parte del mundo. Pero no tengo intención de dejarte sola —se sacó un cigarrillo medio aplastado del calcetín—. Si no fumo, mi humor caerá en barrena. ¿Nos peleamos?

—No. Ya vale, no soy tu madre.

Dante lo encendió y soltó un gemido de satisfacción mientras soltaba el humo hacia Sirio.

—Considerando que estamos haciendo algo más mortal que el tabaco, sería un contrasentido. Alberti me ha dicho que el servicio de protección está dispuesto a revelar que sigo con vida.

—En cuanto te den de alta en el hospital.

—Si quieres que siga con esta historia, tienes que intentar posponerlo. Nada

de anuncio público de mi liberación. Nada de fotos con la bandera italiana de fondo. Por mucho que me gusten las *groupies*, prefiero que el resto del mundo siga creyendo que estoy muerto y me deje trabajar en paz.

---

## Capítulo III

## 1.

Alberti ayudó a Dante a subir al Alfa Romeo gris, fuera del jardín que le había hecho las veces de casa.

—Próxima parada, Mezzanotte —dijo.

Dante apoyó la cabeza contra la ventana entreabierta, muerto de cansancio. Habían pasado cuatro días desde el suicidio de Loris, y había dormido diez horas en total, esforzándose en leer las pilas de documentos que Colomba le había hecho llegar sobre las pesquisas en curso. Todo lo que había sobre Martina, cuya muerte le parecía más absurda aún que la de ese demente del mecánico.

En el momento de su muerte, Martina Concio tenía veinticinco años, estaba sana, bien tonificada, no presentaba ninguna evidencia de enfermedades previas o en curso. Había muerto por hemorragia debido a una herida penetrante en la cavidad abdominal causada por la rama puntiaguda; el ángulo de entrada —cuarenta y cinco grados— era compatible con la hipótesis de que Martina hubiera acabado encima de la misma al precipitarse desde una altura de unos dos metros. Del mismo modo que era compatible el borde dentado de la herida con la forma de la rama y las contusiones en el cuerpo por la caída. No había hematomas de agresión.

Los exámenes de fluidos no habían evidenciado la presencia de sustancias tóxicas: en el estómago solo tenía café y azúcar. Tenía también azúcar en la boca y en el esófago, y por tanto, dada la rapidez con la cual el cuerpo lo asimila, había sido ingerido pocos minutos antes de su muerte. En cualquier caso, estaba despierta en el momento de su caída, porque había intentado agarrar una rama, pero no tenía heridas defensivas ni piel debajo de las uñas.

Martina llevaba puestos el chaquetón y el uniforme, y el arma reglamentaria guardada en la funda. En los bolsillos se encontraron el folleto publicitario de un peluquero, una manzana, algunas monedas, sobres vacíos y llenos de azúcar de los que se usan habitualmente en los bares, pero sin publicidad. Documentos, llaves y cartera se habían quedado en el bolso.

El examen del terreno entre el coche y el lugar de la muerte no había revelado nada. Habían pasado horas de nieve, viento, lluvia helada, sin contar con el

pisoteo de los equipos de rescate, pero los RIS descartaban señales de arrastre, y tampoco habían encontrado sangre en el coche o alrededor del árbol que la había empalado. Si de verdad la había matado él, Leo había hecho un buen trabajo para ocultar sus huellas.

Entre un documento y una sesión de fisioterapia, Dante tuvo que pasar un interrogatorio a puerta cerrada con los jueces de la lucha antiterrorista. Explicó que no recordaba nada, no solo de la masacre, sino de toda la semana precedente. *¿En serio estaba yo en Venecia? Qué me dice.*

Le creyeron. Dante era tan bueno leyendo las mentiras como contándolas, y a nadie le interesaba una verdad distinta a la que ya constaba en acta. Colomba, mientras tanto, estuvo casi siempre en el cuartel de Pisa hablando con D'Amore y un funcionario de la CIA que estaba en Italia y quien la puso al día acerca de las investigaciones internacionales sobre Bonaccorso y sobre los platos de la cocina italiana de los que era aburridamente goloso.

Acababan de enfilar el desvío para Mezzanotte, cuando Alberti se vio obligado a reducir la velocidad a paso de peatón debido a un tractor con unas ruedas altísimas que ocupaba toda la calzada. Dante refunfuñó.

—Qué alegre esta zona —dijo—. Igual que el bingo en el asilo.

—¿No le gusta la naturaleza? —preguntó Alberti.

—Solo en los documentales. En vivo es perfecta para las películas de terror. Dos idiotas aislados en el campo que acaban descuartizados. Espero que al menos haya una conexión rápida. Han emitido temporadas enteras mientras yo dormía y tengo que descargar cientos de capítulos —Dante se encendió un cigarrillo—. ¿Qué tomas para hincharte así los bíceps?

—Solo suplementos y un poco de gimnasio.

—¿Querías acabar con el sentimiento de culpa por haber mentado al mundo?

Las pecas de Alberti se volvieron fosforescentes.

—Al final no es que yo supiera *tanto*. Y justo después del atentado Esposito y yo nos encontramos a los *primos* en casa. Durante dos semanas no pudimos salir ni telefonar ni tampoco intercambiar opiniones. Así que mantuve la boca cerrada hasta que la doctora estuvo mejor y me dijo lo que debía hacer.

Llegaron a Mezzanotte y Alberti abrió la cancela nueva con el mando a distancia. El caserón había sufrido algún cambio en los últimos días, con mucha discreción. Una serie de cámaras de seguridad —pequeñas, casi invisibles y todas enfocadas al exterior— rodeaba ahora el edificio, mientras que habían sustituido en un tiempo récord la vieja cancela rota por otra eléctrica, provista de puntas de lanza y alambre de espino, que rodeaba toda la propiedad siguiendo el

vallado.

En una de las paredes externas habían instalado una pequeña parabólica para la conexión a internet vía satélite, encriptada de entrada y de salida, y la barraca del entrenador de perros se había convertido en el puesto de guardia gestionado por el Departamento de Protección Territorial, el DAT, que monitorizaban todos los movimientos en la carretera. El dueño había aceptado colaborar, a condición de que pudiera seguir alimentado a los perros dos veces al día.

La chatarra y los muebles destrozados dispersos por el jardín estaban a la vista de todo el mundo ahora que la hierba macilenta había ocupado el lugar de la nieve. Los trabajadores de los sistemas de seguridad se habían llevado su basura, no la antigua.

—¿De verdad Colomba vive entre todo este follón? —preguntó Dante.

—Dentro está un poco mejor.

Alberti abrió y lo condujo a través de la cocina hasta la habitación que daba al jardín. Todavía estaba enfoscada, con paredes y suelo en cemento gris; Colomba había tendido una gran alfombra de lana blanca, un tatami de matrimonio y una mesita con silla y cajonera compradas en Ikea con descuento. Lo que la hacía perfecta para Dante, sin embargo, era la pared más larga, que daba a los campos más allá del jardín y completamente acristalada, con cristal antibalas y antirroto. Nada de cortinas —Colomba sabía que Dante no las utilizaba ni siquiera en el baño—, pero la intimidad quedaba garantizada por un fárrago de chumberas.

—No es como su suite en Roma, aunque tiene buenas vistas —dijo Alberti señalando el perfil de las colinas, donde el marrón daba paso al verde.

—¿Tú sabes dónde he estado últimamente? —Dante se dejó caer en el tatami—. Sigue siendo mejor.

Alberti abrió una puerta de fuelle al otro lado de la habitación.

—Aquí está la placa turca.

—¿Todavía hay casas con placa turca? —farfulló Dante.

—Si necesita ir, puedo echarle una mano antes de marcharme.

—No, gracias. Para mí el inodoro es un placer solitario —Dante rodó panza arriba, al tiempo que encendía un cigarrillo. Se sintió muy hábil por haber sido capaz—. Y no estás a punto de marcharte.

—El servicio de protección me manda de nuevo a casa.

—Y el antiterrorista te trae de vuelta aquí, querido mío. Te conviene ahorrarte ese viaje.

Alberti se sentó desolado en la única silla.

—Señor Torre..., hace un mes que estoy aquí.

—Se llama rueda del karma —dijo Dante con una sonrisita de falsa compasión—. Haces algo repugnante y recibes a cambio una putada. En tu caso, te han reclutado para buscar a Bonaccorso a las órdenes de Colomba y protegerme de las balas perdidas. Pero no te preocupes. No serás el único que sufra esa venganza. Colomba acaba de marcharse a recoger a tu compañero de condena.

## 2.

Esposito salió del aeropuerto de Rímíni con una maleta enorme y la expresión de quien ha sido catapultado al infierno sin previo aviso.

—Espabila, que estoy en doble fila —le gritó Colomba desde un Grand Cherokee.

Esposito arrastró el maletón como si fuera la bola en el pie de un condenado y lo cargó en el maletero. Estaba tan lleno de cajas de fruta y verdura que tuvo dificultades para hacerle espacio.

—¿Y este? —preguntó una vez a bordo.

—Amable préstamo de los NOA —respondió ella.

Colomba se incorporó al tráfico, cambiando de marchas con rápidos golpes que hicieron gemir el motor.

—Perdona si no te he avisado en persona. Pero son unos días un tanto jodidos —dijo.

Esposito no veía a Colomba desde la época del hospital de Roma, y ahora parecía que volvía a ser la de siempre, aunque con la cara llena de hematomas en vías de recuperación.

—Imagínese lo jodidos que son los míos... —dijo—. Hasta ayer no sabía siquiera dónde dejar que me matara Bonaccorso —el comisario le informó de ello solo con doce horas de antelación, mientras cenaba en una pizzería con su esposa y sus hijos.

—No seas pesimista. Solo te tocará hacer un poco de trabajo de policía, si todavía te acuerdas de cómo se hace.

—Solo hace un año que estoy en Personal, aún no me he convertido en un culo gordo —dijo Esposito, ofendido.

Colomba enfiló la entrada de la nacional.

—Tú siempre has sido un culo gordo, pero si quieres volver a tu casa pronto lo mejor es que espabiles. Y, además, te he preparado un regreso *soft*: durante los próximos días solo te tocará no perder de vista a Dante y vigilar la casa.

—¿No hay un servicio de protección?

—Abre la guantera.

Esposito obedeció. Contenía un enredo de hilos eléctricos y trozos de plástico.

—Micrófonos ambientales —prosiguió Colomba—. Cada vez que la casa se queda vacía, los hombres de Di Marco me le rellenan.

—Yo creía que trabajábamos para los espías...

—Nosotros  *fingimos* trabajar para ellos y ellos  *fingen*  que nos creen — Colomba aprovechó un semáforo en rojo para lanzarle una mirada de hielo vivo —. Pero no olvides que tú trabajas para mí.

Esposito asintió.

—Claro. ¿Por dónde empezamos?

—Por el Padre.

Esposito valoró seriamente la posibilidad de tirarse del coche en marcha. No había participado en las pesquisas sobre el monstruo, pero sabía lo suficiente.

—¿No estaba muerto?

—Y sigue estándolo. Pero quizá no lo sepamos todo sobre él. Tommy, el hijo de los Melas, se comporta como uno de los secuestrados.

Esposito le enseñó el paquete de tabaco a Colomba. Ella asintió y bajó la ventanilla: inútil protestar cuando una está acostumbrada a trabajar con un fumador empedernido como Dante.

—¿Cuántos años tiene el muchacho?

—Diecinueve. Podría formar parte de la segunda oleada de secuestros. Descubrir si es verdad podría ser la manera de llegar hasta Leo.

—¿Ha intentado interrogarlo?

—Lamentablemente, no es capaz de responder. Por suerte, conozco a alguien que es capaz de hacerlo. Vamos a verle antes de regresar a casa.

### 3.

Stefano Maugeri era un hombre delgado, de unos cuarenta años, que a pesar del frío llevaba unos tejanos cortados a la altura de las rodillas. Los recibió entre techos artesonados y muebles con pinta de antiguos en un apartamento en el centro histórico de Asís, entre la plaza del ayuntamiento y la basílica de San Francisco. Lo había comprado con la venta de una tienda que poseía en Roma y la indemnización por detención ilegal y malos tratos a manos de las fuerzas de seguridad. Lo habían acusado de haber matado a su esposa y a su hijo, pero Colomba y Dante habían demostrado que fue el Padre quien secuestró al niño tras asesinar a la mujer.

—Doctora Caselli, qué regalo me hace viniendo a verme —dijo dando saltitos a su alrededor—. ¡Esposito, usted también! Por favor, pasen y pónganse cómodos. ¿Ha sufrido un accidente, doctora? —preguntó mirándole la cara.

—No —respondió ella, gélida. Maugeri no había matado a su esposa, pero le había puesto las manos encima más una vez, y Colomba no estaba interesada en confraternizar con él—. Como le he indicado por teléfono, estamos aquí solamente para hablar con su hijo.

—Creía que la investigación sobre el Padre estaba archivada.

—Así es.

—¿Entonces? ¿Ha pasado algo nuevo?

Los ojos de Colomba se oscurecieron.

—Recordará que conseguí que lo exculparan, ¿verdad?

—Sí, claro, y nunca dejaré de agradecerse —dijo Maugeri.

—No es necesario. Concédanos tan solo veinte minutos con su hijo. Por supuesto, si quiere puede estar presente, pero si no lo hiciera, sería mejor.

Maugeri asintió, disgustado.

—Claro, claro. Están en su casa.

Luca Maugeri era un niño desgarbado de pelo reseco y rubio, con gafas redondas y la camiseta a rayas. Estaba sentado en su habitación, ante un escritorio infantil, y escribía en una libreta cuadriculada.

—Te he traído a dos amigos, Luca —dijo Maugeri cerrando la puerta tras de sí

—. ¿Te acuerdas de ellos?

—Sí, papá, gracias —dijo Luca con voz estentórea, sin girarse, espiando a los recién llegados en el reflejo del cristal de la ventana.

Colomba había visto al chiquillo solo dos veces, el día de la liberación y en el tribunal, pero él no le dirigió la palabra. Era autista, con una inteligencia superior a la media y autosuficiente, pero había necesitado años para superar el shock del secuestro.

—Entonces os dejo charlar. Yo estoy allí, si me necesitáis —dijo Maugeri y volvió a cerrar la puerta.

—Te veo bien, Luca. Has crecido un montón —dijo Colomba—. ¿Cuántos años tienes ahora?

—Diez. Gracias por haber pasado a verme, señora Colomba —dijo el niño con el mismo tono de antes, algo mecánico y un poquito demasiado elevado—. También usted, señor inspector. Le mandé una tarjeta en Navidad.

—Fuiste realmente muy amable, gracias —dijo Esposito con desasosiego. Había escoltado al muchacho y a su padre de un lado a otro delante del tribunal.

—Pero usted no me contestó.

—Porque es un maleducado, Luca —intervino Colomba—. ¿Te molestamos? ¿Estabas haciendo deberes?

Luca asintió.

—Lengua es difícil, pero me sacaré el suficiente —hizo una pausa—. ¿Ha pasado algo malo?

—No —dijo Esposito—. No te vayas a pensar que...

—Sí —dijo Colomba.

—Gracias para haber dicho la verdad. Mucha gente no lo hace porque piensa que no voy a entenderlo —dijo Luca. Cogió un walkie-talkie de juguete del escritorio y llamó a su padre—. Papá, queremos té con galletas —dejó la radio y volvió la cara imperceptiblemente hacia Colomba—. Cuando hay invitados es necesario ofrecer algo de beber.

—Es verdad, gracias —dijo Colomba.

—Siéntese en la cama, acabo de limpiarla con la aspiradora.

Colomba se sentó, no sin haber petrificado antes a Esposito con una mirada para que permaneciera de pie.

—Lo malo que ha pasado, Luca —empezó a buscar las palabras para no asustarlo—, es que un chico un poco más grande que tú ha perdido a sus padres.

—¿Dónde los ha perdido?

—Me refiero a que han muerto —se corrigió Colomba—. Es una metáfora.

¿Sabes lo que son?

—Sí, señora Colomba. Cada vez que oigo una, la escribo, para recordarla —y para demostrar que no mentía, sacó otro cuaderno y copió la frase.

—Ese muchacho necesita ayuda, Luca. Pero para ayudarlo he de hablar contigo de cosas no muy agradables.

—¿El Padre?

—Sí.

El muchacho asintió, sosegado.

—Está bien. Después del té.

El té llegó junto con una bandeja de galletas. Esposito, que no comía desde el desayuno, se cepilló la mitad mientras Luca observaba con una lupa la fotografía de Tommy.

—Nunca lo he visto —dijo al final colocando la foto en el escritorio a fin de que Colomba volviera a cogerla—. Nunca vi a ninguno de los otros prisioneros hasta que nos liberaron. Y tampoco lo vi más tarde, en el hospital.

A Luca lo habían secuestrado y encerrado en un contenedor, como a otros nueve chicos, pero tras la liberación fue el único que estaba en condiciones de que lo interrogasen. El encarcelamiento en su caso había durado solo unos pocos días y esto le permitió describir a su secuestrador, el cómplice del Padre que se hacía llamar el Alemán, contribuyendo así a exonerar de manera definitiva a Maugeri padre.

—No creo que estuviera contigo, Luca. Recuerdo lo que le contaste al juez y estuviste muy bien. Pero necesito hacerte algunas preguntas más. ¿Puedo?

—Pues claro, señora Colomba.

—Cuando te reuniste con los demás en el hospital, ¿no te hablaron nunca de otros prisioneros? ¿De personas a las que habían visto y a las que nosotros no encontramos?

—No.

—¿El Padre o el Alemán no hicieron por casualidad alguna referencia a otros chicos al margen de los que liberamos? ¿Alguna vez mencionaron el nombre de un tal Tommy?

—No. El Alemán nunca me dirigió la palabra. Y el Padre solo dijo que las bestias morían —hizo una pausa—. Era una metáfora. Para decirme que me comportara bien.

—¿Y te habló sobre otras cárceles como la tuya?

—No. Nunca.

Poco a poco Luca se había girado hacia ellos. Ojos claros y rasgos delicados:

llegaría a ser un hombre guapo. Colomba sintió que su corazón se acaloraba al pensar que lo había salvado, y se sintió culpable por despertarle recuerdos horribles.

—Pero sé que había otros como yo.

—¿Por qué no has hablado nunca de ello? —preguntó Esposito—. Es algo gordo.

—Porque prometí no hacerlo, señor inspector. Y una promesa es una deuda de honor —Luca apartó la mirada hacia Colomba—. Pero ella me salvó. Si quiere, se lo cuento todo.

—Claro que quiero, Luca. Y te aseguro que tendré mucho cuidado al utilizar lo que me cuentes. ¿Dónde estaban esos prisioneros de los que hablas?

—Donde estábamos nosotros. *Antes* de nosotros. Creo que ahora todos están muertos.

*Las bestias mueren...* Colomba se mordió el labio inferior.

—¿Sabes lo que es el ADN?

—Ácido desoxirribonucleico.

—¿Y sabes que nosotros, los de la policía, lo usamos en nuestras investigaciones?

Luca asintió.

—Bien, en tu contenedor y en el de los otros solo había ADN de vosotros diez. Y además... —se interrumpió. La policía había removido inútilmente el suelo de alrededor en busca de cuerpos—. En fin, ¿cómo lo haces para estar tan seguro al respecto?

—Porque alguno de nosotros los vio.

—Me has dicho que no hablasteis...

—Le he dicho que no hablamos *en el hospital*.

Colomba y Esposito intercambiaron una mirada.

—Los contenedores estaban aislados, Luca. No era posible hablar del uno al otro —dijo Colomba—. Lo comprobamos.

—Es verdad, señora Colomba. Pero había otros sistemas. Y era esto lo que prometí que no se lo contaría a nadie.

—¿No tenías que hablar de cómo os comunicabais?

—Sí. Era un secreto —Luca tabaleó en el escritorio con los nudillos—. El Código.

## 4.

Después del té, Luca insistió en pedir una taza de chocolate para todos por el walkie-talkie, a pesar de que el padre había intentado una débil protesta que ya había llevado té y galletas.

—Es una circunstancia excepcional —replicó el muchacho, permaneciendo obstinadamente en su posición.

—Entonces, ¿os comunicabais golpeando en las paredes de los contenedores? —preguntó Colomba mientras soplabla el chocolate hirviendo.

—Sí —respondió Luca al tiempo que removía el azúcar del suyo. Daba vueltas prestando atención a no tocar las paredes de la taza con la cucharita—. Era como el código morse. Algo así. Cuando regresé a casa comprobé el oficial. Es diferente.

—¿Te acuerdas?

—Sí.

El muchacho cogió una hoja de papel y escribió:

A .

B . \_

C ..

D . \_ \_

E . \_ .

F .. \_

G ...

H . \_ \_ \_

I . \_ \_ .

J . \_ . \_

K . \_ . \_

L .. \_ \_

M .. \_ .

N ... \_

O ....

P . \_ \_ \_ \_ \_  
Q . \_ \_ \_ .  
R . \_ \_ . \_  
S . \_ \_ . .  
T . \_ . \_ \_  
U . \_ . \_ .  
V . \_ . . \_  
W . \_ . . .  
X . . \_ \_ \_ \_  
Y . . \_ \_ .  
Z . . \_ . \_

Colomba lo verificó por su parte con el móvil y sí, era como había dicho Luca: el código morse era parecido pero radicalmente distinto.

—¿Estás seguro de que lo recuerdas bien? —preguntó.

Luca asintió.

—Los puntos eran un golpe, las líneas un rasguño —hizo una demostración práctica sobre al escritorio, usando las uñas—. Era difícil, pero el que estaba a mi derecha era rapidísimo.

Colomba volvió a pensar en la disposición de los prisioneros en los contenedores: el de la derecha de Luca se había cortado las venas; había permanecido encerrado cinco años.

—¿Y tú cómo lo aprendiste? —preguntó Esposito.

—Había una inscripción en el techo de mi contenedor. Podía verla solo cuando el sol entraba por la rejilla del aire —dijo Luca—. La inscripción estaba hecha con caca. Pero ya no olía mal.

*Dios mío*, pensó Colomba. *¿Cómo es posible forzar a un niño a vivir algo semejante?*

—¿Qué había escrito? —se obligó a preguntar.

—Que lo aprendiera de memoria y lo borrara. Y así lo hice —tras una pausa, añadió—: Pero no sé muy bien de qué hablaban los demás. Yo solo pasaba los mensajes y eran demasiado rápidos para que los entendiera.

—¿Qué quieres decir con «pasar los mensajes»? —preguntó Esposito con la boca seca.

Luca dibujó en el aire.

—Éramos diez. Si estabas al principio de la hilera y querías hablar con el último, los demás tenían que pasar los mensajes. Como el teléfono escacharrado.

—¿Cómo te las apañabas para saber a quién iban?

—Todos teníamos un nombre en código —dijo Luca—. El mío era... —lo repiqueteó en el escritorio.

*Golpe. Golpe. Golpe. Rasguño. Pausa. Golpe. Rasguño. Rasguño.* Colomba trató de descifrarlo, pero no lo logró.

—Traducido es ND. No sé qué significa —comentó Luca—. He pensado que puede ser la abreviatura de *nerd*. Me gustaría. También Peter Parker es un *nerd*.

—Y todos estabais de acuerdo en no decir nada a nadie sobre el Código.

—Sí.

—¿Por qué?

—Por los otros —Luca hizo una pausa y por primera vez su voz se hizo dudosa—. Habrían tenido... problemas. Con el Padre.

—El Padre ya no está, Luca —dijo Colomba con amabilidad—. Ya no puede hacerle daño a nadie.

—No lo sé.

Colomba sintió un escalofrío.

—¿No sabes si ha muerto? Te lo aseguro. No me resulta nada fácil decirlo, pero yo estaba allí cuando murió.

Luca permaneció en silencio algunos instantes, luego empezó a hablar en voz más baja.

—Algunas veces voy a ver al chico que estaba en el segundo contenedor. Lo ingresaron en un hospital. Dice que sus padres no van nunca a verlo. Creo que eso no es nada bonito.

—No, Luca, no lo es —dijo Colomba con un nudo en la garganta.

—Lo llamaba OG. Con el Código. Aún lo llamo así. Y aún nos hablamos así. Él... lo prefiere. OG cree en la magia, señora Colomba. Cree que el Padre puede cambiar de cuerpo como el Rey Sombra. Es un enemigo de los X-Men —Luca la miró a través del reflejo del espejo—. Yo, en cambio, creo que tuvo un hijo y lo entrenó para que fuera como él. Quizá más de uno. Pero no tiene importancia. Si existen, usted los matará a todos.

## 5.

Dante se había puesto un abrigo gris largo hasta los tobillos y un traje de tres piezas color gris plomo con corbata roja y Borsalino, todo ello con un aire vagamente retro. El único signo de modernidad eran los zapatos Alexander McQueen, con sus dos dedos de suela y el guante negro que vendaba la mano mala, disfrazando la deformidad. Nada de lo que llevaba puesto era adecuado para una caminata por senderos fangosos y, a pesar de ello, el andador seguía deslizándose.

Y cubierto de barro también estaba el lugar en que Martina fue asesinada. Alberti ayudó a Dante a sentarse en una roca en la que seguía pegado un trozo de la cinta bicolor de los carabineros. Habían talado el árbol que había empalado a la muchacha, pero Dante no tuvo problemas para imaginarse su cadáver goteando en la nieve.

—El Padre no mataba así —dijo Alberti detrás de él.

—Tienes razón. Él era más discreto. Dejaba que el Alemán apuñalara a las víctimas y luego disolvía los cadáveres en ácido —dijo Dante, aún observando la agonía de la chica con los ojos de la mente—. Martina sufrió mucho.

—Eso podía decírselo yo sin venir hasta aquí. Por otra parte, la doctora quería que nos quedáramos en casa.

Dante miró a Alberti por encima de las gafas de espejo.

—¿Qué piensas de mi hermano?

—Que no es su hermano.

—He decidido que, hasta que se demuestre lo contrario, para mí lo es —el sueño de su encuentro con Leo seguía vivo, por encima de todo lo demás.

—El ADN...

—El ADN tomado de un pelo suyo abandonado en el dormitorio de los NOA. En tu opinión, ¿no es posible que lo dejara adrede? —Dante abrió los brazos—. Y, en cualquier caso, existen muchos tipos de hermanos. Adoptivos, los miembros de una misma religión, los masones, los templarios... aunque estoy razonablemente seguro de que los templarios no tienen nada que ver con esto. Pero avísame si ves por ahí a alguien que parece salido de *El nombre de la rosa*.

—Está bien, señor Torre... —dijo Alberti, paciente.

—Volviendo al tema, ¿crees que es alguien que hace cosas tan teatrales solo por el placer de hacerlas?

Alberti se lo pensó.

—Parecía muy racional cuando lo vi.

Dante asintió mientras apagaba la colilla encima del guante y se la guardaba en el bolsillo.

—Al menos una parte actúa con lucidez, de lo contrario ya estaría muerto hace tiempo. De manera que, ¿qué podemos deducir de esto?

—Que debía de tener... ¿un motivo? —preguntó Alberti, titubeando.

—Has mejorado durante mi ausencia. Bien hecho —se levantó aferrándose al odioso andador—. Vamos al henil.

Habían reparado la puerta con un par de listones, y un sello de los carabineros indicaba que el local estaba bajo secuestro judicial. Dante se apoyó contra la pared de cemento y se quitó las gafas oscuras.

—¿No quiere echar un vistazo dentro? —preguntó Alberti husmeando entre los listones.

—Lo que había que encontrar ya se ha encontrado —protegiéndose con la mano, Dante miró a su alrededor—. ¿Tienes una pata de cabra en el coche?

## 6.

Colomba recibió la llamada vía Signal cuando aún faltaban veinte kilómetros para Portico. Acababa de colgar con Bart, que estaba saliendo hacia Rímini con su equipo. Había recibido el encargo de realizar de nuevo los análisis en Villa Quiete, después de que los militares terminaran sin encontrar nada relevante. Se alegraba de poder echar una mano, pero se sentía molesta por la falta de aviso previo y las decenas de casos atrasados que estaba dejando en Milán.

—¿Dónde estás? —preguntó al oír el viento por debajo de la voz de Dante.

—En el viejo molino.

—¿No te había pedido que no salieras?

—¿No te acuerdas de que no eres mi madre? En cualquier caso, te he llamado porque deberíamos ir a la casa de la carabinera. Si me das la dirección, intentaré entrar por mi cuenta, Alberti me servirá de apoyo.

Colomba dio un volantazo.

—Espérame en Portico y no hagas gilipollices.

Se reunieron todos delante del museo, donde estaban guardados los famosos Bronces Plateados de la época romana que la población de Portico había defendido contra el traslado al Museo Nacional de Roma. Colomba se acordaba de aquello porque su padre había sido uno de los que se habían encadenado, y que por eso a punto estuvo de que no la aceptasen en la escuela de oficiales. Los seleccionadores se tomaban muy en serio los antecedentes familiares subversivos, por más que el padre de Colomba era cualquier cosa excepto eso. Al contrario, de él venía la sangre conservadora que corría por las venas de la familia.

El encuentro entre Esposito y Dante fue casi conmovedor, porque Dante permitió que lo abrazara.

—Genio, estaba seguro de que no te iba a ver más. Pero seguro, seguro, seguro, ¿eh?

—He vuelto a propósito para decepcionarte. Y tú eras fumador, ¿verdad?

Acabo de terminar los míos.

—Qué me vas a contar... —Esposito le dio medio paquete, luego pasó a abrazar a Alberti—. Coño, qué gordo estás, *amigo*. Dame a mí también algo de lo que tomas.

—Pero es que estáis todos obsesionados. No tomo nada. Hago solo un poco de pesas, *amigo*.

—Sí, sí, cómo no...

Colomba envió a ambos a vigilar la casa y ponerse al día uno al otro sobre las novedades; ella se quedó con Dante, quien de repente parecía cualquier cosa menos agotado. Y tenía las pupilas enormes.

—¿Qué coño te has metido? —le preguntó.

—Nada.

—¿Te acuerdas de la regla «Nada de trolas entre nosotros»?

—Viniendo para aquí nos hemos cruzado con unos ciclistas aficionados, todos ellos de unos sesenta años, que tiraban como locos en la subida. Le he pedido a Alberti que los registrara —Dante se tocó el pecho por debajo de la chaqueta—. Se habían diluido no sé qué porquería en la cantimplora, y ahora tengo el corazón a mil.

—Tú quieres morir, ¿verdad? No sé por qué me he esforzado tanto en buscarte.

Dante hizo piruetas sobre el andador.

—Porque de lo contrario tu vida es gris, CC. Venga, ¿cómo ha ido la reunión con Luca?

Colomba le habló del Código y Dante perdió todo su vigor.

—¡Eh!, ¿te ha sentado mal? —le preguntó.

Él se encogió de hombros.

—Es solo que he empezado a envidiar a un grupo de chicos que intercambiaban mensajes con caca.

—¿Envidiarlos por qué?

—Al menos tenían alguien con quien hablar. Yo durante trece años solo tuve al Padre con una máscara en la cara.

—Luca y los otros parecen convencidos de que todavía corre por ahí el Padre o un heredero suyo.

—¿Quién mejor que Leo? El hijo que ocupa el lugar del Padre. El mejor hijo —Dante se encendió un cigarrillo—. Entonces, ¿vamos a casa de la carabinera?

—No estoy convencida, Dante. Si Lupo se entera, nos declarará la guerra. Y, además, si hubiera algo útil, ya lo habrían encontrado.

—Hacemos un intercambio. Yo te explico el Código de Luca y tú aceptas el riesgo.

—¿Lo conocías?

—No. Lo he entendido —Dante tabaleó sobre el capó—. Acabo de decirte hola. Entonces, ¿qué, estamos?

La curiosidad de Colomba venció.

—Esto te lo haré pagar. Ya lo creo.

Dante levantó la mano buena.

—Fíjate bien. Te voy a enseñar una nueva forma de contar. La aprendí en un ensayo de Isaac Asimov.

—Leí un libro suyo. Hablaba de robots.

—Es como decir que Rafael habla de vírgenes, pero vale —levantó el pulgar de la mano buena—. Uno —bajó el pulgar y levantó el índice—. Dos.

—No me parece tan innovador.

—Espera, que ahora viene lo bonito —levantó el pulgar y el índice—. Tres —levantó el corazón y bajó los otros—. Perdona. Cuatro —pulgar y corazón—. Cinco.

—Bien, confieso que me he perdido.

—Estoy contando en binario. Es una lengua creada para los ordenadores.

—Hasta ahí llego.

Dante se regodeó.

—Y tiene solo dos números: cero y uno. En la práctica, en vez de ser en base decimal es en base dos, y se escribe de derecha a izquierda y es posicional. El Código de Luca transforma los ceros y los unos en líneas y puntos. En cuanto al resto, han puesto en fila las letras y las han numerado empezando por el uno, sin utilizar los códigos que se adoptan normalmente en binario para las letras, que son más largos. Dame el papel...

—No es necesario, te creo —dijo Colomba, que empezaba a tener dolor de cabeza—. Llamo a D'Amore y busco a alguien que tenga las llaves.

## 7.

La dueña de la casa de Martina se llamaba Floriana, tenía unos treinta años y recibió a Dante y a Colomba delante del portal de un edificio de tres plantas que daba a una plazoleta.

—Encantados de conocerla, señorita —dijo Dante levantándose el Borsalino y ametrallando las palabras—. Inspector en jefe Valle —añadió, utilizando el apellido de su padrastro—. Ella es mi compañera *Carelli*. Subcomisaria Carelli, *Distrito 87*.

—Encantada —dijo Colomba, mirándolo fatal.

Había leído un par de libros de la serie y le habían gustado, a pesar de que por regla general evitaba la novela negra. Si eran demasiado realistas, le parecía estar trabajando; si eran demasiado fantasiosos, se cabreaba.

—El apartamento está en el entresuelo, pero por desgracia no tenemos ascensor —dijo Floriana.

Dante señaló su andador.

—¿Por esto? No se preocupe, es provisional. Y entra solo ella. Yo examino por fuera.

—Has sido tú el que quería venir... —dijo ella a media voz.

—Lo cual no significa *entrar*. Venga, CC, que tú eres mejor que yo hurgando en las cosas de los demás.

Colomba le dio la espalda.

—¿Sabe que su compañero me recuerda a alguien? —dijo Floriana, mientras la precedía por las escaleras.

—Sí, a un gran tocapelotas.

El apartamento de Martina era un piso de dos ambientes con una pequeña cocina. Muebles de escaso valor, reciclados de ancianos difuntos, un espejo cuadrado con un neón y dos armaritos de plástico blanco y negro en el baño. Parecía uno de los que Colomba alquilaba ya amueblados cuando era una *pingüina*. No valía la pena hacerse con algo decente cuando te pasabas más tiempo en la calle. Por entonces su jefe se llamaba Rovere. El Padre hizo que el Alemán le pusiera una bomba en su casa.

—No éramos amigas, nos veíamos tan solo para el alquiler. Sin embargo, lo he sentido muchísimo —Floriana rascó con la uña una incrustación en el dintel del comedor—. Tendría que ponerlo de nuevo en alquiler, pero me siento como si hiciera algo malo. Aunque aquí ya no quede nada suyo.

—¿Hace mucho que vivía aquí?

—Un año y medio, más o menos. De todos modos, me dijo que pronto iban a trasladarla.

—¿Iban a trasladarla?

—Eso fue lo que me dijo. No es que habláramos mucho. Es que... no es que tuviera que pagarme la rescisión del contrato —la mirada concentrada de Colomba la hizo titubear—. En realidad no firmamos ninguno... Ya se lo dije a sus compañeros. No es ningún delito, ¿no?

—Creo que lo es, pero no hay nada que pueda resbalarme más, de momento.

Colomba tendió las manos y Floriana puso en ellas las llaves, antes de apresurarse a volver a su tienda. Colomba esperó a que sus pasos se desvanecieran, luego levantó la persiana. Dante estaba persiguiendo las palomas, riendo como un idiota. Lo llamó con un silbido de pastora. Él se acercó, su cabeza casi llegaba a la ventana y podían hablar sin gritarse.

—Se lo han llevado todo. Como me suponía —dijo.

—¿Se han llevado también las sobras de comida?

—¿Va en serio?

—Sí. Por regla general se tiran los envases abiertos, pero confío en que los padres de Martina estuvieran demasiado alterados para limpiar a fondo.

Colomba miró en los armarios grasientos y volvió a la ventana.

—¿Quieres la lista?

—Si no te importa...

—Dos frascos de sal, una gorda y una fina, una botella de aceite medio vacía, una caja de infusión adelgazante. Obleas de chocolate y medio kilo de pasta.

—¿Integral?

—No.

—Mira debajo de la cocina. Por lo general ahí acaban cosas interesantes.

—¿Por qué no vienes tú a hacerlo?

—Porque tengo una invalidez absoluta.

Colomba obedeció y rascó pellas de suciedad y un macarrón seco con la hoja de la navaja. Empujó la basura fuera de la ventana haciendo que cayera sobre Dante, que gritó indignado.

Cerró otra vez riéndose y bajó para devolver las llaves. Cuando salió a la

plazoleta, Dante estaba examinando el macarrón, que había insertado en la pluma estilográfica que no utilizaba nunca.

—¿Te parece que tiene un color normal?

—¿Qué color debería tener? Estaba pegado al suelo.

—No me lo recuerdes —Dante sopló encima, luego se lo metió en la boca y lo masticó un par de segundos antes de escupirlo.

—¿Puedes repetirlo, que te saco una foto? —dijo Colomba.

Dante se limpió los labios con el guante.

—Me estoy sacrificando por la investigación, deberías estarme agradecida.

—Nunca te habrías metido esa porquería en la boca si no hubieras tenido una idea que no me has dicho. Así que ya te estás dando prisa, si no quieres que te dé en la cabeza con el trasto ese que te mantiene en pie.

—Solo quería comprobar que Martina no comía alimentos para diabéticos. O tomara habitualmente medicinas. Bajo el fregadero solo has encontrado un trozo de aspirina. Nada de tapones de jeringuillas, trozos de blíster...

—Si Martina hubiera sido diabética, la habrían despedido. Es una enfermedad incapacitante.

Dante se secó la frente perlada de sudor: la bebida de los ciclistas había dejado de surtir efecto.

—Según la autopsia, tenía el péptido C más bajo de lo normal. Sabes qué es, ¿verdad?

—Pásame el andador.

Dante levantó las manos.

—Okey, okey. Es más o menos una enzima precursora de la insulina. Si es demasiado baja comparada con la insulina en la sangre, significa que la insulina no la ha producido el páncreas, sino que procede de fuera. Lo aprendí en los informes de los paramédicos estadounidenses sobre suicidios, porque es el sistema que más utilizan. También para cargarse a un paciente.

—¿Y tú crees que Leo la utilizó con Martina?

Dante hizo el gesto de la inyección.

—La cogió por sorpresa y le inyectó en el estómago, donde sabía que la herida taparía la señal. Una dosis fuerte en una persona no diabética y con el estómago vacío es letal, en pocos segundos ya no te sostienes de pie. Luego le dio azúcar para subirle la glucemia, y cuando se dio cuenta de que se estaba despertando, la empaló.

—Joder.

—Y ella sufrió su agonía consciente, la pobre —dijo Dante con la mirada

perdida.

—Si se hubiera marchado, tal vez aún estaría con vida —dijo Colomba—. Le dije a la dueña de la casa que iban a trasladarla, aunque en los informes que he leído no hay ni rastro del tema.

Dante arqueó la ceja derecha por encima de las gafas.

—*Interesante*. ¿Quién puede saber si hay algo que se omite en los informes?

—Solo los carabineros.

—Entonces tengo una mala noticia para ti.

## 8.

En la garita, el brigada Bruno miró a Colomba en la pantalla del interfono como si hubieran vertido en la entrada un camión de estiércol. Ella no dirigía los ojos hacia el objetivo y parecía más disgustada que él.

—¿Qué quiere? —preguntó por el interfono, que convirtió su voz en un crujido eléctrico.

—Lupo, dígame por favor que lo espero en el bar de la esquina para hablar de Martina Concio.

—A Martina usted ni la nombre, ¿me entiende?

—Preferiría no tener que hacerlo. Dígame que se dé prisa o me vuelvo para casa.

Bruno recorrió el pasillo a paso de marcha. Lupo estaba en su despacho leyendo los informes de su equipo sobre las actividades habituales. Los hematomas se habían curado, pero su humor había sido horrible en las semanas pasadas y sus mensajes en el contestador de Vigevani se habían hecho cada vez más desabridos.

—No pueden dejarme al margen, coño —le gritaba. Cuando Bruno le transmitió el mensaje, ardió con una furia helada.

—Le digo que se vaya a tomar por culo —dijo Bruno.

Lupo chasqueó la lengua.

—No. Yo me encargo.

—Pero no te metas en ningún lío —dijo Bruno—. Acuérdate de que la protegen.

Lupo ni siquiera le respondió. Se puso el chaquetón y salió a paso de carga, con la mano que se le iba instintivamente a la culata de la pistola en la cadera. A pocos metros del bar reconoció la silueta de Colomba, pero se percató de que no estaba sola. Estaba sentada a la mesa con alguien que parecía la versión barbuda de David Bowie. Fue él quien se dio la vuelta y miró cómo se acercaba por encima de las gafas de espejo con un destello irónico en los ojos.

—Mariscal, buenas noches. Me alegro mucho de conocerle —dijo.

—¿Usted quién es?

—El hombre más secuestrado del mundo: tres veces, dos por la misma persona y la tercera dicen que por el ISIS. Imagíneme sin barba y sin guante —y mientras se lo quitaba, Dante le enseñó la mano mala.

A Lupo se le aflojaron las piernas.

—Jesús, María y José —dijo—. No me lo puedo creer.

Dante le acercó el vodka con tónica que estaba bebiendo, gracias al cual había recuperado algo de brío y taquicardia.

—Puede comprobar mis huellas. Estoy fichado. Cuando Colomba le dio una paliza en el bosque, estaba yendo a salvarme.

Colomba asintió.

—Lo siento, Lupo, pero no tuve elección.

—¡Podía habérmelo dicho en vez de saltarme encima!

—No me habría creído delante del cadáver de Martina.

Lupo sintió que la rabia transpiraba por sus poros.

—Más tarde, sí, de todas formas. Me pasé un mes preguntándome qué coño estaba pasando. ¿Quién la mató? ¿El ISIS?

—Sí, justo eso, el ISIS —dijo Dante, en plan sarcástico.

—En la persona de Bonaccorso —intervino Colomba—. Creemos que fue él.

—¿Ese pedazo de cabrón estaba por los alrededores? —dijo incrédulo.

—Usted no sabe nada de la investigación porque el DAT no confía en usted —intervino Dante—. Pero nosotros no somos de Antiterrorismo y le ofrecemos una ramita de olivo. Y algo de bebida.

Lupo se sentó y pidió un bourbon, a pesar de que no bebía nunca durante el día. La situación le parecía irreal. Ahí estaba, hablando tan tranquilo con un hombre al que todo el mundo daba por muerto, sentado ante una mesita con la mujer que le había roto la nariz.

—¿Por qué?

—Necesitamos información. Digamos que el DAT y nosotros estamos compitiendo a ver quién encuentra primero a Bonaccorso —dijo Dante.

—Obviamente, si usted fuera contándolo por ahí, nos acusarían a todos de violación de secretos de Estado —dijo Colomba—. Así que mantenga el pico cerrado.

—¿Cree usted de verdad que todos los carabineros somos idiotas? —preguntó Lupo.

—Eso lo creo yo, *sheriff* —dijo Dante.

—No me llame *sheriff*. ¿Los Melas tienen algo que ver con toda esta historia?

Colomba hizo una pausa y, mirando al mariscal a los ojos, dijo:

—Eran los carceleros. Bonaccorso los mató antes de desaparecer.

Lupo negó con la cabeza.

—Me están abrumando con chorradas.

Dante se desanudó la corbata y se abrió la camisa.

—¿Ve usted esta cicatriz? Es por donde Bonaccorso me introdujo un tubo para hacerme respirar. Me mantuvo retenido durante un año y medio. Llámelo como quiera, pero no es ninguna chorrada.

Lupo apartó la mirada.

—¿Qué quieren saber?

—¿Martina tenía novio? —preguntó Dante arreglándose de nuevo.

—Que yo sepa, no. Y lo sabría.

—Colomba decía que la había visto con el mecánico que se mató —fingió estar pensándose—. ¿Cómo se llamaba...?

Lupo saltó otra vez.

—¿Loris Mantoni? ¿Con ese toxicómano? Vamos, ni por asomo.

—Quizá no sabía que era toxicómano —dijo Colomba.

—Todo el mundo lo sabe —el camarero llevó el whisky y Lupo hizo girar el vaso entre los dedos—. Sobre todo nosotros, los del Cuerpo. Empezó a hacer el idiota cuando aún era menor.

—¿También con drogas?

—Y estafa y acoso, aunque cuando lo hacía él se llamaba solo tocar las pelotas. Incluso estuvo bajo ingreso hospitalario forzoso un par de veces —se encogió de hombros—. Últimamente estaba limpio, pero la cosa duró poco. Sin embargo, no es todo por su culpa. Su padre es un auténtico pedazo de mierda. A fuerza de golpes lo dejó retrasado mental.

—¿Quién es su padre?

—Uno que siempre está borracho en el bar de Conigliano. Pegaba a su esposa, pegaba a su hijo y todavía pega a todo aquel que le cae mal. Él también se ha chupado su tiempo de cárcel, siempre por delitos de robo de poca monta, y ahora trabaja de camionero. Se llama Gaspare.

Colomba se lo apuntó.

—¿Necesitan algo más? Tengo trabajo —dijo Lupo.

—Díganos tan solo por qué Martina quería marcharse de Portico.

Lupo se puso tenso.

—¿Quién les ha dicho esa estupidez?

Dante entrecerró los ojos y Lupo se sintió traspasado por rayos X.

—Usted no lo sabía. Pero quizá la muchacha no se lo dijo y habló

directamente con el mando central.

—Imposible.

—¿Y entonces por qué rescindió el alquiler?

—¿Han hablado con la dueña de la casa? —preguntó Lupo, incómodo.

—Y hemos registrado el apartamento —dijo Dante, sin dejar de observarlo—. Para su tranquilidad, no había nada interesante.

—¿Y por qué tendría que haberlo? —preguntó Lupo con un tono menos distendido de lo que quisiera.

—¿Sabe que acaba de relajar ligeramente los hombros? ¿Qué era lo que le preocupaba?

Colomba le presionó un brazo.

—¿Puedo hablar un momento contigo, Dante? Me parece que nos estamos apartando un poco del tema.

—En absoluto. Fue Martina la que te metió en casa el martillo, CC. Y Lupo lo sabía.

## 9.

Colomba había visto hacer ese juego a Dante un montón de veces, y seguía sin acostumbrarse. Utilizaba las palabras como descargas eléctricas para provocar emociones, luego las leía. Pero ¿cómo había logrado conectar el martillo que hallaron en su jardín con Martina? Ella no lo habría sospechado nunca, jamás.

No cabía duda, sin embargo, de que Dante había dado en el clavo. Lupo se había sonrojado e intentaba disimular su desconcierto con la rabia.

—A mí me importa una mierda quién es usted, pero no le permito que haga insinuaciones semejantes.

—No tengo intención de contárselo a nadie —le dijo Dante, imperturbable.

—También puede contar con mi discreción, Lupo —dijo Colomba, ratificando el juego—. Y le aseguro que lo que nos diga servirá para llegar hasta Bonaccorso. ¿Martina y usted se pusieron de acuerdo?

—No, y yo no lo sabía —refunfuñó Lupo al cabo de unos instantes—. Lo comprendí a toro pasado, por mi cuenta.

—¿Cómo?

Lupo se sacó la cartera del bolsillo y extrajo de ella un trozo de tela de colores vivos, que luego extendió frente a Dante.

—Lo encontré entre sus cosas. Como intente tocarlo, le juro por Dios que le pego un tiro.

—CC... ¿tú sabes qué es esto?

Colomba reconoció los dibujos de Disney.

—Parece un trozo de la funda de almohada de Tommy. Esa donde estaba el martillo.

Lupo asintió y se metió la tela en el bolsillo.

—Martina fue la primera en llegar a la casa de los Melas, pudo haber encontrado el martillo y esconderlo, pero juro por Dios que no sé por qué motivo hizo semejante gilipollez. Lo único que pensé es que quería proteger al chico, pero por qué decidió esconderlo en su casa...

Dante le hizo una señal a Colomba: Lupo decía la verdad.

—No creo que Martina lo hiciera por iniciativa propia. Creo que Bonaccorso

la convenció para que lo hiciera —dijo.

—¿Para inculpar a la doctora? —dijo Lupo, que comenzaba a entender.

Dante asintió.

—Bonaccorso teme a Colomba. Sabe que tarde o temprano se le echará encima.

Colomba tuvo la certeza de que Dante estaba mintiendo, pero le siguió la corriente.

Lupo se levantó.

—¿Durante cuánto tiempo esta historia de Bonaccorso seguirá siendo secreto militar?

—Hasta que se le detenga, y quizá también más tarde —dijo Colomba—. Lo siento.

—Hablo con los padres de Martina casi todos los días. Están seguros de que su hija fue asesinada en cumplimiento del deber. No permitiré que nadie vaya diciendo que resbaló con una cáscara de plátano.

—Eso no sucederá —dijo Dante—. Se lo prometo. Y le mantendremos informado sobre todos los avances de la investigación, si usted mantiene la boca cerrada con los de Inteligencia.

Lupo le apuntó con el índice en la cara.

—Hágalo o iré a por usted.

Se marchó, y Dante sonrió a Colomba.

—Tenemos un aliado.

Ella lo agarró por las solapas.

—La próxima vez te tiro a una fosa. ¿Por qué no me has dicho nada de Martina? No me divierte quedar como una idiota.

—Porque me he dado cuenta aquí.

—Ya, sí, me lo imagino.

## 10.

Volvieron a Mezzanotte cuando Alberti y Esposito estaban acabando de cenar; habían cogido la mesa de la cocina y la habían llevado afuera, bajo el porche.

—¡Gracias por habernos esperado! —dijo Colomba—. Ya puestos, podíais haber echado la llave por fuera.

—Los hemos esperado, pero son las diez... —se justificó Esposito.

—La pasta aún está caliente, doctora —dijo Alberti—. *Salsa del policía*, con todo lo que he encontrado en la nevera. Y sin carne, para el señor Torre.

—Gracias, no tengo hambre —dijo él.

Se dirigió hacia su habitación dando un rodeo por el exterior, mientras Colomba se servía directamente la pasta sobrante antes de ir a ducharse.

Entretanto, Dante pidió que lo ayudaran a arrastrar el sofá de la cocina hasta el jardín de la parte trasera, y se quedó mirando el cielo y especulando, al tiempo que fumaba un cigarrillo tras otro.

Acabado el entusiasmo del primer día de investigación, le había caído encima otra vez la tristeza que le provocaba pensar en el Padre. Lo odiaba, pero era una parte de él, la persona que lo había acompañado en el paso de niño a hombre, su secuestrador y su mentor. Dante pensó en el silo, donde había estado encerrado durante trece años y del que recordaba únicamente fragmentos difíciles de ubicar. En su memoria todo se repetía igual: las visitas del Padre, el estudio, los test de inteligencia y los agotadores juegos de acertijos... y el dolor por los bastonazos que se veía forzado a darse a sí mismo en la mano cada vez que se había comportado como «*bestia* a la que castigar». No recordaba el día de su secuestro, solo el de su fuga, cuando cogió por sorpresa al Alemán; todo lo que afloraba a la superficie de su vida antes de ese momento era una mentira, Dante lo sabía, falsos recuerdos grabados por su carcelero, día tras día, año tras año. ¿Podía ser Leo realmente la solución al misterio de su personalidad? ¿O bien los recuerdos de la Caja eran algo más que una pesadilla?

—¿Aún sigues de mal humor? —preguntó Colomba asomándose por la puerta acristalada. Se había cambiado y llevaba el chándal liso de costumbre.

Dante se incorporó.

—Solo pienso en el pasado que nunca muere. Y me pregunto qué tendrá en mente mi hermano, al traer la guerra hasta aquí.

—¿Qué guerra?

Dante hizo su sonrisa sarcástica.

—Entre el Bien y el Mal, ¿no? ¿Por qué no te ha dejado en paz y me ha dejado tirado como un saco?

—Tenía la esperanza de que tú me lo dijeras.

Dante se dio pequeños toques en la frente.

—Aquí dentro solo hay vacío. Y la poli eres tú.

—Ex —gruñó Colomba.

—Exacto, eres solo una asesora civil —sonrió—. ¿Crees que los servicios de Inteligencia pueden tener algo útil sobre el mecánico?

—Quizá, pero no tengo intención de preguntárselo. No han relacionado su suicidio con Leo, no quiero que lo hagan gracias a mí. Y esto también es válido para Tommy y el Padre. Cada información que pedimos es información que estamos dando.

—¿Y Di Marco no se dará cuenta de que lo estás dejando al margen?

Colomba se hizo espacio en el sofá y robó un trozo de manta.

—He pasado diez años lidiando con superiores que querían «resultados inmediatos», sé hasta qué punto puedo tensar la cuerda.

—¿Y cómo vas a moverte?

—Del modo clásico: desgastando las suelas de los zapatos.

## 11.

En la semana que siguió, mientras Dante recuperaba fuerzas día tras día, Colomba y su equipo localizaron a familiares y amigos de Loris y Martina, intentando descubrir si los dos habían conocido a alguien que pudiera ser Leo o un cómplice suyo. Sin embargo, obtuvieron poca información: Martina había revelado a un par de amigos un futuro cambio en su carrera, pero sin especificar nada más, y los amigos de Loris —escasos y en su mayoría toxicómanos o alcohólicos— dijeron que en el último mes había cortado los lazos con todo el mundo y que se quedaba en casa chutándose, sin invitar a los viejos compadres.

Colomba fue también a ver a los ancianos abuelos de Tommy, los padres del primer marido de Teresa. Vivían en Biella, en un edificio gris; su piel tenía el mismo color. Si había visto en alguna ocasión a alguien que se limitara a esperar la muerte, esos eran los ancianos Carabba. De su reunión con ellos, a Colomba solo le quedaron claras dos cosas: que odiaban a la nuera y que la consideraban responsable, aunque solo fuera moralmente, de la muerte de su hijo. A Teresa le gustaba vivir bien, le tocaba las pelotas a su marido para que ganara más e intentaba de todas las maneras posibles librarse de su hijo colocándolo en alguna institución, a pesar de que el marido estuviera en contra porque quería a Tommy.

—El psicoterapeuta de Tommy sostiene que tenían una buena relación, ella y el chico —dijo Colomba, quien se presentó como asistente social.

—Quizá ahora —dijo el anciano—. En aquella época creo que le molestaba que Tommy no hubiera muerto junto con él.

—¿Y después de su muerte? ¿Qué sucedió?

—Que Teresa se marchó a los seis meses, llevándose a Tommy. Quería ganar dinero en Grecia como agente de viajes. Y decía que el mar le sentaría bien al chico.

—¿Cuándo vio a Tommy por última vez? —preguntó Colomba.

—Fui a verlo el día antes de que se marcharan. Lloraba como uno loco. Se había dado cuenta de que debía dejar su país para siempre.

—Ahora ha vuelto.

Los Carabba se miraron.

—Quizá habría sido mejor que se quedaran en Grecia —dijo ella.

A Esposito y Alberti, otra vez en pareja, les tocó en cambio el padre del mecánico, Gaspare Mantoni, que como Lupo les había dicho pasaba el tiempo en un bar de Conigliano frecuentado por camioneros, cuando concluía con su trabajo de transportista. Mantoni tenía sesenta años, y era bajo y delgado, con la nariz aplastada, músculos duros bajo la camisa a cuadros y las venas en relieve en sus manos.

Esposito decidió que era un camorrista en cuanto lo vio con los codos apoyados contra la barra delante de un vaso de tinto. Le mostró la placa.

—¿El señor Mantoni?

—Ya están aquí otra vez para tocarme los cojones —dijo él, dirigiéndose al tabernero, que prudentemente fingió que estaba lavando los vasos.

—Nos llevará poco tiempo. ¿Qué le parece, hablamos fuera?

—Estoy bien aquí.

Alberti se colocó detrás del padre de Loris, mientras Esposito arrastraba un taburete junto a la barra. Se volvió hacia el hombre y le dijo:

—¿Crees que vas a impresionarme haciendo el gilipollas? Mira, a gente como tú me la como para desayunar.

Mantoni empujó el vaso con el codo, derramando el vino sobre el pantalón de lana de Esposito.

—Vaya.

Esposito le soltó un guantazo. Mantoni, sin embargo, lo esquivó con un salto felino, luego cogió una botella de la barra y la rompió contra el borde. Alberti lo aferró por la espalda, haciendo que se le cayera, pero el tipo le lanzó una patada a Esposito, lo derribó al suelo, y aplastó a Alberti contra una columna. Desde las otras mesas empezaron a levantarse peticiones de que acabaran con aquello, y volaron vasos y bolsas de patatas fritas contra los policías.

—¡No hemos empezado nosotros! —gritó Alberti soltándole un puñetazo a Mantoni en los riñones.

Este se dio la vuelta blandiendo los puños callosos, pero Esposito lo derribó al suelo placándolo por las piernas. Los dos policías lo hicieron rodar hasta la acera de delante del bar, mientras Alberti les gritaba a los otros clientes que permanecieran sentados.

Esposito sacó del bolsillo la porra telescópica y la abrió con un movimiento de la muñeca.

—¿Quieres que te la meta por el culo?

Mantoni se rio y señaló la mancha roja en el pantalón de Esposito.

—Te has olvidado de ponerte la compresa, nenaza.

Esposito lo golpeó en los dientes, partiéndole los labios.

—La compresa te la pones tú, gilipollas.

Mantoni se puso a cuatro patas y escupió sangre, sin dejar de reírse.

—Está bien. ¿Qué coño queréis?

Esposito le dio otro porrazo, esta vez en la espalda.

—Hablar de tu hijo. ¿Lo has entendido, burro?

El hombre se apoyó contra la pared y se lio un cigarrillo, manchándolo de sangre.

—¿Qué coño queréis de él? Está muerto.

—Las preguntas las hacemos nosotros —le respondió Esposito, mientras dejaba colgar la porra delante de la nariz. Mantoni no pareció especialmente impresionado—. ¿Cuándo lo viste por última vez?

—En la morgue. Me hicieron identificarlo.

—¡Antes!

—Hace dos meses. Fui a su taller a cambiar las ruedas.

—¿No lo viste más tarde?

—No.

—¿Sabías que se chutaba?

—Creía que lo había dejado, pero los marrulleros como él nunca lo dejan —Mantoni se encendió el cigarrillo completamente arrugado y rojo—. Solo hacen una pausa para disfrutarlo más cuando empiezan de nuevo.

—A lo mejor necesitaba que alguien le echara una mano —dijo Alberti.

Mantoni se encogió de hombros.

—A lo mejor. Pero ¿quién coño soy yo para enseñar a la gente a vivir?

—Entonces el mes antes de que se matara no hablaste con él —preguntó Esposito.

—Por teléfono, un par de veces.

—¿Para qué?

—¿Qué cojones te importa? —Esposito le soltó un porrazo en el muslo. Mantoni se lo frotó—. Vete a tomar por culo. Una de las ruedas estaba gastada y quería devolvérsela, pero ya no abría el taller. Las dos veces me salió con una excusa.

—¿Cuál?

—Que estaba hablando por la otra línea. Pero no me preguntéis con quién o de

qué, porque no me lo dijo —escupió la colilla en una alcantarilla y se levantó—.  
¿Puedo marcharme ya o queréis contarme los pelos de la polla?

—¿Sabes que podríamos detenerte por agresión a la autoridad? —dijo Alberti.

—Entonces, detenedme, ¿qué más puedo decir?

—Vete a tomar por culo. Venga, largo —Esposito lo empujó.

Sin girarse, Mantoni les mostró el dedo corazón.

—Si cambiáis de idea, aquí me tenéis.

## 12.

Mientras los dos policías se recuperaban de la pelea con el padre de Loris, Colomba regresó de Biella y logró arrancar a Dante del sofá para reunirse con Demetra Melas. La mujer se había trasladado a Caglio, un pueblecito en la zona de Portico, pero más en la llanura. Vivía en una granja convertida en viviendas compartidas, habitadas sobre todo por ancianos que en sus zonas de jardín criaban gallinas y conejos. Demetra utilizaba la suya para fumar sentada a una mesita de plástico, mientras gritaba a los vecinos cuando hacían ruido y lanzaba piedras a los gallos. Encadenados tenía un par de dóberman traídos directamente desde Atenas, que al ver llegar a Colomba y a Dante se levantaron entre gruñidos.

—La señora expolicía ha venido a verme —se rio Demetra—. Y se trae consigo también a su amigo minusválido.

—No podía perderme una reunión tan encantadora —Dante dejó el andador y acercó la mano buena al hocico de los perros.

Colomba sujetó la pistola en el bolsillo con el forro descosido.

—No hagas gilipollecés.

Dante rascó a los dóberman detrás de las orejas y los dos dejaron inmediatamente de ladrar y empezaron a hacerle fiestas.

—¿Por ejemplo?

—¡No toques a mis perros! —gritó Demetra.

—Pues usted no los tenga encadenados —dijo Dante desenganchándolos.

Colomba puso de nuevo la mano sobre la pistola, pero los dos dóberman la ignoraron y trotaron por el patio meando alrededor. Demetra fue a cogerlos por el pescuezo y malhumorada los encerró en el diminuto apartamento.

—¿Se puede saber qué más quieren de mí? —preguntó.

Dante se apoyó en el andador.

—Decirle que no va a ver nunca el dinero de su hermano —dijo lapidario.

Los ojos de Demetra se entrecerraron.

—Es de Tommy.

—El dinero será embargado por origen ilícito. Al final de las pesquisas tendrá

suerte si no le embargan también a usted.

Demetra se rio con ganas.

—Qué estupidez. También eres cojo de cerebro.

Dante se quitó el guante.

—Me llamo Dante Torre, su hermano me estuvo cambiando el gotero durante un año y medio, mientras era prisionero de un terrorista llamado Leo Bonaccorso.

Colomba se lo llevó de allí.

—¿Pretendes contarle todo a todo el mundo? Con Lupo tiene un pase, pero también a esta zorra...

—Si prefieres torturarla, no te cortes. De lo contrario, esto es lo único que podemos intercambiar. Total, si está implicada, ya lo sabe, y sabe que nosotros lo sabemos.

Colomba resopló.

—Muy bien, pero si sigues así, nos quitarán esta investigación antes de empezar —cogió dos sillas y se volvió hacia Demetra—: Ahora vamos a charlar un rato.

Demetra los sorprendió a ambos sacando de detrás de la mesa una botella de brandy de marca blanca.

—Y brindaremos por tu salud, Torre —vertió el líquido en dos vasos de plástico. Colomba ni siquiera lo tocó, Dante torció el gesto después de olerlo—. Eres famoso hasta en Grecia. Te secuestraron en Venecia, ¿verdad?

—Verdad.

—Está claro que mi hermano no tuvo nada que ver, pero no quiero arriesgarme. ¿Cuánto dinero quieres?

—No estoy chantajeándola, Demetra. No hay nada que pueda hacer para ayudarla a heredar por poderes. El dinero de Tommy permanecerá bloqueado durante años, a menos que su hermano resulte ser inocente. Pero... es imposible. Su hermano realmente fue mi carcelero por encargo de Bonaccorso. Cuando la historia se haga pública, sabrá todos los detalles sórdidos.

Colomba se dio cuenta de que Dante estaba de nuevo actuando. Por más que no le gustara, adivinó el propósito.

—No fue él —dijo Demetra.

—¿Cómo puede estar segura? —preguntó Dante.

—Porque no era mala persona. Cobarde, como todos los hombres, pero no le habría hecho daño ni a una mosca. Y además le habría dado asco cuidarte. No era capaz ni de quitarle una garrapata al perro.

—Nunca he dicho que fuera idea suya.

Demetra apagó el cigarrillo en el tacón.

—Si lo obligaron, entonces es inocente.

—Depende de cómo lo amenazaran y de cuánto ganó con ello. Dinero tenía en la cuenta.

—Si lo dices ante el tribunal, te creerán —dijo Demetra—. ¿O es que quieres vengarte de un muerto?

—Necesitamos elementos probatorios —dijo Colomba—. La venganza no tiene nada que ver.

—Y volvemos así al motivo por el que hemos venido —dijo Dante—. Ver a Tommy. Hacerle preguntas. Su dinero no es problema mío, pero si descubro algo, también será en beneficio de usted.

Demetra lo miró, reflexionando. Al final dijo:

—Como podéis imaginaros, todavía no está bajo mi tutela. De lo contrario habría partido para Grecia con él. El juez dice que debe esperar hasta el final de la investigación sobre mi hermano.

—¿Usted puede visitarlo libremente? —preguntó Colomba.

—Sí.

—La próxima vez que vaya dígame a la persona responsable que quiere que lo visite un asesor psiquiátrico.

—Para eso ya está ese bufón de Pala.

Dante le dedicó una mirada torcida.

—¿Quiere llevarse la pasta sí o no?

—Vale.

—Se lo ruego, hable en persona con quien deba hacerlo —intervino Colomba—. Recuerde que usted todavía es sospechosa y que probablemente escuchan sus llamadas —escribió su móvil en un billete de tren usado y se lo dio—. Llámeme desde un teléfono público. Y no diga nombres.

Demetra cogió el billete con la punta de las uñas decoradas con estrellitas y se lo colocó bajo el trasero.

—Hay uno en el cruce. Utilizo ese. En cualquier caso, si alguien lo extorsionaba, fue la madre de Tommy.

—Ya me ha dicho que no le gustaba.

—No es solo por eso... Arístides y yo discutíamos siempre, sobre todo por sus *novias*, si podemos llamarlas así. Pero nunca estuvo de morros conmigo más de una semana. Me enviaba un regalito desde cualquier rincón del mundo o me llamaba para felicitarme. En esta ocasión no lo hizo —una línea de rímel le bajó

por el ojo izquierdo—. Tendría que haberlo buscado yo. Es lo único que me reprocho en esta historia de mierda.

## 13.

Esa noche cenaron con Bart en la casa rural Mago Merlín, mientras los policías se quedaban en casa contándose los hematomas. Era la primera vez que Bart veía a Dante despierto, y durante media hora hablaron solo ellos, un poco sobre el año y medio pasado, otro poco sobre el estado de salud de Dante, quien dijo que nunca antes había estado tan bien, aunque por la noche siempre se encontraba cansadísimo. Las dos mujeres comieron *passatelli* con *ragù*, Dante picoteó unas tostadas con trufa negra, que en los bosques de la zona se encontraba con facilidad. Bart los puso al día sobre sus investigaciones respecto a Villa Quiete, que de momento no habían aportado resultados diferentes a los de los militares.

—Era un edificio público y hay miles de huellas genéticas, pero la única que hemos identificado es la tuya —dijo mirando a Dante.

—¿Ni siquiera de los Melas? —preguntó Colomba.

—No. Lo mismo ocurre con las huellas dactilares y los detalles extraños. Han prestado mucha atención.

—¿Has hecho tú el examen de las muestras de mi hermano? —preguntó Dante.

—Sí, pero no es tu hermano —dijo Bart.

—Déjalo —dijo Colomba—. Está obsesionado con esa historia.

—No estoy obsesionado... ¿Y las recogiste personalmente en el dormitorio de los NOA?

—Mi equipo y yo, ¿por qué?

—Dante está convencido de que Leo dejó muestras adrede para que las encontraran —dijo Colomba.

Bart se lo pensó un rato, mientras comía el tiramisú; era la única que había pedido postre.

—Si no recoges directamente las muestras de la persona, siempre existe un margen de riesgo.

—No le sigas el juego, Bart... —dijo Colomba.

—Entonces podría haber realmente ADN de mi hermano en la clínica.

—Yo me habría enterado. Lo cotejamos con el tuyo. Lo que está claro es que si Leo no fuera tu hermano de sangre, no podríamos darnos cuenta.

Llegó el camarero.

—¿Alguien tomará café?

Dante sonrió.

—Todos, pero no aquí. Por fin ha llegado mi kit de supervivencia.

## 14.

El kit de supervivencia de Dante lo componía una veintena de grandes cajas con ropa, saquitos de café en grano, medicamentos variados comprados en la Deep Web, dos portátiles y un ordenador de torre, un iPad, varios cargadores, tres Kindle, un televisor OLED de sesenta pulgadas, una radio Pure, un purificador-ventilador de aire Dyson y, sobre todo, una cafetera exprés profesional con su base, que Dante puso a calentar con la precisión de un astronauta respecto a su pequeña nave espacial. A escondidas, había desmenuzado un par de pastillas del kit y las había esnifado, y ahora tenía otra vez las pupilas enormes. Bart y Colomba fingieron no darse cuenta y esperaron a que acabara de moler los granos negruzcos e irregulares en un molinillo de madera. Giró la manivela produciendo un estruendo de martillo neumático, luego llenó los filtros de la máquina exprés con el polvo.

—Por fin voy a acabar con la abstinencia. Celebrémoslo con un Misha's Mundi Coffee. Peruano. Probablemente el más raro del mundo. Quise hacer que lo probaras ya antes de Venecia, pero estaba envasado al vacío y se ha conservado perfectamente. Notas de fruta tropical, heno, brandy, entre otras muchas cosas.

—¿Sale del culo de algún animal? —preguntó Colomba, recelosa.

—Mmm... Sí.

—Venga ya...

—No es culpa mía si las enzimas digestivas hacen un trabajo excepcional en los granos. Este lo han *elaborado* los coatíes. Son una clase de mapache, y te aseguro que no son maltratados.

—Solo tienen que hacer caca y nosotros bebémosla —dijo Bart, tumbada en la cama de Dante. Pasaba las madrugadas en la clínica y estaba cansadísima.

—Los granos se lavan de los excrementos y se tuestan a doscientos treinta grados. Y los excrementos están en todo lo que comemos, por ejemplo en los cacahuets que ponen en los bares. La mitad de los mismos presenta restos fecales que ha dejado el personal.

—Es verdad —confirmó Bart.

—Voy a vomitar —dijo Colomba.

Dante olió el filtro antes de enroscarlo.

—¿Desde cuándo no bebes, CC? No te he visto tomar ninguno desde que me descongelaron.

—Más o menos llevo los mismos días que tú —dijo Colomba, mirándolo a los ojos.

Dante permaneció inmóvil durante algunos segundos, luego se volvió hacia la cafetera, para no manifestar su turbación.

Colocó cinco tacitas de porcelana bajo las pequeñas boquillas y accionó la máquina. La habitación se llenó al instante con el olor dulce del café. Colomba cogió su tacita con las manos temblorosas, y no solo por el miedo de que se le cayera; Bart tenía los ojos húmedos. Alberti retiró la suya y la de su compañero, escondiendo la botella de *grappa* con la cual haría los carajillos. Dante se tragó el café casi de un sorbo, luego se hizo otros dos en rápida sucesión, sin decir ni una palabra. Colomba solo tuvo el tiempo justo de terminar el suyo —le pareció soso, pero no lo dijo— antes de tomarse otro, aunque la cafeína le había dado taquicardia de inmediato.

—Has vuelto, de verdad. Aún no me lo creo del todo.

—A lo mejor es solo un sueño y te estás muriendo desangrada en el suelo del polideportivo —dijo Dante.

—No lo digas ni en broma.

Bart pidió repetir.

—Es el problema del cerebro. Elabora todas las informaciones de los órganos de los sentidos, pero algunas veces las crea de la nada y no hay forma de apreciar la diferencia.

—¿Podéis acabar ya vosotros dos? —murmuró Colomba—. Ya tengo pesadillas.

—Odia la ciencia —dijo Dante con una sonrisa cómplice a Bart.

—Es una auténtica policía cabezota.

—Si queréis os dejo solos —dijo Colomba, ácida.

Bart la arrastró hasta la cama, abrazándola.

—Déjalo ya, tonta.

Dante se hizo otro café.

—A propósito de ciencia. Quería cotejar con Bart mi hipótesis sobre Martina. Tengo que confesaros una cosa, chicas: hoy he hablado con Lupo.

—¿Quién es Lupo? —preguntó Bart.

—Un carabinero —soltó Colomba—. ¿Por qué lo has hecho?

—Porque prometí mantenerlo informado, y porque quería saber si iba a echarnos una mano.

—No lo necesitamos —dijo Colomba.

—Depende... He pensado que ya que la doctora Bartone estaba por aquí, podría ayudarnos a confirmar mi hipótesis sobre Martina.

—Dante cree que la aturdieron con una inyección de insulina —explicó Colomba.

—¿Y cómo podría confirmarlo sin hacerle una autopsia? —preguntó Bart, perpleja—. ¿Dónde está el cuerpo?

—Aún está en la morgue de Pesaro, esperando al cierre de la investigación —dijo Colomba.

Dante esbozó una sonrisa de disculpa.

—No exactamente.

## 15.

A las dos de la madrugada, una furgoneta refrigerante de carnicero estacionó en el patio del hospital y dos enfermeros que llevaban puestas botas de carabineros hicieron bajar por el portón una camilla donde iba atada Martina: eran Lupo y Bruno. Le habían puesto en la cara una máscara y estaba cubierta hasta la barbilla con la sábana.

Llevaron a Martina a Radiología Diagnóstica, la colocaron sobre la camilla del TAC, donde estuvo adelante y atrás durante una hora, bombardeada con una cantidad de radiación que podía acabar con un elefante. Quien dirigía los movimientos era Bart, a quien se le cerraban los ojos de sueño, pero que se movía con la precisión de costumbre.

Con el bisturí de los rayos X, Bart seccionó el abdomen, excavando un milímetro cada vez, creando imágenes tridimensionales de esa delgadez en busca de anomalías. Al final, entre un punto de sutura y otro de la pata de la Y que el forense había esculpido en el torso de Martina, identificó un hematoma subcutáneo del tamaño de una cabeza de alfiler. Descendía con un ángulo de noventa grados en el cuerpo hasta una profundidad de 5,6 milímetros: la longitud media de una aguja de insulina.

—Acertaste —le dijo a Dante—. Que sepas que espero un paquete gigante de café para alardear con mis amigos.

—Puedes contar con ello —dijo Dante, besándole la mano.

Lupo se metió el informe en el bolsillo, mientras renovaba con Dante el acuerdo de tener la boca cerrada hasta que la investigación sobre Bonaccorso hubiera terminado.

El cadáver, a temperatura ambiente, empezaba a apestar. Lo colocaron en hielo en la furgoneta y lo devolvieron a la morgue de Pesaro, donde el guardia, un viejo conocido de Bruno como exhibicionista, había aceptado de buena gana hacer la vista gorda.

Colomba, en cambio, acompañó de nuevo a Bart hasta Rímini. Cuando regresó al amanecer se dejó caer en el cuarto de Dante, con la esperanza de despertarlo, pero estaba haciendo ya los ejercicios de musculación, y extendía

una cinta elástica con los pies, vestido con un mono de mimo.

—Tengo sueño, pero estoy muy cabreada contigo —dijo Colomba—. Me echaste la bronca porque te mentí, y ahora tú haces las cosas a mis espaldas. Estoy pensando en mandarte de vuelta a Roma.

Dante dejó la cinta y se secó el sudor con un trapo.

—Tienes razón. ¿Quieres un café? —dijo mientras iba hacia la cafetera exprés.

—Todavía tengo taquicardia y mi intención es dormir hasta mediodía.

—¿Un Moscow Mule?

—Okey, ¡pero ya basta de cambiarme de tema! ¿Por qué te has puesto de acuerdo con Lupo sin decírmelo?

—Porque habríamos discutido sobre la necesidad o no de hacerlo, y no quería decírtelo si no estaba seguro al mil por mil de que tenía razón.

—Tú siempre estás seguro al mil por mil.

—Pero en este caso tenía la esperanza de equivocarme —Dante preparó un par de cócteles en los vasos de cobre que habían llegado con el kit, llenos de hielo picado—. No quería ofenderte —encendió el lector de MP3 y puso una compilación de Asha Bhosle, subiendo el volumen hasta que resultó molesto—. Tenía la esperanza de evitarlo.

—Me tomas el pelo. Habla.

—¿Por qué mató Leo a Martina de ese modo? Podía matarla de mil maneras distintas y en mil lugares, pero la mató allí, cerca del refugio de los Melas, lo más arriesgado que podía hacer.

—Quizá tan solo quería encerrarla en el henil, luego sucedió algo que todavía no sabemos.

Dante negó con la cabeza.

—He mirado el mapa, hay grandes barrancos y claros aislados a lo largo de todo el trayecto entre donde estamos y el lugar donde la mataron. Aunque la hubiera drogado allí y no a dos pasos de tu casa, podía alejarse y deshacerse de ella prácticamente en cualquier parte. Lo mismo si fue ella la que se puso a seguirlo, cosa que dudo.

—Yo tampoco lo creo. No habría dejado sin vigilancia su posición.

—Exacto. Por tanto Leo quiso que muriera allí. Porque quería que alguien encontrara el refugio de los Melas y me salvara. Y tú fuiste la que llegó la primera.

## 16.

Colomba sorbió lentamente su cóctel para ganar tiempo. Estaba demasiado cansada para pensar deprisa.

—Así que, en tu opinión, Leo mató a Martina para hacer que te encontraran —dijo.

—Sí. Tú no te movías lo bastante deprisa, y yo me estaba muriendo atado a una cama.

—Venga, eso no se sostiene —dijo Colomba intentando mantener a raya la angustia—. Bastaba con que Leo hiciera una llamada anónima a la policía o a mí. ¿Por qué habría actuado de un modo tan retorcido?

—Para permanecer en la sombra. Te envió a casa a Tommy, hizo que Martina colocara el martillo. ¿Qué otra razón iba a tener sino la de hacerte morder el anzuelo? Sabía que nunca te incriminarían.

—Venga ya.

—Y la llamada en Milán... Me has dicho que no sabías a santo de qué la había hecho, ¿no? Aquí tienes la respuesta: quería dejarte intuir que sabía dónde vivías, sin decírtelo directamente. Yo huyo, pero entretanto te pongo en guardia... ¿No me crees?

—¿Y tú crees que soy idiota? —gritó Colomba.

Dante se puso a sacarle brillo a la cafetera exprés.

—Sabía que te enfadarías.

—Deja eso de una vez. Ya está limpia —Colomba se puso de pie, mientras la rabia se convertía en vergüenza. Se esforzó para utilizar un tono más tranquilo—. Si Leo te abandonó, es porque tuvo que quemar las naves después de que encontraran el *Chourmo*. Sabía que, de no hacerlo, los del DAT llegarían hasta él partiendo de Romero.

—Esto solo pueden pensarlo esos idiotas de Inteligencia. Tiene una razón para haberme abandonado. Tiene una razón para haberte implicado. Del mismo modo que ha tenido una razón para matar a Martina como lo hizo.

—¿Y cuál es?

—Aún no he atado todos los cabos. Pero imagínate a mi hermano como una

araña enterrada en su guarida tirando de los hilos... —hizo un gesto circular que señalaba las colinas—, alrededor. Y si pisas su tela, ya no puedes escapar de ella. Martina, Loris, los Melas, sus vecinos de la casa de Milán. Todos ellos la pisaron y todos ellos han palmado. Excepto nosotros. No es una casualidad —Dante cogió una mano de Colomba entre las suyas—. Me has salvado la vida a mí y no sé a cuántas personas más. La sangre de estas víctimas recae sobre mi hermano y sobre los que no han hecho nada para pararlo. No sobre ti.

Colomba tenía los ojos húmedos.

—Estoy cansada, Dante. Me parece que apesto a muerto.

—Vámonos. Ahora mismo. Dejemos a esos dos cascarrabias y marchémonos de aquí.

Colomba negó con la cabeza.

—No, no. No puedo. Está Tommy. Puede que Leo lo haya utilizado para hacerme salir de mi guarida, pero no quiero que acabe igual que los demás... No quiero que una mañana de estas alguien me llame para ir a ver su cadáver.

—Entonces prepárate para otras sorpresas, CC. Y ninguna buena.

## 17.

Colomba durmió hasta la una, y al despertar se encontró en el teléfono un mensaje de D'Amore, que le pedía que se reuniera con él en Rímini, donde supervisaba el trabajo de Bart. Le tocó por tanto rehacer una vez más el mismo camino, aunque esta vez dejó que Esposito condujera.

D'Amore la esperaba delante de Villa Quiete, apoyado en una de las furgonetas que el personal de Inteligencia utilizaba para la vigilancia. En el lateral se leía el nombre de una inexistente empresa de construcción, con varios números de teléfono que confluían en un contestador automático, para no dar pábulo a las sospechas.

—¿Quiere saludar a la doctora? —preguntó D'Amore saliendo a su encuentro.

—Prefiero no molestarla —dijo Colomba.

No estaba segura de ser capaz de mantener la cara seria si veía a Bart. Hablaron mientras iban andando hacia el mar, que quedaba más o menos a un kilómetro; un par de NOA de paisano los seguía discretamente a algunos metros de distancia. Eran los dos *no* hermanos.

D'Amore se llevó a la boca un cigarrillo electrónico del tamaño de un plátano.

—Hemos descubierto cómo voló Bonaccorso el edificio de Milán. Manipuló la unidad de control electrónico de la calefacción. Estaba conectada a internet, envió una señal para apagar la llama y puentear la válvula de seguridad. El local se llenó de gas y luego...

—*Boom* —dijo Colomba—. ¿Ningún explosivo?

—Nada. Por eso los artificieros no pudieron impedirlo. Un par de ellos todavía estaban dentro cuando sucedió —dijo D'Amore con un velo de tristeza en los ojos.

Colomba entendió que había algo personal, pero no preguntó.

—Lo siento —dijo—. ¿Han encontrado algo útil entre los escombros?

—No. La única buena noticia es que la vecina está fuera de peligro y dentro de poco podrá empezar a cooperar con nosotros. Nunca se sabe.

Llegaron al paseo marítimo Fellini y se apoyaron en las barandillas que separaban la acera de la playa. Por debajo de ellos, la arena y los rompeolas se

sumergían en la reverberación verduzca del sol de finales de invierno. El olor de salitre era fortísimo.

—¿Cree que Leo trajo a Dante hasta aquí con el barco antes de regresar y hundirlo? —preguntó Colomba.

—Parece difícil que la guardia costera no lo viese. Sin embargo, es una bonita coincidencia que me lo haya preguntado, porque por fin hemos encontrado una pista sobre el *Chourmo*. Antes se llamaba *Solea II* y era propiedad de un armador griego que murió en un naufragio cerca de la isla de Zante.

A Colomba se le encendió una lucecita.

—¿No fue uno de los que mató Giltiné antes de llegar a Italia?

—Sí.

—Entonces los Melas estaban relacionados con Belyy... —se sorprendió Colomba.

—El difunto padre del difunto Melas sin duda alguna —dijo D'Amore—. Tenía mucho más dinero del que le dejó a su hijo. Al menos diez veces esa cantidad. Y casi todo acabó en el extranjero. Hemos perdido su rastro llegados a Hong Kong —sopló una nube del vapor con olor a vainilla y la dispersó con las manos.

—¿El taller para qué servía?

—Teniendo en cuenta que muchos de los barcos que reformaba acababan en países africanos y que a menudo volvían de regreso para «mantenimientos extraordinarios», podemos suponer numerosos tráfico, desde armas a diamantes de sangre, pero acabamos de empezar a investigar en esa dirección.

—Pero el hijo lo vendió todo.

—Quizá no quería que lo implicaran. O bien pensaba que ya tenía bastante dinero. Pero hay algo más importante. Siempre nos hemos preguntado cómo se enteró Bonaccorso de que Giltiné estaba a punto de atentar en Italia —dijo D'Amore—. Ahora creemos que siguió el yate. Y esto significa que Bonaccorso sabía adónde mirar.

—Conocía al armador —dijo Colomba, con la respiración entrecortada. Era la primera información que se encontraba sobre Leo que tenía alguna posibilidad de ser cierta—. Entonces él también formaba parte del círculo íntimo.

—Eso explicaría muchas cosas, ¿verdad? —preguntó D'Amore—. Menos una: ¿por qué dejó que su jefe fuera asesinado? Si sabía que Giltiné tenía en mente la masacre de Venecia, podía avisar a Belyy y salvarle el pellejo.

D'Amore soltó una nueva nube de humo a la vainilla.

—Belyy había puesto en pie un pequeño reino en las compañías de seguridad

privada y la COW era una tapadera útil. Pero en la historia del mundo no existe ningún rey al que alguien no haya tratado de derrocar. Quizá Bonaccorso trabajaba para la revolución.

A Colomba le vino a la cabeza el naipe de Tommy y entendió.

—O quizá para el nuevo rey. Y aún trabaja para él. Por eso sigue sembrando dolor y muerte.

## 18.

Dante miró la casita unifamiliar de Loris, apoyado contra un árbol al otro lado de la calle. Llevaba un abrigo sobre la camiseta de Metal Gear Solid.

—No hay vigilancia —le dijo a Alberti, que lo miraba desde la ventanilla del coche aparcado.

—¿Ya no está convencido de que Loris fue un cómplice involuntario de Bonaccorso?

—Sí. Pero no me basta. Venga, bájate —Dante esperó a que Alberti apagara el motor y cerrara—. Tú lo habrás visto dos veces, pero para mí es el hombre que me metió una puta válvula en el estómago.

—Lo sé, señor Torre. Pero...

Dante lo interrumpió.

—Mi hermano me conoce hasta el último poro. En cambio, yo no sé sobre él ni un carajo. No sé por qué estuvo detrás de mí dos años antes de secuestrarme; no sé qué hacía aquí y sobre todo por qué *me metió* aquí. Así que quiero saber lo que, en otros casos, habría dado por descontado. ¿Está claro?

—Tiene miedo de que sea más listo que usted —dijo Alberti con una sonrisa.

Dante suspiró.

—Exacto —se apoyó en el andador y le señaló el portón cerrado con los sellos del juzgado—. Abre con tu llave universal de policía.

—Eso no existe.

Dante caracoleó hasta el portón.

—No hay problema, he traído el kit. Sujétame, si eres tan amable —Dante soltó el andador y se acuclilló delante de la cerradura, con Alberti sosteniéndolo por los hombros. Era de tipo común, y Dante la abrió en pocos segundos con unas ganzúas retorcidas, que guardó en su bolsita de cuero. Cuando empujó el portón, sin embargo, se les echó encima el vestíbulo oscuro al otro lado—. Entra tú primero, yo me fumo un cigarrillo afuera.

—Puedo hacerlo yo, si lo prefiere.

—No. Gracias. Levanta todas las persianas y abre las ventanas.

Dante se apoyó en la pared externa y miró al cielo, donde solo vio una jaula

gigantesca. Se secó el sudor gélido de la frente.

Alberti se puso los guantes y los cubrezapatos y entró por segunda vez en el apartamento de Loris. Apestaba bastante, pero no había basura por ahí y habían desaparecido los rastros de droga, colillas incluidas. Abrió todo como le habían indicado, mirando Portico desde lo alto. Era un día hermoso y el sol al ponerse enrojecía los tejados.

—¿Disfrutas del paisaje? —le preguntó Dante al llegar a su espalda. Se había recuperado, pero le costaba respirar.

—No está nada mal esto —dijo Alberti.

—Si eres una vaca, sin duda. Por aquí tiene que estar la base de un inalámbrico —dijo—. ¿Te acuerdas de que tenía uno en la mano cuando murió?

—Estará en el taller.

—No. El número fijo de Loris corresponde a su domicilio. En el taller no tiene.

—¿No está demasiado lejos para que funcione?

—Exacto —dijo Dante, aún desde la ventana—. Y hay algo raro más. El padre del mecánico te dijo que Loris siempre estaba hablando por la otra línea. La única otra línea es la de casa, pero el año pasado prácticamente no recibió ninguna llamada telefónica.

Alberti encontró la base bajo una almohada. Estaba desconectada de la línea y de la corriente eléctrica.

—Parece inutilizada, señor Torre. A lo mejor de verdad era solo una excusa.

—Ábrela, por favor.

Alberti lo hizo, desatornillando la tapa de la base con un cuchillo chamuscado que encontró en el lavadero. En el interior vio una batería envuelta con cinta adhesiva y una tarjeta SIM conectada a un chip del tamaño de un sello. Componía música y entendía algo de instalaciones, y se dio cuenta de que el transmisor que enviaba la señal al inalámbrico estaba desconectado de la instalación telefónica y la desviaba hacia el chip.

—Hay algo raro. No parece un micrófono —dijo.

—Creo que es justo lo contrario —dijo Dante, y conectó la base a la corriente haciendo contacto con una de sus ganzúas. Saltaron chispas.

—Cuidado, que nos electrocutamos —se alarmó Alberti.

Dante le enseñó que utilizaba la mano enguantada.

—Es aislante. Y donde toco como mucho hay doce voltios, creo. Espera... —saltó otra chispa—. ¿Oyes algo?

—No.

Dante miró a su alrededor y, en el suelo, enterrado bajo una pila de viejos periódicos deportivos, localizó un equipo de música. Lo encendió, sacó el cable audio del lector de CD y arrancó el *jack* con los dientes, liberando los hilos metálicos del interior. Escupió el plástico en un cenicero.

—Está contaminando la escena del crimen, señor Torre.

—Trabajamos con los 007, tenemos licencia para matar —escupió otro trozo de plástico—. Si tampoco funciona así, de todos modos, me rindo.

Utilizando los hilos destapados tocó el interior del inalámbrico. El equipo de música crepitó, luego solo se oyó la electricidad estática.

—Algo hace contacto —dijo Alberti.

Dante subió el volumen al máximo.

—Dime si hay algo que no sea un sonido blanco.

Alberti sintió que le chirriaban los dientes.

—Es como una uña sobre la pizarra —dijo.

Dante apagó, se guardó la base en el bolsillo del abrigo y cojeó hasta la puerta.

—Venga, hemos terminado. Necesito beber.

Alberti intentó colocar todo como estaba y arregló lo mejor que pudo el sello de la manija. Alcanzó a Dante en la calle principal de Portico y juntos bajaron al parque municipal, donde una glorieta hacía las veces de bar. Dante se tomó un vodka solo sentado en un banco. En su opinión, no valía la pena pedir un cóctel si el bar no tenía un certificado de excelencia.

—¿Qué era eso? —preguntó Alberti.

Dante se encendió un cigarrillo.

—¿Nunca has oído hablar de Nevada? La compañía, quiero decir, no el estado. Según Inteligencia era una de las compañías asociadas de la COW. Después de la muerte de Belyy cambió todo el consejo de administración, es imposible relacionarla con él.

—Nunca he oído hablar de ella.

—Se fundó en 2010 en Washington y al principio tenía un único cliente: el Gobierno de Estados Unidos. Vendía encriptación y tecnología de comunicación segura. Luego, visto que las cosas le iban bien, comenzó a vender sistemas para clientes privados. ¿Y sabes cuál es uno de sus productos punteros? El disuasor acústico de ultrasonidos.

—¿Para los mosquitos?

—No, para los seres humanos. Lo enciendes y todos los chicos y las chicas de menos de veinticinco años salen pitando y dejan de holgazanear delante de tus

ventanas o de meterse crack en tu portal. Lo llaman Teen Buzz y el aparato que lo produce se llama Driller —Dante levantó el aparatito sacado del inalámbrico—. Esto es un Driller.

—¿Y los adultos no oyen nada?

—No. Tú aún no has cumplido los treinta años y estás dentro del rango, Loris era más joven que tú y sufría los efectos totalmente.

—Está conectado a una SIM. Ha transformado el inalámbrico en un teléfono móvil.

—De este modo, funcionaba aunque Loris lo desenchufase. Mi hermano lo llama a ese número y comienza el zumbido. Loris empieza a no dormir, a tener pesadillas, vuelve de nuevo a meterse coca para estar en pie y se le va la olla. En ese momento Leo empieza a hablar con él a través de la SIM. Le dice que su novia ha muerto y que debe vengarla. *Mata a Colomba Caselli. Uuuuuh* —Dante ululó igual que un fantasma.

—¿Y fue Bonaccorso quien se lo metió en casa?

—O un cómplice suyo —le dio vueltas al Driller en la mano enguantada y extrajo la SIM—. Es una Lycamobile holandesa, anónima. No se puede pedir el registro de llamadas. ¿Tienes esos polvillos para las huellas?

—Se ha hecho una idea extraña de mi profesión, señor Torre.

—Sí, que es inútil. Vamos a comprar pegamento.

## 19.

Colomba regresó de Rímini cansada y hambrienta, y encontró a Dante, Esposito y Alberti jugando al pequeño químico en el patio. Habían construido una especie de invernadero diminuto con algunas perchas y algo que parecía...

—Eso de ahí es la funda de mi edredón de plumas —dijo Colomba.

—Estaba por ahí —dijo Dante.

—Sí, en mi armario —Colomba miró el «invernadero» de cerca. Dentro había un vaso lleno de una sustancia transparente y viscosa, otro que echaba humo y un cacharro de plástico—. ¿Qué es todo eso? —preguntó.

—Pegamento a base de cianoacrilato. Vaso de agua caliente. Driller —explicó Dante señalándose—. El agua caliente sirve para hidratar las huellas digitales viejas. El cianoacrilato las vulcanizará, y las sacará a la luz.

—Hemos cogido el Driller en casa de Loris —informó Alberti.

Colomba lo detuvo.

—Desde el principio.

Dante se lo contó todo, mientras los vapores de la cola se adherían a la grasa de las huellas, haciéndolas tridimensionales. Y ella explicó la conversación con D'Amore.

—El rey ha muerto, viva el rey —comentó Dante—. Y algo me dice que Nevada se ha subido al carro del vencedor.

—Pero ¿Leo es el Rey de Oros o trabaja para él? —preguntó Esposito.

Abrió la bolsa de plástico, extrajo el Driller y le echó por encima mina de lápiz pulverizada. En la batería apareció una serie de huellas negras.

Colomba las fotografió con el móvil.

—D'Amore tardaría solo un momento en comprobarlas en el sistema —dijo —, pero esta parte de la investigación preferiría que nos la guardáramos para nosotros.

—Le pido un favor a un compañero —dijo Esposito.

—No creo que sea necesario, o eso espero. Aguarda un momento.

Dante recuperó la carpeta sobre Martina que había dejado en el sofá de la cocina, ahora colocado bajo los árboles en la parte trasera de la casa. Aún no era

capaz de estar mucho tiempo encerrado, sobre todo con la oscuridad, y la noche anterior había dormido afuera, envuelto en las mantas como una crisálida. Llevó la carpeta al patio y comparó las huellas de Martina con las del Driller.

—Tiempo perdido —dijo cabreado. Las huellas eran las mismas.

—No utilizó guantes, qué gilipollas —dijo Esposito.

—Creía que estaba trabajando para los buenos. Para alguien que podría conseguir su traslado a Roma. ¿Por qué iba a ponérselos? —dijo Colomba, ardiendo de rabia—. Leo le hizo poner este cacharro en casa de Loris para utilizarlo cuando la hubiera matado.

—Ese tío está mal de la cabeza —dijo Esposito—. Comienzo a creer realmente que es tu hermano, genio.

---

**Tercera parte**  
**LOS DOS REYES**

## **Antes**

*El hombre que se hacía llamar Leo Bonaccorso reduce las revoluciones del motor fueraborda y conecta el piloto automático. A su espalda, una vida que empieza ya a disolverse; por delante, la Nada.*

*Mu.*

*Cuando le explica a alguien lo que significa «Mu», es raro que logre que lo entiendan. Según el zen, es el símbolo de lo que no puede ser descrito o definido de ningún modo: la Nada. Y la Nada es exactamente el único Dios en el que cree. El más poderoso, ante el que el propio universo está destinado a sucumbir. Y entonces, ¿cuál es la única respuesta a preguntas como correcto o incorrecto, Bien o Mal?*

*El hombre que se hacía llamar Leo Bonaccorso sale al puente y desenvuelve una barrita energética, buscando dentro de sí mismo las huellas de la última identidad que ha asumido. De vez en cuando se da la circunstancia de que un pensamiento se obstina en permanecer con vida, como si la máscara se negara a borrarse. Un pesar, una nostalgia. Cuando encuentra un pensamiento así, lo escribe en un trozo de papel y le prende fuego.*

*Esta vez lo que se rebela es el nombre de una mujer con los iris de un verde que cambia con el humor y con el tiempo. Lo escribe sobre el papel de la barrita, lo prende y lo mira mientras cae en el mar negro convirtiéndose en brasas. Huele el perfume de la ceniza en que se ha transformado y se siente purificado.*

*El reloj le vibra en la muñeca. El hombre que ya no tiene nombre mira de nuevo el mar —le recuerda las posibilidades infinitas que la Nada le ofrece—, luego desciende bajo la cubierta hasta una cabina que la anterior propietaria del barco utilizaba como almacén. Él lo ha tirado todo por la borda, excepto un extraordinario surtido de drogas y venenos, sintetizados o combinados con una maestría de obra de arte. Llena una jeringuilla de insulina con un opiáceo y se acerca a su prisionero para suministrársela, como viene haciendo con regularidad desde hace días.*

*Dante está echado en posición fetal en una de las literas, desnudo, aparte de*

un pañal para la incontinencia; tiene las muñecas y los tobillos atados con cinta adhesiva, en la boca una bola de goma de masoquista. Se ha despertado —se despierta cada vez más a menudo, entre una dosis y la siguiente—, pero los ojos son vítreos. Su carcelero le acaricia la cabeza antes de cambiarle el pañal y lavarlo con una esponjita enjabonada. Dante empieza a volver en sí, agita las piernas como una foca. El otro espera a que su mirada enfoque, luego le desata la mordaza.

—Es hora de comer —dice.

Dante se lame los labios cuarteados.

—No —murmura.

—Puedes comer así o con un tubo metido en la garganta. ¿Qué prefieres?

—Que me mates.

—No me seas melodramático.

El hombre que no tiene nombre saca otra barrita energética del bolsillo, la desenvuelve y la coloca sobre los labios de Dante, quien primero la chupa indeciso, luego empieza a morderla. Es blanda y no le cuesta trabajo. Su carcelero le hace beber un vaso de solución isotónica, le desinfecta los labios y se los unta con un bálsamo.

—No me pongas eso otra vez —dice Dante—. Por favor.

—Es por tu bien. Serías capaz de cortarte las venas con los dientes —no es una broma: está seguro de que lo intentaría y aún más seguro de que lo lograría—. Has de ser fuerte, hermanito —dice—. Casi hemos terminado. Y ni siquiera recordarás haberte despertado. Siempre es así.

Aferrándolo del brazo izquierdo, hace que a Dante se le marquen las venas, luego con delicadeza le introduce la delgada aguja de la jeringuilla.

Es en ese momento cuando el mundo se da la vuelta.

La cabina gira treinta grados y el hombre que fue Bonaccorso cae hacia atrás, golpeándose con la puerta. La cama está fijada al suelo, como conviene en un barco a motor, pero Dante se sale de la misma, medio atontado, golpeando la tablazón. Las muñecas y los tobillos siguen atados con cinta adhesiva, y el fármaco que tiene en el torrente sanguíneo lo mantiene en una sorda somnolencia.

Hay olor a humo químico, el motor se apaga. Sin tratar siquiera de mirar tras la puerta cerrada, el hombre sin nombre calcula sus probabilidades de supervivencia. El Chourmo está haciendo agua. Por la inclinación calcula que le quedan menos de dos minutos para intentar marcharse de allí, y las posibilidades descienden a cada segundo.

*El agua ahora se filtra por debajo de la puerta. Resiste al imperativo racional que lo empujaría hacia fuera y aferra a Dante de un pie; lo arrastra tras de sí, dentro del charco que se está formando, luego lo libera de manos y pies y empieza a ponerle el chaleco salvavidas.*

*Dante farfulla «la has matado» y «sangre».*

*El hombre que fue Bonaccorso le suelta una bofetada.*

*—Tu amiga está bien —dice—. Si hubiera querido matarla, habría girado la hoja hacia el otro lado.*

*La mano de Dante lo sujeta débilmente.*

*—Moriré por las radiaciones —murmura.*

*—No es de las radiaciones de lo que debes preocuparte.*

*El barco se escora aún más, una lámpara se suelta de la pared y rueda hacia ellos. Mu la aleja con una mano y levanta a Dante, sosteniéndolo luego con un único brazo como se hace con los niños adormilados. Abre la puerta y entra en la sentina inundada de agua helada y queroseno. Una caja de madera flota con un escorpión agarrado encima.*

*El agua ya le llega a la cintura, y camina hacia la escalerilla, que con el Chourmo escorado, ahora se ha enderezado casi noventa grados. Utiliza a Dante como flotador, luego lo empuja por la escalerilla, a esas alturas prácticamente horizontal. La burbuja de aire de la sentina mantiene en la superficie solo la popa hasta la aleta y parte de la amura de estribor.*

*Hay una pequeña explosión a proa, cuando el queroseno fugado de los depósitos se incendia en la superficie. El Chourmo ahora parece un cometa con una larga cola luminosa sobre el mar cubierto de humo negro.*

*Dante abre solo el ojo izquierdo, girado en la órbita.*

*—¿Y de qué tengo que preocuparme? —consigue decir.*

*—La pregunta correcta es de quién, hermanito. Si tienes ocasión de relacionarte con él, lo reconocerás sin lugar a dudas, y entonces... lárgate pitando —luego agarra a Dante y con un golpe de riñones lo lanza al mar en llamas.*

---

# Capítulo I

## 1.

Para un científico forense, la noche es amiga de las pesquisas, porque a veces la luz, en vez de revelar, encubre. Si se trata de hacer que la sangre reaccione con un poco de Luminol, puede bastar con la penumbra y una lámpara fluorescente potente, pero lo que Bart y su equipo buscaban en el pasillo de Villa Quiete era mucho más evanescente que una huella hemática.

El pasillo del cuarto donde habían encarcelado a Dante permanecía ahora sellado, y un aparato similar a una máquina de humo propia de un plató cinematográfico vaporizaba una solución de sal marina y agua destilada. Dos de los ayudantes de Bart lo arrastraron de una punta a otra del pasillo, prestando atención a no pisar por donde ya habían pasado.

Bart encendió la lámpara ultravioleta y se puso las gafas.

—¡Luces! —gritó.

Al otro lado de la puerta de las escaleras, D'Amore ayudó a una asistente de Bart a abrir la tapa de la caja de fusibles. A diferencia de los forenses, no llevaba el mono integral —solo guantes y cubrezapatos— pero se mantenía alejada de los puntos que Bart estaba verificando en ese momento.

—¿Exactamente qué está buscando? —le preguntó a la ayudante.

Era una mujer de unos treinta años, con gafas de miope en forma de corazón, que se colocó bien en la nariz antes de responder.

—¿Sabe qué es la aequorina?

—Me temo que no.

—Una molécula que se encuentra en algunas medusas. Semejante a la luciferina de las luciérnagas.

—La que las hace brillar.

—Bioluminiscencia, exacto —confirmó la ayudante—. La luciferina se ha hallado también en algunos crustáceos y plancton que emiten luz azul cuando son estimulados. En el banco de Skerki hay diferentes microorganismos con estas características. Si encontramos muestras de ADN o partículas contaminadas con aequorina o luciferina, y si no pertenecen a Torre...

—Quizá pertenezcan a Bonaccorso o a un cómplice suyo —D'Amore se puso

el cigarrillo electrónico en la boca con una gran sonrisa—. Me parece una buena idea.

—Si existiera el Nobel para la ciencia forense, la doctora lo habría ganado — dijo la ayudante, convencida—. Hemos rociado una solución de agua destilada y sal marina, porque un componente esencial de la bioluminiscencia son los iones de calcio. Esperemos que hagan reacción, aunque han pasado ya casi dos años.

D'Amore apartó una tira de las cortinas de plástico negro tendidas delante de la puerta del pasillo y a través del cristal miró dentro a hurtadillas. Al principio le pareció ver solo oscuridad, pero de repente...

Bart, en el interior y con los ojos ya acostumbrados a la oscuridad, contenía la respiración. Tenía la esperanza de encontrar minúsculas chispas dispersas, mientras que ahora, delante de ella, brillaba una galaxia de estrellas azules.

## 2.

Hubo cambio de guardia de los NOA en la barraca de los perros, y un coche oscuro se alejó por las curvas de horquilla. Dante siguió los faros hasta que desaparecieron por detrás de los árboles; luego llevó el Boombox sobre la mesa, haciéndose un espacio entre los platos sucios y la metralleta PM12 reglamentaria de Alberti. Puso en marcha la *playlist* de *Krrish 3*, que ya había visto al menos un par de veces en versión original, luego se puso a la cabecera de la mesa ayudándose con el nuevo bastón de madera brillante.

No había comido con los demás, tenía un aspecto furioso y nuevas ojeras.

—¿Y eso de dónde lo has sacado? —preguntó Esposito señalándole el bastón.

—Ha llegado hoy —respondió—. Un Ham Brooks clásico. Las piernas me funcionan mejor y ya no necesito el andador. Por lo menos no parezco un vejestorio.

—Menuda mejora —Esposito se levantó—. Yo me voy a dormir, buenas noches, doctora.

—Ya eres adulto, puedes quedarte levantado con los mayores —dijo Dante.

—No, gracias. Ya no soporto a todos estos mojamés que me haces escuchar todo el día.

—Son hindús, no iraquíes. Y aunque lo fueran, hay otros términos —dijo Dante—. ¿Hay algún curso especial para convertirse en policía de las cavernas o lo elegiste tú meticulosamente? —le preguntó a Colomba.

Ella cogió el bastón y lo estampó con fuerza contra la superficie de la mesa.

—Ya basta de gilipolces. Siéntate, Esposito. A ti también te incumbe —dijo, muy sombría.

Dante se sirvió una copa de vodka para que le bajara el temblor debido a la mezcla de cafeína y Ritalin.

—Mientras estaba bajo los efectos de la anestesia, tuve un sueño. Estaba mi hermano. De vez en cuando recuerdo algún nuevo fragmento. Mientras que casi todo se desvanece, Leo persiste con claridad en mi mente. Oigo su voz. Y veo el agua que me cubre.

—Okey —dijo Esposito—. ¿Y a nosotros?

—En el sueño, mi hermano quería prevenirme contra alguien. Quizá la conversación nunca tuvo lugar, quizá es solo mi subconsciente, pero yo diría que esa es la dirección. Leo mató a Belyy y dejó que Giltiné destruyera su círculo más estrecho de cómplices. Es imposible que no tuviera detrás a nadie que le proporcionara apoyo logístico e informaciones.

—Alguien de la COW que quería muerto al viejo fundador —dijo Esposito.

—Muy probablemente. ¿Y ahora? ¿Ha cambiado de jefe? ¿Para quién está matando?

—Quizá para sí mismo.

—O quizá no ha terminado el trabajo —dijo Alberti.

—Muy bien —dijo Dante—. Entonces algún viejo pez gordo de la COW sigue en su punto de mira.

—¿Y vive aquí? —preguntó Colomba, ácida.

—No, tú vives aquí. Pero cada cosa a su tiempo. Esposito, tú que eres un policía muy experimentado, ¿cómo se puede encontrar a un forajido?

—Uno intenta saber dónde duerme, quién le lleva la comida, el dinero...

—¿Y si estuvieran ya todos muertos o fuera de juego, como el círculo íntimo de Belyy?

—Pues queda la familia. ¿O ni siquiera cuenta con eso?

—Ningún familiar. Ningún nombre y ninguna cara.

Esposito se encogió de hombros.

—Entonces renunciaría. No soy el mago Merlín.

—Leo no puede renunciar. Porque sabe que la persona a la que busca, la que se libró de la masacre, lo conoce y se muere de ganas de vengarse. ¿CC?

—Se intenta que sea esta persona la que asome la nariz.

—Exacto. Mi hermano sigue matando para llamar la atención de su enemigo. Y viendo cómo se mueve, le tiene un miedo de cojones.

### 3.

Los ayudantes de Bart hacían fotografías como locos con las cámaras especiales, capaces de captar radiaciones luminosas invisibles a simple vista, con los monos goteándoles por la humedad.

—Es demasiado, doctora —dijo uno de ellos, Robin Singh, un muchacho indio que con poco más de veinte años ya tenía dos licenciaturas en ciencias—. No es posible que Bonaccorso llegara hasta aquí empapado. Quizá es algo que hace reaccionar a la pintura.

—Recoged muestras y comprobad la espectrometría —Bart se quitó las gafotas para limpiárselas—. Si se corresponden, haced un bastidor y llevadlo todo para casa. Pensad en retículas de diez centímetros de lado. Quiero una muestra en cada retícula.

—Yes, doctora —dijo Robin.

—Y anotad de dónde la habéis extraído.

Bart se puso de nuevo las gafas y siguió la ola bioluminosa hasta la prisión de Dante, donde la única pared que parecía contaminada por la aequorina era la del fondo. Mientras la fluorescencia desaparecía a medida que las moléculas se oxidaban, a Bart le pareció ver una forma entre las sombras. Cerró los ojos, luego volvió a abrirlos, intentando ver con la visión periférica, donde los bastoncillos eran más sensibles a la luz.

Justo como le había parecido: una sección entera de la pared —la central— no brillaba de ninguna manera. La ola se interrumpía y comenzaba de nuevo inmediatamente después. Una sección que a grandes rasgos era del tamaño de una puertaventana.

Bart se apresuró en señalar los límites con marcadores adhesivos y, a la vez, fluorescentes, aunque de otra tonalidad y visibles con la luz.

—¡Enciende! —gritó cerrando los ojos.

Los neones tomaron vida, Bart volvió a abrir los ojos y miró la pared delante de ella. Se veían sus señales, el resto era uniforme. Repiqueteó con la mano enguantada la sección evidenciada. Hacía exactamente el mismo sonido que el resto de la pared.

D'Amore asomó la cabeza.

—¿Alguna novedad de las buenas, doctora?

—Ya me gustaría pensarlo. Sería la primera vez que una idea disparatada lleva a algo bueno, aunque sea mía. ¿Sabe usted si los militares verificaron esto con los radares ultrasónicos?

—Sí. No encontraron nada.

Bart repiqueteó de nuevo.

—Sin embargo, aquí hay algo. Tienen controlados los explosivos y todo lo demás, ¿verdad?

D'Amore asintió de nuevo.

—¡Robin! —llamó Bart—. Vamos a repetir un examen con los rastreadores y los radares ultrasónicos. Si no sale nada raro, vamos a agujerear.

## 4.

Dante se sacó del bolsillo una baraja de cartas y la abrió sobre la mesa. Se quitó el guante y empezó a mezclar.

—Mi hermano está buscando a alguien y ha utilizado una táctica muy costosa, en términos de vidas humanas —giró una carta, aparentemente al azar: era el rey de oros—. Para Tommy, Leo es el Rey de Oros. Elección de palo perfecta, considerando la pasta de la COW que hay de por medio.

—Ah, a propósito. La imbécil esa me llamó por teléfono mientras yo estaba en la ducha. A media mañana en la casa de acogida —dijo Colomba.

—Tendré pesadillas durante años..., qué se le va a hacer —hizo un par de abanicos con las cartas—. Venga, digamos que el Rey de Oros, o sea, mi hermano, está buscando... ¿al Rey de Espadas?

Cerró las cartas otra vez, y el rey de espadas apareció encima. Nadie aplaudió. Dante dejó la baraja sobre la mesa, luego prosiguió con el caballo y la sota de oros:

—Estos son los Melas.

El siete de oros:

—Esta es la pobre Martina. Dime una carta para Loris, CC.

—El dos —dijo ella, desganada.

Dante cortó la baraja utilizando la mano buena y le dio la vuelta a la carta central. Era el dos de oros.

—Estas son las víctimas de Leo, o mejor dicho, las migas de pan que ha sembrado con el fin de que el Rey de Espadas las picoteara —distribuyó las cartas sobre la mesa por orden de muerte, en una cadena que llegaba hasta el rey de copas—. Y este soy yo.

—¿Solo porque no hay rey de pastillas? —murmuró Colomba.

—¿Y nosotros? —preguntó Alberti.

Tapando la mano buena con la mala hizo aparecer as, caballo y sota de bastos.

—Perdona, CC, no hay reinas en esta baraja, pero me parece que el as se ajusta más a ti —la imagen era un garrote de madera—. Y la porra es el símbolo universal de vosotros, la pasma.

—Pocos porrazos damos, para lo que deberíamos —dijo Esposito.

—Hemos dicho que mi hermano tiene miedo al Rey de Espadas y que todas las Espadas han muerto —recogió las cartas del palo en un pequeño mazo y las tapó con la mano mala—. Y que por tanto ha pensado en algo para atraerlo a la trampa. En vuestra opinión, ¿de qué se trata?

—Dante... —dijo Colomba, cualquier cosa menos divertida.

—Bien, os lo digo yo —levantó la mano. En vez del mazo de espadas, ahora estaba el rey de copas. Nadie se había dado cuenta de que lo había colocado sobre la mesa—. Yo.

—¿Por qué está interesado en usted el Rey de Espadas? —preguntó Alberti.

—Quizá quiere abrirme la cabeza y ver lo que me hizo el Padre —respondió Dante—. Porque no hay que olvidar que Leo también tuvo que ver con él. Es más, probablemente formaba parte de su organización, dado que Tommy fue uno de sus objetivos, ya que ha sido una víctima, aunque no sabemos ni cómo y cuándo. No puede ser una casualidad. Quizá, después de que el Padre abandonara la partida, mi hermano se puso a buscar un nuevo jefe. Y decidí utilizarme como un peón. Eso explicaría por qué Leo comenzó a ir detrás de mí después de la muerte del Padre.

—Hay una cosa que no entiendo, señor Torre —dijo Alberti—. ¿Por qué precisamente aquí?

Colomba volvió la cabeza, irritada.

—Según Dante, porque yo vivo aquí.

—Si el enemigo de mi hermano está interesado en mí, conoce a Colomba y probablemente se ha mantenido informado sobre lo que le sucedía a ella. Mi hermano ha hecho que ocurrieran las cosas aquí con la esperanza de que el Rey de Espadas viniese a meter las narices en persona.

—¿Y lo ha logrado?

—Solo sé que Colomba, por suerte, llegó antes que él para encontrarme. De lo contrario, a saber cómo habría terminado.

Colomba sintió que la respiración se le hacía difícil y los sonidos le llegaban líquidos y lejanos, como si procedieran del otro lado del valle que se extendía por delante de ellos.

—CC, ¿todo bien? Estás pálida.

Colomba se aferró a la mesa. El mundo había empezado a dar vueltas, mejor dicho, a descomponerse en manchas oscuras, en sombras que le retumbaban en los oídos, que se arrastraban por los márgenes de su campo visual.

*Que gritaban.*

Se puso a cuatro patas, derribando la silla, y lanzó un puñetazo al poste del porche, rompiéndose la piel de los nudillos contra la madera.

Dante se dejó caer a su lado y le rodeó los hombros con el brazo.

—Respira, CC... Respira.

Ella lo empujó y soltó otro puñetazo. Y luego... los pulmones de repente se abrieron. Postrada en el suelo, Colomba empezó a respirar a duras penas, secándose las lágrimas de dolor.

—CC..., ¿qué ha pasado? ¿Qué has visto? —le preguntó Dante.

—Si Leo tenía pensado algo en la clínica... ¿Estás seguro de que ahora no hay ningún peligro?

Dante la entendió y se dijo que era un idiota.

—Bart —dijo en un soplo.

## 5.

El equipo de Bart había hecho por dos veces el análisis ambiental de la habitación de Dante en Villa Quiete, sin que se evidenciaran rastros de explosivos o sustancias tóxicas. Para asegurarse tomaron también muestras de la pared y del techo, y únicamente encontraron pintura, cemento y cadáveres de insectos.

Bart pidió que le llevaran entonces el taladro aspirador a batería. Gracias a una campana de plástico transparente alrededor de la broca, los residuos de la perforación eran capturados y luego empujados a través de un tubo arrugado hasta un contenedor hermético a los pies del trabajador. Dos pájaros de un tiro: ninguna contaminación ambiental y la posibilidad de conservar las muestras.

Ayudada por Robin, en un par de minutos Bart perforó la capa de cemento, y acabó en lo que parecía un intersticio entre los ladrillos. El motor eléctrico del aspirador empezó a ir forzado, y ante el temor de quemarlo, Bart se apresuró a apagarlo: aquellos trastos eran delicados como la porcelana e igual de caros.

Robin señaló la campana transparente. El polvo del cemento se había acumulado alrededor de la broca, en vez de deslizarse hacia la entrada del tubo.

—Parece que hay una diferencia de presión —dijo.

—Qué raro...

Con precaución, Bart inclinó ligeramente la punta. La campana estaba pegada a la pared, como si fuera una ventosa... como si del otro lado de la pared se hubiera hecho el vacío. La resistencia no era fuerte, y si Bart lo hubiera soltado, el taladro habría caído al suelo, pero algo le dijo que era mejor no hacerlo.

La ayudante con gafas en forma de corazón la llamó desde la otra punta del pasillo, moviendo el teléfono móvil.

—Doctora —dijo.

Bart, como todos los que trabajaban en el área «caliente», había dejado el teléfono fuera para evitar interferencias con los aparatos. Si la habían molestado, debía de tratarse de algo urgente.

—¿Quién es? —preguntó.

—Dice que es un amigo suyo que ha vuelto hace poco. Parece muy inquieto.

—Tráigamelo, por favor —le dijo a Robin—. Prefiero no mover el taladro.

—Si quiere sigo yo...

—No.

Robin corrió a buscar el teléfono y se lo sujetó contra la oreja.

Al otro lado de la línea, Dante habló inquieto:

—Tenéis que salir de ahí inmediatamente.

—¿Por qué? —le preguntó.

—Tengo miedo de que haya algo peligroso que aún no se ha encontrado. Los artificieros están llegando, pero tú, mientras tanto, procura no tocar nada.

Bart sintió que de repente el taladro se le hacía pesadísimo.

—Me temo que es un poquito tarde. ¿Sabes algo sobre bombas que empleen el vacío?

Dante tardó un momento en contestar.

—No, pero... existen detonadores con altímetros...

—... que estallan cuando cambia la presión atmosférica —terminó Bart mientras un reguero de sudor le bajaba por la espalda.

El silencio al otro lado del teléfono fue más explícito que mil palabras.

—Bien —dijo Bart intentando parecer menos aterrorizada de lo que se sentía—, entonces me conviene mantener el dedo en el agujero de la presa, como el famoso muchacho holandés. Procurad daros de prisa.

Robin apartó el móvil y la miró preocupada.

—Doctora... ¿Qué hacemos?

Bart se masajeó el antebrazo derecho, que comenzaba ya a dolerle por la inmovilidad.

—Manda a todo el mundo fuera. Pero antes tráeme silicona y una silla.

## 6.

Cuando poco después de medianoche Dante y Colomba llegaron a Rímini acompañados por Alberti, las unidades del NBCR —el departamento policial relacionado con amenazas nucleares, bacteriológicas, químicas o radiológicas— ya habían rodeado la clínica. Colomba había tratado con ellos dos años antes, cuando fue empaquetada junto con un tren contaminado por cianuro: no se había divertido, pero sabía lo eficientes que eran.

Los ayudantes de Bart esperaban en el exterior del perímetro, controlados por militares en uniforme de camuflaje, pero a Colomba le bastó con decir su nombre para superar el cordón. Ayudada por una encargada del vestuario, se desnudó en una furgoneta y se puso un uniforme muy parecido a los de los NBCR, incluidas una ropa interior absorbente y otra estanca de Tyvek amarillo; se colgó al cuello también una máscara antigás, pero sin abrochársela.

Alberti esperó en el coche; Dante, como era previsible, rechazó estropearse el *look* y solo aceptó el calzado y un guante para la mano buena. Estaba nervioso y Colomba habría preferido no hacerlo ir, pero él había amenazado con echarse bajo las ruedas si intentaba dejarlo en Mezzanotte. Además, tenía un argumento inexpugnable.

—No sé qué valor tengo para mi hermano o para su adversario —dijo aparentando seguridad—, pero no se andarán con bromas si yo estoy dentro.

De este modo, Dante vio por primera vez el lugar de su cautiverio. Iluminada por las luces de los grupos electrógenos, la clínica le ofreció un rostro diabólico, con las torres de refrigeración en el tejado que hacían las veces de cornamenta y la puerta principal idéntica a una sonrisa irónica y desdentada. El pánico lo congeló ya antes de entrar.

Colomba se dio cuenta.

—¿Prefieres quedarte fuera?

—No. Estoy cansado, por eso camino lento —mintió con voz trémula—. Ve tú delante.

Guiada por un soldado, Colomba se reunió con Bart, quien seguía sosteniendo el taladro. Ahora estaba sentada en una silla plegable, rodeada por miembros de

las unidades de intervención rápida que supervisaban en tiempo real su estado. Habían desenroscado el tubo del aspirador y habían sellado el agujero, luego le habían colocado dos tablas de madera bajo los brazos, sujetándolos con cinta adhesiva, para ayudarla a sostener el taladro. Pero no había forma de sacarlo de la pared sin que entrara aire por el agujero, y la campana de plástico impedía sacar la broca del mandril. Siguiendo los bordes de la campana habían extendido silicona; Bart lo oía crujir cada vez que relajaba un poco los músculos. El dolor de los brazos le llenaba los ojos de lágrimas.

Colomba le acarició el pelo.

—A lo mejor solo es una burbuja de aire —dijo.

—Las burbujas empujan el aire hacia el exterior —respondió Bart, jadeando un poco—. Esta aspira. Si es una bomba trampa, quien la ha colocado lo ha pensado bien. La presión inversa también impide la salida de partículas y rastros químicos de un eventual explosivo.

—No podemos turnarnos, ¿verdad?

—Me lo han propuesto también los militares, pero tengo miedo hasta de respirar. En esta pared de mierda no se pega nada —dijo Bart apretando los dientes—. Y además la estupidez la he hecho yo, no quiero implicar a nadie más. Así que prefiero que te vayas a la zona de seguridad.

—¿Siempre dices que nunca pasamos tiempo juntas y ahora quieres echarme? —rebatía Colomba sentándose contra la pared—. Estoy acostumbrada a hacer compañía a los casos perdidos.

Dante, mientras tanto, había conseguido llegar hasta el vestíbulo. Acababa de sentarse en un radiador justo bajo el inquietante mosaico con la Virgen y el durmiente cuando se le acercó un hombre. El recién llegado se quitó la máscara antigás y se metió en la boca un cigarrillo electrónico.

—¿Quiere uno de verdad? —le preguntó Dante al tiempo que se lo encendía.

—Lo he dejado, pero la nicotina me ayuda a permanecer despierto —le tendió la mano—. Me llamo D'Amore, trabajo con Colomba.

Dante no se la estrechó.

—El lacayo de Di Marco —dijo.

D'Amore se rio.

—¿No me conoce y ya le caigo como el culo?

Dante resopló.

—¿Cuánta pasta lleva en el bolsillo?

D'Amore lo miró sorprendido. Dante le hizo un gesto con la mano, como para decirle que se espabilara.

Después de haber sacado la cartera, D'Amore respondió:

—Sesenta euros.

Dante sacó la misma cifra y la depositó en el suelo.

—¿Apostamos a que sé más cosas de usted de las que cree?

D'Amore sonrió.

—Olvidaba que es un mentalista.

—Ni siquiera sé qué quiere decir eso... ¿Los ve?

—Dado que debemos esperar, los veo —D'Amore añadió su dinero al de Dante.

Dante se desentumeció los dedos de forma ostentosa; los que funcionaban, al menos.

—Bien. Usted ha estado mucho en el extranjero —dijo al azar. Era su *ouverture*.

—Y esto lo dice porque...

—Sus botas son demasiado pesadas para esta temporada y tienen marcas de arena del desierto. Algo entiendo sobre sedimentología. Las marcas proceden de una arena dura, silícea. Como la egipcia.

D'Amore se esforzó por no mirar, pero fue incapaz de no hacerlo.

—He estado allí de vacaciones.

Dante sonrió.

—Si fuera verdad, no me lo habría dicho. Veamos... Le duele el brazo izquierdo, aunque no mucho.

D'Amore no dijo nada.

Dante sonrió de nuevo.

—Se está controlando. Significa que es importante... Uno se comporta de forma distinta si el dolor es reciente o crónico. Se maneja mejor si es viejo, digamos.

—Me lo imagino.

—Su dolor es crónico, o al menos lo tiene desde hace un tiempo. Y puesto que ha admitido haber trabajado en el extranjero...

—No he admitido un carajo.

Dante sonrió.

—Y ahora lo ha confirmado... diría que su regreso a nuestro país desde ese lugar arenoso y lo que le sucedió a su hombro están relacionados. ¿Una herida de guerra?

—Está tratando de adivinar. Me quedo con su dinero.

Dante aplastó los billetes con la punta del bastón.

—Ni lo intente, las deudas de juego son deudas de honor. Déjeme ver sus manos.

—¿Por qué?

—No soy un mentalista, pero sí un quiromante. Venga, su dinero me tiente.

D'Amore se quitó los guantes.

—No hay callos recientes, ahora realiza trabajos de oficina —dijo Dante después de haberlas mirado de cerca a la luz del neón—. Tampoco va mucho al polígono de tiro, a juzgar por el índice. En el de Colomba el espesor de la piel es más evidente.

—Ya lo ha dicho usted, soy un chupatintas.

—Pero tiene los dedos llenos de débiles cicatrices de quemaduras y pequeños cortes. De hace tiempo, y si no supiera con quién trabaja, pensaría que es un cocinero o un electricista. Pero no trabajaba de cocinero, ¿verdad?

—No —dijo D'Amore, y por primera vez en su rostro no se veía ni rastro de cordialidad.

—¿Artificiero? Si hubiera cometido un error con un artefacto explosivo no estaría aquí, pero el hecho de que usted está aquí me hace pensar que entiende de desactivación. Aunque quizá no fue usted quien cometió el error —dijo Dante con una punta de maldad—. Le alcanzó una esquirla, quizá porque alguien cortó un hilo equivocado, pero no fue usted. Se jugó el pellejo y ahora a lo mejor lleva la pulsera con el Buda para recordar que está viviendo su segunda vida. Una especie de reencarnación.

—Eso no... —empezó a decir D'Amore.

—Chist. No es necesario —dijo Dante.

Era la verdad: las microexpresiones que D'Amore había mantenido bajo control hasta ese momento ahora le bailaban en la cara. Dante las leía y las dirigía, utilizando las palabras como la batuta de un director de orquesta.

—Perdóneme, he despertado en usted malos recuerdos. No era mi intención —dijo, provocador—. Ahora veo que la pulsera se pensó claramente para una muñeca más delgada que la suya. Ha sido cortada y alargada. Quien cometió un error con la bomba era un hombre muy delgado. ¿O una mujer? ¿Su mujer?

—Quédese el dinero. Ya me he cansado —dijo D'Amore.

Dante se lo devolvió.

—No quiero su dinero, solo quería que entendiera que a mí no puede tomarme el pelo. Y que me daré cuenta si intenta jugársela a Colomba.

D'Amore buscó algo para rebatir, pero el pitido de la radio lo interrumpió.

—Hemos encontrado algo —dijo el soldado desde el lado opuesto.

—Voy para allá —respondió D’Amore—. Ha sido un placer hablar con usted, señor Torre.

Dante sonrió satisfecho.

—Cómo no.

En el cuarto de calderas, D’Amore encontró a Colomba de pie, delante del desagüe de la alcantarilla. Habían sacado la rejilla y justo en ese momento un artificiero, sucio de barro de pies a cabeza, estaba saliendo del conducto.

—C4 —dijo después de haberse quitado el casco—. Hay bastante como para cargarse medio barrio. Han minado todo el perímetro del hospital para luego echar encima medio metro de cemento. No podemos desminarlo hasta que encontremos los detonadores.

—Debe de estar conectado con la pared de la habitación donde está Bart —dijo Colomba.

El artificiero negó con la cabeza.

—No hemos encontrado nada que llegue hasta allí. La alcantarilla va en otra dirección.

D’Amore torció el gesto.

—Déjame echar un vistazo —dijo, colocándose la máscara de nuevo.

Echó mucho más que un vistazo, porque permaneció allí abajo media hora, haciéndose cargo de la dirección de los trabajos, moviéndose con cautela por galerías tan estrechas que solo era posible arrastrarse. Por fin, entre dos desagües del alcantarillado, localizó un delgado tubo de goma que desaparecía en el cemento. Insertó al lado una fibra óptica y descubrió que el tubito estaba conectado con una especie de arca sellada, del tamaño de un televisor.

—Aquí estás, pedazo de cabrón —dijo.

---

## Capítulo II

## 1.

El arca estaba conectada por el delgado tubito de goma a un espacio que quedaba en el intersticio de detrás de la pared del cuarto en el que Dante había estado preso. Con mucha cautela y algunas oraciones, D'Amore lo selló, bloqueando la succión del aire; Bart dejó el taladro gritando por el dolor en los brazos. Los militares aislaron uno a uno los hilos conectados con el arca y se la llevaron en un camión blindado. La abrieron con un robot, descubriendo en su interior una pelota de niños. Envasada al vacío había permanecido hinchada porque el escaso aire que contenía se había expandido, pero si el arca se hubiera llenado, la presión la habría aplanado, activando así un interruptor pasivo.

—Mira que he visto trampas explosivas, pero esta es especialmente retorcida —le dijo D'Amore a Colomba. Para entonces ya eran las siete de la mañana, y empezaba a clarear—. Sin tener en cuenta el tiempo que deben de haber invertido en prepararlo todo.

—Tiempo no le ha faltado... —murmuró Colomba. ¿La vida de cuántos otros inocentes se encontraba potencialmente en peligro en ese preciso instante?

—No logro entender cómo está razonando —dijo D'Amore—. Si hubiera puesto una bomba debajo de la cama de Torre, lo habría entendido. Habría matado al prisionero y a los salvadores. Pero... minar una pared que podría ser agujerada solo por casualidad y a lo mejor dentro de veinte años... ¿qué sentido tiene?

—Ninguno —mintió Colomba.

—Pero vosotros lo sospechasteis.

—Dante, que es un ansioso.

Se miraron a los ojos, logrando leer recíprocamente tan solo mucho cansancio.

—Habla del tema en la sesión informativa.

—Hoy no. Tengo cosas que hacer.

—Major Tom a Paloma Blanca —graznó su radio, como confirmando las palabras recién pronunciadas.

—Ya vale —respondió Colomba—, este es el canal para las emergencias.

—Aquí nos estamos durmien... —Colomba salió al jardín y la comunicación

se convirtió en un croar de ranas: los inhibidores estaban activados y bloqueaban las señales en cuanto se desplazaba uno fuera del edificio.

Dante y Bart estaban en un banco del parque, envueltos en una manta térmica.

—Qué monos estáis —dijo Colomba reuniéndose con ellos.

Bart descansó la cabeza en el hombro de Dante, que la rodeó con un brazo.

—Nos hará de dama de honor.

Colomba sintió una irracional sensación de fastidio.

—Venga, nos largamos de aquí. Alberti está calentando motores.

Dante se puso las gafas oscuras para protegerse de los rayos del sol.

—¿Por qué no vienes con nosotros? —le preguntó a Bart—. Celebremos habernos librado del peligro. He puesto a infundir un Sulawesi envejecido en barricas de whisky, perfecto para beber helado, aunque la temperatura exterior aún no es precisamente la ideal.

Bart sonrió.

—Me gusta un montón y con mucho gusto me lo tomaría. Pero prefiero echarme una cabezadita y volver a trabajar, siempre que haya algo que encontrar después de la desactivación.

Dante se había quedado en la primera frase.

—¿Cuándo has tomado tú un Sulawesi?

—Hace un par de meses, en Starbucks.

—¿Has ido a Seattle? Sé que allí tienen una reserva...

—No, en Milán han abierto una boutique de torrefacción.

Dante miró a Colomba con los ojos de un niño que descubre que se ha perdido los fuegos artificiales de Nochevieja.

—No me lo habías dicho...

—¿Acabas de salvarte de una explosión, y me saltas con Starbucks? —resopló Colomba.

—Soy un viajero en el tiempo, el mundo ha cambiado mientras dormía. ¿Ha llegado también Pizza Hut?

—Nada de pizza. Y no vamos a casa. Tenemos una cita con Tommy, ¿te acuerdas? Así que, *hop*, en pie —le dio una mano para que se levantara.

—¿Y 7-Eleven?

Colomba le caló el sombrero hasta la nariz.

—Vale ya.

En cuanto subió al coche, Colomba se durmió como un lirón, y se despertó

media hora después, más cansada que antes y con señales del cinturón de seguridad en la mejilla. Dante, detrás de ella, estaba terminando una llamada.

—¿Con quién hablabas? —le preguntó.

—Lupo. Le he contado lo de la bomba de Rímini.

—Jesús, pero ¿es que no eres capaz de mantener la boca cerrada nunca? —dijo bajando otra vez los párpados.

—Lupo en esta zona es el Gran Hermano, y si quiero obtener información, he de darle algo a cambio.

—¿Esta vez de qué iba la cosa?

—Loris. Hemos conseguido la prueba de que Leo lo manipulaba con el Driller, pero ¿por qué a él? ¿Cómo lo eligió? Hurgando en su pasado, he descubierto una coincidencia interesante —Dante se encendió un cigarrillo, y Colomba bajó la ventanilla—. Cuando siguió una terapia después de la historia esa del acoso, lo enviaron a la misma comunidad donde ahora han trasladado a Tommy. Pala colabora con ellos desde hace años. Así que probablemente Loris y él se vieron.

—Los hombres de Di Marco lo investigaron —dijo Colomba negando con la cabeza—. Y además vive en San Lorenzo desde hace veinte años, Leo no lo catapultó aquí como a los Melas.

—Sin embargo, no olvides que es el psicoterapeuta de Tommy. Tal vez mi hermano no lo eligió al azar. No conocía el terreno y necesitaba información sobre las víctimas.

—Escucha, yo no soy tan buena como tú a la hora de calar a la gente, pero después de que tanto el Padre como Leo me jodieran, me he vuelto más desconfiada. Pala está limpio.

—A lo mejor charla demasiado en el bar. O mi hermano le colocó un micrófono debajo de la silla. ¿No admites que cabe esa posibilidad?

Colomba asintió. Miró el reloj en el salpicadero.

—Tenemos tiempo de pasar a verle antes de ir a ver a Tommy —dijo—. Pon la sirena.

Alberti encendió las luces de emergencia y aceleró muy por encima del límite de velocidad.

Dante se aferró al cinturón de seguridad y cerró los ojos.

## 2.

Sandro Pala se vio en el espejo de la puerta entreabierta del armario, echado de lado, y no se gustó lo más mínimo, a pesar de la luz suave de primera mañana.

—Estoy demasiado gordo —dijo—. No es solo una cuestión de estética, sino de salud. Puedo sufrir un infarto, diabetes y numerosos tipos de cáncer.

—¿Y por qué no te pones a dieta? —preguntó Caterina incorporándose para sentarse apoyada contra el cabecero de la cama. Ella también estaba desnuda, pero sin una gota de grasa superflua, tonificada como quien se entrena con pesas a diario. Le acarició el pelo.

—Porque me pongo nervioso. Y eso se concilia mal con mi profesión —miró en el reflejo el rostro de Caterina, ahora junto al suyo—. A este respecto, tengo una duda ética.

—¿Sobre qué?

—Sobre ti.

Caterina se rio y lo rodeó por la espalda. Al notar las piernas de ella contra su cintura, Pala tembló.

—Sobre mí —le susurró.

—Tengo el doble de años que tú y eres mi empleada —respondió Pala. El preservativo que aún llevaba puesto hizo un leve ruido por la nueva erección—. ¿Me he aprovechado de mi posición? ¿Te he seducido apoyándome en mi figura de autoridad y paternal? —la agarró por un muslo—. ¿Crees que te he forzado de alguna manera?

—Ya ves tú. Si hubiera esperado a que te decidieras, me habría hecho vieja —dijo.

Sorprendido, Pala miró el rostro de Caterina reflejado en el espejo al lado del suyo: tenía una expresión dura que no conocía. Pala sintió un agudo dolor en la oreja.

—Chist —dijo ella presionando hasta el fondo el émbolo de la jeringuilla que le había introducido en el pabellón auricular.

Pala la empujó e intentó levantarse de la cama, pero la insulina rápida ya

estaba haciéndole efecto. Un diabético normalmente se inyecta entre veinte y cincuenta unidades subcutáneas; Pala se encontró en su circulación más de mil, que destruyeron el azúcar que tenía en la sangre transformándolo en reservas para depositar en hígado y huesos. Equivalía a sacar el combustible del motor de un coche para llenar un tanque de gasolina pensando en futuros usos, pero sin dejar nada en el depósito. Sin combustible, el organismo de Pala empezó a apagarse. Primero perdió la vista, luego el sentido del equilibrio.

—Ayuda, ayúdame —masculló, pero las palabras se convirtieron en un aullido cuando un dolor terrible le estalló en el cráneo.

El cerebro tenía hambre, pero no encontraba nada. Filtraba desesperadamente la sangre, en busca de migajas de alimento y echando agua por los poros. Los latidos subieron a doscientos: Pala vomitó el desayuno en su regazo y cayó al suelo, empapado de sudor y presa de los calambres.

Con el último pensamiento consciente intentó agarrarse al tocador, tirándose encima las camisas planchadas por la empleada doméstica; lo cubrieron igual que un sudario. Sin embargo, él no se percató: había entrado en coma hipoglucémico y el temblor se convirtió en convulsión. Pala golpeó con la nuca y los talones en la alfombra, con los ojos blancos en las órbitas.

Caterina, que durante todo el tiempo había estado mirándolo a los pies de la cama, se agachó para comprobar su estado. El pulso era muy débil, la piel estaba fría. Aún seguía con vida, y siguió estándolo mientras ella recuperaba las sábanas de la cama y el preservativo del charco de orina que Pala tenía entre las piernas. Luego se puso un par de guantes de látex y los zapatos y recorrió la habitación, limpiando los lugares que había tocado con la piel desnuda: la cómoda, la puerta, el cabecero de la cama al que se había agarrado fingiendo disfrutar mientras Pala estaba encima de ella, también el cuerpo de este, en las partes que una empleada normalmente no toca.

Se puso el *tailleur* a cuadros y volvió a examinar al psiquiatra: Pala tenía la respiración superficial y rápida, no iba a durar mucho más. Caterina le secó el sudor ácido de las manos, luego fue a por el bolso que había dejado en el vestíbulo esa mañana.

Pesaba bastante.

### 3.

Cuando llegaron a la consulta de Pala, Lupo y Bruno ya estaban delante del portal.

—Yo no entro ahí —dijo Dante.

—Claro, faltaría más —Colomba lo ayudó a bajar un tanto bruscamente del coche—. Acuérdate de que Lupo sabe quién eres, pero el resto del mundo no, de manera que intenta no llamar demasiado la atención —al cabo de un segundo, añadió—: Perdona, lo retiro todo, es inútil.

Llegó a la altura de los carabineros, quienes se giraron para mirarla, dejando por un momento de llamar a la puerta.

—Buenos días, señores. ¿Ha pasado algo? —preguntó Colomba.

—Por ahora, nada. Si os subís al coche y os marcháis de nuevo, tampoco pasará nada más tarde —dijo Lupo.

—¿Nos dejamos de escaramuzas por una vez? —dijo Colomba.

Lupo le señaló a Dante, que intentaba inútilmente llegar a las ventanas enganchándose al alféizar con el bastón.

—Su amigo... El *trasto* ese... me ha metido la idea en la cabeza. Lo he comprobado con los padres de Martina: Pala fue su psicoterapeuta después de un desafortunado accidente con los patines que le provocaron pesadillas.

—Menuda coincidencia...

—Solo quiero tener cuatro palabras con él y ver cómo reacciona. No tengo intenciones bélicas, de momento.

—Lástima que no esté en casa.

—Y que no conteste al móvil —intervino Bruno.

—¿Puedes pedir que rastreen su teléfono, CC? —preguntó Dante por detrás, desempolvándose la chaqueta de los restos de cal.

—Solo si queremos que D'Amore nos lo quite de las manos —dijo Colomba. Intentó zarandear la puerta, que no se movió ni un milímetro—. Está blindada, no basta con un par de patadas —se volvió hacia Dante—: *Trasto*, controla.

Dante se agachó para mirar la cerradura.

—Solo necesito unos diez minutos. No rompo nada. No hay rastro de alarmas,

la calle está poco transitada y todo el mundo se da la vuelta si ve a los carabineros —levantó la mirada—. Y esto dice mucho sobre la consideración que tienen.

—No puedo hacer nada semejante. Es un abuso de autoridad —dijo Lupo.

—Entonces súbase otra vez a su coche verde y márchese —dijo Colomba—. Porque a mí me importa bien poco.

Los dos carabineros intercambiaron una mirada. Bruno se encogió de hombros.

—Decide tú, total, yo me jubilo en nada.

Lupo suspiró.

—Pero si encontramos algo que incrimina a Pala, yo decido qué haremos.

—Cuando ocurra, y si ocurre, hablaremos de ello. *Trasto, chop, chop*.

Dante extrajo su kit y con una ganzúa Southord examinó el interior del cilindro con los ojos cerrados, tratando de hacerse un mapa mental. Descubrió que la cerradura de seguridad tenía ocho pistones en ejes múltiples. Si uno intentaba usar el clásico «golpe» de los ladrones —el *bumping*— introduciendo una llave especial y golpeándola para hacerlos saltar, los pistones quedaban desalineados y la cerradura se bloqueaba. Era necesario moverlos uno a uno, encontrando la altura exacta para su desbloqueo.

—Qué coñazo —resopló dejando caer la ceniza del cigarrillo que sostenía entre los labios.

—Pero ¿usted quién es, exactamente? —preguntó Bruno.

—Inspector Trastó della Sureté, *mon ami* —dijo Dante con el acento de Peter Sellers, mientras seguía introduciendo hierrecitos cada vez más delgados.

—Ve al coche a buscar los guantes, por favor —le dijo Lupo a su compañero, cansado de aquella payasada.

Cuando Bruno regresó, Dante estaba utilizando una decena de hierros al mismo tiempo, sosteniéndolos también entre los dedos de la mano mala. Una torsión y la puerta se abrió.

—*Voilà* —dijo abriéndola por completo—. Buen trabajo —se sentó en el escalón, y se puso de nuevo el guante de piel.

—¿No entra usted? —preguntó Bruno mientras distribuía los de látex.

—Me quedo aquí de plantón, no vaya a ser que llegue la pasma.

—Ja, ja, qué risa —dijo Bruno superándolo para entrar.

Dante oyó que musitaba algo así como «chivato asqueroso», de lo que dedujo que Bruno lo consideraba un agente de los servicios secretos.

La consulta desierta e iluminada por los grandes ventanales le pareció a

Colomba sutilmente distinta a las otras veces. Angustiosa, fría. Mientras Bruno y Lupo se repartían el resto de las habitaciones, Colomba buscó en la consulta, donde había dado lo peor de sí misma con Pala. No había nada que no se esperara encontrar, pero al mover el cuadro de De Chirico de encima de la mesa, Colomba descubrió una caja fuerte con apertura numérica del tamaño de un televisor de cincuenta pulgadas. ¿Podía haber anotado Pala la combinación por allí?

Un instante después oyó a Lupo blasfemar en el piso de arriba y subió corriendo por una escalera de caracol. En cuanto a estilo y mobiliario, la parte de residencia era similar a la consulta, aunque el triple de grande y con las inevitables señales de la vida privada escondida a los pacientes: cestas para la ropa, zapatillas, un libro abierto sobre la mesita de noche y las gafas de lectura. Lupo se había acuclillado junto al cuerpo de Pala, tendido de espaldas y medio oculto por la ropa de cama que le había caído encima.

—Me cago en la gran puta —dijo Colomba.

—No entre, que bastante gorda la he montado yo —le dijo Lupo.

—¿Cómo ha muerto?

—No lo sé. No hay señales evidentes.

—Espere.

Colomba se acordó de haber visto bolsas de basura en el baño del piso de abajo. Bajó corriendo para cogerlas y se puso dos en los pies. Luego alcanzó el cadáver y le levantó un brazo con cuidado.

—Empieza a ponerse rígido —dijo—. Lleva muerto al menos dos horas. Écheme una mano para ponerlo de lado.

—Deberíamos dejarlo como está.

—Lo sé. A la de tres.

Descubrieron así que tampoco la espalda y la parte trasera de las piernas tenían marcas.

—Parece un infarto —dijo Colomba—. Pero no creo que lo sea.

—Yo tampoco —contestó Lupo—. Veremos qué dice Tira. O su amiga. A propósito, ¿cómo se encuentra? Me cae muy bien.

—Solo se ha llevado un buen susto.

Lupo alcanzó el pasillo con un salto.

—Informo a la sala de operaciones, usted y Trasto desaparezcan, que no quiero tener que justificar su presencia también.

—¿Quiere que le dejen al margen otra vez? Porque es lo que pasará en cuanto se haga oficial. Llegarán los militares y precintarán todo esto.

—Tarde o temprano lo harán, en cualquier caso.

—Sin embargo, podemos asegurarnos de que eso ocurra cuando hayamos comprobado que ya no queda nada útil —Colomba hizo una mueca de incomodidad—. Dante se fía de usted, de lo contrario se habría mantenido alejado, y yo me fío de él. Pero si quiere perder la oportunidad de entender algo, llame por teléfono.

Lupo asintió.

—Vale —miró la hora en el móvil—. Son las ocho y veinte. ¿A qué hora empiezan a llegar los pacientes, por lo general?

—Creo que a las nueve, o nueve y media.

—¡Bruno! —llamó Lupo.

El veterano subió las escaleras quejándose medio en broma por el esfuerzo, pero cuando vio el cadáver se puso serio.

—¡La Virgen del Carmen! —exclamó—. ¿Es Pala?

Lupo asintió.

—Mueve el coche y echa las persianas de abajo. Vamos a fingir que no hay nadie aquí. Luego quédate mirando quién va y quién viene.

Bruno se dio la vuelta, dispuesto ya a bajar, pero Colomba tuvo tiempo de preguntarle:

—¿Les pides a Alberti y Trasto que suban, por favor?

—Trasto... —murmuró Bruno—. De acuerdo.

Dante llegó un par de unos minutos después andando con los ojos cerrados, hasta el punto de dejar que Alberti lo guiara. Se detuvo en el umbral y se subió la camiseta a la nariz para filtrar el aire: Colomba había abierto las ventanas pero a sus sensibles fosas nasales aquello no les gustaba de ninguna de las maneras.

—Hay un muerto y apesta —dijo mientras seguía con los párpados bajados.

—Es Pala —dijo Colomba.

—Mi más sentido pésame a todo el mundo. *Au revoir*.

Colomba lo detuvo.

—Haz un esfuerzo.

Dante respiró profundamente tres veces, se apoyó en su bastón y echó un vistazo circular a la habitación, luego cerró otra vez los ojos.

—He mirado. ¿Ahora puedo irme?

—No. ¿No has notado nada? —preguntó Colomba.

—Un regordete muerto y la luz del sol brillando en un charco de meados.

—¡Aparte de eso!

Dante respiró de nuevo.

—Hay una parte más limpia en el suelo. Y no ha sido la empleada del hogar, porque es demasiado irregular y deja fuera amplias zonas sin limpiar, mientras que en el piso de abajo está todo perfecto. Tal vez el asesino ha limpiado. ¿Cómo ha muerto el torturador de cerebros indefensos?

—No tiene señales de violencia, pero ha sido doloroso. Puede ser tanto un ictus como la insulina otra vez —dijo Colomba.

—Es creíble. He visto que las sábanas están enmarañadas, pero ¿también están sucias?

Lupo las miró de cerca.

—Un poco. Alguna salpicadura de vómito.

—¿Pueden olerlas en una parte central?

Lupo obedeció, al principio titubeando un poquito, luego más convencido.

—Solo huele a detergente o a suavizante. El del osito.

—Inténtelo de nuevo. Dígame si huele a sudor o a ser humano en general.

Lupo, pacientemente, así lo hizo.

—No.

—¿Sabéis si Pala era gay o hetero?

—¿También tengo que olerle el culo? —preguntó Lupo.

—Vale, me lo he buscado —a ciegas, Dante agarró del brazo a Alberti—. Mirad si encontráis las sábanas sucias en el lavadero o en el lavabo —dijo—. Si no están ahí, se lo ha cargado el hombre o la mujer que estaba con él en esa cama y las ha eliminado por el tema ese del ADN. ¡Vamos, mi leal corcel!

Alberti lo acompañó al exterior.

—En el tribunal no aceptarán mi nariz como prueba —dijo Lupo.

Colomba no respondió. Había sido fulminada por una imagen: Caterina, que pillaba al vuelo su proyectil.

¿*También usted va de caza?*, le había preguntado. *No con escopeta*, había sido la respuesta.

—Busquemos a la secretaria —dijo Colomba.

## 4.

La Comunidad Terapéutica y Educativa Ángel de la Guarda de Portico, la CET, era un tríptico de chalets en la zona industrial, rodeados por un par de hectáreas ajardinadas. En uno de los chalets vivían los varones; en otro, las mujeres; el más pequeño servía como centro de día. Se alojaban aproximadamente unos ochenta residentes, todos entre los quince y los veinte años. A algunos los había enviado allí el Tribunal de Menores; a otros, los servicios sociales. La mayoría de ellos habían sufrido abusos y malos tratos.

Nada más morir sus padres, a Tommy lo enviaron al chalet de los varones, donde prácticamente no había salido, a pesar de las veces que los asistentes sociales habían invitado a Demetra a ocuparse más de él. Desde que estaba en el centro, Tommy se había encerrado por completo y a esas alturas ya no interactuaba con nadie, salvo de forma leve con los trabajadores y los voluntarios, y también en esos raros casos sin hablar nunca; si lo obligaban a hacerlo, gritaba y se daba puñetazos en la cabeza. Pero durante la mayor parte del tiempo estaba tranquilo, era ordenado. Se ataba los cordones de los zapatos por sí mismo y comía con cuchara, colocaba en su sitio los álbumes para colorear, permanecía en el recinto. Le habían puesto un compañero de habitación para que controlase que no se hiciera daño, un chico de dieciséis años que había entrado en el ámbito de los servicios sociales a los doce debido a los abusos cometidos por el compañero de su madre.

Laura Patti, la coordinadora, tenía sesenta años y el pelo ceniciento. Fue ella la que acompañó a Tommy al entierro de sus padres, demostrando también en esa coyuntura una habilidad excepcional, dado que había logrado mantenerlo en calma durante todo el viaje. A Laura le gustaba su trabajo, y también los muchachos de los que se ocupaba. Y esto determinó su destino cuando la mujer que había sido la secretaria de Pala se presentó a la puerta de su oficina, en la primera planta del centro de día.

—No la esperaba hoy —dijo estrechándole la mano—. Tommy está en su cuarto, pero dentro de un rato tiene una reunión con una psicoterapeuta que ha traído su tía.

—Lo sé, por eso estoy aquí. Preferimos que Tommy se reúna con la psicoterapeuta en la consulta de Sandro. Me lo llevo y lo traigo de vuelta esta tarde.

La directora se apoyó en el borde del escritorio.

—A Tommy no le gusta estar al aire libre.

—Estoy intentando que se acostumbre...

—Según mis colaboradores, le supone más daños que beneficios. El otro día se lo llevó usted a dar una vuelta y estuvo nervioso toda la noche. Tuvimos que sedarlo. Dígale a Sandro que preferimos que las reuniones se realicen en nuestra institución.

—Quizá la próxima vez...

—No. Usted solo tiene buenas intenciones, y lo entiendo, pero ahora el chico está bajo mi responsabilidad. Y usted no es psicóloga, ¿o me equivoco?

La mujer que había sido Caterina levantó los ojos. Eran enormes y negrísimo, veteados por esa melancolía que a menudo tienen algunos viejos veteranos de guerra.

—No, no soy psicóloga.

Laura Patti levantó las manos para defenderse, pero no lo logró.

## 5.

El cadáver de Pala estaba cada vez más lívido, pero Caterina seguía ilocalizable por el móvil; Bruno incluso había ido a buscarla a su casa, en vano.

—¿Qué sabemos sobre ella? —preguntó Lupo mientras acababa de desatornillar la pantalla de una lámpara de la consulta.

—¡Alberti! —gritó Colomba—. Háblanos de Caterina.

Él se asomó por la escalera de caracol.

—Italiana de origen eritreo. Licenciada en Filosofía —dijo—. Trabajaba desde hace tres meses con Pala. Ningún antecedente, currículum fantástico en anteriores ocupaciones como higienista dental y enfermera privada. Nada sospechoso.

—Pero tendría que haber llegado ya —dijo Lupo.

—Lo sé —dijo Colomba—. Y aquí no hay una mierda.

Lupo señaló la caja fuerte.

—Nos queda esa cabrona. ¿Trasto es capaz?

—Soy un escapista, no un ladrón —gritó Dante desde fuera.

—¿Y si te encierran en una caja fuerte? —preguntó Colomba.

—Moriría de inmediato.

La cabeza de Alberti se asomó de nuevo.

—He encontrado el móvil de Pala —dijo—. Al menos, eso creo. Está bloqueado.

—¿Usted dónde guarda el número del cajero automático? —le preguntó Lupo a Colomba—. Y no me diga que lo recuerda de memoria.

—En el móvil, con un prefijo falso. ¿Cree que eso también vale para las cajas fuertes?

—Yo al menos lo intentaría.

—Alberti, desbloquéalo —dijo Colomba.

—¿Y cómo lo hago?

—Con la huella del pulgar —dijo Colomba.

—No querrá que... —dijo Alberti. Se interrumpió.

—Ponte un par de bolsas en los pies —dijo Lupo, soltando una carcajada.

Alberti desapareció.

El pulgar del cadáver funcionó, y en la agenda encontraron un nombre que a todos les pareció sospechoso: *Le Chiffre*. El primer intento de introducir la combinación fue inútil, pero cuando marcaron los números al revés la puerta se desbloqueó, dejándolos con la boca abierta.

La caja fuerte estaba repleta de dinero. Todos los billetes eran de doscientos euros. Colomba comprobó un par de fajos: eran auténticos.

—Veo que se gana bastante con la psiquiatría —comentó Lupo.

## 6.

La mujer que se había hecho llamar Caterina salió de la oficina de la CTE agitando el manojito de llaves de la coordinadora, con una pequeña mancha roja en la bota gris claro. Se percató de ello mientras atravesaba el jardín y la limpió discretamente contra un arbusto, tras superar el huerto donde algunos chicos estaban trasplantando unas plantitas, y encaminarse decidida al dormitorio. Se movía con seguridad, sonriendo a todo aquel con el que se cruzaba, y nadie se asombró al verla en la zona vedada a los visitantes: ya había estado allí decenas de veces, y la conocían.

Tommy estaba en su cuarto, obviamente, de rodillas sobre la cama; coloreaba el dibujo de una palmera y para las hojas había elegido el negro. Cuando la vio, emitió un sonido fortísimo y desarticulado, se puso en pie de un salto y empezó a balancearse sobre los talones.

Era la primera vez que ella lo veía hacer algo semejante, y tuvo miedo de que fuera el principio de una crisis: era el doble de grande que ella, y no podría calmarlo por sí sola. Le sonrió.

—Hola, Tommy. Nunca he sabido si cuando te hablo te enteras de algo, pero espero que sí. Tenemos que ir a dar otra vuelta. Venga, que luego te compraré un helado.

Tommy siguió balanceándose. La mujer lamentó haber terminado la insulina.

—No me hagas enfadar, Tommy —dijo, severa—. Pórtate bien y ponte los zapatos. ¡Venga!

Tommy aceleró las oscilaciones, acompañándolas con una especie de aullido que parecía una sirena contraincendios. La mujer le soltó una bofetada. Tommy se calló, frotándose la mejilla enrojecida; los ojos se movían en busca de una imposible vía de escape.

—No quieres otra, ¿verdad? —dijo la mujer.

Tommy hizo señales de que no, estremeciéndose.

—Entonces levántate, ponte esa mierda de zapatos y ven conmigo. Y cuidado con abrir la boca otra vez.

Tembloroso, Tommy se puso las zapatillas forradas y a fuerza de tirones bajó

las escaleras del chalet. Alguien lo saludó, otros saludaron a la mujer, pero ella siguió recta. Gracias al manajo de llaves de la coordinadora, abrió la puerta de servicio del chalet y salió al patio en el que aparcaba el personal. Tommy se detuvo en el umbral, mientras se protegía los ojos del sol con la mano. Tras haberle exigido que no se moviera, la mujer abrió la verja, corrió a buscar el coche de Pala y entró en el pequeño patio marcha atrás.

—Sube —le dijo dejando el motor en marcha.

Tommy negó con la cabeza, al tiempo que se retorció las muñecas.

Ella levantó el portón del maletero y sacó del mismo la llave de cruceta. El sol de la mañana brillaba en los cromados.

—O subes o te parto la cabeza y te meto en el maletero. Tú eliges.

Tommy se arrastró a bordo.

Al salir del pequeño patio se encontraron con un voluntario en ciclomotor, que aprovechó la puerta abierta, dando las gracias con un gesto. Tenía una cita con Laura Patti, así que fue él quien la encontró.

## 7.

Un cuarto de hora después de recibir la llamada de la Comunidad Terapéutica y Educativa Ángel de la Guarda en el cuartelillo de Portico, el mariscal Nerone telefoneó a Lupo.

—Parece que también ha desaparecido el hijo de Melas —afirmó, sin poder creerse aún que se hubiera cometido otro homicidio en su jurisdicción—. Lo buscan por el edificio, pero...

Lupo se secó la frente perlada de sudor.

—Envía allí a todos los hombres —dijo—. E informa al juez de guardia. Voy de inmediato.

Colgó y volvió junto a los demás, quienes mientras tanto habían acabado de arreglar las habitaciones registradas.

Para Dante fue un duro golpe.

—No tiene sentido —dijo desde fuera—. Podían secuestrarlo y matarlo cuando quisieran. ¿Por qué hoy?

—Ya lo pensaremos cuando lo encontremos —dijo Colomba—. ¿Qué hacemos con Pala? —le preguntó a Lupo—. ¿Quiere hacerlo oficial?

Él negó con la cabeza.

—No. Si realmente Tommy ha desaparecido, tendré la excusa para buscarlo.

—¿Y el dinero? —preguntó Dante asomando la cabeza por la puerta—. ¿Nos lo repartimos a partes iguales?

—Me gustaría decir que no lo he pensado —dijo Bruno, que acababa de entrar.

Colomba cerró la puerta y giró la ruleta numérica.

—Fin de la tentación. Vámonos.

Una vez en la CET, Lupo entró para hablar con sus compañeros, y salió de allí un cuarto de hora después.

—Tommy ya no está en el recinto —confirmó—. Y a la coordinadora la han golpeado con fuerza en la cara y luego la ha estrangulado con el cable del teléfono. Vigevani llegará dentro de poco; si queréis ver el cadáver, tenéis que daros prisa.

Colomba negó con la cabeza.

—He tenido bastante por hoy.

—Ídem —dijo Dante, echado sobre el capó para fumar.

Dentro, Alberti roncaba postrado sobre el volante.

—Hay otra cosa —continuó Lupo—. La secretaria de Pala ha pasado por la portería hace aproximadamente dos horas. No ha devuelto el pase a la salida, sino que también ha desaparecido.

—Ella se ha llevado a Tommy —dijo Colomba, con un vuelco en el corazón—. ¿Cómo es que nadie la ha parado?

—Parece que ha salido por la parte de atrás y, en cualquier caso, era de la casa. Pala venía aquí a menudo para visitar a los muchachos, incluido Tommy. Aunque el otro día vino ella sola y se lo llevó a dar una vuelta. A su regreso, el muchacho se hallaba en estado de shock.

—Vamos a echar un vistazo al cuarto de Tommy antes de que lleguen los de la Científica. Dante, ¿eres de los nuestros?

—Paso.

En cuanto Colomba y Lupo desaparecieron en el chalet, Dante lanzó un bastonazo en la ventanilla a la altura de la oreja de Alberti.

—¡Despierta! —gritó.

Él dio un respingo.

—¿Qué pasa?

—Que me aburro.

—Por favor, no duermo desde ayer.

—¿Quieres Armodafinil? —dijo Dante agitando una pequeña pastilla blanca entre los dedos enguantados—. Se lo dan a los pilotos de los cazabombarderos cuando deben volar durante toda la noche.

—¡Por Dios! —Alberti bostezó, abrió la puerta y sacó fuera las piernas—. ¿Qué dicen sobre el muchacho?

—Que lo ha secuestrado la secretaria de Pala —Dante lanzó la pastilla al aire y se la tragó en seco, pidiendo con gestos la botellita de agua.

Alberti se la pasó.

—Y ella trabaja para Bonaccorso.

—O para la persona a quien mi hermano busca, o incluso es la persona a la que mi hermano busca. Y estaba ahí, delante de sus narices. El Rey de Espadas podría ser una Reina, ¿por qué no?

—Es sensato. Estando con Pala, sabía todo lo que sucedía sin arriesgarse a que la descubrieran.

—¿Sensato? Ha dejado cinco millones de euros en efectivo y se ha cargado a otra persona, permitiendo que todo el mundo la viera. A mí no me parece tan sensato.

Alberti bostezó de nuevo.

—Quizá para ella Tommy vale más de cinco millones —dijo.

## 8.

La mujer que se había hecho llamar Caterina ahora tenía un coche diferente, un nombre diferente y una peluca negra con el peinado liso. Tommy dormitaba en el asiento de atrás, molido por las benzodiacepinas que le había obligado a tomarse mezcladas con un zumo de frutas.

A esas alturas, se dijo la mujer, ya debían de haber encontrado el cadáver de la coordinadora. Y, si no había tenido suerte, la caza habría comenzado ya. Las patrullas filtrarían el tráfico, aeropuertos y estaciones de tren habrían sido alertados. No había ninguna posibilidad de que una mujer negra junto a un chico blanco de dos metros de altura pasara inadvertida. Era una pena que no estuviese intentando abandonar la región. Al contrario, iba hacia el interior, siguiendo las carreteras estrechas y pedregosas que se había visto obligada a aprenderse de memoria. Tanto con luz como a oscuras.

El paisaje fue haciéndose árido, los coches fueron desapareciendo y la tierra perdió el color ocre para convertirse en un amarillo oscuro. Aminorando para no romper los ejes en los baches, la mujer entró en un pueblo desierto, superó casas medio derruidas y con las ventanas tapiadas y llegó así a una gran refinería, de la que ya solo quedaba el esqueleto, rodeada por vallas herrumbrosas y basura. Al lado de la carretera bacheada corrían los raíles de un ferrocarril fuera de servicio, que terminaban en un gran cobertizo, en ruinas como todo lo demás.

La mujer que había sido Caterina abrió la verja de una zona que parecía un vertedero de grava al aire libre. Aparcó detrás de una gigantesca excavadora oxidada y envió un mensaje con el móvil, que luego se apresuró a destruir.

En adelante, todo debía funcionar sin sobresaltos.

## 9.

Gaspare Mantoni oyó el *ping* del móvil en su bolsillo y supo de inmediato de qué se trataba, pero no lo miró, no enseguida. Él hacía las cosas a su debido tiempo, y cualquiera que dijese lo contrario se habría llevado una patada en los dientes. Pidió otro tinto.

—Esta vez dame uno bueno. Abre una botella.

—¿Va en serio? —preguntó el camarero—. ¿Vas a celebrar algo?

—Un entierro.

—¿De quién?

—El mío.

El camarero se rio, pero dejó de hacerlo en cuanto Gaspare lo miró con unos ojos entrecerrados que daban miedo.

—Dime, ¿no estás bien? —le preguntó.

—Nunca me he encontrado mejor —contestó el otro—. Abre la botella, joder, o voy yo a buscármela por mi cuenta.

El camarero le descorchó un Pinot Nero y le llenó una copa limpia.

—No me gastes estas bromas, que eres uno de mis clientes preferidos.

Gaspare se la bebió de un trago.

—Apúntamelo, que paso luego —dijo, riéndose en silencio de su propio chiste.

Por el camino leyó el mensaje —era exactamente el que se esperaba que fuera — y metió el teléfono bajo el chorro de una fuente pública. Se esperaba unas cuantas chispas y, por el contrario, la pantalla se limitó a parpadear y a desvanecerse, para apagarse luego por completo. Gaspare lo lanzó contra el muro de una iglesia, se rio en la cara de una anciana que se había girado para mirarlo y subió al camión cisterna que lo esperaba en la explanada, con el símbolo de la Agencia Nacional de Hidrocarburos en un costado.

Sin embargo, cuando intentó meter la llave en el contacto se dio cuenta de que la mano le temblaba. Se enfadó consigo mismo, y con el hueco que sentía en el estómago. Pensó que aún estaba a tiempo de echarse atrás, de volver a casa y fingir que no pasaba nada...

Al menos hasta que empezara a cagar sangre. Y a partir de ahí siempre a peor, hasta quedar inútil. Un viejo pedorro que moría como tantos viejos pedorros. Los colegas camioneros pasarían de él, como él pasaba de ellos, y lo olvidarían al día siguiente del entierro.

Gaspare Mantoni puso el motor en marcha y sintió que la vibración atravesaba todo su cuerpo. ¿Era él quien hacía todo ese barullo en su barriga o solo era la comida de la cárcel? No es que tuviera mucha importancia, a esas alturas. Manióbró y enfiló la carretera provincial.

Se acordarían de él. Vaya que si iban a acordarse de él.

## 10.

—Pero ¿te has traído aquí a esta loca? —preguntó Nerone, de guardia en la habitación de Tommy, cuando vio llegar a Colomba.

Lupo estaba agotado y nervioso.

—Vuelve a utilizar ese tono conmigo y te las hago pasar canutas —le dijo—. Ve a darte una vuelta. ¡A la voz de ya!

Nerone se sonrojó.

—A la orden —dijo, y obedeció.

Colomba y Lupo cerraron la puerta tras de sí. La habitación apestaba a calcetines sucios, pero estaba limpia y era lo bastante grande para que cupieran dos camas individuales con colchas de patchwork, un par de pequeños escritorios y un armario. Colomba identificó de inmediato la zona de Tommy: su cama era sin duda la que estaba rehecha, y lo mismo para la mesita con libros y lápices de colores perfectamente ordenados.

—¿Qué buscamos? —preguntó Lupo.

—Lo que sea —respondió Colomba.

Levantaron colchones y hurgaron entre la ropa, sin encontrar nada interesante. Colomba abrió el armario de dos puertas y no le costó ni un segundo localizar la ropa de Tommy: era el doble de grande que la de su compañero de cuarto. Pero aquí tampoco hallaron ni una migaja, ni en los bolsillos ni en los dobladillos. Las botas del 46, en cambio, dejaron una huella de polvo en el fondo del armario.

Mientras Lupo iba a hacer las paces con Nerone, Colomba llevó los zapatos a Dante dentro de una bolsa de pruebas junto con un puñado de cuadernos de dibujo para colorear. Aún seguía fumando sobre el capó, Alberti había ido a lavarse la cara en el cuarto de baño de la sala de día.

—Ahora te toca a ti oler —le dijo pasándole las pruebas.

Sin cambiar de postura, Dante cogió los cuadernos para colorear y los sacudió en el aire.

—Si acabo de colorearlos, ¿me darás un caramelo?

—Me estás poniendo de los nervios. ¿Por qué eres tan retorcido?

—Porque no entiendo un carajo. Estaba convencido de que era yo la presa

ambicionada, y en cambio descubro que es Tommy. Y si es así, entonces a mí me abandonaron en el hospital para que la palmara solo como una trampa para tontos. Yo también soy morralla.

—Guárdate tu orgullo herido y mira a ver si puedes hacer algo. Si los álbumes no sirven, mira lo demás.

Dante colocó la bolsa sobre el capó y estudió las botas. Incluso sacó la plantilla.

—¿Qué puedo decirte que tú no sepas? Las han comprado en Italia, poco utilizadas.

—¿Y las partículas?

—No tengo ojos biónicos. Solo sé que están llenas de azufre.

—¿Cómo que azufre?

—¿Sabes eso que está en las cerillas? CC... Vale que no seas una química, pero el color es evidente, y también el olor. Lo utilizan en agricultura como fertilizante, aquí alrededor está lleno de campos —levantó una piedrecilla del tamaño de una cabeza de alfiler y la puso a contraluz—. Aunque esto parece sin refinar.

Colomba ni siquiera esperó a que acabara de hablar y dio voces a Alberti, que volvió corriendo del salón.

Dante se bajó al suelo utilizando el bastón como apoyo.

—¿Por qué te pones nerviosa? —preguntó, perplejo.

—¿Sabes de qué trabajaba mi abuelo paterno?

—No.

—Era minero.

---

## Capítulo III

## 1.

El pueblecito se llamaba Sant'Anna Solfara y había empezado a morir a finales de los años cincuenta, cuando las minas de azufre se cerraron. Extraer el mineral se había hecho menos rentable, a pesar de que a los mineros les pagaran una miseria y trabajaran en condiciones inhumanas, siempre con el peligro de respirar el grisú.

La mujer que había sido Caterina se bajó del coche y lanzó a Tommy en el polvo.

—Camina —le dijo—. Dentro de poco te dejaré en paz, y si Dios quiere también la habrá para mí —se lo dijo en alemán, una lengua que llevaba sin utilizar mucho tiempo, preocupada por la idea de contaminar su acento italiano. Total, con Tommy no importaba aquello: solo entendía las maneras bruscas.

Le indicó el acceso a la mina más cercana, delante de la cual estaba aparcado un vagoncito lleno de piedras amarillentas.

—Allí. Venga. Muévete —le ordenó, dándole una patada en el trasero.

Tommy empezó a llorar, pero obedeció. Llegaron a las vallas que impedían el acceso a la mina, pero la mujer abrió el candado, empujó a Tommy al interior y cerró de nuevo la cancela tras de sí.

La boca de la mina se había transformado en un pequeño museo, con fotos de época en las paredes y anaqueles con pastillas de jabón al azufre y suvenires. Por detrás, se abría la galería que bajaba hasta trescientos metros de profundidad. Había luces que señalaban el recorrido, pero solo se encendían para los visitantes; en ese momento la entrada parecía un arco dibujado en negro, como los túneles del Coyote.

—Muévete —dijo una vez más la mujer que había sido muchas cosas, pero ninguna de ellas verdadera, azuzando con las llaves a Tommy por la espalda.

Con cautela, Tommy entró en la oscuridad. Bajaron siguiendo los rieles de los vagoncitos, y cuando la luz del exterior desapareció por completo, ella sacó del bolsillo una pequeña linterna. La galería retumbaba con el eco acolchado de sus pasos, y con el lejano rugido de una corriente de agua.

A cincuenta metros de profundidad, la mujer localizó el banco de madera que

le habían dicho que buscara. Le dijo a Tommy que se sentase y hurgando por debajo encontró una pequeña mochila impermeable cubierta de polvo y humedad. Dentro había un portapases con su cintita para colgarlo del cuello, un documento con la foto de Tommy y una entrada para Las Maravillas de la Historia. La mochila también contenía algunas jeringuillas cortas con finas agujas, protegidas por capuchones de plástico.

A la luz de la linterna, la mujer leyó una hoja impresa con las últimas instrucciones.

En la jeringuilla hay Seconal.

El resto del equipo está detrás de la cabina del ascensor.

La llegada está prevista a las 12.

En el dorso de la hoja de papel, la foto de un anciano de tez negra.

La mujer lo miró y se secó los ojos: lloraba.

## 2.

Colomba se sentó al volante en el lugar de Alberti, pero antes de poner el motor en marcha permaneció con la mano en la palanca de cambios, indecisa.

—¿Qué duda te ha entrado? —preguntó Dante, echado como siempre en el asiento de atrás.

—No es una duda, es un recuerdo —respondió—. La última vez que quise actuar por mi cuenta murieron asesinadas cuarenta y nueve personas.

Dante se le acercó.

—Dicho así, parece que seas una asesina en serie, pero ten en cuenta que no fue culpa tuya.

—En un noventa y nueve por ciento lo sé, Dante. De lo contrario no lo habría soportado. Pero existe ese uno por ciento que me torturará para siempre. Caterina puede trabajar sola o con un ejército, puede ser el Rey de Espadas o una secuaz, pero tiene en sus manos a Tommy.

—¿Y piensas ayudarlo llamando a los carabineros? ¿Nunca has oído hablar del fuego amigo?

—No pensaba en los carabineros.

—CC... Lo único que harían los militares sería montar un buen follón.

—Hasta ahora el follón lo he montado yo —dijo Colomba, al tiempo que sacaba el móvil.

D'Amore leyó el mensaje de Colomba en el hotel de Rímini donde se alojaba. Acababa de darse una ducha y en el pecho y la espalda brillaba un entramado de cicatrices. Como le pedían en el mensaje, se descargó Signal y devolvió la llamada utilizando el programa.

—Es el teléfono del trabajo —dijo—. Vayamos con cuidado no nos vayan a interceptar. ¿Qué ha pasado?

—Te adelanto una noticia que recibirás dentro de poco. A Tommy lo ha secuestrado la secretaria de Pala.

—¿El psiquiatra? ¿Está implicado?

—Ha muerto. No me preguntes cómo lo sé.

—He dejado de hacer este tipo de preguntas —D'Amore cogió el cuaderno obsequio del hotel y destapó el bolígrafo con los dientes—. ¿Dónde está el cuerpo?

—En su casa. Pero ahora me interesa Tommy. Puede que sepa adónde lo lleva Caterina, pero no sé si allí estará solo ella o un ejército.

—Dime cómo puedo ayudarte.

—Lo primero que quiero es que me garantices una cosa: no haréis nada que ponga en peligro al chico.

—Por descontado.

—D'Amore, si tú fueras tu jefe, ni siquiera lo intentaría, pero te estoy diciendo esto con la esperanza de que no estés podrido hasta el tuétano como él. Quiero que me lo jures por lo que más quieras en este mundo.

D'Amore respiró profundamente.

—En acción las cosas se pueden complicar, lo sabes mejor que yo. No puedo prometer que todo irá bien, solo que lo haré lo mejor posible. ¿Te basta eso?

Colomba reflexionó un instante, tapando el micrófono aunque nadie en el coche estuviera hablando.

—De acuerdo —dijo al final—. Espero no haber hecho la cagada del siglo. Hay un pueblecito a treinta kilómetros de Portico. Se llama Sant'Anna Solfara. Es probable que Tommy y su secuestradora estén en algún lugar cerca de las minas.

D'Amore comprobó el camino en el mapa en línea.

—Puedo llegar en una hora utilizando los hombres que tengo en Rímini. Tal vez algunos minutos menos si consigo que despegue un helicóptero desde Pisa, pero no estoy seguro de ello.

—Nada de helicóptero. Nada de camuflaje. Me fío de ti —Colomba colgó.

—¿Vienen las tropas con camellos del Duce? —preguntó Dante.

—Sí, pero llegará después que nosotros. Hasta ese momento tendremos que apañárnoslas solos —respondió, y por fin puso el motor en marcha.

### 3.

Lo último que podía unir a Caterina con la mujer que estaba acabando de prepararse en el túnel de la mina era el color de la piel y la mueca irónica de la boca. Todo lo demás se había transformado. Las lentillas habían cambiado sus ojos a verdes, el uniforme de enfermera voluntaria de la Soberana Orden de Malta y el abrigo azul con alamares había ocupado el lugar del traje a cuadros, y la toca negra escondía las trencitas. También llevaba la identificación colgada del cuello, con una foto suya reciente y un enésimo nombre falso.

Detrás de la cabina del ascensor, la mujer encontró también una manta roja, un par de gafas de sol y un sombrero blanco con la cruz de Malta. Y una silla de ruedas plegable. La abrió y la empujó hacia Tommy, que se había quedado todo el tiempo sentado en el banco, golpeando rítmicamente la pared de la cueva con una piedra. Lo había hecho tanto rato que tenía la palma de la mano derecha enrojecida y despellejada. Cuando la vio lanzó con torpeza la piedra hacia ella, sin rozarla siquiera.

La mujer le cogió la cara entre las manos. La piel estaba fría y sudada.

—Ya te he dicho que no hagas tonterías. ¿Te has olvidado? —agarrándolo por el pelo, lo arrastró hasta la silla de ruedas y le obligó a sentarse—. Quédate ahí —le dijo.

Volvió atrás para recuperar el mochilita donde había encontrado las instrucciones y, resistiendo la tentación de mirar otra vez la fotografía pegada en el documento, buscó las jeringuillas, le quitó el tapón a una y la escondió en la mano.

—Solo te dolerá un momentito —le dijo a Tommy.

Le clavó la aguja en el muslo a través de los vaqueros y vació la jeringuilla. Tommy se retorció y perdió una de las zapatillas, pero el Seconal lo dejó sin fuerzas antes de que pudiera levantarse. Echó la cabeza hacia atrás, respirando entre jadeos, con los ojos abiertos de par en par y un hilo de baba.

La mujer comprobó las pulsaciones, luego lo cubrió con la manta —una vez extendida, descubrió en el centro una gran cruz blanca— y se colocó las gafas y el sombrero.

Desde el exterior de la mina, mientras tanto, llegaba el eco lejano de voces y risas.

#### 4.

—«En el seno de un sugestivo escenario natural, el parque arqueomineral ofrece una experiencia única de visita, permitiendo atravesar los lugares y las instalaciones de extracción del oro amarillo de Sant'Anna» —leyó Dante en el móvil—. ¿A quién le apetece meterse en las tripas de la tierra para ver cómo se extraía el azufre? Levantad la mano.

—No sabía que habían hecho un parque allí —dijo Colomba mientras aceleraba en la curva para adelantar a un coche.

—Quizá si pusiéramos las luces de emergencia... —dijo Alberti, recordando de repente por qué prefería conducir él.

—No.

Dante dejó de leer y se agachó sobre las rodillas, adoptando la posición que enseñan a tomar en los aterrizajes de emergencia. Había leído muchas veces las instrucciones, aunque nunca en la vida se hubiera subido a un avión. La mera idea de que lo encerraran en un tubo de hierro volador le producía dolor de estómago.

El camionero tocó el claxon cuando Colomba le cortó la carretera justo a tiempo de evitar un motocarro cargado de leña en el otro carril.

—¿Aún seguimos con vida? —preguntó Dante con los ojos cerrados.

—Por ahora —respondió Alberti.

—Dime más cosas sobre el parque —dijo Colomba—. Ya casi hemos llegado a Sant'Anna.

—Abre a mediodía y solo los fines de semana —dijo Dante, recogiendo el cigarrillo encendido que se le había caído en la alfombrilla.

—Entonces hoy está cerrado —dijo Colomba—. Mejor, así tendremos menos transeúntes inocentes a los que proteger.

—Todo el pueblo estará lleno de polvo de azufre —comentó Alberti—. También podrían encontrarse fuera del perímetro.

Colomba se mordió el labio.

—Es un riesgo. No hay mucho más en el pueblo, aparte de la mina, si no ha cambiado desde que era niña —dijo. Su abuelo la había llevado un par de veces

y le había explicado la vida de los excavadores. Ella se los imaginaba como los gladiadores de su libro de texto, musculosos, semidesnudos y con los picos en lugar de espadas—. También es verdad que Sant'Anna Solfara no es lo mejor para un fugitivo. Solo hay una carretera que llega hasta la provincial.

Salieron de un túnel, y justo mientras cerraba los ojos de nuevo, a Dante le pareció leer en un anuncio la palabra «mina».

—Para —dijo sin mirar—. CC, por favor, para y vuelve atrás, hasta el cartel.

—Dante, tenemos prisa. ¿Qué cartel?

—Uno de colores.

Colomba frenó en seco, haciéndoles escupir las tripas, luego engranó la marcha atrás, forzando al conductor de un camión articulado a salirse de la calzada. Dante lo oyó gritar a pesar de que tenía los oídos tapados. En una serie de vallas publicitarias fuera del túnel había varios anuncios pegados unos sobre otros, todos de conciertos y ferias gastronómicas del verano anterior, pero Colomba encontró con facilidad ese al que se refería Dante. Sobre un fondo de las minas de Sant'Anna, podía leerse: MISA EN SUFRAGIO POR LAS VÍCTIMAS DEL TERREMOTO y —más pequeño— ETAPA DE ORACIÓN Y DESCANSO DE LOS «CICLOPEREGRINOS» DE LA VÍA LAURETANA.

—La fecha es la de hoy —dijo Alberti.

—¿Y la hora? —preguntó Dante, que había destapado, prudentemente, solo una oreja.

—Hace diez minutos.

## 5.

El eco de las charlas y de las risas en el parque de la Mina se vio superado por el chirrido metálico de una persiana al abrirse. La mujer con uniforme de enfermera había esperado pacientemente ese momento, pero su corazón se aceleró de todas formas. Esperó un par de minutos para recuperar la calma, luego se levantó y colocó a Tommy en la silla de ruedas para que pareciera que dormía; con un último ajuste, le caló la gorra hasta las gafas.

Desde arriba ahora llegaban voces y sonidos de pasos, cajones que se abrían y se cerraban. Con un zumbido eléctrico se encendieron las luces en la bóveda de la galería.

La mujer empujó la silla de ruedas hacia la salida. En la última curva se cruzó con un chico y una chica de unos veinte años con la camiseta ITINERARIOS DEL ESPÍRITU.

—Buenos días, madre —dijo la chica con una sonrisa.

*Madre. Muy bien*, pensó ella, y después de saludarla con un gesto de la cabeza entró en la tienda de suvenires. Estaba a reventar, la mitad monjas o sacerdotes con sotana y la otra mitad ancianos con andadores o en sillas de ruedas. Su uniforme era perfecto para mezclarse con la muchedumbre, y se convenció de que todo iba como estaba programado.

Antes de ser Caterina, la vida de la mujer vestida de enfermera había sido una concatenación de elecciones incorrectas y de mala suerte, con solo algún destello de luz cuando llevaba a cabo un trabajo en el que no terminaba con hematomas o con las muñecas esposadas. Conducía muy bien y una vez alunizó con el coche en una joyería de Colonia para realizar un robo organizado por dos primos polacos. Habían estudiado los movimientos del joyero y de sus empleados, sabían cuándo se marchaba a comer el guarda jurado, y habían calculado el tiempo que tardaría la *Polizei* en llegar y ellos en marcharse. La precisión de los primos, sin embargo, no era nada en comparación con la forma en que se había programado y decidido su destino en el último año. Y también la recompensa prometida bastaría para alegrarle la vida durante una buena temporada. Ni siquiera le interesaba el dinero que había dejado en la caja fuerte de Pala: ese, le

explicaron, servía para desviar las pesquisas, y para incriminarlo a él.

Salió con Tommy al aire libre. El parque se había convertido en una feria del pueblo, con camionetas de comida que vendían bocadillos y mazorcas asadas, el carrito del algodón de azúcar y el de los globos. El gran descampado de tierra donde se abrían las bocas de las minas ahora acogía al menos a doscientas personas. Había familias con niños, ciclistas con zapatillas técnicas y numerosos voluntarios y religiosos con un séquito de enfermos y de ancianos. Se estaban agrupando alrededor de la carpa blanca donde iba a celebrarse la misa. Un par de altavoces reproducía música de órgano y *laudamus*.

La mujer miró a su alrededor con la claridad de la adrenalina. Un niño se cayó y rompió a llorar; un grupo de cicloperegrinos con las bicicletas al hombro se encaminó hacia uno de los bares cantando una canción de montaña; la parrilla de las longanizas chisporroteó cuando el cocinero echó encima diez kilos de carne fresca; un hombre con barba de anacoreta y túnica blanca tocaba una campanilla mientras agitaba un cartel con fotografías de niños africanos desnutridos. Tommy cambió de postura. Ella verificó que no había recuperado aún el conocimiento, antes de acercarse a un puesto que vendía libros religiosos y estatuas de plástico fluorescente de la Virgen de Loreto, llenas de agua bendita. Eran las doce y diez minutos, y por primera vez se preguntó si el programa rígido que había seguido hasta ese instante había fallado justo en el momento más hermoso.

Luego un claxon de dos tonos resonó desde la carretera y un autobús blanco con la cruz de Malta en el lado superó la verja y aparcó junto a la montaña de grava, al otro lado del descampado. La mujer empujó la silla de ruedas en esa dirección.

Su transporte había llegado.

## 6.

Colomba aparcó en la acera y observó con preocupación la muchedumbre que se estaba reuniendo alrededor de la carpa blanca.

—Al menos no pueden escapar sin que nos demos cuenta, dado que solo hay una salida —dijo Alberti.

Dante señaló un grupo de sacerdotes con sotana.

—Quizá Leo se ha disfrazado de sacerdote, como Nicolas Cage en *Cara a cara*.

—¿Crees que Caterina está a punto de entregarle a Tommy? —le preguntó Colomba, ignorando intencionadamente la ocurrencia.

—Es posible. A menos que quiera unirse a los peregrinos para alejarse sin llamar la atención. O hacer ambas cosas. Pero para nosotros la cuestión es otra: ¿entramos o nos escondemos?

Colomba se mordisqueó el labio, indecisa.

—Si Leo o Caterina nos reconocen, podría ponerse a disparar en medio de la gente. O utilizar a Tommy como rehén.

—No creo que se espere vernos aquí —dijo Alberti.

—Pero quizá no lo haya descartado —dijo Dante—. Por lo que sabemos, podría haber reclutado a la mitad de las sotanas que vemos por aquí.

—Por lo que sabemos, podría haber puesto una bomba, como hizo en Milán —dijo Alberti—. O haber estrangulado ya a Tommy.

Colomba sintió una punzada en los pulmones y se clavó las uñas en las palmas de las manos.

—Joder —murmuró.

—CC —intervino Dante—, ¿cuál sería el procedimiento normal?

—Acordonar el área, localizar al rehén, llevarlo a una zona segura, neutralizar al objetivo —enumeró Colomba de manera mecánica—. Pero para hacerlo tendríamos que esperar a D'Amore... Y mientras tanto, Leo o Caterina podrían matar al rehén o saltar el vallado por donde no vemos.

Dante se encogió de hombros.

—No tenemos forma de saber qué tiene pensado mi hermano. Así que haz lo

que tus excompañeros harían en tu lugar: pásale la patata caliente a otro.

—Tommy no es una patata caliente —Colomba cerró durante un segundo los ojos, intentando recuperar la calma—. Dime únicamente si en tu opinión Leo está dispuesto a hacerse saltar por los aires con tal de no dejar que lo detengan.

Dante tuvo un pequeño flash del sueño con la Caja, cuando el agua lo inundaba todo. Ahora Leo no lo saludaba sonriendo: lo miraba de cerca, preocupado, y le decía que huyera.

—No es un kamikaze —respondió—. Seguramente, de todos modos, si está aquí dentro, habrá pensado en una vía de escape.

Colomba asintió.

—Tenemos que encontrar la forma de entrar sin llamar la atención.

Alberti señaló hacia una camioneta de comidas que se estaba colocando en el camino principal.

—¿Qué pensáis de eso?

## 7.

La mujer que había asesinado al psiquiatra de quien había sido secretaria y amante se detuvo a unos diez metros del autobús blanco, fingiendo que colocaba bien la manta al chico en la silla de ruedas delante de ella. En realidad, estaba mirando al grupo de voluntarias y enfermeras de la Orden de Malta que bajaban en pequeños grupos acompañando a octogenarios e inválidos envueltos en mantas similares a la que había encontrado ella en la mina. La mitad de las voluntarias eran de origen sudamericano, o norte y centroafricano, la otra mitad parecía estar compuesta por mujeres asiáticas; todas iban empujando sillas de ruedas que dos fornidos enfermeros sacaban del maletero, abrían y cargaban.

La mujer localizó a una voluntaria delgaducha que esperaba su ración de huesos secos y con una edad y un cutis compatibles con los suyos. Cuando vio que a la muchacha le había sido asignada un montón de carne humana, supo que estaba de suerte.

Como en una coreografía, enfermeras, cuidadores y pacientes se desplegaron en todas direcciones por el terreno arenoso, en una alternancia de uniformes blancos, abrigos azules y mantas rojas. La delgaducha se detuvo al lado del acceso abierto de una mina, y tras dejar que la superara el flujo multicolor, se encaminó hacia la tienda de campaña que ahora transmitía el *Te Deum*.

La mujer empujó la silla de ruedas de Tommy hacia la de su «compañera», quien le dirigió una mirada preocupada, y a punto de llorar le dijo algo en francés.

—Italiano o alemán —contestó la mujer.

—¿Eres tú? —preguntó la otra con nerviosismo en italiano—. ¿Eres Caterina?

—Lo fui —le levantó la gorrita a la montaña de carne, destapando una cara abotargada y una nariz bulbosa. En la barriga le hirvió una mezcla de horror y placer—. ¿Qué le ha pasado?

—Cirrosis hepática. En el último estadio. Le he dado un sedante.

—¿Has hablado con alguien en el autocar?

La muchacha negó con la cabeza.

—No me he quitado en ningún momento los guantes, no me he quitado la

toca, nunca he estado aquí. Antes de salir iré a uno de los lavabos y me cambiaré, más tarde cogeré el tren hasta casa —dijo como si repitiera de memoria una lección. Luego añadió, sin cambiar el tono—: Necesitaba dinero. Quiero volver a mi país.

—No tienes que justificarte conmigo. ¿Dónde lo has encontrado?

—En Roma. Vive solo. Pero no lo he encontrado yo. A mí me han dicho dónde estaba.

—¿Has visto a quien te daba las instrucciones?

—No. ¿Y tú?

La mujer que había sido Caterina negó con la cabeza, le pellizcó la mejilla al anciano. No reaccionó.

—¿Cómo hago para despertarlo?

La muchacha miró a su alrededor, luego le entregó una jeringuilla envuelta en un trozo de papel higiénico.

—Sea lo que sea que vayas a hacer con él... por favor, hazlo deprisa. Quiero marcharme de aquí.

—Estaré de vuelta antes de que acabe la misa. Mientras tanto llévalo al autocar y espérame. Si el conductor te pregunta algo, dile que tu paciente está cansado y ha de dormir.

—Se darán cuenta de que no es la misma persona.

—Y no les importará nada. Colócalo en la penúltima fila. Si comienza a agitarse, hay una jeringuilla también para él en el bolsillo de la silla de ruedas.

La mujer se llevó consigo al anciano y lo condujo hacia la cabina de control del teleférico con el que décadas atrás se enviaba el mineral a la refinería, y que ahora se reducía a un vagón colgado a cinco metros del suelo. La cabina, en la que todavía se encontraba parte de los mandos, había sido abierta, pero en la ocasión anterior en que había estado allí, la mujer sustituyó el candado con uno nuevo. Le resultó fácil, por tanto, abrirlo, empujar la silla de ruedas al interior y cerrar la verja tras de sí. Nadie la vio. De haber sido otra clase de fiesta, probablemente habría chicos por todas partes pasándose canutos o montándose, pero esa era una fiesta para buenos cristianos, y los cristianos buenos no van a donde no deben.

La mujer sacó la jeringuilla envuelta en papel higiénico, y solo en ese momento se dio cuenta de que no sabía lo que contenía, tampoco si era intramuscular o intravenosa. Se decantó por el deltoides. Durante medio minuto no pasó nada, luego el anciano empezó a temblar y a toser. Pasaron más dos minutos largos antes de que recuperara el conocimiento; durante todo ese

tiempo, ella permaneció de pie delante de él, inmóvil, disfrutando de cada segundo.

El anciano abrió por fin los ojos legañosos y la miró atentamente, pero sin reconocerla. ¿Y cómo iba a hacerlo, si la última vez que la vio tenía seis años y estaba cubierta de sangre?

La mujer sintió que un agradable calor le subía desde las entrañas.

—Hola, papá —dijo.

## 8.

Mientras Alberti permanecía en la entrada del Parque a la espera de la llegada de las fuerzas antiterroristas, Colomba y Dante se pusieron por encima impermeables con la imagen del Papa en la espalda y una gorra de los cicloperegrinos comprada en un puesto, y se acercaron así a los dueños de la camioneta de comidas, prometiéndoles una recompensa si los ayudaban y amenazándolos con una detención en caso contrario. Uno de los dos aceptó, el otro se marchó irritado.

Colomba y Dante lograron entrar en el parque de este modo, observando a los transeúntes desde la camioneta; después de haber dado una vuelta a la plaza permaneciendo lo más cerca posible de la muchedumbre, aparcaron detrás de la gran tienda bajo la cual se estaban congregando los fieles.

No había paredes, solo el techo de tela que protegía del sol, y por tanto Colomba y Dante vieron a los fieles que ocupaban sus sitios mientras el sacerdote, con la ayuda de un par de monaguillos, se vestía los paramentos. Delante del altar —una simple mesa de madera con la custodia, una cruz y una vela— había un gran espacio sin bancos, reservado a camillas y sillas de ruedas, repleto ya de ancianos e inválidos.

—¿Sabes que creer en un ser invisible, infinito y omnipotente puede considerarse una enfermedad mental? —dijo Dante observando las caras.

—Desde mi punto de vista, mucho más lo es pensar que el universo se ha creado por sí solo.

—Entonces tu Dios deja que personas como Leo y Caterina vayan por ahí matando a gente y secuestrando a chicos.

—Se llama libre albedrío. Pero *no quieres* tener un debate teológico en este momento, ¿verdad?

—Verdad.

Colomba le pidió al conductor que aparicara cerca de la tienda de suvenires.

—No tenemos permiso para meternos ahí, nos pedirán que nos marchemos —contestó el tipo—. Ni siquiera hay tomas para la corriente.

—Dígales que tiene un problema con el motor y que permanecerá cerrado —

dijo Colomba. Luego a Dante—: Yo voy a dar una vuelta, tú quédate aquí.

—De acuerdo —dijo él, que ya había localizado las botellas de licor.

Colomba se caló la gorra hasta la nariz y se puso el auricular en la oreja derecha. Era de color carne e invisible, y se conectaba mediante wifi con la radio que llevaba en el cinturón, junto a la pistola. Comprobó que no se veía nada por debajo de la capucha del impermeable y se bajó.

—¿Me oís? —murmuró.

—Sí —dijo Dante, que tenía la radio apoyada sobre el mostrador, con el volumen al mínimo.

—Sí, doctora —dijo Alberti—. Acaba de llegar Esposito.

—Dale el canal —dijo Colomba y entró en la pequeña tienda atestada de niños y monjas, donde fingió estar interesada en la crema de azufre para pieles grasas. Allí cerca, una flecha señalaba el recorrido de la visita CÓMO ERA LA MINA HACE CIEN AÑOS.

—¿Está abierto? —preguntó a la dependienta de detrás del mostrador.

—¡Por supuesto! Entrada gratis.

—Lo oigo mal, doctora —dijo Esposito en su oreja.

Ella se desplazó hacia la ventana de la tienda, entre los expositores de postales con reproducciones antiguas.

—Me lo imagino, hay un montón de roca. ¿Los demás?

—Se están acercando por separado.

—Lo confirmo —dijo D'Amore, incorporándose a la frecuencia—. ¿Cómo es la situación? ¿Has localizado el objetivo?

—No. Ninguno de los tres. Pero el área es enorme.

—Describémela.

—Son por lo menos diez hectáreas de terreno, con muchos puntos ciegos, edificios que se caen a pedazos y cobertizos de la fábrica. Hay aproximadamente unas trescientas personas, todas ellas en el espacio central. Muchas mujeres negras y asiáticas, muchos sacerdotes y monjas. Dos carabineros mantienen el orden público, bomberos y ambulancia están aparcados a la entrada. Un cercado de alambre de espino rodea toda el área; da a los campos y a la carretera local.

—Hemos delimitado el perímetro. De allí no salen, si no han salido ya.

—¿Francotiradores?

—Dos, en el tejado de la fábrica abandonada a las nueve. La cancela vamos a considerarla las seis; la carpa, el centro del área; el cercado del fondo, las doce.

Colomba lo buscó con la mirada, pero desde allí no era capaz de verlo.

—O Kappa —dijo—. Pero acuérdate de lo que me has prometido.

—Espo y yo estamos listos para entrar —intervino Alberti.

—Empezad a inspeccionar los autocares —Colomba reflexionó un instante y añadió—: A las once, más o menos.

—Yo envío a cuatro de los míos al interior y los hacemos empezar desde la parte contraria —dijo D'Amore—. Somos poquísimos para esa cantidad de gente.

—No me lo esperaba —dijo Colomba.

—Yo soy Halcón 1; mis hombres, del dos al ocho. Los francotiradores, Águila 1 y 2. Tú eres Roma 1; y tus hombres, numeración progresiva. Canales abiertos.

—O Kappa.

—Roma 2 y 3 entramos —dijo la voz de Esposito. Sin sombra de sarcasmo, por una vez.

—Roma 4 se prepara un vodka tonic —dijo la voz de Dante.

—Deja de jugar con la radio —dijo Colomba.

—A la orden, señor Roma 1.

Colomba bajó por el túnel y enseguida las comunicaciones de servicio en su auricular se convirtieron en chasquidos y zumbidos. El túnel de la mina estaba desierto y desnudo, salvo por las luces de emergencia en las paredes de roca. Colomba habría jurado que estaba idéntico a cuando su abuelo la llevó.

Bajó hasta la cabina sellada del ascensor, pero allí terminaba el recorrido; más adelante, una pesada puerta con la cerradura cegada por el polvo bloqueaba la galería. Probablemente llevaban siglos sin abrirla, y era una suerte, porque a saber por cuántos kilómetros más seguían las galerías, entre bifurcaciones y túneles de comunicación.

Y luego se percató de que detrás de la puerta, empujado por la corriente de aire, había algo que rodaba. Metió el brazo entre los barrotes y lo aferró al vuelo: era un par de medias de red apelotonadas.

Colomba volvió corriendo a la tienda de suvenires para recuperar la señal de radio, justo cuando se difundía la voz del sacerdote por los altavoces.

*En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.*

—Aquí Roma 1. He encontrado una pieza de ropa que puede pertenecer al objetivo. Ha utilizado la galería abierta al público para cambiarse, justo detrás de la tienda de suvenires, a las tres —dijo mientras caminaba hacia la camioneta de comidas.

D'Amore le preguntó si había más pistas, y ella respondió que no.

—Pero buscad a alguien que tenga las llaves, no sé si hay más cosas.

*Amén.*

—Recibido, Roma 1 —dijo D'Amore—. Halcón 4 y 5, desplazaos a las tres.  
Colomba hizo un gesto de saludo al conductor de la camioneta, que fumaba nervioso pensando en el dinero perdido, luego llamó a la persiana.  
—Dante, te he traído un par de medias para oler —dijo.  
Al no responderle, se inclinó para mirar por el resquicio.  
El bar estaba vacío.

## 9.

*Y con tu espíritu.*

El eco de los altavoces penetró hasta el interior de la cabina del teleférico. La mujer que había sido Caterina se percató de que el tiempo estaba a punto de expirar. Se agachó hacia el hombre tendido en el suelo que la miraba entre lágrimas, la camisa abierta sobre el vientre hinchado y cubierto por los hematomas de las paracentesis. En su esfuerzo para huir de ella, se había caído de la silla de ruedas y se había quedado en el suelo, incapaz de levantarse. Los pantalones con goma elástica se le habían resbalado por las raquílicas piernas, dejando a la vista el pañal que llevaba para la incontinencia. Se lo había hecho encima y apestaba.

La hija lo miró sin compasión.

—¿Te acuerdas de mamá? —le preguntó—. Sobrevivió un mes después de que te marcharas, ¿lo sabías? Aunque ya no era capaz de entender nada —se señaló la sien—. Le rompiste algo aquí adentro. A fuerza de puñetazos. Y yo ayudaba a la enfermera a lavarla. Tenía seis años y yo limpiaba a mi madre porque tú la habías molido a puñetazos —se acurrucó para mirarlo de cerca—. ¿Cuál fue su culpa?

—Ninguna... ninguna —la voz del anciano rascaba y silbaba—. Yo bebía. No quería...

—Te lo digo yo. Su culpa fue descubrir lo que me estabas haciendo. Y haber intentado impedirlo.

El anciano se agitó en su intento de hablar, pero tosió, sonrojado por el esfuerzo de respirar.

—Me sacaron los ovarios. Con seis años. Por la infección que me pegaste. Inmediatamente después de que mamá muriera —la mujer se quitó la toca y el abrigo y los colgó en la manija de la puerta—. ¿Sabes qué decían las enfermeras? —prosiguió—. Que era mejor así. Al menos no traería al mundo a otro bastardo desgraciado como yo, otro *Neger*.

La mujer sacó un mono blanco impermeable del bolso y se lo puso, aplastando las trencitas bajo la capucha.

—Perdóname —jadeó el anciano, e hizo un último intento desesperado de levantarse, pero la hija lo empujó hacia abajo con el pie.

—Te habría perdonado si hubieras regresado para recogerme. Habría dejado que me hicieras de todo otra vez si no me hubieras abandonado. Y probablemente ahora estaría muerta. En cambio, aquí me tienes. Tú no volviste y yo crecí.

Sacó el cúter del bolso y empezó cortándole la nariz.

## 10.

D'Amore se reunió con Colomba en la camioneta de comidas. Llevaba una gorra con la foto del Papa y sostenía en la mano un folleto de las iniciativas de la Orden de Malta.

—¿Lo has encontrado? —preguntó.

Ella negó con la cabeza.

—He mirado en la carpa y en los tenderetes de alrededor.

—Si se lo hubieran llevado por la fuerza, uno de mis hombres lo habría visto. ¿Puede haberse marchado voluntariamente?

—Eso espero —el dolor fantasma del vientre era tan fuerte que Colomba se vio obligada a doblarse sobre sí misma—. Pero no puedo dejar de pensar que Leo lo ha organizado todo para recuperarlo. Sé que es una locura, pero todo lo que ha ocurrido es demencial. Dios...

—Halcón 4 —dijo la radio.

—Adelante —respondió D'Amore.

—Hay una mujer que se corresponde con la descripción del objetivo. Va vestida de enfermera y empuja una silla de ruedas con un hombre cuyos rasgos no distinguimos, pero que podría ser el rehén. En la zona de aparcamiento de los autocares. A las once.

—Dirigíos todos hacia allí, pero manteniendo la distancia. Águila, ¿veis algo?

—Negativo, nos lo tapa el teleférico.

D'Amore puso una mano sobre el micrófono.

—¿Vienes o quieres quedarte esperando a Dante? —preguntó.

Colomba se clavó las uñas en las palmas de las manos, goteando sangre.

—Vamos —dijo.

## 11.

Dante esperó a que dos de los Halcones de D'Amore se alejaran del puesto de los libros. Llevaban gorras y sudaderas iguales a las de los peregrinos, pero bastaba con ver cómo se movían y se cubrían los puntos ciegos el uno al otro para darse cuenta de que eran militares. Y luego estaban esas protuberancias sobre el estómago y el muslo, los ojos duros, la sonrisa falsa, la ligera inclinación hacia el lado del auricular.

Dante se desplazó hasta detrás de un pequeño bar sobre ruedas con forma de limón, y desde allí vio a los dos Halcones cruzarse con Esposito y Alberti; después de un rápido intercambio de frases, los cuatro se encaminaron con rapidez hacia el aparcamiento de los autocares.

*Está pasando algo, pensó.*

En cuanto los policías y los militares desaparecieron detrás de la vieja fábrica, Dante se metió entre un grupo de estudiantes, y después de cruzarlo continuó hacia la pequeña montaña de materiales de desecho, al lado de la cual se encontraban los antiguos hornos de caliza, una serie de bañeras grandes como tinas inclinadas, dispuestos en bancales. En el siglo XIX servían para filtrar el azufre en bruto; ahora solo eran enormes papeleras para la basura que la gente lanzaba por la calle.

¿Se habría percatado ya Colomba de su desaparición?, se preguntó. Se la imaginó tratándolo de loco y blasfemando.

Pero ¿qué podría haber hecho? ¿Explicarle que mientras ella bajaba a la mina las aburridas ocurrencias de los polis que jugaban al escondite habían desaparecido de la radio, sustituidas por una única voz que le había helado la sangre? ¿Una voz que lo había convencido para que se metiera entre la muchedumbre que se movía con la fetidez de un monstruo de mil cabezas, soportando las manos pegajosas de los niños, los olores corporales, el aliento de los desconocidos que se mezclaba con el aire que respiraba, las partículas llenas de bacterias de su sudor?

*A las tinas, le dijo la voz. Tú solo. Tendrás las respuestas que buscas.*

Un instante después se habían restablecido las comunicaciones entre Halcones

y Águilas, pero Dante no las escuchó: ya se había bajado de la camioneta, preocupado por que Colomba llegara y pudiera pararlo. No había razonado, no había sopesado los pros y los contras.

Con las piernas temblorosas, Dante enfiló la pasarela de madera que subía hasta las tinas, con el corazón a mil, empapado de sudor.

En el horno central estaba sentado un hombre. En cuanto vio a Dante, se aferró a un par de muletas y se levantó.

—Hola, hermanito —dijo—. Tenemos tres minutos. No los malgastes.

## 12.

Tommy gritó.

Sorprendida, la muchacha que se encargaba de su cuidado se puso en pie de un salto y se golpeó la cabeza contra el portaequipajes del autocar: confiaba en que el chico durmiese más tiempo, y en cambio debía de haberse despertado de pronto. Y ahora miraba aterrado a su alrededor.

—Pórtate bien, Tommy —le dijo—. Pronto estarás en casa.

Tommy empezó a agitarse y lanzó otro grito. Ella hurgó en el bolso y encontró la jeringuilla, pero él se movía demasiado, y sin querer le dio un manotazo. La jeringuilla rodó por el pasillo.

—¿Va todo bien ahí atrás? —preguntó el conductor.

—Sí, sí. No se preocupe —respondió la chica, intentando sujetar a Tommy.

Pero era una empresa imposible. Era rápido y grande. Y fuerte. Le arrancó la toca, y cuando ella intentaba ponérsela de nuevo, la aplastó contra el reposabrazos golpeándola con las manos abiertas. Se vio obligada a levantarse otra vez, y otra vez se golpeó la cabeza contra el portaequipajes. Tommy la superó y empezó a golpear contra la puerta.

—¡Cuidado, que la rompe! —dijo el conductor.

—¡No sé cómo calmarlo! —contestó ella, presa del pánico—. Tiene una crisis.

—Si usted no lo sabe, imagínese yo —dijo el conductor, abriendo las puertas.

Tommy se tambaleó, pero logró mantenerse en pie aferrándose al marco de la puerta. Lanzó otro grito y esta vez también se giraron un par de transeúntes; debía de ser una escena bastante común ese día, porque pronto esos dos tipos apartaron la mirada y continuaron su camino.

La muchacha recogió la jeringuilla y se la clavó a Tommy en la espalda, pero había olvidado sacar el capuchón y la aguja se partió.

—Te lo ruego, cálmate —le dijo.

Tommy no le hizo caso, saltó al suelo y empezó a correr agitando los brazos entre roznidos y gritos. Cegada por el pánico, la chica también se bajó y, en vez de perseguirlo, se dirigió hacia los sanitarios portátiles.

### 13.

El cerebro de Dante estalló, arrollado por el *satori*: todo lo que había imaginado, todo lo que había creído, era incorrecto.

—¿Qué coño te ha pasado? —tartamudeó.

Leo sonrió bajo el entramado de cicatrices que hacía irreconocible su rostro.

—La guerra, hermanito. Y la perdí —ya no tenía dedos en la mano derecha, y las piernas terminaban por encima de la rodilla. Una cicatriz le entrecerraba el ojo izquierdo—. Tú estabas cuando pasó, pero lo has olvidado.

Un fragmento del sueño arañó los recuerdos de Dante. *El agua. El olor de queroseno.*

—El naufragio —dijo.

Leo asintió y se sentó otra vez.

—Cuando estalló el segundo depósito, yo estaba demasiado cerca del *Chourmo*. La explosión me dejó aturdido y la corriente me hundió. Tú llevabas el chaleco y te rescataron enseguida.

—¿Quién me sacó de allí?

—Si lo supiera, estaría muerto. No te acuerdas, pero en el barco estuvimos hablando mucho tiempo. Te expliqué que tenías que ayudarme a pillarlo. Tú eras... obstinado, pero sabía que al final lo habrías entendido.

Dante sufrió un mareo, y también él se sentó en el murete, manteniéndose a un par de metros de Leo.

—Tú no pudiste matar a Martina. No en este estado.

—Y no lo habría hecho de esa manera. Me caía muy bien. Siempre me traía el café —Leo puso una sonrisa torcida.

—Jesús... Trabajabas con Lupo.

Leo asintió.

—Le pasaba las llamadas.

—Y no fuiste tú quien me encerró en Rímini.

—No.

—Y tú no mataste a los Melas.

Leo negó con la cabeza.

—Y... —Dante se detuvo: la única pregunta que realmente tenía importancia no era capaz de formularla. El mero pensamiento de transformarla en palabras lo dejaba sin energías.

De todos modos, Leo lo entendió.

—Y no sé quién eres, hermanito.

Una oleada de desilusión y rabia sacudió a Dante.

—Y entonces, ¿por qué coño sigues llamándome así?

Leo sacó una fotografía en blanco y negro del bolsillo y la dejó sobre el borde del murete.

—La tomaron en Berlín en 1980.

Eran dos hombres sentados en un banco, con una anónima pared de ladrillo de fondo. Uno de los dos estaba encendiendo el cigarrillo para ambos. Dante lo reconoció y apartó la mirada.

*No mires afuera. Sé obediente. Sé limpio.*

—El Padre... —dijo temblando de miedo.

—Nuestro Padre. Cuando tenías diez años compartimos la celda. Yo tenía catorce, me ocupaba de ti.

—Yo estaba en el silo... —balbució Dante.

—No. Eso pasó después. Antes estuviste conmigo en la fábrica —Leo miró el reloj que había colgado en una muleta—. Todavía nos quedan dos minutos.

—No voy a dejar que te marches... —intentó decir Dante.

—Ni siquiera puedes detenerme. No pierdas el tiempo.

—¿Quién eres?

—*Mu*. Soy un vacío.

—¿Por qué Venecia?

—Mira al otro hombre de la foto. Lo has visto mucho más viejo y más bronceado.

Dante volvió a mirar la imagen, con los ojos entornados como si brillara con una luz cegadora.

—Belyy. El fundador de la COW. Joder. ¿El Padre y él trabajaban juntos?

—Sabían mirar hacia delante. La guerra fría había terminado, la Unión Soviética estaba destinada a colapsar. Belyy empezó a trasladar a los chicos más prometedores y el Padre se ofreció amablemente a mantenerlos bajo custodia. No sé de dónde procedes tú, pero yo pasé los primeros catorce años de mi vida dentro de la Caja. Giltiné era mi hermana, lástima que estuviera rematadamente mal de la cabeza.

## 14.

Tommy cayó a los pies de la montañita de residuos, se levantó y, con la sangre goteándole de la nariz, echó a correr de nuevo. Tropezó con uno de los soportes de la pasarela que subía hasta los antiguos hornos y se cayó otra vez, golpeándose la cara contra el primer escalón. Esta vez no se levantó: se acurrucó en posición fetal y rompió a llorar.

Dante, diez metros por encima, lo vio.

—El chico... —dijo.

—Ya se ocupará alguno de los agentes que están infestando la celebración — Leo se le agarró—. Tenemos un minuto.

## 15.

*60 segundos*

Colomba había visto que Tommy salía de detrás de los árboles y caía en la pasarela. En el preciso instante en el que echó a correr hacia él, empuñando la pistola, en la oreja estalló la voz de D'Amore.

—Roma 1. No sabemos si el rehén está solo. Abortar.

—Si me disparan, lo descubriréis —dijo ella, mientras alcanzaba la base del horno.

Tommy se frotaba la cara, le sangraba la nariz. Colomba se agachó hacia él.

—Va todo bien, Tommy —le dijo—. Soy yo. Soy yo.

El muchacho la trabó con un abrazo de oso. Colomba le correspondió manteniendo la pistola en la mano derecha.

—Rehén asegurado. Necesito apoyo médico —dijo por la radio.

—De acuerdo. Interceptad al objetivo —dijo D'Amore.

*40 segundos*

Alberti y Esposito eran los más cercanos. Sacaron las pistolas y corrieron hacia la muchacha que estaba abriendo una de las puertas. Del sanitario de al lado salió un niño, que al ver las armas empezó a gritar, pero la muchacha no tuvo tiempo de reaccionar. Alberti la lanzó contra el suelo y le colocó la pistola en la nuca.

—Policía. No te muevas.

Esposito le dobló los brazos a la espalda y, después de registrarla, la esposó.

—Roma 2. Tenemos a la *putarrona*.

Alberti le quitó la toca.

—No es ella —dijo mientras el corazón le daba un vuelco.

—¿Cómo que no es ella? —dijo Esposito—. ¡Si estaba con Tommy!

Alberti giró a la muchacha de malas maneras.

—¿Dónde está Caterina?

*20 segundos*

Caterina guardó el mono en el bolso y se colocó la toca de nuevo. A sus pies se extendía un charco de sangre diluida en un líquido que parecía orina, pero que había salido directamente del vientre abierto del hombre echado en el suelo. Litros y litros de líquido ascítico.

Se vio reflejada en esa papilla asquerosa.

Sonrió.

Era libre.

*10 segundos*

Entre tambaleos, Leo condujo a Dante a lo largo de la plataforma.

—Estaba convencido de que tú andabas detrás de todo, que eras el Rey de Oros. Y en cambio ni siquiera has jugado esta partida.

Leo sonrió por primera vez.

—Por eso estoy lanzando al aire la baraja —dijo, y le dio un cabezazo.

Dante no vio nada más y perdió el equilibrio, retrocediendo hacia la boca del horno. Intentó aferrarse al borde sin conseguirlo.

—¡No! —gritó mientras resbalaba hacia el fondo de la tina.

—No creas en nada, hermanito —dijo Leo desde arriba—. No creas en nada.

*Cero*

El camión cisterna del padre de Loris hundió la cerca del parque mineral como si fuera de contrachapado en el punto que los militares habrían llamado «las tres». Era una bestia de principios de los años noventa, cuarenta toneladas sobre seis ejes de ruedas, y había pocas cosas que pudieran frenar su marcha, aunque avanzara solo a diez kilómetros por hora.

Gaspare Mantoni superó un talud de tierra y bajó por el terraplén desierto, salpicando barro y grava. Arrancó un arbusto, luego una camioneta de comidas aparcada delante de una tienda de suvenires, que cayó arrastrando a su

propietario, quien acababa de bajarse para fumar entre mil maldiciones contra su socio, por dejarle colgado a merced de la maldita pasma. La manija de la persiana golpeó al hombre en la base de la columna vertebral, el costado le aplastó la cabeza como si fuera una nuez, y lo mismo hizo con dos jóvenes de una asociación católica local que estaban al lado.

Gaspare viró, y después de llevarse por delante uno de los anclajes de la carpa, se precipitó sobre el altar. El primer atropellado fue el sacerdote, luego fue el turno de los enfermos y de los fieles que tenía delante y que intentaban huir en vano, pisoteándose unos a otros entre gritos.

Gaspare, atontado por el alcohol, apenas se dio cuenta. Había conducido ebrio durante buena parte de su vida, relleno de las calderas de media campiña de Portico, moviéndose por caminos tan solo buenos para las cabras, y por tanto no tenía ningún problema allí, donde todo era llano. Si seguía derribando cosas y personas, *joder*, era porque le gustaba hacerlo.

Embistió a un grupo de sacerdotes que huían, sintiéndose igual que una bola entre los bolos, y salió al aparcamiento de los autocares. Viró de nuevo y le dio de lleno en el morro al de color blanco con la cruz roja.

Gaspare abandonó este mundo en ese momento, cuando su hueso frontal hundió el parabrisas. El conductor del autocar contra el que había arremetido se vio lanzado hacia atrás por el *airbag* y de reojo vio el camión cisterna volteándose como la cola de un escorpión entre los bramidos de las chapas metálicas. La parte trasera del camión cisterna cayó en picado sobre el morro del autocar y la válvula de seguridad tapada durante años de abandono saltó, liberando en el aire los treinta mil litros de GLP líquido bajo una presión de cuarenta y cinco bares, que se convirtieron en gas expandido a una velocidad de casi doscientos metros por segundo.

El desplazamiento de aire levantó un torbellino de tierra y grava que acribilló las cabinas de los sanitarios portátiles y el cuerpo de dos amigas que estaban vistiéndose de prisa, para luego ametrallar a la muchacha entre Alberti y Esposito. Pero ellos ni siquiera lo notaron, porque habían salido despedidos un momento antes, con los tímpanos reventados.

Seguían en el aire cuando el GLP entró en contacto con la llama.

Alberti vio el cuerpo de su colega disparado como una bola de cañón.

El aire y la nube de gas y vapores encendidos barrieron las camionetas que habían escapado al camión cisterna de Gaspare, haciéndolas estallar en cadena, quemando los anclajes de la carpa y carbonizando los bancos, y cortaron como una hoz incandescente a las personas en fuga, los NOA y los carabineros que

habían perseguido al camión cisterna. Golpearon la montaña de residuos, que saltaron igual que corchos de champán y llovieron sobre Colomba, todavía abrazada a Tommy, soltaron los cables del teleférico, trituraron la cabina de control, convirtieron a Caterina en una nube incandescente y luego subieron, y siguieron subiendo, hasta azotar la zona superior de los antiguos hornos.

Dante todavía resbalaba hacia el fondo cuando todo se hizo insoportablemente luminoso. La silueta de su hermano en la cúspide de la tina se convirtió en una mancha de color en la blancura.

En esa blancura se perdió un instante después.

---

**Cuarta parte**  
**LA INFANCIA DEL MAL**

## **Antes**

*Cuando la puerta se abre y un tentáculo de luz artificial entra en el pequeño cuarto de ladrillos desnudos, el muchacho sin nombre refunfuña y se acurruca, dispuesto a saltar. A menudo está a cuatro patas, porque en el mundo oscuro donde creció se sentía más seguro. Donde creció, se reconocían por el olor; donde creció, quien no era depredador se convertía en comida.*

*El hombre que está en el umbral es alto y delgado, lleva un mono de obrero ancho y gafas oscuras sobre un pasamontañas de seda. En cuanto lo ve, el muchacho sin nombre baja la mirada y deja de refunfuñar, porque el hombre que tiene delante es el que decide su destino. Se hace llamar el Padre, habla ruso con un fuerte acento extranjero y espera obediencia absoluta.*

*—Ven —le dice, y le da la espalda de inmediato.*

*El muchacho podría atacarlo. En el mundo oscuro nadie le daba la espalda a nadie. Pero el mundo oscuro queda lejos ahora, ni siquiera sabe cuánto, porque un día se despertó y ya estaba allí, entre aquellas paredes, y debía de haber dormido días, quizá meses, porque la claridad que se filtraba por los respiraderos había bastado para hacerle gritar por el dolor en los ojos.*

*El Padre enfila un largo pasillo polvoriento, iluminado por bombillas desnudas, y él lo sigue, con las rodillas ligeramente dobladas, las manos listas para aferrar; los pies, para patear. Huele los nuevos olores, escucha los viejos sonidos que se filtran tras la fila interminable de puertas cerradas: gritos, llantos, alaridos y el ruido de la carne que se lacera al golpearse.*

*—Has crecido en un ambiente hostil —dice el Padre, también en ruso—. Y esto te ha convertido en lo que eres..., te ha convertido en un buen Hijo. Ahora, sin embargo, debes aprender a ser algo distinto. Porque el secreto de la supervivencia es la adaptación al medio, ¿entiendes?*

*—Sí —susurra el muchacho, aunque no sea del todo cierto: muchas de las palabras que el Padre pronuncia no las conoce.*

*—Tus reflejos tienen que convertirse en una elección, tienen que dejar de ser una imposición de la peor parte de ti..., la parte de bestia. ¿Lo entiendes?*

*—Sí. Las bestias mueren.*

—Muy bien. En cambio, tú vas a sobrevivir. Y tendrás un compañero de cuarto.

El Padre se detiene delante de una puerta. Descorre el cerrojo y abre. La luz cruda del neón ilumina a un chiquillo esquelético atado a un camastro con correas de cuero, sacudido por escalofríos, con espuma en la boca, un gotero en la vena. Lleva una bata abierta, y encima del camastro hay un agujero por el que dejar caer los excrementos en un balde. La peste hace que los ojos lloren.

—Un paciente difícil —dice el Padre—. Tiene un carácter quejoso y obstinado, tiende a la confrontación —se levanta el pasamontañas hasta los labios y se mete en la boca un palito de regaliz—. Me está costando mucho trabajo vencer sus resistencias. A pesar de la terapia.

Ha pronunciado la última palabra en italiano y el chico lo mira sin entender.

—Terapia significa tratamiento —el Padre le indica el gotero—. Insulina —dice—. En una dosis adecuada provoca un shock que pone en marcha el cerebro, y que tengo la esperanza de que elimine en él cierta rigidez. Recibe el tratamiento dos veces por semana, alternadas con el electromasaje perineal y con los baños. Ha habido mejoras, pero todavía no se ha curado. ¿Entiendes?

—Sí.

—Cuento contigo para que aprenda obediencia. Él, en compensación, te ayudará a razonar. Tiene un cociente intelectual muy alto y una capacidad de elaboración superior, aunque a menudo se vea afectada por su morbosidad sexual.

El Padre coge un trapo colgado de la pared y lo utiliza para secar la cara brillante de sudor del preso.

—Espero no tener que recurrir a técnicas más invasivas que estas. Preferiría dejarlo intacto. Pero, como dice el refrán, quien escatima la vara malcría al hijo —añade en italiano.

Desconecta el gotero del preso y le pone una tirita en el brazo. Luego le levanta la cabeza y le hace beber un vaso de agua y azúcar, que el chico escupe en su mayor parte, poniendo los ojos en blanco.

—Te dejo con él. Cuando se recupere, llévalo a tu habitación. A partir de este momento estáis unidos, ¿entiendes?

—Sí —dice el chico mirando al preso y preguntándose si no será mejor matarlo de inmediato, asfixiarlo en cuanto el Padre le dé la espalda—. ¿Tiene nombre o es como yo? —pregunta.

El Padre se baja de nuevo el pasamontañas.

—Puedes llamarle Dante.

---

# Capítulo I

## 1.

Las operaciones para recuperar e identificar a las víctimas del parque de la Mina duraron dos semanas, porque los kilómetros de galerías exigieron también la intervención de los equipos de espeleólogos.

La zona más difícil de inspeccionar resultó ser, sin embargo, el aparcamiento, donde las planchas de los vehículos se habían soldado con las estructuras del teleférico en un amasijo cortante. Al final, fueron treinta y nueve los cadáveres recuperados, pero todo el mundo estuvo de acuerdo en que las víctimas habrían sido muchas más si Gaspare Mantoni se hubiera precipitado directamente sobre los autocares en vez de jugar al *Grand Theft Auto* en medio de la muchedumbre: a pesar del pánico, los que no acabaron bajo las ruedas del camión cisterna huyeron, alejándose así del epicentro de la explosión.

Entre las treinta y nueve víctimas confirmadas había religiosos, varios encargados del parque, los dependientes de la tienda de suvenires incendiada, el vendedor de algodón de azúcar y el de los globos, el sacerdote que celebraba la misa, la mujer llamada Caterina y su padre, la muchacha que había ayudado a Caterina, tres agentes de los NOA, dos carabineros y un policía de Roma que salió despedido contra una pared de ladrillos.

Se llamaba Claudio Esposito.

## 2.

El funeral de Esposito se celebró de forma solemne en la basílica de San Pablo Extramuros, junto con los de los otros agentes y militares muertos durante la masacre.

Participó la esposa de Esposito con sus dos hijos, que estaban viviendo su peor pesadilla. Participaron las más altas autoridades del Estado, incluido el presidente del Gobierno, quien pronunció un inspirado discurso sobre los peligros del extremismo islámico. Participaron Di Marco y la cúspide de las Fuerzas Armadas y de los servicios secretos europeos, que aplaudieron. Participó D'Amore, respirando con dificultad debido a las costillas rotas, con la mirada lejana, perdida en otros muertos y otras tierras. Participaron los padres de Martina, recordada junto con los otros caídos por el terrorismo. Participaron Lupo y Bruno, todavía con el shock de descubrir que Bonaccorso había vivido entre ellos durante meses, sin que nadie se diera cuenta. Participó Alberti, con el brazo en cabestrillo y la cabeza cubierta de quemaduras, apoyándose en su novia porque lloraba a moco tendido: en poco tiempo había perdido a dos compañeros con los que estaba seguro de envejecer.

Participó también Colomba, acribillada de hematomas por el desprendimiento de la pequeña colina que los protegió a Tommy y ella de la explosión. No se acercó a sus excompañeros ni a los familiares de los fallecidos, sino que permaneció entre la gente de a pie que seguía la ceremonia por solidaridad o por verse otra vez en televisión. Con el pelo cortado a cepillo y los ojos amoratados nadie la reconoció. Nadie excepto Santini.

—¡Es culpa tuya, pedazo de cabrona! —le gritó, después de haber atravesado todo el séquito. Estaba borracho y le costaba permanecer erguido.

Colomba intentó cambiar de acera, pero Santini la siguió.

—¡Esposito estaba en Personal! —gritó—. ¿Por qué cojones no lo dejaste en paz? ¿Por qué lo implicaste en tus mierdas?

La procesión seguía desfilando, aparentando no verlos. Colomba intentó avanzar de nuevo, y de nuevo Santini se le plantó delante.

—¿Qué coño quieres de mí? —dijo Colomba, sin energía.

—¡Que te largues de aquí! —gritó Santini, cada vez más echado hacia delante—. ¡Largo! ¡Este no es tu sitio! No tienes derecho a estar aquí.

Dos policías de paisano se abrieron paso por entre la muchedumbre. Eran la escolta de Santini, y debían de haberse preocupado cuando se alejó de un salto. Uno de los dos lo cogió por el brazo.

—Doctor —dijo—. Por favor, vámonos. No vale la pena.

Un destello de lucidez encendió la mirada de Santini, que retrocedió dos pasos.

—Pero acompañadla lejos de aquí.

Aquello no fue necesario: Colomba dejó que la comitiva desfilara, y se encontró sola en la calle desierta. Al final se alejó por las calles de Roma, rumbo a una casa que ya no sentía como suya.

Pasó al lado del hotel Impero, en Via del Corso, pero no se detuvo: no se veía con fuerzas, aún no.

### 3.

En la semana que había pasado en la terraza con balaustradas de la suite en la última planta del hotel Impero, bebiendo café y vodka a palo seco, fumando y tragando pastillas, Dante tuvo que gestionar otro retazo de vida perdida, empezando por las diez horas en el vientre del horno antes de que los equipos de Protección Civil lograran sacarlo.

En el fondo del vertedero se había esparcido aceite de motor y Dante no habría sido capaz de trepar y salir por su propio pie, aunque estuviera limpio. Pero no lo estaba. Tras la explosión perdió cualquier noción de sí mismo. Los socorristas lo encontraron medio desnudo, cubierto de hollín, lanzando gritos inarticulados. Incluso intentó agredirlos. Por suerte, entre ellos se hallaba también el médico de urgencias de Portico que lo había ingresado con el nombre de «señor Caselli» después de Villa Quiete y llamó a Colomba, que estaba buscándolo aún entre los escombros.

A esas alturas era imposible seguir manteniendo en secreto su encuentro, y por tanto el jefe de la policía lo comunicó oficialmente, anunciando asimismo que el líder de la célula del ISIS que lo había secuestrado había resultado muerto durante el atentado en las minas de azufre.

A Dante no le quedó más opción que encerrarse en el hotel, evitando a todo el mundo sin distinciones: periodistas, curiosos y conocidos. Ni siquiera Roberto Minutillo, abogado y amigo desde hacía años, logró verlo.

Tan solo su padraastro, Annibale Valle, se había negado a resignarse.

Era un hombre falstaffiano, de unos setenta años, con barba, que sostenía sus casi dos quintales de peso gracias a un par de bastones. Ahora estaba sentado en un par de sillas unidas y miraba a Dante, quien hacía de todo para ignorarle.

—No puedes permanecer encerrado aquí dentro para siempre —dijo, con toda la amabilidad posible.

Dante apagó la colilla en el hielo derretido al fondo del vaso.

—Déjalo ya, Dante —prosiguió Annibale, con dulzura—. Llevo toda la vida viéndote luchar y sufrir, y tal vez haya llegado el momento de parar. Por ti, para protegerte. Las cosas que crees saber...

—Que creo saber —intervino Dante. Cogió un vaso limpio y se sirvió hielo y vodka Beluga—. Eso mismo decías cuando intentaba explicarte que el Padre aún seguía con vida —esbozó una sonrisa malvada—. Antes de que descubriera que yo no era el auténtico Dante. Antes de que descubriera que habías mentido para salir de la cárcel, ya que te acusaban de haberme matado. Perdona, de haber matado a *tu hijo*.

Annibale bajó la cara.

—Dante... ¿qué debo hacer para que me perdones? Sabes que te quiero.

—No hay nada que perdonarte —dijo Dante al tiempo que se encendía otro cigarrillo—. Lo primero que aprendí al salir del silo fue que la gente miente, y tú no eres la excepción —y después de un largo silencio preguntó—: ¿Alguna vez piensas en él? ¿En el de verdad?

Annibale suspiró.

—También tú eres de verdad...

Dante lanzó el vaso contra el suelo. No se rompió, pero el vodka empezó a derramarse por el borde del balcón al jardín de abajo.

—¿Piensas en él alguna vez? —repitió sin levantar la voz.

Annibale asintió.

—Siempre.

—¿Y en qué piensas?

—Venga, Dante. No es justo...

—Por favor.

Annibale se sonó la nariz con una servilleta de papel.

—En... en cómo sería de mayor. Si se parecería a ti —dijo Annibale con la voz rota.

Dante hizo una mueca.

—Yo no me parezco a nadie. Salvo a un psicópata que contribuyó a matar a un montón de personas —«Soy un vacío», había dicho.

—Ahora todo ha terminado. Has de seguir adelante.

Por primera vez Dante se giró para mirar a Annibale a la cara. Le pareció viejo, con esas mejillas caídas como barbas de gallo, y las venas en relieve en las manos. Pensó que los hijos nunca deberían ver envejecer a sus padres, que todos tendrían que nacer y crecer por sí solos, para evitar el dolor de las despedidas.

—Sin pasado no hay futuro —dijo—. Solo un presente de mierda.

—Te has arriesgado a que te mataran tres veces. ¿No te basta?

Dante se estiró para recoger el vaso y lo llenó de nuevo.

—Soy un jugador, *papá*. Lanzo una y otra vez hasta que hago saltar la banca.

O alguien me hace saltar a mí.

## 4.

A Colomba ya no le quedaban muchos amigos entre las fuerzas del orden, aunque tampoco se había enemistado exactamente con todo el mundo. El vigilante de la morgue del hospital Umberto I le dio un pase y medió por ella ante uno de los empleados.

—No más de veinte minutos, señora —le dijo tras abrirle el cajón indicado del refrigerador mortuorio, y la dejó sola.

Colomba se sentó en el taburete, suspiró, desató las correas y bajó la sábana. El rostro semicongelado de Leo —verdusco, con la barbilla torcida, los párpados cerrados— no le causó el menor efecto. Quienquiera que hubiera sido en vida, mercenario o psicópata, ya no existía. La autopsia, no obstante, había evidenciado heridas antiguas, que podían remontarse a la adolescencia, y el ADN, que no se correspondía con ninguna de las muestras almacenadas con anterioridad, había servido para reconstruir un fragmento de su familia: Giltiné era en verdad su hermana, como le había dicho a Dante; o mejor dicho, hermanastra, porque eran de diferente madre. Tenían en común solo al padre.

Belyy.

—Creo que el infierno existe —le dijo—. Y tú estás ahí ahora, quemándote y sufriendo por todo lo que has hecho. Aunque si el diablo fuera imparcial, alguna circunstancia atenuante debería concederte.

Bajó un poco más la sábana y le destapó el pecho, destrozado por la autopsia y con cicatrices de quemaduras, debidas casi con seguridad al naufragio del *Chourmo*, dado que las ocasionadas por la explosión del GLP se concentraban sobre todo en la parte posterior del cuerpo.

—Porque lo que Belyy le hizo a tu madre, lo que viviste de niño, contribuyó a hacerte lo que eres —bajó la sábana del todo y miró las piernas amputadas; las cicatrices irregulares y laceradas—. Aunque yo creo en el libre albedrío, en las elecciones. Y tú elegiste... esa especie de vida que has llevado.

Leo había muerto por la onda expansiva y el calor en un organismo ya debilitado, le dijeron en la última reunión restringida del CAEA —el Comité de Análisis Estratégico de Antiterrorismo— en la que se contemplaba su presencia.

Cincuenta metros más alejado y habría sobrevivido.

—Pero no querías sobrevivir, querías palmarla antes de que te encontrara y pudiera matarte yo. Me has arrebatado también esta puta satisfacción. Ni siquiera he podido decirte a la cara el asco que me dabas. Cuánto...

Rompió a llorar con tanta fuerza para no era capaz de respirar. Se bajó del taburete y se acurrucó en una esquina de la sala embaldosada y fría.

Fue así como la encontró Bart.

## 5.

Bart ayudó a Colomba a levantarse y la obligó a llevarla a comer fuera, a pesar de que ella era la primera que se moría de cansancio: había bajado a Roma para participar en la reunión del Comité Nacional para el Orden y la Seguridad públicos y, si había pasado por la morgue, había sido solo para organizar el traslado del cuerpo de Bonaccorso al Labanof, donde se le practicarían otros exámenes.

Aún hacía frío, pero de todas formas se sentaron a una mesita al aire libre en el barrio de San Lorenzo, no lejos del viejo apartamento de Dante, que algunos querían fotografiar, pero nadie comprar debido a la salvaje reestructuración a la que lo había sometido. Bart pidió desde los entrantes hasta el postre, Colomba tan solo una ensalada. Pensar en la comida le revolvía el estómago.

—Gaspare Mantoni tenía un carcinoma colorrectal —dijo Bart—. Y aunque no tenía un céntimo le ha dejado un millón de euros a su mujer. En una cuenta *off shore*.

Colomba jugueteó con el tenedor, sin decir nada.

—El otro tipo al que encontraron despedazado en la cabina de control era el padre biológico de la secretaria de Pala. También a él le quedaba poco tiempo de vida.

Colomba asintió.

—También me lo han dicho.

El verdadero nombre de Caterina era Andrea Muruts, el apellido de la madre. Ciudadana alemana de segunda generación, prostituta y ladrona, había pasado la mayor parte de su vida encerrada, primero en instituciones, luego en prisiones.

—Han descubierto que Teresa la conoció nada más salir de la cárcel. Probablemente fue ella quien la reclutó y la envió con Pala.

—A cuenta del Rey de Oros...

—Sabía captar a la gente con esmero. Pero la fiscalía antiterrorista ha determinado que ha muerto, adiós y gracias.

Bart se dio cuenta de que se había equivocado al sacar el tema.

—¿Cómo está Tommy?

—No he vuelto a verle desde que lo ingresaron en el hospital —Demetra se presentó con un batallón de abogados acusando al tribunal de haber descuidado al chico y de haberlo puesto en peligro—. Solo sé que pronto se marchará para Grecia.

—Quizá su tía es menos gilipollas de lo que parece.

—Lo ordeñará y luego lo dejará tirado en alguna institución de mierda.

Bart suspiró.

—Cariño, no puedes curar todos los males del mundo.

—Por regla general, contribuyo a crearlos —dijo con amargura—. Pero no te preocupes, ahora sí que estoy jubilada. Todo se ha terminado, como dicen los servicios secretos en su versión oficial: Leo lo organizó todo y ha muerto. Los Melas eran sus cómplices, Loris y su padre lo ayudaron a matar a Martina. Caterina, mejor dicho, Andrea, lo ayudó a matar a los Melas y a robarles la pasta a cambio de vengarse de su padre. La chica que ayudó a Andrea murió y lo hacía por el dinero. Evidentemente, Leo se equivocó con el camión cisterna, tendría que haber huido antes, pero mejor así, ¿no?

Bart suspiró.

—Admitirás que en algunos aspectos es plausible.

—Leo estaba en las minas para salvar a Dante, no para matarlo. Pala estaba limpio, aunque tenía en la caja fuerte cuatro millones ochocientos mil euros con las huellas de los Melas, y no huyó cuando pudo hacerlo. Pero... ¿para qué seguir buscando, cuando existe el riesgo de que aparezca algo que es mejor que no se sepa?

—¿Tienes intención de hacer alguna gilipollez de las tuyas? —preguntó Bart, preocupada.

Colomba se abrió la chaqueta.

—Cuando dieron por terminada mi asesoría para el CAEA me retiraron la licencia de armas y la autorización de seguridad. Y además... —se encogió nuevamente de hombros—. ¿A quién coño le importa? Si no me hubiera obsesionado, Esposito aún estaría vivo.

—Y Dante habría muerto —Bart miró a Colomba—. ¿Por qué pones esa cara? Sin levantar la mirada, Colomba respondió:

—Cuando recuperé el conocimiento en el hospital me dijo que me quería.

A Bart casi se le cayó el tenedor.

—¿Y tú?

Colomba no respondió. Exactamente como había hecho con Dante, antes de salir corriendo de su tienda en el hospital.

## 6.

Dante logró convencer a su padrastro de que le dejara en paz de una vez sin tener otra crisis de llanto, luego se hizo un café mezclando granos de arábico e hindú y volvió a la terraza con balaustrada a mirar el techo transparente. Encendió el iPad y se conectó con el disco duro virtual que tenía en un servidor seguro y encriptado, donde había descargado todos los documentos recibidos de los servicios secretos acerca de la COW y lo que había encontrado en la red sobre los contratistas de seguridad. Desde que Bush Jr. las legitimara durante la Segunda Guerra del Golfo, se habían convertido en poderes económicos públicos y cotizados en la Bolsa.

La espina dorsal de la galaxia mercenaria de la COW era F3, fundada en Sudáfrica por Belyy, justo después de su huida de la Unión Soviética. Medio millón de empleados, dos tercios de ellos en Oriente Medio o en África. En los últimos dos años suministraba a gobiernos y multinacionales no solo soldados, sino también evaluaciones de riesgo y análisis estratégicos. Facturaba treinta mil millones al año, y recientemente había adquirido Atlanta, una de las compañías más grandes del mundo especializada en tecnología de seguridad.

Luego estaba Fegiz Protection Services, con sede en Londres y con oficinas en Afganistán y Baréin. Hasta Venecia había recibido más de trescientos millones al año por tareas de apoyo al ejército estadounidense en Irak, y acabó teniendo problemas por un vídeo en el que algunos de sus hombres disparaban contra civiles. Después de Venecia había subcontratado los contratos con el Pentágono a una compañía especializada en mercenarios procedentes de América Latina, adquiriendo una empresa líder en el sector de la automatización. SonDy Corp., en cambio, había nacido en los años noventa como una compañía aérea privada y se ocupaba del transporte de personal y maquinaria pesada a zonas de alto riesgo. Junto con F3, el año anterior había comprado White Elephant, una de las principales compañías mundiales de ciberseguridad, con sede en Berlín. Esta, a su vez, había adquirido un porcentaje mayoritario de la estadounidense Atomic Ray, que producía drones militares comprados también por el ejército italiano. Y, a su vez, tenía una incubadora de ideas en Silicon

Valley, centrada en sistemas de reconocimiento facial.

Dante desmenuzó una pastilla de Provigil y la mezcló con un vodka solo, mientras seguía hurgando entre los documentos y las páginas web. A pesar de lo que Leo le había dicho, no encontró ninguna conexión entre el Padre y Belyy... hasta que apareció ante sus ojos un nombre: BlackMountain. Era una sociedad financiera con sede en Portland que contaba con millones de inversores en todo el mundo. Distribuía entre algunos cómplices del Padre una especie de pensión y era la principal fuente de financiación de una cadena de casas de acogida para niños minusválidos llamada La Brújula de Plata, donde el Padre se había hecho con algunas de sus víctimas. Dante descubrió que, después de la muerte de Belyy, BlackMountain había invertido en todas las nuevas operaciones de las compañías antes integradas en la COW.

No era mucho, pero bastó para tranquilizar a Dante: su hermano no le había mentado hasta el final. Por enésima vez desde hacía una semana se preguntó qué sentía con respecto a él y, en particular, su muerte. ¿Alivio? ¿Tristeza?

Habría sido hermoso poder hablar de ello con Colomba, pero de nuevo esa historia en la tienda del hospital... Levantó el teléfono de la habitación y pidió que le pasaran con el responsable de seguridad del hotel.

## 7.

—¿Es posible que no te hubieras dado cuenta de nada? —preguntó Bart.

Colomba resopló. Se había arrepentido muy deprisa de haber querido acompañar a su amiga al hotel, porque no hacía más que hablar de Dante.

—He pasado la mitad de mi vida trabajando en estrecho contacto con los hombres —respondió—. Vigilancia, noches en la oficina... Si no lo intentan, yo voy a lo mío.

—Pero Dante no lo ha intentado.

—Y ha sido una lástima. Le habría dicho que se fuera a dar una ducha y ahí habría terminado la cosa.

—Yo me habría metido en su cama.

Colomba se giró para mirarla.

—¿Cuánto has bebido?

—Dos cervezas. Pero Dante mola un montón, es inteligente, simpático... Y yo estoy soltera.

Colomba negó con la cabeza, sin saber si Bart estaba o no tomándole el pelo.

—¿Habéis vuelto a hablar del tema? —siguió preguntando la amiga.

—No. Pero tengo miedo de que tarde o temprano salga de nuevo. Por ahora le voy dando esquinazo.

Habían llegado al hotel Romano, y lo que vio de la ciudad iluminada, con sus calles y su historia, le pareció pese a todo bellísima.

—¿No te parece raro que cuando Dante desaparece lo buscas y cuando está aquí eres tú la que desaparece? —preguntó Bart recogiendo la llave en recepción.

—Son dos cosas distintas.

Bart la abrazó.

—Pero los mecanismos son universales, cariño. Ven pronto a verme, ¿de acuerdo?

Colomba se hizo con un vehículo en el *car sharing* para volver a casa y se dejó caer en la butaca del salón. Antaño era su favorita: ahora le parecía incómoda y ajena, como el resto del apartamento. Apestaba a humedad y a

polvo, y tres cactus que tenía en el balcón se habían vuelto marrones y se veían secos. Y luego estaba la vida de la ciudad, a la que ya no estaba acostumbrada, el tráfico que entraba por la ventana, el olor del Tíber.

Se vio en esa butaca durante los años venideros, cubriéndose de polvo como la pila de libros de segunda mano en el suelo, junto a la butaca. Se los había comprado en el puesto frente al Teatro de Adriano. Arriba estaba *El arco iris de gravedad*, que Colomba había abandonado tras las primeras páginas, y ya no tenía ganas de retomar, con su historia de pollas y de misiles. Le habría gustado a Dante, tal vez, con su carácter obsesivo.

*Basta ya de pensar en Dante*, se impuso y curioseó mecánicamente entre los libros, buscando algo que la cautivara.

Entonces D'Amore llamó a la puerta.

## 8.

D'Amore llevaba un traje color antracita y una camisa blanca, y de su brazo colgaba la gabardina. Ahora ya no poseía ese aspecto ligero: era simplemente un militar de paisano.

*Que ha ido a enterrar a sus hombres*, pensó Colomba.

—¿Te molesto? —le preguntó—. Me han dicho que habías vuelto a casa y quería ver cómo estabas.

Colomba le hizo un gesto para que entrara.

—¿Aún me estáis vigilando?

—Te he dejado un coche abajo. Solo para los primeros días.

Colomba se abrazó los hombros y se sentó otra vez en la butaca, tras apartar de una patada las botas.

—No tengo una mierda que ofrecerte, aparte del licor de nueces que los compañeros me regalaron al dejar el hospital.

—Eso lo bebía yo de pequeño.

—Entonces sírvete tú mismo y siéntete joven otra vez. Está debajo de la pila, cerca del Vim Clorex.

D'Amore se quitó la americana y fue a la cocina. La vestimenta formal le quedaba bien, pensó Colomba mirándolo desde atrás. Se preguntó si era una máscara, como el aspecto ligero, o si en cambio era el auténtico D'Amore... eso en caso de que existiera uno.

Volvió con la botella en forma de nuez y vertió dos dedos de licor en sendos vasos de plástico de colores. Le ofreció uno a Colomba y probó el suyo.

—Exactamente como lo recordaba: demasiado dulce y demasiado amargo —dijo, y se sentó en el sillón delante de ella—. He sabido que Santini te ha atacado en el funeral.

—Estaba borracho y no le faltaba razón. Debí dejar que Espo hiciera su vida —se le cerró la garganta y se concentró en el vaso.

—Tenías tus motivos para implicarlo.

Colomba asintió imperceptiblemente.

—Confiaba en él. Pero lo trataba como a una mierda, habrá muerto

odiándome.

—Todos vamos en la misma dirección, Colomba. Y una vez llegados al final, no hay diferencias.

—¿Es tu filosofía de la vida?

Él levantó los ojos durante un instante; estaban inyectados en sangre.

—¿Tienes una mejor?

—Ahora mismo, no. ¿Eras amigo de alguno?

D'Amore se sirvió otro licor.

—No. Pero de todos modos yo los envié a morir —jugó con el colgante que llevaba en la muñeca—. No tendría que haber estado al mando en el campo de operaciones, yo ya no estoy en esa clase de servicios.

—Pero lo estuviste.

—Es algo que tenemos en común. ¿Has pensado qué vas a hacer ahora que Bonaccorso ha muerto?

Colomba negó con la cabeza.

—¿Irás a cazar al Rey de Oros?

Ella lo miró por encima del vaso.

—No existen las visitas de cortesía en tu trabajo, ¿eh?

D'Amore le dirigió una sonrisa cansada.

—No me envía nadie, te lo juro. ¿No puedo preocuparme por una compañera?

—Si no te preocupas por los que han muerto para nada...

D'Amore apretó el vaso.

—Ahora eres injusta.

—A pesar de vuestras versiones oficiales, sabes de sobra cómo fueron las cosas en la mina: alguien quería matar a Leo y lo consiguió provocando una masacre. Lástima que a vosotros no os interese saber quién fue. O bien ya lo sabéis y es amigo vuestro.

—No puedo ser amigo de quien ha matado a mis hombres —dijo D'Amore—. Y no impediremos que la justicia ordinaria investigue.

—No van a encontrar nada sin la Inteligencia, y tú lo sabes.

—No es algo que me guste, pero no puedo hacer nada.

Colomba levantó el vaso.

—Ponme más —sus ojos habían adquirido un matiz verde oliva.

D'Amore se inclinó hacia ella y Colomba se dejó ir contra su hombro. Sintió con placer su aliento en la oreja. Por un instante. Luego se incorporó.

—No —dijo.

D'Amore se retiró.

—Perdona, no quería molestarte.

—No lo has hecho. Pero el polvo para superar el luto tendrás que buscarlo en otra parte.

D'Amore recogió la americana y la gabardina y se puso en pie.

—Será mejor que me marche. ¿Darás señales de vida de vez en cuando?

En esta ocasión ni siquiera fue necesario contestar.

D'Amore sonrió y salió. Solo después de haberse puesto el pijama, Colomba se dio cuenta de que le había dejado un lápiz USB en el sillón.

## 9.

Colomba examinó los archivos del lápiz USB, y como no entendía nada de nada se puso de nuevo las botas y salió.

Era la una y media de la noche, y delante de su portal no había muchos coches aparcados. Solo uno, sin embargo, tenía dos personas a bordo. No era difícil adivinar que se trataba de los hombres de D'Amore, pero Colomba tuvo la absoluta certeza cuando la siguieron durante todo el recorrido en taxi hasta el hotel Impero.

El portero de noche era nuevo, y dado que ella no iba vestida de manera elegante, como la media de los clientes habituales del hotel, se vio obligada a anunciarse.

Un par de unos minutos después vio salir a su encuentro a un hombre calvo y musculoso con americana y corbata.

—Le abro camino, doctora —dijo.

—Perdone, pero ¿usted quién es? —preguntó Colomba, sorprendida.

—Trabajo para el señor Torre. Por favor.

El hombre lo acompañó hasta la puerta de la suite, llamó y abrió utilizando una copia de la llave.

Colomba se había esperado encontrar a Dante despierto, pero sobre todo solo. Y, en cambio, dos hombres vestidos elegantemente como el tipo calvo examinaban el cuarto con detectores de micrófonos; incluso habían desmontado hasta los plafones.

Dante estaba en la terraza, con los ojos de cuando se drogaba. Las cosas amontonadas en su cuarto de Portico ahora estaban esparcidas un poco por todas partes a su alrededor, incluida la cafetera expés, hermanada ya con una cafetera de goteo automática. Aunque las correderas acristaladas se hallaran abiertas, el humo y el café impregnaban el aire.

Él la saludó con la mano.

—¿Insomnio? —preguntó con esfuerzo.

—Algo así. ¿Quién es esta gente?

—Contratistas —le respondió, encendiéndose un cigarrillo.

Colomba se sentó a horcajadas en una silla.

—¿Tú eres tonto?

—He elegido escrupulosamente una compañía italiana que no haya trabajado nunca para nuestro Gobierno. ¿Ves? No te necesito. Puedes estar tranquila y volverte para casa.

Colomba suspiró.

—Dante, me preocupo por ti. Eres mi mejor amigo.

—Bienvenido a Friendzone.com... ¿Qué quieres? ¿Estabas harta de beber ese licor fétido de tu casa y has venido a la barra libre?

Colomba le lanzó el lápiz USB.

—D'Amore me ha dejado esto. Pero son números, no son mi especialidad.

—Tres —llamó Dante—, ¿puedes venir un momento, por favor?

Uno de los dos técnicos bien vestidos salió a la terraza. Verificó el lápiz de memoria, probablemente en busca de explosivos, virus y sistemas de escucha, y al final se lo devolvió a Dante.

—Limpio —dijo—. Allí hemos acabado ya.

—¿Cuántos micrófonos había?

—Solo dos, señor Torre. Material estándar del Ministerio.

—Me subestiman. Gracias, nos vemos mañana.

Tres y su colega salieron de la suite.

—¿Qué mierda de nombre es ese, Tres? —preguntó Colomba.

—Lo he sacado de *House*. Como él, no quiero familiarizarme con alguien que podría palmarla por mi causa.

—¿Por qué piensas que estás en peligro?

—No lo pienso —respondió Dante—. Pero cuando encuentre al Rey o la Reina de Espadas, necesitaré protección y apoyo para matarlo. Declararán a mi favor, si actúo en legítima defensa.

Colomba se preguntó si estaba soñando.

—Por Dios, Dante. Pero ¿qué se te ha metido en la cabeza?

Dante bebió un sorbo de café.

—Tú querías encontrar a mi hermano, yo quiero encontrar a la persona que lo mató junto a un montón de gente.

—¿Quieres arriesgar el pellejo para vengar a un asesino?

—*Uno de los nuestros*, CC —levantó el lápiz—. ¿Quieres que lo lea, sí o no?

Colomba asintió.

—Por favor.

Dante lo insertó en el portátil, y examinó el contenido. Todos los archivos eran

documentos de Excel.

—Son movimientos de dinero —dijo después de fumarse un par de cigarrillos seguidos—. De hace cuatro años, entradas y salidas de una *business industry* de Belice. Las BI son cajas vacías para mover el dinero en los paraísos fiscales.

—Y esas ¿qué son? —preguntó Colomba indicándole las cuentas de entrada y salida resaltadas.

Dante las estudió.

—No están en el documento original, por tanto yo diría que son anotaciones de tu amigo u otra persona. A propósito, ¿ya te has enrollado con él? Llevas encima su loción para después del afeitado.

—Si crees que me vas a incomodar, olvídalo.

—Lástima, es divertido incomodar a la pasma —dijo él—. Ah, aquí está la indicación de las cuentas. ¿Te dice algo Markopoulo Mesogaias?

—Es donde los Melas tenían su taller naval.

—Una de las cuentas más activas viene de allí. Cientos de millones de euros.

Colomba bostezó. Le costaba mantener los ojos abiertos.

—¿Procedencia?

—No se ve. Sin embargo, a la misma cuenta también llega dinero de... —se detuvo, realmente interesado por primera vez desde que había abierto el archivo—. BlackMountain. ¡Y White Elephant!

También Colomba se acordaba de esta: estaba en la lista de Antiterrorismo.

—Todas las transacciones empiezan y finalizan en la misma fecha —dijo Colomba.

Dante dudó un segundo, luego dijo:

—Déjame verificar un par de cositas —e hizo búsquedas rápidas en Google. Al final cerró otra vez el portátil, satisfecho.

—¿Entonces, qué? Total, sé perfectamente que te mueres de ganas —le dijo Colomba.

Dante cruzó las manos detrás de la nuca.

—La guerra entre Leo y el Rey de Oros la hizo estallar el Padre.

## 10.

La suite tenía una alcoba con cuarto de baño para invitados. Colomba había dormido allí a menudo, antes de que secuestraran a Dante, y encontró el colchón exactamente como lo recordaba cuando cayó encima vestida; se desnudó solo con las primeras luces del amanecer, justo para ir a bajar las persianas y dormirse otra vez.

Cuando al final se levantó, Dante estaba en la salita, como Adam Ant, hablando con Tres y el tipo calvo que la noche anterior había bajado a recogerla al vestíbulo.

—Perdonadme —dijo—. Me hago un café y os dejo tranquilos.

—Doctora, buenos días —dijeron los dos casi al unísono.

—He dormido en el cuarto de invitados.

—Me quedo más tranquilo —dijo Tres.

Colomba se dijo que era una idiota. ¿Qué necesidad tenía de especificarlo? Dante le ofreció una taza del tamaño de un barreño que había hecho con la cafetera de goteo.

—Pero ¿tienes que hacer tantos trabajos de contravigilancia? —le preguntó.

—No, doctora, solo tenemos que asegurar una llamada —respondió Tres por él, y del maletín sacó un portátil, que conectó a una tarjeta de sonido externa y a un móvil—. Por desgracia no es posible encriptar por completo la llamada porque las dos partes deberían utilizar el mismo programa. Solo podemos cubrir la voz del señor Torre utilizando bajas frecuencias. Cada vez que el señor Torre hable, los que hacen la escucha oirán la línea con interferencias.

—Teníais que haberle dicho que se descargara Signal, seguramente saldría más barato —dijo Colomba intentando ser graciosa.

Tres negó con la cabeza, siempre con un aire muy profesional.

—El sujeto está en aislamiento en el módulo especial de la cárcel de Rebibbia. Colomba se quedó durante un segundo sin respiración.

—¿Queréis hablar con el Alemán?

Dante asintió.

—Tiene derecho a llamar a su abogado, con vistas al recurso de apelación —

señaló el móvil conectado al ordenador—. Conseguir que me prestaran su teléfono me ha costado otros veinte mil euros.

## 11.

Las llamadas que los presos hacen desde la cárcel siempre se controlan y se graban, excepto las realizadas a los abogados. El Alemán, sin embargo, era una excepción.

Podría tener unos setenta años, aunque todavía era musculoso, con el cuello macizo, largas canas y nariz de boxeador. Tenía cicatrices de cuchillo y de arma de fuego por todo el cuerpo y una condena a cadena perpetua en calidad de cómplice del Padre.

Esto era todo lo que los investigadores, más de tres años después de su detención, sabían sobre él.

Cómo se llamaba realmente, y si era alemán o no, seguía siendo un misterio. El Alemán, por otra parte, nunca había abierto la boca, y cuando un tipo de la prisión encargado de tareas de limpieza le hizo demasiadas preguntas, él le metió el palo de la escoba por la garganta.

A la doce y media exactas del mediodía, dos agentes de la policía penitenciaria lo sacaron de su celda, lo registraron, lo esposaron y lo condujeron a la cabina del agente que vigilaba una de las puertas del módulo especial, un cuchitril muy parecido a los peajes de la autopista. Alrededor de la cabina, un cordón del Grupo Operativo Móvil, el grupo de asalto de Prisiones. Normalmente las llamadas se realizaban desde el locutorio, pero el Alemán era una excepción también en esto.

La centralita marcó el número del abogado.

Dante respondió forzando el acento napolitano del letrado e hizo que le pasaran al Alemán. Colomba muy pocas veces lo había visto vibrar tanto de tensión.

—Buenos días, señor Alemán —dijo Dante, casi en falsete.

Al otro lado de la línea hubo un momento de vacilación. El Alemán sabía que la conversación telefónica no sería con su abogado, como en cambio pensaba la policía; sin embargo, no sabía a quién iba a encontrar realmente al aparato.

—Buenos días, abogado.

—¿Ha recibido la postal?

—Sí.

Dante le hizo una señal a Tres, que conectó la baja frecuencia.

—A partir de este momento solo me oyes tú, pero los escuchas seguirán oyendo tu voz fuerte y clara. ¿Has entendido?

—Sí.

—Quéjate de la calidad de la línea.

—Le oigo mal, abogado —dijo el Alemán.

—Imagino que dentro de un par de minutos alguien lo cortará completamente, así que vamos a darnos prisa —poco a poco su tono se había hecho más firme.

—No tengo nada que comunicarle, abogado.

—De hecho, soy yo el que habla contigo. Y tú me escuchas.

—Como quiera, abogado.

—He visto las cuentas y charlé un par de veces con Leo antes de su muerte. Sé que el Padre y Belyy trabajaron juntos antes de la caída del Muro.

Sin vacilar siquiera, el Alemán replicó:

—Ya se lo dije la última vez que nos vimos, abogado: tenga cuidado con lo que remueve.

Dante se acordaba muy bien de esa frase y de la circunstancia en que la oyó. Poco antes de ser secuestrado, había ido a Rebibbia para reunirse con el Alemán, buscando informaciones sobre Giltiné. No había sido un encuentro amistoso y solo de pensarlo Dante sintió el sudor resbalando de forma desagradable por el cuello.

—El Padre utilizaba una financiera, la BlackMountain, para pagar a gente como tú. Y vistos los movimientos de su cuenta de ahorro, diría que mantenía sustanciosos intercambios con unas cuantas empresas que ahora se han comido a la COW. Así es como veo yo las cosas: Belyy era una vieja chatarra de la guerra fría y creía aún en los militares; el Padre, en cambio, se comparaba con Mengele y creía en el desarrollo de la investigación científica. Al final, el Padre estaba listo para desafiar a Belyy por el trono, pero murió antes de lograrlo. Si hubo un Rey de Oros, ese era él.

—No sé a qué se refiere, abogado. No estoy familiarizado con estas cosas.

—Eres un descarte, en efecto. Leo era la carta más alta. A juzgar por lo que ha hecho, es obvio que tenía experiencia militar y muchas conexiones. Era un contratista, era uno de los hijos que Belyy, probablemente, tuvo violando a las prisioneras. El Padre lo hizo suyo y lo convirtió en su misil teledirigido contra Belyy. Quiero que tú me digas por qué no se paró después de Belyy.

—¿Y me lo pregunta a mí?

—Sí. Cualquiera que fuese el papel que desempeñaras, ahora ya estás en el banquillo. El Padre, Leo, Giltiné y Belyy han muerto, las nuevas generaciones de tecnócratas que están llevando la COW hacia el tercer milenio pasan por completo de ti. ¿No quieres un mínimo de satisfacción? Utilízame. ¿Para quién trabajaba Leo?

Hubo otro largo silencio. Y Dante no fue el único que sudaba en la habitación.

—Para nadie —dijo entonces el Alemán. La voz había perdido cualquier matiz y parecía la de un GPS muy desarrollado.

—¿Y entonces por qué siguió luchando luego?

—Por amor —dijo el Alemán.

En la suite de la última planta del hotel Impero, dio la impresión de que la temperatura bajaba.

—¿Ha terminado, abogado? —presionó el Alemán.

—No —respondió Dante, reponiéndose—. A Leo también lo asesinaron, y lo hizo alguien que puso bastante empeño en lograrlo. ¿Alguien que amaba a Belyy o que odiaba al Padre y sus descendientes?

—Lo segundo que ha dicho. Si pudiera, prendería fuego al mundo solo porque *él* lo ha pisado.

—¿Quién?

El Alemán se rio.

—Mírate en el espejo, chaval —dijo.

Y colgó.

## 12.

Mientras Dante enviaba a Tres para devolver el móvil al abogado del Alemán, dudando no fuera alguien a hacerle algunas preguntas, Colomba intentaba reponerse del shock de haber oído la voz del Alemán. Recordaba como si fuera ayer cuando la atacó, imparable como Terminator e igual de gélido.

—¿De qué postal hablaba? —preguntó.

—Era la foto que me dio Leo antes de morir. Se la envié a través de su abogado.

Colomba cerró los ojos y contó hasta diez.

—¿Por qué?

—Quería confirmar que era auténtica. Si no lo hubiera sido, habría colgado de inmediato el teléfono, nada más oír mi voz.

—Si ha dicho la verdad, el Padre y Belyy siguieron haciéndose la guerra incluso después de muertos. Una *faida*.

—A través de sus... criaturas —Dante se olfateó—. Voy a darme otra ducha. Apesto a miedo.

—¿Qué pretendía decir cuando te ha dicho que te mires al espejo? ¿Que el tipo se parece a ti o que todo es culpa tuya?

—Creo que lo primero —respondió Dante, metiéndose en su habitación—. El Rey de Oros pasó por las zarpas del Padre y, como yo, no acabó disuelto en ácido. Y por la manera como se mueve, yo diría que eso ocurrió más o menos cuando me ocurrió también a mí.

—¿Cuánto te cuesta toda esta organización? —preguntó Colomba levantando la voz para que la oyera al otro lado de la pared. Mientras tanto, se preparó un *cappuccino* con la cafetera exprés.

—Treinta mil al día —gritó Dante desde el baño—. Más una serie de gastos extras.

—Pero ¿saben que no te queda ni un céntimo?

—Pidieron que les pagara por adelantado. Doscientos mil. Y otros doscientos en depósito.

Colomba descubrió que se había puesto leche de almendra: lo tiró todo y abrió

un Redbull sin azúcar.

—¿Cómo has convencido a Annibale para que te financie?

—De ninguna manera —respondió desde debajo de la ducha—. Ese dinero es mío, fruto de mi trabajo. Es mi tarifa base por abrir las cerraduras de los muertos.

Colomba corrió hasta él y lanzó el Redbull contra la silueta de detrás del vidrio esmerilado de la mampara. El panel se rajó.

—Eh, tú —gritó Dante.

—Yo te mato —dijo Colomba.

Dante cerró el grifo y salió deprisa de la cabina envuelto en la toalla.

—¿Por qué, por haber sacado pasta de los fondos reservados de los servicios secretos? ¿Los de tu amigo de la loción para después del afeitado, D'Amore?

—Te dije que no lo hicieras.

—Y yo te escuché, hasta que mi hermano murió. Entonces llamé a Santiago y le di la dirección y la combinación. Los carabineros aún no habían pasado por ahí.

Santiago era un exmiembro de los Cuchillos, una banda criminal de latinos, un camello que se había alejado de sus compinches y se las apañaba haciendo trabajos en la Deep Web. Dante se fiaba tanto de él como Colomba *no* se fiaba de él.

—¿Cuánto os habéis llevado?

—Seiscientos por cabeza. Ha sido él quien lo ha sacado de Italia. Yo también tengo ahora mi BI. Está en las Caimán. ¿Quieres denunciarme?

—No digas chorradas. Pero esto no lo hagas sin mí.

—Yo pensaba que te quedabas al margen.

—No te voy a dejar solo.

Dante le dio la delgada espalda y encendió el recortador de barba.

—Como quieras.

—Pero yo me hago cargo de las tropas. Di a tus contratistas que a partir de este momento yo soy el sargento mayor.

—Ponte cómoda. Para tu información, si queda algo cuando todo esto se termine, lo usaré para marcharme —un mechón de pelo rojo cayó en el lavamanos—. Y no voy a reaparecer por arte de magia en una clínica abandonada detrás de tu casa.

—Mejor, porque realmente eres una carga —dijo Colomba ocultando su turbación.

—Ve a vestirte, que dentro de poco tenemos invitados.

---

## Capítulo II

## 1.

El Rey de Oros había comenzado a jugar al ajedrez a los diez años. No tenía las piezas entonces, ni tampoco hojas del papel en las que dibujarlas; a menudo, además, el dolor era tal que no era capaz de mover un dedo. Sin embargo, la mente parecía alimentarse justo con ese dolor y fortalecerse gracias a él. Mientras su cuerpo se quemaba y se retorció, los pensamientos se hacían cristalinos y al final lo levantaban del mundo de la carne. En las partidas mentales que jugaba de forma ininterrumpida se convertía en las piezas que movía, y de cada una de ellas era capaz de ver el futuro, como si su vida se desplegara frente a él. Sabía cuándo un alfil iba a ser comido y una reina iba a dar un jaque; y sabía cuándo un movimiento en apariencia insignificante en la apertura iba a comprometer el final de la partida.

Al crecer, el Rey de Oros fue comprendiendo que el mundo entero era un gran tablero de ajedrez, y que los hombres tenían el destino marcado, solo que no lograban verlo. Los dominaban los estímulos más simples —el hambre, el deseo, el miedo, el dolor— y reaccionaban con un despliegue de pocas variantes: un cobarde siempre huiría delante del peligro, un enamorado siempre se lanzaría al río para salvar a su amada.

Incluso conociendo solo de manera superficial a un individuo, el Rey de Oros era capaz de adivinar con bastante exactitud lo que comería para desayunar, o qué revista hojearía en primer lugar en un ambulatorio médico. Sabía también cómo obligarlo a llevar a cabo tareas específicas y diferentes de las que había querido hasta ese instante, sin percatarse obviamente de que su trayectoria venía determinada en otra parte. Construyó partidas intrincadas, donde los hombres caían a decenas sin saber por qué. Plantó semillas que germinaron con los años. Y, sobre todo, prestaba mucha atención a captar las señales del momento en el que sus peones olfateaban esa presencia invisible que decidía su destino, y estaba listo para despistarlos, del mismo modo en que la ayudante de un prestidigitador, con gestos atrevidos, atrae las miradas lejos de donde se esconde la paloma.

Y ahora, de pie delante del hotel de Dante, entendió que era el momento de

una distracción.

## 2.

Durante días, los hombres de Uno atravesaron toda Italia buscando y hablando con los supervivientes del Padre, para convencerlos de que se reunieran con el hombre que los había salvado. No todos aceptaron, y no todos eran capaces de afrontar el estrés que un viaje semejante implicaba, pero seis de ellos dijeron que sí. Luca Maugeri llegó a Roma obviamente junto con su padre: el primero entusiasmado, el segundo incómodo en sus pantalones demasiado largos. Por su parte, fueron ambos padres los que acompañaron a Ruggero, que tenía trece años pero aparentaba menos, con la cara marcada por el síndrome alcohólico fetal; el Padre había vendido el vídeo de su reclusión a un pedófilo, una de las muchas formas que utilizaba para financiarse. Luego estaba Luigi, de quince años, epiléptico: el Padre le había hecho creer a todo el mundo que se había ahogado en el río y que la corriente se había llevado el cuerpo. Cesare, con sus casi dieciséis años, era el mayor: autista y con un ligero retraso mental, era al que Luca llamaba OG; llegó acompañado por el médico de la clínica de Florencia donde residía desde su liberación. Tampoco el padre y la madre de Fabio habían ido, pero tenían una justificación: el Padre los había matado con una explosión de gas. Fabio tenía doce años, igual que Benedetto, que se presentó vestido con vaqueros de la cabeza a los pies. Era el único de la baraja al que los doctores no le habían encontrado ninguna patología o retraso; sus padres miraban a su alrededor como preguntándose qué hacían ellos allí.

Los contratistas los escoltaron a través de las cocinas del hotel para evitar la vigilancia, y los hicieron subir por separado hasta la última planta; quien los esperaba en la puerta de la suite era Colomba, llamada a hacer los honores de la casa mientras Dante buscaba las energías para enfrentarse a ese grupo de extraños.

Ella les agradeció a todos que hubieran aceptado la invitación, e hizo que los adultos se pusieran cómodos en la salita, dejando a los chicos libres de pasearse por la suite. Luca se puso a explicarle a Cesare cómo funcionaba el televisor de plasma; parecían haber hecho buenas migas deprisa. Ruggero y Luigi, en cambio, fueron directamente a la terraza, porque al igual que Dante no

soportaban los sitios cerrados, aunque no a su mismo nivel. Uno y Cuatro vigilaban que no se hicieran daño, y por la forma en que Uno sonreía a los chiquillos estaba claro que él también los tenía.

—A Dante le gustaría reunirse con los chicos una horita. Lo hará en la terraza, donde hemos preparado un pequeño refrigerio. Sin embargo, tengo que pedirles que se queden aquí, en el interior, durante toda la conversación; desde esta sala se ve perfectamente la terraza, hay protecciones y... guardaespaldas. Podrán ir a recogerlos cuando quieran, pero Dante quiere un poco de intimidad.

El médico protestó, los padres de Benedetto protestaron, pero a Colomba no le costó mucho convencerlos, porque todos ellos sabían que sin ella y sin Dante los chicos aún seguirían encerrados en el contenedor. Además, era «la heroína de Venecia» y esto al final hizo capitular incluso a los más renuentes.

Dante salió de su dormitorio solo después de que acompañaran a todos los chicos y sus tutores hasta la terraza. Tenía el aspecto de alguien que teme que lo contagien de ébola, pero, poniendo al mal tiempo buena cara, cuando Luca y Benedetto lo abrazaron no saltó por el balcón, como habría deseado.

Padres y acompañantes volvieron al interior y Colomba ayudó a los chicos a sentarse, mientras repartía zumos de naranja y pastitas. El más asustado era Benedetto, pero Luigi le dio la mano sin mirarlo y se tranquilizó inmediatamente.

—Bien —dijo Dante observándose las palmas de las manos—. Queridos chicos, como sabéis..., mmm, yo también viví..., uf..., vuestra misma aventura. *Desventura*. Quería decir desventura.

—Sí, lo sabemos, señor Torre —dijo Benedetto—. El Hombre del Silo.

—¡Silo! —gritó Luigi. Cesare se rio.

—Llamadme Dante y tuteadme —dijo—. Somos compañeros porque hemos vivido... bueno, está bien, ya os lo he dicho. De todas maneras... —Dante cogió de la mesa un pequeño bongó—. No me he convertido en un friki, aunque posiblemente no sabéis lo que significa, pero así me oís mejor —rapidísimo, golpeteó y rasguñó el bongó una treintena de segundos, pero un par fue suficiente para que los chicos se quedaran en silencio, aturdidos. Cuando paró, todos ellos se rieron, excepto Ruggero, que imitó a los demás solo al final. Incluso Benedetto aplaudió, y Dante se inclinó con una sonrisa, provocando otros aplausos aún más calurosos.

—¿Se puede saber qué les has dicho? —susurró Colomba.

—«Al Alemán le apestan los pies» —respondió.

### 3.

Llevaron de vuelta al Alemán a la celda donde vivía veintitrés horas al día, después de sesenta minutos de aire en el patio desierto. Era la única ocasión en la que salía, aparte de la ducha, que siempre se daba a solas. No tenía libros ni periódicos, y tampoco veía la televisión, salvo para interesarse por las noticias de primera mañana. El resto del tiempo, según explicaba el encargado de su vigilancia, lo pasaba sentado mirando la pared o haciendo gimnasia. Parecía que no le afectaba en modo alguno el aislamiento.

La única actividad de la que disfrutaba era leer las decenas de cartas que recibía cada semana, obviamente pasadas por el tamiz de la censura carcelaria. Su caso había suscitado una gran curiosidad... y no solo eso. Le escribían directores que querían rodar una película sobre su vida, escritores que querían redactar sus memorias, mujeres y hombres que querían casarse con él, mujeres y hombres que querían colgarlo de las pelotas por lo que les había hecho a decenas de niños a las órdenes del Gran Ogro.

El Alemán lo leía todo y no contestaba a nadie, pero la foto del Padre y de Belyy en Berlín no acabó en la papelera con todo lo demás. Dante había hecho imprimir en la parte de atrás unas líneas para que pareciera una vieja postal y la envió desde fuera de Roma con un genérico saludo firmado por su abogado.

El Alemán se levantó para ir al baño, y sin dejarse ver por la cámara de vigilancia cogió la fotografía.

El baño era un inodoro con un lavabo protegido por un murete de metro y medio de altura, con el fin de que siempre fuera posible controlar lo que hacía, pero garantizándole un mínimo de intimidad. El Alemán se sentó en la taza y apoyó la postal en el lavabo. Lo tapó y abrió el grifo.

Volvió media hora después para otra «sentada». En el lavabo el agua se había vuelto levemente aceitosa; la fotografía, empapada, se había pegado al fondo.

Fingiendo que se enjuagaba la cara, el Alemán se inclinó hacia la pila.

—Muy bien, chico —murmuró.

Luego se bebió toda esa agua asquerosa.

#### 4.

Una hora después a Dante le dolía la mano y estaba empapado de sudor, pero a fuerza de percutir y rasguñar el Código en el bongó había conseguido implicar a todos los chicos en la conversación. Por suerte, había descubierto que existían abreviaturas capaces de hacer todo más rápido, como las que se usan en los mensajes de móvil.

Aparte de Luca, todos habían pasado de dos a cuatro años de reclusión en los contenedores, y el Código era una vieja y mala costumbre que se les quedó bajo la piel, imposible de borrar. Al mismo tiempo, sin embargo, Dante se percató de que, al menos en parte, los había protegido. En la oscuridad en esos meses y años los habían atiborrado con psicofármacos, sometido a electrochoques, expuesto a las heladas y a los calores tórridos, justo como le había pasado a él.

Los habían abandonado sin comida durante días, los habían obligado a dormir con el hedor de sus propios excrementos, luego a hacer crucigramas y pruebas como los del colegio a cambio de agua a cada respuesta correcta. Pero gracias al Código, al final de cada «examen» o «tratamiento» habían tenido amigos que los consolaran, alguien con quien quejarse, enfadarse, intercambiar confidencias.

Y ahora, mediante ese mismo Código —y luego, poco a poco, con palabras—, Dante logró enterarse gracias a los supervivientes de cosas que a los padres y a los psicoterapeutas nunca les revelaron. Como, por ejemplo, que Ruggero no había sido capaz de comportarse como «hijo», y que por ello no recibió ninguna clase de apoyo durante dieciséis meses; ninguna prueba, ningún examen: el Padre lo abandonó, aunque el Alemán y otros compinches siguieran llevándole comida y agua. Benedetto, en cambio, se rebeló y por eso lo ataron a la cama durante meses, forzado a hacer sus necesidades a través del agujero del camastro que el Padre llamaba «cuculo». Y luego Cesare, al que habían sometido a la privación de sueño hasta que todo se hizo blanco, es decir, negro; lo siguiente que vio fue la cara del policía que había abierto el contenedor. Entonces aún no sabía que había perdido un año de vida.

Dante escuchaba, y ocultaba detrás de una falsa sonrisa toda la angustia, la tristeza y el horror que lo atropellaban a cada descubrimiento, que no era tal

descubrimiento, dado que le parecía estar escuchando su propia vida. Bebía vodka y benzodicepinas a escondidas de los chicos, y sabía que volvería a soñar de nuevo con el silo, pero permaneció concentrado, incluso cuando Cesare dijo que la tortura del sueño se realizaba mediante una combinación de ruidos ensordecedores y luces, que se encendían y se apagaban a intervalos irregulares.

—¿Y ninguno de vosotros se dio cuenta de ese follón? —preguntó a los demás.

Luca y Benedetto negaron con la cabeza.

—OG estaba en el contenedor número dos, ¿verdad? —preguntó Dante.

—El dos —dijo Benedetto, y Luigi confirmó redoblando ese mismo número.

—Cuando Cesare no escribía..., tú eras el tres, ¿verdad?... Vuestras comunicaciones se interrumpieron. Es como el teléfono escacharrado: si falta alguien, el mensaje se detiene.

Todos asintieron.

—Pero no pasó con OG —dijo Dante.

Colomba, que se había visto obligada a entrar para tratar a los adultos como una azafata, se dio cuenta de que algo había cambiado afuera y aprovechó la ocasión para ir a decirle a Dante que lo dejara estar, porque los padres empezaban a ponerse nerviosos.

Dante asintió.

—Envía a todo el mundo de vuelta para casa, excepto a OG. Que le busquen aquí una habitación para él con su médico, y si toca los huevos, dile a Uno que le firme un cheque con cargo a los fondos de gastos.

—Te gusta tener pasta en abundancia, pero no te durará si sigues así —le advirtió Colomba.

—No hay problema —dijo él, sombrío—. Hoy, por primera vez, he tenido la prueba definitiva de que existe otra cárcel del Padre. Y OG, Cesare, estuvo encerrado allí dentro.

## 5.

El médico protestó, naturalmente, invocando al Tribunal de Menores. Dante subió la oferta a veinte mil euros, que el doctor hizo ingresar en las cuentas de la clínica, ganando así puntos ante los ojos de los demás. A Cesare y a él los alojaron en una habitación doble en la misma planta que la suite para que la vigilancia fuera más sencilla.

Fue la ocasión para que Colomba pudiera charlar un rato con Tres: descubrió así que se trataba de un excompañero.

—Trabajé en la Policía Postal con el inspector Anzelmo —le confesó—. Ahora es comisario en Segrate. Sé que le echó una mano para capturar al Padre.

Colomba asintió.

—No es asunto mío, pero ¿cree que corre suelto alguien como ese hijo de puta?

—Tal vez alguien peor.

Cuando todos los invitados dejaron por fin la habitación, Dante estaba exhausto. Se estaba preparando un cóctel en un vaso gigantesco, cuando Colomba recibió una llamada telefónica que realmente no se esperaba: Demetra.

—¿Qué quiere? —dijo, demasiado cansada para ser amable con cualquiera.

—Yo nada. Pero Tommy quiere despedirse de ti antes de marcharnos. No es que me lo haya dicho, pero me lo ha hecho entender muy claramente.

—Me disuadió de que me acercara a él...

—Si no quieres venir, no es mi problema. Estoy hasta las pelotas de la pasma.

Demetra colgó y Colomba avisó de inmediato al responsable para que le preparara un medio de transporte para ella. Se requirieron cinco minutos, luego un Mercedes blindado con una culturista y un contratista barbudo con pajarita a bordo la recogieron en el patio trasero del hotel, mientras un coche de escolta los seguía a corta distancia, comunicándose con sus compañeros mediante auriculares. Parecían militares, y probablemente lo habían sido antes de descubrir que era posible ganar más y arriesgarse menos.

Colomba no estaba acostumbrada a ir en el asiento posterior, así que le pidió al barbudo que fuera él quien se sentara detrás.

—¿Vais armados? —le preguntó a la culturista que iba al volante, a la que Dante había llamado Nueve.

—Sí, doctora —respondió.

—¿Cómo os las apañaréis si nos paran mis excompañeros?

Sabía perfectamente que para la ley italiana la protección personal armada solo recaía en las fuerzas de orden público. Los vigilantes podían proteger bancos y edificios, o bien valores, pero no a las personas, sin una autorización específica que estaba segura de que nadie había pedido.

—Somos portavalores —explicó Nueve—. Encargados de transportar un valioso bien del señor Torre.

Colomba se frotó la frente.

—¿Y cuál es ese bien?

Sin apartar la vista de la carretera, la culturista le señaló la guantera. Colomba encontró dentro una Barbie vestida de lamé, aún en su caja original.

—¿Esta? —preguntó.

—Es una Pink Jubilee Barbie del año 89 —dijo Pajarita desde atrás—. Una pieza de coleccionista. Vale aproximadamente unos mil euros.

—En la práctica, el precio de esta carrera al aeropuerto —replicó Colomba.

—Encaja en la definición de bien valioso —dijo Nueve, seria—. Pero en el caso de que nos disparen, no se preocupe, también la cubriremos a usted.

## 6.

Demetra la había citado en la Terminal 1, en la sala de espera de Alitalia.

Nueve aparcó y metió la muñeca en un maletín metálico con un hombrecito estilizado que proyectaba una sombra en una pared.

—Debe llevarla consigo si quiere que la acompañemos al interior —dijo.

Colomba ya estaba dispuesta a rechazarlo cuando se acordó de que no iba armada: el Rey de Oros difícilmente la atacaría en un aeropuerto, pero podía haber convencido a un auxiliar de vuelo para que cometiera la mayor gilipollez de su vida. Cogió el maletín y dejó que Pajarita la guiase a través del laberinto de pasillos del aeropuerto. Era un viernes por la tarde y había cola ante el detector de metales, probablemente por el tráfico de los viajeros habituales. Arriba, las pantallas transmitían un reportaje sobre el funeral del día anterior.

La sala de espera estaba al lado del área B de los mostradores de facturación y entraron con la identificación de Pajarita, que no era nuevo en estos menesteres.

Estaba a medio camino entre la sala de espera de un médico importante y un pub inglés, y había bastante gente. Demetra y Tommy estaban sentados en la última fila de las butaquitas de piel, al lado de un viejo mapa del tráfico aéreo. Demetra leía una revista y ni siquiera se dignó mirarla. El único que reaccionó a su entrada fue Tommy: se puso en pie de un salto, arrancándose el cable del auricular que llevaba en los oídos y fue a su encuentro corriendo y chillando como un murciélago, mientras se abría paso entre los pasajeros de pie en el pasillo.

—Todo bien —le dijo Colomba a su escolta—. Es un amigo —le dio tiempo a añadir antes de que Tommy la levantara a peso e hiciera que se le cayera el maletín.

Ella correspondió al abrazo cuanto le fue posible, luego le hizo entender que debía soltarla porque tan apretada no lograba respirar. Tommy tenía el pelo más corto, y unos cuantos hematomas en la cara debido a las piedras que le habían llovido en las minas, a pesar de que Colomba se lanzó sobre él para protegerlo.

—Vas a un buen sitio —le dijo—. Grecia tiene un mar maravilloso. ¿Sabes nadar?

Tommy negó con la cabeza, manteniendo un brazo que pesaba un quintal sobre su cuello.

—Y a lo mejor me paso algún día a verte, ¿eh? Así te cuento lo que descubra sobre tus padres. Porque yo no voy a abandonarte, ¿entiendes? —dijo Colomba, con la voz que se le quebraba—. Ahora le pido la dirección a tu tía. Tú de momento quédate aquí con mi amigo, ¿vale? Este de aquí con esa corbatita ridícula.

Tommy miró la pajarita como si nunca hubiera visto ninguna e intentó aferrarla. El guardaespaldas dio un salto atrás, y los dos empezaron a perseguirse a saltitos.

Demetra permaneció obstinadamente concentrada en su revista hasta que Colomba estuvo casi encima de ella.

—Hola, expolicía —dijo de mala gana.

—¿Cómo habéis quedado con el tribunal?

—Completamente aclarado, mis abogados lo han arreglado todo. Dile a tu amigo que teniendo en cuenta cómo ha actuado la policía, no siento el deber de darle nada.

—Dante no quiere nada de ti —respondió Colomba.

Demetra sonrió.

—Todo el mundo quiere algo —dijo, y volvió a la revista. Se llamaba *Ciao*, aunque estaba en griego.

Colomba se la bajó de malos modos.

—Si lo tratas mal, te juro que voy a por ti.

—¿Y por qué iba a hacerlo? —dijo, y sonrió—. Es mi sobrino, ¿no?

—¿Y lo haces viajar contigo en primera clase o lo has metido en el compartimento de carga?

—En Business no aceptan a chicos ruidosos. Estará perfectamente en clase Turista.

—Aunque sea él quien pague el viaje —se enfureció Colomba.

—Es mi hermano el que paga. Adiós, expolicía.

Colomba apretó los puños por los nervios y volvió junto a Tommy, que blandía victorioso la pajarita. Su dueño, en cambio, se masajeaba la garganta.

—¿Lista para marcharnos, doctora? —preguntó.

—Todavía no —respondió ella.

Cogió la pajarita de las manos de Tommy, la ensanchó todo lo posible y se la puso en el cuello, un poco por debajo de la pelusa de la nuca, suave como el plumaje de un pollito.

—Así te acordarás de mí.  
Tommy la abrazó de nuevo.  
—Te quiero —le susurró al oído.

## 7.

Mientras Colomba se subía otra vez al coche con un agujero en el corazón del tamaño de Grecia, Lupo estaba sentado en la cama del hotel de dos estrellas que el Ministerio le había reservado en EUR, a dos pasos del Palacio de la Civilización Italiana, ese al que todo el mundo llamaba el Coliseo Cuadrado.

El cuarto con moqueta verde, llena de manchas de humedad, daba justo a las cocinas y apestaba a fritanga día y noche. Pero Lupo ya tenía el estómago cerrado antes de entrar allí, junto con el eco sordo aún en los oídos de las voces de la comitiva del día anterior.

Estaba metiendo el sable ornamental del uniforme de gala en la funda de viaje cuando el portero lo llamó desde recepción, para anunciarle una visita. Lupo bajó en mangas de camisa, convencido de que se trataba de algún compañero que estaba de paso.

En cambio, era Di Marco. Bebía un café en la barra del pequeño bar de la entrada, con el impermeable echado sobre los hombros. Ya no tenía los brazos escayolados, pero en ambas muñecas llevaba un vendaje elástico. Lupo se giró hacia la calle: justo del otro lado de la cristalera de la entrada había un coche azul con dos personas a bordo y las luces de emergencia encendidas.

—Coronel... —dijo poniéndose casi en posición de firmes.

—Mariscal —respondió Di Marco—. Nos vimos brevemente ayer durante la ceremonia, pero no tuvimos tiempo de hablar. ¿Puedo invitarle a algo?

—Un café, pero es usted mi invitado, estoy aquí hasta mañana.

—Por favor —dijo Di Marco, convidándolo a sentarse a una de mesitas de la sala, con su fea superficie de formica pegajosa—. Quería conocerlo mejor, porque sé de su ayuda en la investigación sobre Bonaccorso.

—Inevitable, dado que empezó matando en mi terreno.

—Inevitable, dado que en su zona vivía Colomba Caselli —replicó Di Marco.

Lupo leyó la viñeta en el sobre del azúcar: era la del paciente que tiene miedo de ser aburrido, mientras el psicólogo, sin que él se dé cuenta, duerme en el sillón.

—Eso también, doctor.

—Por suerte no le implicó a usted en la masacre de la mina —prosiguió Di Marco con una sonrisa falsa.

—No lo considero una suerte —dijo Lupo—. Habría debido y querido estar allí.

—¿Y se ha preguntado por qué Caselli lo dejó al margen?

—Porque quería las fuerzas especiales.

—O quizá no le quería a usted allí.

Lupo se encogió de hombros.

—No somos amigos del alma.

—¿Qué cree usted que está haciendo ahora?

—No lo sé y no me interesa, coronel.

Di Marco sacó una agenda electrónica del bolsillo interno de su impermeable, la encendió y se la tendió.

—Vaya pasando las fotos.

Lupo obedeció, perplejo. Se habían tomado a las puertas del hotel Impero, y mostraban a hombres con americana y corbata que entraban y salían del edificio. Dos de ellos llevaban auricular.

—No son empleados de la seguridad del hotel, supongo.

Di Marco asintió.

—Seguridad privada. La agencia se llama Shadow, y todos los de las fotos son expolicías. Los ha contratado el señor Torre, pero... si mira las próximas imágenes, descubrirá que también colaboran con Caselli.

Lupo apoyó las manos abiertas sobre la mesa; tenía una uña rota, y con cierto esfuerzo evitó mordisqueársela.

—¿Y qué tengo yo que ver con todo esto?

—Me ha surgido la duda de que Caselli no haya dicho toda la verdad sobre lo que ocurrió en Sant'Anna Solfara.

Lupo permaneció en silencio. Di Marco se levantó, y le dejó una tarjeta de visita sobre la mesa.

—Por si se entera de algo más. Creo que la cabo Martina Concio, como mis hombres muertos en las minas, se merece que no existan sombras en este terrible acontecimiento. Y que todos los responsables sean castigados. Mariscal...

Lupo se levantó también, saludando con un gesto al coronel, quien sin volverse salió del bar y se subió al coche que lo esperaba.

—Hijo de puta —murmuró.

Pero las fotos se le habían metido en la cabeza.

## 8.

Dante estaba fumando echado en el sofá de la terraza cuando Colomba regresó al hotel.

—¿Todo bien con Tommy? —preguntó sin levantar la vista de la tableta.

Colomba lo empujó a un lado, luego se colocó con sus piernas sobre las de él. No la rechazó.

—Me ha dicho que me quiere. Tiene una bonita voz cuando no grita, a medio camino entre la de los niños y la de los adultos. Musical. Estuve a punto de echarme a llorar.

—Un montón de gente se te declara en estos días —dijo Dante acomodándose para seguir leyendo—. Y me produce cierta desazón tenerte tan cerca.

—Acostúmbrate. No puedo tratarte con pinzas mientras trabajamos juntos. Y, en cualquier caso, Demetra estaba disfrutando de lo lindo. ¡Dios, cómo la odio! Su hermano le ha dejado veinticinco millones a su hijo, y se gastará todo en liftings.

—Tendrías que haberle dicho que el dinero de su hermano procedía del lavado de dinero del Padre. Probablemente era él, o su padre, quien gestionaba la cuenta que hemos visto.

—Y lo saben los de Antiterrorismo. Al dejarme el lápiz USB, D'Amore quiso dármelo a entender.

—¿Para ayudarte o para que te decidieras a dejarlo?

Colomba se encogió de hombros. No lo sabía.

—Y tú, ¿qué has estado haciendo con Cesare?

—Estoy comprobando lo que tenemos sobre él. Sobre el modo de su secuestro no sabemos nada. Sus padres contaron que se marchó él solo una noche: abrió la puerta y escapó a la calle. Pero el informe médico es interesante. Lee —le tendió el iPad.

—Bla, bla, bla... Condiciones higiénicas lamentables, desnutrido, etcétera, etcétera... «Queloides en la planta de los pies por heridas producidas al caminar sobre superficies cortantes o abrasivas.»

—Es el único con ese tipo de cicatrices de entre los Diez —dijo Dante.

—¿Uno de los experimentos del Padre?

—O bien en la otra prisión estaba sobre un suelo menos liso que el de los contenedores. Y si no lo medicaron correctamente, como me imagino, existe la posibilidad de que en las cicatrices se hayan quedado atrapados cuerpos extraños. Como tu puntita de tinta en la mano.

Colomba se había pinchado años atrás con una pluma, y se había convertido en un tatuaje permanente entre el pulgar y el índice de la mano derecha.

—Rotundamente, no —dijo—. No voy a permitirte que cortes a trozos al chico.

—¿Crees que yo haría algo semejante? Pero...

—Nada de peros —dijo Colomba levantándose—. Cesare ya ha sufrido bastante. A lo mejor también dentro de tu mano mala hay alguna prueba. ¿Por qué no vas a que te la abran?

Dante se quitó el guante y con la derecha ensanchó el meñique y el anular retorcidos. Entre los dos dedos había una cicatriz más clara que las demás, era circular y del tamaño de una monedita.

—Cirugía exploratoria —explicó—. Hice que me metieran una fibra óptica para comprobar si había cuerpos extraños invisibles a los rayos X. Fue doloroso, pero habría hecho cualquier cosa con tal de capturar al Padre. Y ahora haría cualquier cosa con tal de descubrir alguna información más sobre el Rey de Oros.

## 9.

Cuando le comentaron la idea de Dante, el médico y tutor de Cesare mostró muchas menos reticencias que Colomba.

—Los queloides son molestos, sobre todo en las plantas de los pies —le dijo—. Y a Cesare se le inflaman cuando juega a la pelota. Les pedí a los padres que financiaran un tratamiento láser en una clínica, pero me dijeron que no era necesario y que ya se le pasaría cuando creciera.

—¿Puede autorizarlo? —preguntó ella.

—Sí —respondió el médico—. Con la condición de controlar qué clase de tratamiento recibirá, dónde y cómo.

—Se llevará a cabo aquí. Si usted está de acuerdo. Dante acaba de alquilar toda la zona de spa, que a esta hora está cerrada, y podremos hacerle la intervención en una camilla de masajes. Se esterilizará todo, y naturalmente usted asistirá y podrá detener la operación si no considera satisfechas sus exigencias de higiene.

El médico reflexionó durante un instante.

—¿Cuándo podemos hacerla?

—Si usted está de acuerdo, ahora mismo —respondió Colomba.

—Caramba —el médico se inclinó hacia ella—. Perdona, pero ¿por casualidad el señor Torre es Tony Stark enmascarado?

Colomba se limitó a poner una sonrisa de cortesía —no sabía quién era Tony Stark— y después de despedirse de él confirmó al jefe de la Shadow que pasara a la acción.

Cuando volvió a la suite, en la terraza junto a Dante estaban también Cesare y Luca, que contaban las ventanas iluminadas en los edificios de enfrente. Maugeri padre se sentaba a disgusto en el pequeño sofá, con una tacita de café en la mano.

—Le he dicho al señor Maugeri que sería mejor que Luca se quedara aquí para asistir a su amigo —dijo Dante—. Y que se marchara mañana por la mañana.

—Creo que sin duda alguna le haría estar mejor —confirmó Colomba.

—Sí, vale, vale, pero francamente no entiendo qué está pasando —dijo Maugeri con nerviosismo—. Primero se presentan en mi casa, luego nos hacen venir aquí, como si fuera cuestión de vida o muerte. Quizá lo mejor sería que hablara con mi abogado —les dirigió una sonrisa de disculpas—. No tengo nada en su contra y les debo mucho, pero no quiero que mi hijo acabe metido en nada turbio.

—¿Le parece turbio que su hijo apoye a un amigo? —preguntó Dante con el tono de cuando estaba estudiando a alguien.

—No —se apresuró a responder Maugeri—, pero prefiero que deje atrás lo que le pasó, que no siga hurgando en ello de nuevo.

Dante entrecerró los ojos.

—No es una experiencia que pueda olvidarse con facilidad y usted me parece más consternado que él. ¿Qué le preocupa?

—¡Nada! —Maugeri ahora estaba en ascuas—. Solo pienso en mi hijo.

—¿Hay algo que debamos saber, señor Maugeri? —preguntó Colomba siguiendo la estela.

—Ya lo saben todo, joder —se levantó—. Y mañana por la mañana, pronto, quiero que me lleven de vuelta a casa con Luca.

—Ningún problema —dijo Colomba.

No quería tenerlo delante ni un minuto más.

## 10.

El equipo de la clínica que Dante había contratado a un costoso precio colocó su maquinaria y esterilizó la sala, mientras hablaba de la terapia con el médico-tutor, que aprobó todos los pasos.

Dante no se sintió con fuerzas para asistir, y por tanto le tocó a Colomba supervisar. Tuvo así la oportunidad de ver los pies del chico, cuyas plantas estaban cubiertas de ampollas cicatriciales de diversas dimensiones.

Durante toda la intervención —una hora—, Luca le sostuvo la mano a Cesare. Al final, los pies del muchacho estaban levemente enrojecidos, y en la camilla se habían depositado algunas partículas de piel seca. Colomba le pidió a Tres que las llevara a un laboratorio de análisis.

—Hay algo áspero, aquí —dijo de pronto la enfermera que masajeaba los pies de Cesare con una crema balsámica.

El dermatólogo se puso las gafas de aumento y examinó el punto que la enfermera le indicaba.

—Es una pequeña astilla enquistada —confirmó—. Te la sacamos, ¿vale, Cesare?

El chico se agitó un poco bajo las lámparas médicas, pero Luca le sonrió, tranquilizándolo. O mejor, sonrió al vacío: los dos chicos casi nunca se miraban a la cara. La extracción resultó ser indolora, porque se trataba de una astilla de pocos milímetros de largo, delgada como la espina de un pequeño cactus. También esta terminó entre los hallazgos para llevar al laboratorio.

La respuesta llegó al amanecer, dejando de piedra a Colomba, acostumbrada a los tiempos bíblicos de los laboratorios forenses. Se arrastró en pijama por el salón, donde encontró a Dante despierto, sirviendo café para todos los contratistas de guardia. Ella aprovechó para tomarse una doble dosis mientras leía el informe llegado en un sobre con filigrana y sello de lacre. Tenía aspecto de ser caro.

El laboratorio explicaba —reproduciendo las imágenes ampliadas al microscopio— que en los fragmentos de la piel de Cesare había sobre todo polvo, pero la astilla contenía formaldehído, fenol y fibras de madera.

—Baquelita —dijo Dante.

—¿No se hacían los teléfonos con baquelita? —preguntó Colomba, antes de soltar un bostezo que a punto estuvo de dislocarle la mandíbula.

Le parecía imposible que no mucho tiempo atrás hubiera decidido abandonar la caza al Rey. Ahora hacía unos turnos que ni cuando estaba en la Móvil.

—También el View-Master, los moldes, juguetes, joyas, botones y otros mil millones de cosas —dijo Dante mientras intentaba adoptar la posición del loto en el sofá, pero sin lograrlo—. Mierda de articulaciones... —se quejó—. ¿Hay algún colorante?

—Rastros de pigmento oscuro, negro o marrón —leyó Colomba—. Ahora que lo pienso, el rifle que yo utilizaba en la academia tenía partes de baquelita marrón. Era una pieza de anticuario.

—¡OG! ¡Coño! —gritó Dante, rodando como si le hubiera picado una tarántula para llegar hasta el portátil—. Qué gilipollas. Qué idiota soy. ¡Tendría que haberme dado cuenta de inmediato!

Giró la pantalla hacia ella: había ido a una página de warisboring.com, donde aparecía la fotografía de una ametralladora con la culata plegable y cierto aire *vintage*. La metralleta se llamaba OG-43.

—Pues claro que lo sabía. ¡Yo he estudiado estas cosas, coño! —le indicó la empuñadura en el cañón perforado—. Parece madera pero es baquelita. ¡Baquelita! —gritó de nuevo y se dejó caer en la cama—. Dios... ¿por qué el mundo es tan pequeño, por qué siempre he de volver al punto de partida?

—Explícate o te encierro en el armario —lo amenazó Colomba.

Dante se puso en pie de un salto, y casi le cedieron las piernas, que aún no eran lo bastante robustas.

—La metralleta OG-43 la desarrollaron los fascistas de la República de Saló, después del armisticio de la Segunda Guerra Mundial —dijo—. Ya sabes, esos que preferían los nazis a los norteamericanos.

—Venga, sigue... —dijo Colomba, que empezaba a irritarse.

—La producían solo en una fábrica. Solo en una, ¿entiendes? La Manifattura Armaguerra. Tras la Liberación, la convirtieron en unos talleres, más tarde también cerró esa actividad, y a partir de los años sesenta las naves permanecieron acumulando polvo. En la actualidad, se cae a pedazos, pero hace cuatro o cinco años comenzaron los trabajos para descontaminar de amianto la zona.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Colomba sin entender tanta excitación—. ¿Te sabes la historia de todas las fábricas italianas?

Dante, que estaba rodando por la habitación igual que un derviche, se detuvo, la cara sonrojada, la chaqueta con alamares abierta y revoloteante.

—¡Lo sé porque pasaba por delante en bicicleta! Ese lugar de mierda está en Cremona, CC. La fábrica del Padre siempre ha estado allí, delante de mis narices.

---

## Capítulo III

## 1.

Los agentes de la Policía Penitenciaria golpeaban los barrotes de las celdas cada tarde para comprobar que todavía estaban en perfecto estado, pero en el caso del Alemán lo hacían también por la mañana, al principio del turno, porque de ese hijo de puta musculoso y taciturno no se fiaban lo más mínimo. Por ese mismo motivo, siempre se presentaban en su celda al menos cuatro agentes.

Estaban acostumbrados a verlo haciendo gimnasia cuando entraban, por lo que se sorprendieron al encontrarlo todavía echado en su camastro, con la cara vuelta hacia la pared.

—En pie, Teutón —dijo uno de los agentes—. Arriba, que te veamos.

El Alemán no reaccionó, y con una precaución que no había tenido siquiera con el Perro Loco, un asesino de la Camorra, el inspector en jefe lo agarró por el hombro y le dio la vuelta. El Alemán cayó como un peso muerto: tenía los ojos abiertos de par en par y temblaba de fiebre, la piel fría y amarillenta; la manta estaba empapada de vómitos.

El agente intentó despertarlo con un par de cachetes.

—Este se nos muere —dijo.

—Dejemos que la palme —replicó un compañero—. Este cabrón mataba a niños.

—No digas chorradas, que luego el marrón es para nosotros.

Lo esposaron y lo arrastraron por los pasillos, porque pesaba bastante y a duras penas se sostenía en pie. Cuando al final llegaron a la enfermería, el Alemán tuvo más arcadas y vomitó bilis en la camilla sobre la que intentaban echarlo. El médico de guardia le examinó los ojos y le auscultó el corazón.

—Parece un envenenamiento. ¿Habéis encontrado algo raro en la celda?

—No la hemos comprobado —respondió el inspector.

—¿Puede enviar a alguien para que lo haga inmediatamente, por favor? —preguntó el doctor—. Y es necesario informar a la dirección: hay que llevarlo al hospital.

El inspector asintió, si bien con una mueca. Habría problemas.

Quieto ante la verja de Rebibbia para el registro, el veterano de la ambulancia le explicaba a su joven compañero cómo funcionaban las cosas.

—Si es un ladrón de gallinas, nos subirán a bordo a un guardia y nos pondrán un coche de escolta. Si es peligroso, subirán dos y tendremos dos coches de escolta. Si es *muy* peligroso, subirán cuatro y tendremos más coches que la comitiva presidencial.

Cuando al final sacaron al Alemán, fueron cinco los agentes que subieron a la ambulancia —todos ellos del Grupo Operativo Móvil, el GOM, con la equipación antidisturbios— mientras que los coches de escolta eran seis, incluido un blindado. Esposaron al paciente en la camilla también por los pies, una precaución que el anciano paramédico no había visto nunca, sobre todo con un detenido que tenía unos setenta años.

—Pero ¿quién es? —preguntó al GOM que estaba a su lado—. ¿Drácula?

—Casi —dijo el otro apretando la mandíbula, mientras la ambulancia se ponía en marcha con destino al hospital Sandro Pertini, donde había una unidad de Medicina Penitenciaria con una veintena de camas. Barrotes por todas partes, pero habitaciones individuales: para el que llegaba de Rebibbia era como pasar de una pensión a un hotel de cinco estrellas... pero el nivel de seguridad seguía siendo el mismo.

Para llegar desde la cárcel bastaba con veinte minutos. Más o menos a medio camino se cruzaba un viaducto sobre el Aniene, uno de los afluentes repleto de meandros del Tíber, y fue precisamente entonces cuando sin previo aviso la ambulancia viró al carril opuesto, arrolló el parapeto de cemento y se precipitó a las aguas que discurrían entre los árboles cinco metros más abajo. Golpeó el fondo rocoso con el morro y cayó sobre un costado.

La escolta frenó en seco y los GOM salieron de los vehículos preparando las armas. En el desastre de abajo todo permanecía inmóvil. El jefe de la escolta dejó a unos de los suyos parando el tráfico y manteniendo a tiro la ambulancia semisumergida, y bajó con los demás al lecho del río por el escarpado terraplén, repleto de botellas rotas y bolsas de plástico. Formando una cadena humana para que la corriente no los arrastrara, alcanzaron, con las armas sobre la cabeza, la ambulancia. El morro estaba completamente sumergido, y debido al agua fangosa ni siquiera se podía ver a quien iba al volante. El jefe de la escolta abrió la puerta trasera, y el aire de la cabina gorjeó bajo la superficie del agua, provocando una burbuja roja que al subir a la superficie reventó, cegándolo por un momento.

Cuando la vista se le aclaró, lo primero que vio el jefe de la escolta fue la cabeza de un compañero. Tenía un par de esposas clavadas en los ojos.

## 2.

Dante miraba por la ventanilla trasera del coche blindado, sin dejar de manosear el alfiler de corbata de Star Wars. Se había vestido de manera formal —alfiler de corbata excluido— como hacía siempre cuando volvía a pisar Cremona, con el intento inconsciente de parecer más normal. O quizá para protegerse.

Lejos de Cremona lograba no pensar en su pasado de pega, pero cuando volvía allí todo salía otra vez a flote, haciendo que se sintiera aún más un fantasma entre los hombres.

Tras discutirlo consigo mismo, llamó a Annibale y le avisó de que estaba llegando a Cremona.

—No sé a qué hora, pero intentaré escaparme para ir a verte.

—No es un viaje de placer —dijo Annibale, recuperando un tono preocupado.

—No, todavía estoy intentando hacer saltar la banca. Y quizá en Cremona hay algo que me puede ayudar. Pon una buena botella a enfriar.

Colomba, que se había adormilado contra la ventana, se despertó.

—¿Dónde estamos?

—Un poco antes de Cremona. No falta mucho.

Alrededor de ellos, el paisaje se había hecho en esa planicie de la Llanura del Po un desfile de trigales, minúsculas poblaciones y grandes granjas en ruinas. Para Dante, el escenario de una pesadilla. Cuando soñaba con el Padre, a menudo lo veía persiguiéndolo entre las hileras de árboles, mientras él, un niño apenas, se escapaba con los pies descalzos sin lograr distanciarse.

—Quizá haya algo de verdad en lo que Belyy y el Padre suponían —dijo Colomba de repente—. Quizá su tratamiento de verdad puede crear personas capaces de pensar y actuar de un modo diferente.

Dante resopló.

—Los electrochoques y el aislamiento tan solo producen daños.

—Y sin embargo, Leo consiguió engañar a los grupos antiterroristas de todo el mundo; el Rey mueve a los demás como si fueran marionetas; tú eres una de las personas más brillantes que conozco...

—Quizá nacimos siendo genios. Estábamos destinados a hacer grandes cosas, del tipo de inventar el motor de agua y el teletransporte. El Padre nos lo impidió, como se lo impidió a todos los que disolvió en ácido.

Uno, al volante, se volvió hacia ellos.

—Hemos llegado, señores.

### 3.

Los contratistas aparcaron sus tres coches al lado de una rotonda en la calle a la que daba la antigua armería. La fábrica la componían una serie de naves con el tejado a dos aguas y ventanales, que se erigían en un gran descampado entre manchas de árboles. Algunas de las naves estaban en buenas condiciones; otras, más en el interior de la amplia propiedad, no lograban ocultar décadas de intemperie y de actos vandálicos. A diferencia de lo que Dante recordaba, en una de las paredes del recinto había instalados cientos de metros de paneles fotovoltaicos. Un cartel informaba de que en breve empezarían los trabajos para la construcción de unos grandes almacenes.

—Si había algo, desde luego a estas alturas ya habrá desaparecido —dijo Colomba presionando la cara entre los barrotes de la puerta.

—No espero encontrar quién sabe qué —dijo Dante—. Pero hasta hace más o menos cinco años Cesare estuvo encerrado aquí dentro. Y los trabajos para los paneles solares los hicieron después de que muriera el Padre y el Alemán acabara en la cárcel —se dirigió a Tres y Cuatro—: ¿Cómo va ese dron?

—Dos minutos y estamos, señor Torre.

—¿El dron? —preguntó Colomba.

—Está incluido en el precio —dijo Dante con una sonrisa sarcástica, aunque muy tenso. Se encendió un cigarrillo—. Si esa es la fábrica de la que hablaba Leo, una parte de mi vida se ha desarrollado aquí dentro.

—¿Esperas que algo te vuelva a la cabeza cuando lo veas?

—Todo lo contrario —dijo él—. Ya tengo bastantes recuerdos de mierda.

Mientras a su alrededor pasaban los coches, Tres y Cuatro prepararon el Snipe. Era un dron militar táctico, del tamaño de los de juguete, silencioso y provisto de cámara normal e infrarroja; pesaba solo ciento cuarenta gramos. Lo pusieron a sobrevolar el área dirigiéndolo con facilidad mediante una tableta, luego Dante pidió que se concentraran en la zona de edificios más deteriorados. El Snipe tenía una autonomía limitada —había que cambiar las baterías cada

quince minutos— pero al cabo de una hora disponían de un mapa aceptable de la zona, que Dante, echado en el asiento de atrás con el portátil en los muslos y el auricular de radio en la oreja, confrontó con las cartografías oficiales halladas en la red.

—Quizá sea mejor que entremos a pie —dijo Colomba.

Estaba afuera, apoyada contra el costado del coche, y vigilaba los alrededores. Los contratistas, vestidos de manera informal para no parecer un grupo de mormones, fingían ser paseantes o curiosos, excepto los informáticos, encerrados en el coche de detrás de ellos.

—Total, tarde o temprano lo haremos igualmente.

—Son veinte mil metros cuadrados —rebató Dante—. Si no sabemos dónde mirar, tardaremos una vida.

—¿Seguro que no te gusta solo jugar con el dron?

—¿Estaría mal? —Dante activó el micrófono de la radio—. Demos otra vuelta, cerca de la nave de almacenaje, esa clara con el tejado redondo, pero esta vez utilizaremos la visión térmica.

Tres y Cuatro obedecieron y en el *streaming* del ordenador de Dante aparecieron recortados entre los arbustos una media docena de círculos rosados, invisibles a simple vista; uno en particular estaba al lado de un montón de ladrillos.

—En tu opinión, ¿qué es eso? —le preguntó a Colomba, que había metido dentro la cabeza.

—Solo sé que son ligeramente más calientes que el resto del terreno. Quizá sean respiraderos de alguna alcantarilla. Pueden producir ese efecto si hay aguas pluviales dentro, que han absorbido el calor del sol y se evaporan.

—En las fotos de la época no aparece ningún respiradero —replicó Dante—. Entremos.

Colomba negó con la cabeza.

—No quiero ofrecerle un blanco fácil a un francotirador. Esperemos a que oscurezca.

Dante propuso pasar las horas que faltaban en algún bar, así que fueron junto con un grupo de contratistas a buscar uno. Ya habían localizado un local cuando Colomba notó que el teléfono vibraba.

Alberti tenía una voz tan aguda, sollozante y en estado de shock que al principio le costó incluso reconocerlo.

Cuando le dijo lo que había pasado, Colomba se vio obligada a sentarse en un murete para recuperar el aliento.

#### 4.

D'Amore llegó al lugar del accidente cuando aún había algo de luz.

—Nunca he visto nada semejante —le dijo el subcomisario de la Policía Penitenciaria que coordinaba la investigación.

—Es bonito que el mundo nos sorprenda de vez en cuando, ¿no? —respondió él, con la cabeza en otra parte.

—Así no, doctor. Por aquí —lo invitó el otro, y lo guio hasta la orilla del Aniene.

La ambulancia todavía estaba en el agua, pero al lado había una zódiac de Prisiones y en el interior un par de monos blancos que hacían fotografías.

—Los cadáveres siguen dentro, por si desea verlos.

—No lo deseo, pero he de hacerlo —respondió D'Amore.

Con un gesto, el subcomisario le pidió al piloto que acercara la lancha a motor y en poco tiempo los llevaron a ambos ante la puerta abierta de la ambulancia. D'Amore se dio cuenta de que el agente de Prisiones no había exagerado: la camilla aún estaba en su lugar, pero las esposas que sujetaban al Alemán colgaban en el vacío, excepto las que había clavado en los ojos del GOM que ahora flotaba en el agua fétida. Un segundo agente tenía la cabeza con un giro de noventa grados; el tercero había sido decapitado; el cuarto se encontraba en coma. El último GOM estaba aferrado al enfermero, quizá porque mientras la ambulancia caía desde el viaducto acabaron el uno junto al otro. Ambos presentaban heridas por arma de fuego.

—¿El Alemán ha hecho todo esto él solo? —preguntó D'Amore, sorprendido. El subcomisario asintió.

—Abrió las esposas con un trozo de chapa, probablemente sacada de alguna lata.

—¿Y sus compañeros no se dieron cuenta?

—Creo que abrió solo una de las esposas, al principio, la que quedaba tapada con las botellas de oxígeno. Los chicos estaban alerta, tenían una bala en la recámara, aunque vaya contra el reglamento.

—Y él, tras liberarse, se hizo con un arma —dijo D'Amore representando la

escena—. Luego disparó a su compañero y al conductor. Y mientras la ambulancia caía hizo el resto.

—Debe de ser fuerte como un toro, aunque pareciera estar moribundo — murmuró el subcomisario.

La zódiac los devolvió a la orilla. D'Amore a punto estuvo de resbalar en el barro mientras descendía, pero ayudó a bajar al subcomisario.

—¿Qué se comió?

—Algo tóxico que alteró sus latidos y le provocó diarrea y hemorragias. Probablemente arsénico —le enseñó en el móvil la fotografía de unos fragmentos de papel empapados—. Era una postal. La rompió y la tiró por el váter, pero la hemos encontrado en los tubos. Creemos que el arsénico estaba ahí. Estamos intentando descubrir quién se la envió.

En uno de los fragmentos se veía un rostro completo. D'Amore lo reconoció a pesar de que estuviera borroso.

—Muy bien —le dijo con aire cansado al subcomisario. Luego le estrechó la mano—. Manténgame al tanto.

—Naturalmente, doctor.

D'Amore había aparcado justo fuera del área delimitada por las vallas y al subir al coche sacó del bolsillo el móvil para llamar a Di Marco. Acababa de sentarse cuando sintió un dolor terrible en la pierna izquierda. Bajó la mirada: tenía clavadas unas tijeras en el muslo.

Una mano queapestaba a pantano le tapó la boca.

—Tenemos que hablar, madero —dijo el Alemán.

## 5.

—Oh, por Dios —murmuró Dante cuando Colomba le explicó lo del Alemán.

—Estamos protegidos, Dante —intentó tranquilizarle.

—¿Protegidos? —Dante tenía el mismo color de la fachada del bar—. ¡Se ha cargado a seis personas mientras estaba atado a una camilla! ¿Cómo coño crees que es posible protegerse de él?

Hasta que Dante descubrió la verdadera identidad del Padre, siempre creyó que su carcelero era el Alemán. Lo había visto por una grieta del silo mientras llevaba a otro rehén a través de los campos. Dante nunca descubrió quién era ese muchacho, pero era 1989 y de los presos de ese período el único superviviente era él, aunque ahora creía que el Rey y Leo formaban parte de esa partida.

—Ya lo detuvimos una vez —dijo Colomba.

Dante se presionó las orejas con las manos, mientras caminaba en círculos. Un par de clientes del bar, que habían salido a fumar, lo miraron con curiosidad.

—¿Y si se dejó detener aposta?

—Dante..., cálmate.

—¿Y si él es el Rey?

—Estaba vigilado día y noche —respondió Colomba—. No podía ir por ahí, lanzando cadáveres por el bosque.

—Quizá tenía cómplices. Otras marionetas que no sabían que eran marionetas —Dante se quitó la chaqueta: la camisa estaba empapada—. Y, además, ¿para ti es una casualidad que se haya escapado precisamente hoy?

—¿Cómo puedo saberlo? —dijo Colomba, al tiempo que notaba de nuevo una desagradable opresión en los pulmones.

—Es porque lo telefoneé —la apremió Dante—. Se dio cuenta de que me estaba acercando a la verdad.

—¿Y qué le importaba él? Todos están muertos.

—Excepto el Rey. Vámonos, CC. Lo dejamos todo.

Colomba lo abrazó; Dante temblaba.

—¿Y luego? ¿Mirarás a tu espalda toda la vida? Al Alemán lo detendrán, no logrará salir de Roma. Pero todo lo que no podamos entender hoy seguirá

torturándonos en adelante —lo miró directamente a los ojos—. No dejaré que te pase nada, te lo juro.

Dante se apoyó en su hombro, luego acercó su cara a la de ella. Fue un momento en suspenso, y Colomba pensó que iba a besarla, pero Dante se detuvo a un milímetro de sus labios y se apartó.

—Okey, okey. Tienes razón.

Colomba se recuperó.

—¿Quieres tomar algo? —dijo con un ápice de incomodidad.

Él asintió.

—Sí, por favor. Pero tráemelo afuera, porque ahora soy completamente incapaz de entrar —se acuclilló en el suelo, usando el bastón para apoyarse—. Me quedo aquí, están Tres y Cuatro para vigilarme. Les diré a los demás que nos ponemos en marcha en cuanto se ponga el sol.

## 6.

A las siete, el área de la antigua armería estaba envuelta en la oscuridad, excepto a lo largo de la pared con las placas solares, donde habían instalado una hilera de bombillas. Dante comprobó el candado de la verja, y lo abrió tan deprisa que Colomba no entendió cómo lo había hecho.

—Uno —llamó entonces—. Deja a alguien vigilando la calle, por favor; los demás, dentro con nosotros.

—No podemos allanar una propiedad privada, doctora, aunque esté abandonada —respondió el jefe de la Shadow con una sonrisa de disculpa—. Si alguien nos denuncia, perderemos la licencia.

—¿Y si pasa algo allí adentro? —objetó Colomba.

—Llamamos a la policía antes de ir a recogerlos. La ley es muy restrictiva.

—Por fin he encontrado a alguien que la cumple —dijo Dante—. Aunque no sea el momento apropiado.

—¿Qué arma lleva? —le preguntó Colomba.

Uno le enseñó la Glock 17 en el cinturón.

—No puedo dársela, doctora.

—No, pero yo puedo robársela. Será lo que diré si nos encuentran, y usted podrá denunciarme y contar la historia que quiera. Probablemente no haga falta, según el dron aquí todo está desierto, pero no puedo dejar a Dante sin protección.

Uno la miró unos diez largos segundos, impasible.

—Okey —dijo al final. Y tras comprobar que no había posibles observadores, se la entregó—. Confío en usted.

Colomba le sonrió, verificó la pistola y se la metió en el bolsillo.

—Necesitamos linternas.

—Tenemos algo mejor —dijo Uno.

Al parecer, incluidos en el precio, junto con el dron, también había visores nocturnos de última generación. Tres les explicó cómo funcionaban, luego los

ayudó a colocárselos sobre la frente. Dante, a quien le encantaban los juguetes electrónicos, se olvidó durante algunos instantes del miedo y empezó a hacer experimentos con el zoom.

—Ojos biónicos. Guay.

Entraron, encendiendo los visores cuando los árboles cubrieron la luz de la calle. La tierra alrededor de ellos se transformó en una gama de verdes, con sombras amarillentas. El ruido del tráfico en la Paullese había desaparecido, y ahora los únicos sonidos que rompían el silencio eran sus pasos y su respiración. Dante sujetaba el bastón por delante de él y lo utilizaba para golpear los arbustos o apartar basura del camino.

—¿Todo bien? —preguntó Uno por radio.

—Todo bien.

—¿No os habéis inventado ningún apodo de batalla? —susurró Colomba.

—No es necesario, solo estamos nosotros. Y la comunicación está encriptada. Tienen productos mejores que los que utiliza la policía.

Una ráfaga de viento hizo crepitar las copas de los árboles. Dante se sobresaltó, Colomba sintió una opresión en el estómago. Se pararon a esperar que se hiciera de nuevo el silencio.

—¿Cuántas veces has hecho algo así? —preguntó Dante.

—Nunca, en realidad. No soy una marine.

Rodearon el esqueleto de un edificio de oficinas medio destruido, que en el visor parecía gigantesco y listo para aplastarlos, y se encontraron enfrente del almacén con el tejado redondo.

—Aquí es donde almacenaban las armas —dijo Dante—. Los aliados no lo bombardearon y la producción continuó hasta el final. A uno de los trabajadores que trabajaban aquí lo mataron con la guerra ya terminada, el 25 de abril. Los nazis aún no lo sabían, y cuando él intentó decírselo, le dispararon —verificó en la tableta que le habían prestado los contratistas la posición de los círculos—. Están aquí, en alguna parte, pero no los veo.

»Los visores funcionan de un modo diferente al de las cámaras térmicas. Y la temperatura del área se ha modificado, ahora es más uniforme —Dante miró a su alrededor aumentando la intensidad del proyector a infrarrojos que tenía en la frente—. Pero allí está el montón de ladrillos.

Era el mismo que habían visto gracias al dron. Colomba miró y palpó sin encontrar nada, luego se quitó la mochila táctica de la espalda y extrajo la pala plegable.

—Si los círculos no nos sirven de nada, ¿qué hacemos?

—Buscaremos por todas partes —dijo Dante—, empezando por las partes que no se han reestructurado. ¿Cómo va?

—El suelo es duro. Podrías turnarte conmigo.

—No quiero ensuciarme.

—Creo que voy a enterrarte aquí mismo...

Aproximadamente a medio metro de profundidad la pala chocó con algo duro. Colomba se agachó para excavar con las manos y esta vez Dante se arrodilló a su lado. A la luz verdusca del visor divisaron algo que parecía la parte final de una chimenea de cemento, cerrada por encima y con respiraderos laterales, y con una circunferencia del tamaño de una bandeja.

—Sigo pensando que debe de ser la entrada de la alcantarilla —dijo Colomba, mientras despejaba de tierra los respiraderos.

—No, es una toma de aire —dijo Dante.

—¿De qué?

—Un refugio antiaéreo. El estilo parece el alemán, pero no soy un experto. No está marcado en la cartografía oficial, porque era un secreto militar.

—¿Y nadie lo encontró nunca?

—El Padre, sin duda alguna. Tenemos que buscar la entrada —Dante se dejó caer sobre el montón de escombros—. Por desgracia, sin embargo, no creo que pueda acompañarte.

## 7.

D'Amore nunca había sentido un dolor semejante. Era como quemarse y congelarse al mismo tiempo. Pero no había ni llama, ni hielo: solo las manos del Alemán y sus tijeras.

Echado en el suelo de la barraca —una de las muchas que se levantaban en las orillas del Aniene— adonde el Alemán lo había arrastrado tras haber superado con su coche el puesto de control, D'Amore era incapaz de moverse. Y tenía los ojos cerrados. No quería ver lo que ese hombre canoso le había hecho. Solo una vez, una infinidad de tiempo atrás, se había atrevido a mirar el brazo con el que el Alemán se estaba encarnizando. Estaba abierto longitudinalmente, como en los atlas de anatomía, con la arteria intacta y la hemorragia parada por un nudo hecho con los cordones de sus zapatos. El Alemán había esperado a terminar el trabajito también en el otro brazo antes de empezar con las preguntas, y él había contestado a todo, dispuesto, como ni siquiera en el colegio, sin reservas, sin titubeos. Porque cada titubeo significaba otro corte, otro nervio destapado.

La tortura no es un instrumento exacto. Si el dolor es demasiado fuerte, puedes contar cualquier cosa con tal de que termine, mezclando la verdad y la fantasía. La memoria se destruye, se pierde la conciencia de uno mismo. Pero si el torturador es bueno, sabe cómo mantenerte en el límite. Y el Alemán era muy, muy bueno. Y además —D'Amore se había dado cuenta a costa de una rodilla, cuyo hueso ahora despuntaba entre la carne ensangrentada— el Alemán se olía cada mentira.

Ahora se estaba poniendo la ropa que le había arrebatado antes de torturarlo, aunque le iba estrecha en su pecho de gorila. D'Amore comprendió que las torturas se habían acabado, pero también que esa barraca iba a ser su tumba. Y entonces...

—¿Sabes quién es el tipo al que Colomba está buscando? —preguntó.

El Alemán apenas lo miró.

—Sé quién era, pero no sé en quién se ha convertido.

D'Amore perdió unos instantes el conocimiento. Cuando se recuperó, el Alemán se estaba poniendo sus zapatos.

—¿Por qué? —siguió preguntando—. Por qué... —se interrumpió: ya no era capaz de formular la pregunta.

Sin embargo, el Alemán pareció entenderlo de todas formas.

—¿Sabes cuántas razas de perros existen?

D'Amore negó con la cabeza.

—Yo tampoco. Pero son muchas. Y hubo un tiempo en que existía una sola. Alguien cogió los perros y los fue cruzando hasta que logró que salieran los que son pequeños como ratones y los grandes como caballos. Pero antes de obtener una nueva raza, miles de perros salían torcidos, o bien las hembras la palmaban porque el feto era demasiado grande —se inclinó hacia él—. En tu opinión, ¿esos perros estaban contentos? ¿Entendían el porqué de lo que les estaba pasando?

D'Amore negó nuevamente con la cabeza.

El Alemán recogió las tijeras del suelo.

—¿Lo ves? Tú tampoco lo entiendes.

—Pero ¿tú por qué lo haces?

—Por amor —dijo el Alemán. Y le cortó la garganta.

## 8.

Colomba hizo que el dron emprendiera el vuelo con la esperanza de que la visión desde arriba pudiera ayudarla, pero fue completamente inútil: no lograban encontrar la entrada del viejo refugio antiaéreo. Ya estaban a punto de perder las esperanzas cuando se le ocurrió una idea.

—¿Tenéis algo que haga calor y luz? —le preguntó a Uno, tras volver a la verja.

—¿Tipo fuegos artificiales?

—Exacto, algo así.

Uno reflexionó.

—Tenemos granadas *flash-bang*. No militares, naturalmente. Son las de *airsoft*, pero hacen bastante follón.

—Me llevo un par, y preparaos para poner en marcha el dron cuando os lo diga.

Colomba volvió corriendo junto a Dante con las *flash-bang*: a simple vista eran iguales que las verdaderas, aunque fueran mucho menos potentes que las del ejército.

—¿Te apetece jugar con petardos? —le dijo.

Dante le dirigió una mirada que no necesitaba palabras.

—Entonces coge tu pala y cava.

Colomba y Dante abrieron otras dos «chimeneas» más antes de encontrar una que no estuviera cegada con tierra. Rompieron la tapa y comprobaron el interior: había solo un tubo que terminaba en la nada.

—Perfecto —dijo Colomba.

—Ya veo lo que quieres hacer —intervino Dante—. Es una buena idea, parece mía.

—Se te habría ocurrido a ti si no te pasaras tanto tiempo mirando a tus espaldas por miedo a que aparezca el Alemán —activó el micrófono—: Enviad el pajarito.

El dron llegó pocos segundos después y Colomba lo hizo elevar hasta obtener una visión panorámica del área. Tiró la primera *flash-bang* por la chimenea, cerrando el tubo con un ladrillo. El estruendo le pareció fortísimo, pero desde el exterior Uno le dijo que había parecido un petardo. Colomba también lanzó la segunda *flash-bang*, luego Dante verificó en la tableta las imágenes del momento de la explosión. El dron había logrado interceptar una lengua de llamas que señalaba hacia la nave con el tejado redondo, pero que se detenía un par de metros antes, expandiéndose en una esfera luminosa.

Se desplazaron hasta el punto que habían localizado, con Dante cojeando apoyado en el bastón.

—Me parece a mí que hay que seguir cavando.

Dante activó el micrófono.

—Diez mil euros a quien venga a echarnos una mano.

—Lo siento, *boss* —respondió Uno—. No podemos. Pero gracias por la oferta.

Cuando terminaron de cavar —Colomba realizó la mayor parte del trabajo— habían sacado a la luz una trampilla de cemento cerrada con listones de madera. Colomba la empujó con los pies. Debajo había un agujero lo bastante amplio para poder meterse por él, y entre telarañas y raíces se vislumbraba una escalerilla metálica que bajaba unos cuatro o cinco metros y que terminaba sobre un charco de agua estancada.

—¿Seguro que no quieres venir? —le preguntó a Dante.

—No mientras esté despierto, y desmayado no creo que te sirviese de mucho. De todas maneras, pide que te envíen el dron, te sigo desde arriba en directo, así te voy diciendo lo que hay que hacer.

—Lo que hay que hacer se lo dices a tu abuela.

Dante abrió los brazos.

—Lo siento, no sé quién es.

Llevando el dron como si fuera una cámara, Colomba bajó un par de peldaños, comprobando su solidez. Ni siquiera crujían.

—Voy. Si no vuelvo, envía a los buzos —dijo.

Dante se agachó, acercando su cara a la de ella.

—No quisiera tener remordimientos, en el caso de que no volvieras —dijo. Y le dio un beso en los labios.

A Colomba la cogió por sorpresa, pero le aferró la cabeza para impedirle que la retirara.

—No soy ninguna cría —lo atrajo hacia ella y le dio un beso con lengua—.

Esto no significa nada, ¿está claro? No estoy enamorada de ti y físicamente ni siquiera eres mi tipo. Pero te quiero y no quiero perderte, ¿vale?

Y se sumergió en la oscuridad.

## 9.

Colomba bajó los peldaños sujetando el dron bajo el brazo y sintiendo en la boca el sabor del tabaco y alcohol. El sabor de Dante. ¿Había hecho una gilipollez? Probablemente, pero no era el momento de pensarlo, más aún porque su pie topó con el vacío: había llegado al final de la escalera. Se metió el dron dentro de la chaqueta y se aferró al último peldaño.

—No veo nada —le dijo Dante.

—No me toques las pelotas —replicó ella, y después de haber estirado una pierna hasta tocar el agua, se dejó caer, para aterrizar en el fondo.

El agua le llegaba a los tobillos, y empezó al instante a penetrarle en las botas a través de los ojales de los cordones. Estaba fría, pero podía aguantarse. Algo se movió y se escabulló: Colomba tuvo la esperanza de que no fuera una rata hambrienta.

A un lado de esa especie de pozo había una puerta de metal que no parecía tan vieja como para remontarse a la Segunda Guerra Mundial, cerrada con un pasador y un candado del tamaño de un puño.

—¿Quieres bajar a abrirlo? —dijo enfocándolo con el dron.

—Si quieres, te enseño... —dijo Dante.

—Déjalo —Colomba depositó en el agua la mochila táctica impermeable y sacó la maza. Necesitó unos cincuenta martillazos, pero al final saltó el gancho del pasador.

—Con buenas maneras... —dijo Dante.

Colomba abrió la puerta, se vio asaltada por una bocanada del humo de la *flash-bang* y entró.

Era un pasillo de cemento basto, con una hilera de puertas similares a la que acababa de abrir, pero sin candados; a su paso, el agua se removía formando remolinos de hojas podridas y tierra. Le pareció que estaba en un barco hundido, pero era un pensamiento que le traía malos recuerdos e intentó concentrarse en el presente.

—Dante, ¿estás ahí? ¿Ves?

—Sí —respondió él con un hilo de voz—. Son celdas. El Padre tenía aquí a la

gente.

Colomba avanzó.

—Espera a decirlo, quizá es solo un almacén.

—No. No. Dios... Estoy a punto de vomitar.

—Todo va bien, Dante. Por favor, cálmate.

—Yo estaba allí, CC. Me tenían ahí abajo...

—Y ahora estoy yo. Y te necesito. Contrólate —dijo con un tono intencionadamente duro.

Dante permaneció en silencio durante algunos segundos.

—Bien —dijo luego con voz más firme—. Tienes razón. Vamos a ver qué hay dentro.

Colomba abrió las puertas. Eran habitaciones de unos dos metros por tres, con el techo lo bastante alto como para no tocar con la cabeza, todas ellas sin ventanas. El primer cuarto estaba vacío, mientras que en el segundo encontró un camastro oxidado con un agujero en el centro. En el tercero, un viejo letrero desgastado y medio ilegible decía OG 43 - ALMACÉN.

—Cesare —dijo Dante—. Estaba ahí.

El visor le impedía a Colomba ver bien los detalles, de manera que se lo levantó, sumergiéndose no obstante en la oscuridad. Encendió la linterna y proyectó el haz de luz sobre las paredes. Estaban cubiertas de arañazos, y no dudó ni un instante que los habían hecho con las uñas. Se imaginó a un niño encerrado que intentaba salir desesperadamente. Se imaginó a Dante. Él estaba emitiendo extraños sonidos por el micrófono, y Colomba se dio cuenta de que estaba llorando.

—Aguanta, Dante.

—Sí, sí... Tenemos que hacer que venga Bart aquí, tenemos que saber quién estuvo aquí.

—En cuanto salgamos —respondió ella.

La última puerta estaba pintada de verde, aunque la pintura estaba completamente desconchada. Detrás de ella, Colomba descubrió una camilla ginecológica con apoyos para las piernas.

—Dante, el Padre no se llevaba nunca a chicas, ¿verdad?

—No.

—Qué raro.

Examinó el resto de la habitación con la linterna. Había un viejo archivador, verde como la puerta pero en mejores condiciones; los cajones, sin embargo, estaban vacíos, excepto algunas hojas que parecían informes médicos escritos a

mano, por desgracia ilegibles debido a la humedad. Colomba los metió en la mochila e iluminó una vieja pizarra que estaba al lado: había una palabra escrita en ella, la tiza parecía haber cavado y arañado la superficie negra.

SKOPTSY.

—¿Sabes qué significa? ¿Dante?

Su voz llegó ahogada: estaba intentando detener el llanto.

—Sí, sí. Lo sé. Ese maldito hijo de puta. Ese monstruo.

Colomba apagó la linterna, y después de colocarse de nuevo las gafas emprendió el camino de vuelta.

—¿Es un ruso?

—No, era una secta cristiana del siglo XVIII en Rusia. Practicaban la mortificación y el sufrimiento. Creían que su Dios quería ofrendas... La misma ofrenda que los psiquiatras hacían con los pacientes demasiado nerviosos, ya fueran adultos o niños. «Pulpación», lo llamaban.

—¿Y eso qué es? —dijo Colomba.

—Los castraban, CC. Y ahora entiendo por qué el Rey está tan lleno de odio.

## 10.

Salir del pozo resultó para Colomba más difícil que entrar en él. Cuando apareció en la superficie, Dante estaba arrodillado en el suelo, con la cara arrasada por las lágrimas.

Colomba notó cómo la acometía la furia, pero también una extraña melancolía. Estaba triste por no haber estado allí cuando, de niño, a Dante lo secuestró un maníaco que decidía según sus caprichos qué tortura infligirle. Querría haberlo llevado de la mano cuando salió del silo, y cuando fue saltando de una clínica a otra a manos de médicos que quizá, en su pasado, habían hecho las mismas cosas que el Padre había infligido a generaciones de pacientes: electrochoques, baños de agua helada, ataduras... y castración, como había descubierto ahora. Querría haber estado cuando Dante se hizo independiente, escondiendo su fragilidad tras una actitud de rudeza. *Pero ahora estoy aquí, pensaba. Aunque no sea como él querría.*

—Lo siento —le dijo.

Dante levantó la cabeza.

—Es la historia del mundo, CC. No es solo el Padre. Los que son como yo han sufrido torturas durante siglos. Y siguen sufriendolas también hoy —se secó la cara, ensuciándose de tierra—. Hubo un médico, se llamaba Moniz, que inventó un método para calmar a los pacientes más eficaz que la castración y el electrochoque: trepanaba el cráneo y disparaba dentro alcohol para quemar la materia gris.

—¿En los campos de concentración? —preguntó Colomba con un hilo de voz.

—En los hospitales. Le concedieron el Premio Nobel de Medicina, CC. El Nobel —Dante suspiró y, apoyándose en el bastón, se puso en pie—. La castración provoca efectos a largo plazo, y uno de ellos es la osteoporosis. Hay que preguntarle a Bart si...

La voz de Uno los interrumpió.

—Hay un problema.

—Adelante —dijo Colomba.

—El tráfico no fluye como debería. Me temo que están acordonando la zona.

—Vale, ahora salimos.

No había acabado de decirlo cuando le vibró el móvil en la mochila. Logró encontrarlo solo a la décima señal: era Lupo.

—Caselli, tiene dos minutos para alejarse de ahí.

—¿De dónde?

—Ya lo sabe.

Evidentemente, el jefe de la Shadow tenía razón sobre el tráfico.

—¿Cómo coño nos habéis encontrado?

—Tenéis un micrófono en el coche. Os lo pusieron en una gasolinera, mientras repostabais. Di Marco no está nada contento con vuestra forma de actuar.

—De acuerdo, pero no hemos violado ninguna ley.

—Él probará lo contrario. D'Amore ha desaparecido y el Alemán se ha escapado, está fuera de sí.

—¿Y qué tiene que ver usted?

—Es difícil realizar mi trabajo sin verse arrastrado por los líos de los servicios secretos. Un amigo mío me lo decía, ahora he visto que tenía razón. Y tuve un momento de duda y realicé una llamada equivocada. Márchese. Dentro de poco ya no podrá abandonar la zona.

—Espere —Colomba respiró hondo—. Bajo la fábrica hay un viejo refugio antiaéreo. El Padre tenía aquí a los niños. No permita que Di Marco haga desaparecer lo que hay dentro. Muchas familias podrían obtener respuestas acerca de los hijos cuyo rastro se ha perdido.

Al otro lado de la línea hubo una pausa.

—Le prometo que haré lo que esté en mi mano —dijo al cabo Lupo.

—Gracias —Colomba rompió el móvil contra una roca, luego lanzó los auriculares—. Déjalo todo, Dante.

—¿Y el equipo?

—No podemos hacer nada por ellos, y seguramente tienen buenos abogados. ¿Eres capaz de saltar la cerca por el lado de los paneles solares?

—No... —respondió.

—Vale, nos quedamos aquí para dejar que nos detengan.

Dante resopló.

## 11.

Antes de que lo secuestraran, Dante era mucho más ágil que Colomba; ahora, en cambio, ella tuvo que ayudarlo empujándolo desde abajo. Mientras aterrizaba al otro lado, se le cayó el bastón y tardó algo de tiempo en recuperarlo.

—Pero ¿no puedes comprarte otro? —preguntó Colomba, incitándolo a moverse hacia la primera bifurcación que llevaba al pueblo.

—Es un Ham Brooks clásico, ya te lo dije.

—Y yo no sé qué coño significa eso. ¿Es valioso?

—¿Nunca has oído hablar del Hombre de Bronce?

—No, pero conozco a un montón de personas con la cara más dura que el bronce. ¿Te sirve eso?

Oyeron los motores pasados de revoluciones antes incluso de ver los coches y se lanzaron detrás de los arbustos al borde de la calzada hasta que los vehículos cargados de NOA pasaron de largo. Desde lejos oyeron sirenas y voces excitadas: habían capturado al equipo.

Dante hizo el saludo militar.

—Adiós, ha sido un honor servir a la patria con vosotros.

—Más que honroso, oneroso, diría yo. Pero al menos te ahorrarás una pasta.

—Por desgracia, no es así. Se quedarán también con el depósito. Creo que ahora ya solo me queda lo bastante para pagarme un viaje lejos de este país — Dante estaba sin aliento y aminó el paso—. Estoy harto de vivir rodeado de espías y secretos de Estado.

Colomba lo empujó para darle bríos.

—¿Y eso dónde sería?

—Me han hablado bien de Suecia.

—Hace un frío del carajo y no hay quien entienda el idioma.

—Total, no salgo nunca de casa.

Se habían alejado un par de kilómetros de la zona de la fábrica y Colomba accedió a detenerse un momento. Había bajado la niebla, y alrededor se veía bien poco.

—Vale —dijo—, vamos cubiertos de barro, no tenemos móvil, llevo una

pistola que no debería tener y estamos en mitad de la nada, sin coche. ¿Alguna propuesta?

—Vamos a robar uno —respondió Dante con rapidez—. Sé ponerlo en marcha incluso sin llave.

—¿Siguiente propuesta?

—Cremona está en esa dirección, a seis kilómetros —dijo Dante señalando al azar—. Y en casa de Annibale tengo algo de ropa de recambio.

—Vendrán a buscarnos allí también.

—No de inmediato, espero. Y solo debemos cambiarnos y conseguir que nos presten un coche. Aunque no está nada claro adónde podemos ir.

—Cada cosa a su tiempo —dijo Colomba.

Era una larga caminata, y también se vio dominada por el apremio del miedo, porque en algún sitio cerca de ellos se hallaba el Rey de Oros, que los buscaba, y el Alemán estaba en libertad, pero al menos la niebla ayudaba a ocultarlos.

Annibale vivía en un edificio del siglo XVIII en el centro histórico de Cremona. Llegaron a su casa cuando eran ya las once de la noche. Dante llamó al interfono pulsando la tecla tres veces.

—Es la llamada de la familia —dijo.

El portón se abrió y Colomba y él entraron en el salón principal, tan grande como una plaza de armas y con todas las ventanas abiertas de par en par. Dante las miró con alivio. Conocía la casa, y como en todos los lugares familiares sufría menos estando encerrado, pero tener las ventanas abiertas en todo caso era mejor.

—La sirvienta debe de estar durmiendo ya —dijo—. Papá, ¿estás despierto? —llamó.

—Arriba.

Al igual que la primera y la última vez que Colomba había estado en esa casa, Annibale Valle los esperaba en bata, sentado en un sillón. A diferencia de la vez pasada, sin embargo, no estaba solo.

Detrás de él, con una mano posada sobre su hombro, estaba Tommy.

—Pensaba que ya no ibais a llegar —dijo.

## 12.

Colomba cayó de rodillas, mientras los pulmones se le encogían con tal violencia que lanzó fuera todo el aire en un soplo. La estancia se había llenado de sombras, y la voz de Dante que gritaba se parecía a la de un disco que giraba demasiado deprisa. Todo aquello era un error, pensó, segura de estar muriéndose. Sobre todo *Tommy* era un error. Había sido su rostro lo que la derrumbó, no la sorpresa. Ya no tenía la mirada amable y la expresión vacía: sus ojos eran duros como piedras y brillaban de inteligencia y de odio.

Dante gritó de nuevo, Valle se removió en el sillón, Colomba se dejó caer de costado, mientras las sombras la devoraban chillando con silbidos eléctricos. Tommy se rio y fue el sonido más horrible que había oído nunca, capaz de superar incluso al de las sombras que ya se cernían sobre ella, apagándola poco a poco. En el hueco negro que estaba succionándola, oyó el sonido de una bofetada, y luego el calor en la mejilla. Las sombras retrocedieron, alejándose de su campo visual. Dante le había dado un bofetón.

Colomba mordió el suelo, rompiéndose un incisivo en una grieta del parquet. Esta vez fue ella la que gritó mientras el dolor en la boca ascendía por los nervios otra vez y prendía fuego a su cerebro.

—Dios —dijo colocándose sentada.

—No exactamente —dijo Tommy—. Aunque cada uno crea a Dios a su imagen y semejanza. Yo me elegí a mí mismo.

Colomba lo miró, incapaz de aceptar que la persona que tenía delante era de verdad el chico al que había protegido.

—No eres tú —dijo un poco tontamente.

—Skoptsy —dijo Dante.

Tommy se encogió de hombros.

—Qué listo, has dado una vuelta por la fábrica.

—Entonces el Padre realmente te secuestró... —dijo.

—En 1979.

Colomba a punto estuvo de quedarse de nuevo sin respiración.

—No es posible, tendrías la edad de Dante.

—Los eunucos que han sido castrados de niños se desarrollan de manera diferente —dijo Dante, sin apartar la mirada de Annibale, que lloraba tembloroso—. No tienen canas, no tienen barba.

—Exacto —dijo Tommy sentándose en el reposabrazos de la butaca. Solo entonces se percató Colomba de que sostenía un cuchillo de cocina apoyado contra la nuca de Annibale—. La testosterona tiene un montón de contraindicaciones. Los castrados como el abajo firmante tienen una esperanza de vida diez años más larga en comparación con los que están enteros. Pero aún hay una cosa más positiva —se tocó la sien—. Ninguna distracción. Ah, ya que estamos, Colombina, tírame tu pistola. No conseguirías dispararme antes de que le corte el cuello al viejo.

—Por favor... —susurró Dante—. Papá, no te preocupes —le dijo.

Tommy se rio.

—Pobre pequeño.

Colomba le lanzó la pistola y Tommy se la metió en el cinturón.

—¿Tommy no ha existido nunca?

—Pues claro que sí, era una carga para su madre. Ya había intentado deshacerse de él, pero le salió mal. Me encargué yo de ello, un retrasado menos.

—No es posible, el ADN...

—Caterina me echó una mano ayudándome durante los exámenes. Un pequeño juego de prestidigitación. Obtuve muestras del cadáver antes de eliminarlo.

—¿Cómo podías saberlo? —preguntó Dante mirándolo fijamente—. ¿Cómo podías conocerla así, saber que quería deshacerse de su hijo?

Tommy le dio una palmada a Annibale.

—Díselo.

—No —lloriqueó él.

Tommy le puso el cuchillo en el ojo izquierdo.

—Venga.

—Lo siento... Lo siento... Pero te dije que te olvidaras del tema.

—Venga, viejo —dijo Tommy de nuevo.

Su voz delicada contrastaba con el tono amenazador y la postura de adulto. Colomba se preguntó cómo había podido equivocarse tanto con respecto a él. No notar nada. Pero Tommy había tenido toda una vida para aprender a fingir, una vida congelada en la fisonomía de un eterno adolescente obeso.

—Yo no sabía... no sabía qué hacer con el chico. Con Dante. Pero corría el rumor... —se interrumpió y miró a Tommy—. Te lo ruego.

—Ruégame lo que quieras pero sigue. Me espera un avión.

—Corría el rumor de que... alguien podía ocuparse.

Dante aferró el bastón con tanta fuerza que crujió.

—¿Le diste tu hijo al Padre?

Annibale, temblando, asintió.

—Pero ¿te das cuenta de lo que hiciste? ¿Te das cuenta?

—Ahora sí. Ahora...

—¡Ahora es tarde!

Colomba trató de mantener la calma.

—Y no fue el único.

—No. El Padre prestaba este servicio cuando le cortaban los fondos. Había un montón de personas dispuestas a librarse de esos niños chillones, que no eran capaces de hablar a la edad adecuada. La madre de Tommy tuvo mala suerte, porque el Alemán la lio. Tenía que matar al marido y llevarse al chico, pero Tommy echó a correr y tuvo que dejarlo. Cuando llegué yo en su lugar, la madre se puso muy contenta. Creía que íbamos a conquistar el mundo juntos.

—Dios mío —dijo Colomba—. También Maugeri, ¿verdad?

—No, su esposa. Y él se dio cuenta, extrañamente. Siempre fue un idiota. Pero la mayor parte de las personas es idiota. El noventa y nueve por ciento de las personas. Luego hay personas como tu amigo y como yo. Que sabemos pensar.

Colomba no supo bien cómo Dante había podido saltar tan rápidamente. Parecía postrado por la revelación, pero de golpe se enderezó y se lanzó contra Tommy blandiendo no uno, sino dos bastones. Luego se dio cuenta de que uno de los dos era solo la vaina del otro, un estoque.

Pilló a Tommy por sorpresa cuando le golpeó el brazo armado, aunque reaccionó deprisa y lo lanzó al suelo como una ramita, para arrebatarse luego el estoque. Era una especie de espada, que tenía como empuñadura el pomo del bastón de paseo.

—Qué bonito, y esto, ¿de dónde lo has sacado?

—Que te jodan —dijo Dante intentando levantarse.

Tommy le apuntó con la pistola de Colomba.

—Si te mueves, Colombina, le pego un tiro ya.

Luego le aplastó con el pie a Dante el brazo izquierdo y le traspasó la mano mala con la espada, clavándosela en el parquet. Dante lanzó un aullido terrible, y Tommy pareció observarlo con mucho interés. Pero cuando Colomba intentó reaccionar, le dijo que no con el dedo.

—Te veo, Colombina. No molestes, que tengo que acabar de hablar con...,

digamos, mi hermano —se inclinó sobre Dante, que se sujetaba la muñeca de la mano mala intentando detener la hemorragia—. Sabes por qué estoy aquí, ¿verdad?

—*Mírate en el espejo* —murmuró Dante, recordando las palabras del Alemán. Colomba entendió y fue otro latigazo.

—Eres el hijo de Valle. Eres el verdadero Dante.

Annibale se limpió la nariz con la manga.

—Sí.

—Me has robado hasta el nombre, pequeño —dijo Tommy al tiempo que soltaba una patada a Dante en la cara, quien escupió sangre—. Ese ya no puedo recuperarlo. Me he convertido en Tommy Melas, y es una identidad tan buena como otra cualquiera, hasta que acabe de recoger lo que me corresponde. Entonces ya veremos.

Colomba fue consciente de que Tommy estaba a punto de disparar y de que solo contaba con esa arriesgada posibilidad. Seguía agazapada y saltó hacia Tommy. Quizá habría logrado desequilibrarlo, pero Annibale levantó una pierna, interceptándola y haciéndola caer al suelo.

—Lo siento. Es mi hijo, ¿entiendes?

—Creo que tú y yo vamos a llevarnos bien —dijo Tommy. Entonces disparó.

Colomba sintió que el hombro le estallaba y vio que las tinieblas volvían. Se arrastró hacia Dante, *su* Dante, dejando una estela de sangre como la baba de un caracol. Parecía lejanísimo, y la distancia seguía aumentando. Tommy le disparó de nuevo y esta vez sintió la sangre en la boca. Pero no le dolía, ya no. Con los dedos rozó el costado de Dante, que volvió la cabeza hacia ella, con la mirada empañada.

—Lo siento —le dijo. O quizá solo lo pensó.

Tommy se preparó para disparar de nuevo cuando un ciclón de pelo canoso barrió la estancia.

## 13.

Para Colomba, en el límite de la consciencia, fue como asistir a una serie de imágenes estáticas en un mundo vacío. Tommy que levantaba la pistola. Tommy que disparaba. El Alemán que se aferraba a él y le arrebatava el arma. Tommy que lo agarraba con un abrazo de oso. El Alemán que le mordía la cara arrancándole una mejilla. Tommy que abría la boca para gritar. El Alemán que lo golpeaba con puños pesados como piedras. Tommy de rodillas. El Alemán que empuñaba la pistola de Colomba y disparaba. La nuca de Tommy que estallaba. El Alemán que volvía a disparar. Valle sin su rostro. La butaca que volcaba. El Alemán que disparaba otra vez. La garganta de Valle que se convertía en un cráter.

La oscuridad.

## 14.

El Alemán se agachó sobre Tommy y le escupió en la cara.

—Deberías haber terminado el tratamiento, chaval.

Verificó el cargador: todavía le quedaban dos balas. Más que suficiente. Se dio la vuelta para dar el tiro de gracia a Colomba, pero advirtió que Dante ya no estaba echado en el suelo.

Estaba de pie delante de él, cubierto de sangre, con el brazo izquierdo que colgaba inerte, la mano buena que aferraba el estoque. Dante lo acometió como si blandiera una banderilla, acertando al Alemán en el ojo.

—Yo sí que terminé el tratamiento, capullo —dijo.

Luego se desmayó.

El Alemán murió solo unos instantes después y, al caer hacia delante, la espada Ham Brooks Classic le salió por la nuca.

Cuando Lupo entró en el piso se encontró delante de un espectáculo aterrador, con la sangre goteando hasta de la lámpara y cinco cadáveres masacrados. Luego se dio cuenta de que dos de ellos respiraban todavía.

---

## **Epílogo**

El auténtico Tommy nunca fue ni gordo, ni alto, y sin duda alguna tampoco fue muy querido. Su cadáver, hallado en Grecia no muy lejos del hotel donde trabajaba Teresa, se veía desnutrido y en el cuerpo presentaba muchas señales de malos tratos. La madre lo mantuvo encerrado en casa todo el tiempo, tratándolo como una carga de la que no lograba deshacerse. De ello se ocupó el hijo de Annibale Valle, cortándole el cuello y enterrándolo.

Colomba se preguntaría durante largo tiempo si no había visto el verdadero rostro de Tommy porque él era muy hábil o más bien porque ella no había *querido* verlo, tan metida como estaba en su papel de paladina contra el mundo estúpido. Probablemente, ambas cosas.

La investigación todavía estaba en curso, pero lo que hasta ese momento se había logrado descubrir (o lo que ella había logrado saber) era que Tommy se había escapado de las garras del Padre justo después de su muerte, cuando la organización del Monstruo saltó por los aires. Gracias a los hallazgos realizados en la fábrica y que Lupo había impedido que acabaran en la máquina de triturar de los servicios secretos —por lo que Di Marco lo envió de vuelta a Portico a patadas— se localizaron otras cuatro prisiones repartidas por Italia y, por desgracia, otras decenas de cadáveres de adolescentes a los que se había hecho desaparecer de varias maneras. Aquí y allá se encontraron rastros del Código, pero cuál de los prisioneros lo había creado seguía siendo un misterio. En una de esas prisiones se encontró una celda abierta, una circunstancia tan extraña que fue de las primeras en ponerse a disposición de la justicia: dentro encontraron el ADN del verdadero Dante, y los analistas ahora coincidían en que era la de Tommy, de la que había logrado escapar en cuanto murió el Padre, cuando Colomba acabó con todos sus cómplices. La prisión estaba escondida en los cimientos de un edificio, tan hundida en el hormigón que Tommy, probablemente, estaba seguro de que tardarían en encontrarla. Bart trabajaba allí a tiempo completo.

Tommy fue quizá el prisionero del Padre que estuvo más tiempo en cautividad, y había aprendido todo lo que necesitaba. Los contactos con el

mundo de los contratistas que había utilizado para hundir el *Chourmo* y para apresar a Dante; las listas de los padres que habían confiado al Padre sus hijos con capacidades diferentes, con la esperanza de curarlos y de quitárselos de encima, las cuentas en el extranjero... Tommy se sirvió de todo esto para destruir lo que quedaba del reino del Padre, y labrarse una notable fortuna privada. Lo único que le faltaba era una identidad pública, dado que no podía utilizar la del hijo de Annibale Valle, y los investigadores estaban seguros de que su idea era la de fingir una milagrosa «curación» de los síntomas del autismo que tan bien sabía fingir, para vivir luego como pensaba que se merecía.

Como un Rey.

En sus cinco años de libertad, Tommy fue saltando por Europa como una gigantesca ladilla, chupando la sangre a los de su lista y manipulando a las personas para obligarlas a hacer lo que quería sin que se percataran. Colaboradores y colaboracionistas del Padre y del Alemán fueron sangrados y asesinados, y Melas, que había tenido la pésima idea de ser no solo el heredero del hombre que blanqueaba el dinero del Padre, sino también el progenitor de un niño no deseado, se mostró de lo más colaborador, porque Tommy sabía cómo aterrorizar a las personas y convencerlas para que lo siguieran. Y al final, como siempre, fue borrado de la historia. Colomba empezaba a creer que Demetra tal vez no era la peor de la familia. La encontraron en el hotel profundamente narcotizada, después de que Tommy le hiciera perder el avión fingiendo una crisis y destrozando la sala VIP de Alitalia.

Mientras Colomba se curaba de sus heridas en el hospital militar del Celio, pasando de estar imputada a ser ciudadana libre, se leyó todos los volúmenes de *Doc Savage, el Hombre de Bronce* que se le pusieron a tiro. Era un héroe de los *pulp* americanos de los años treinta, una especie de genio gigante, invencible en el cuerpo a cuerpo y en la ciencia. Tenía, además, cinco ayudantes, y uno de ellos, un abogado llamado Theodore Marley Brooks, apodado Ham, iba por ahí con un bastón estoque.

—¿Sabes que me están divirtiéndome? —dijo Colomba cuando fue capaz de salir al jardín y Dante pudo ir a verla, tras un mes en paradero desconocido a la espera de que levantaran los cargos en su contra.

Al parecer, Santiago le había alquilado la azotea del edificio donde vivía. Había vuelto en forma, y con el pelo un poco largo y el panamá parecía un *cosplay* de David Bowie. La mano mala se había curado, aunque estaba más dañada que antes, pero con el guante no se notaba. En cuanto al espíritu, a los pedazos les resultaba difícil mantenerse unidos. La muerte de Valle había sido un

duro golpe. El hombre que lo había criado se había mostrado dispuesto a sacrificarlo en favor de un asesino, solo porque era su *verdadero* hijo: si Tommy había llegado a Cremona anticipándose a Dante y a Colomba, era precisamente porque Annibale le había avisado tras la llamada telefónica de Dante.

—Es como si tuviera que reconsiderar todo mi pasado otra vez —le dijo al pasarle el termo con lo que él llamaba el mejor café irlandés del mundo: whisky irlandés envejecido sesenta años y café Kenia Konyu de tueste medio—. Eso en caso de que exista alguno.

Colomba tomó solo un sorbo y sintió al instante que se mareaba.

—Lo que es seguro es que no eres Dante Torre.

—Y una mierda. Este nombre me lo he ganado —recuperó el termo y bebió de nuevo—. He matado al único hombre que sabía quién era yo.

—Y que sigue siendo un misterio incluso después de muerto.

—Todos los doctores Frankenstein tienen un fiel Igor, pero mantengamos la esperanza de que surja alguna novedad... —se miró las manos, una de ellas enfundada en un valioso guante—. No me creía capaz de hacer algo semejante. Pero probablemente todos somos capaces cuando de verdad tenemos que serlo.

Mientras se mantenía fuera del alcance de la orden de búsqueda y captura, Dante había estudiado los papeles recogidos en la fábrica. Procedían de un lugar llamado Villa Blu, que a pesar de su nombre era una especie de campo de concentración infantil gestionado por un psiquiatra al que apodaban Doctor Enchufe, debido al uso despreocupado de la electricidad que le gustaba aplicar a los testículos de los muchachos díscolos. Villa Blu se cerró después de que se aprobara en 1978 la Ley Basaglia, que acabó con los hospitales psiquiátricos, y el Padre se alegró de ofrecer sus servicios a las familias que habrían preferido un hijo que poder exhibir en sociedad. Los padres de Cesare fueron incriminados y bastantes más lo serían.

También la vecina de Romero fue imputada, en cuanto salió del coma. No había visto nunca a Leo, evidentemente: había mentido a cambio de dinero para comprarse una muñeca bebé recién nacido, como la que Colomba confundió con un bebé de verdad. Nunca había tenido ningún hijo, solo había fingido que tenía uno, y le importaba tanto que había regresado al incendio para recuperarla... y se le había derretido encima.

—Es increíble la capacidad de Tommy de darnos a todos por el saco —dijo Colomba—. Incluso en Milán, yo estaba convencida de que hablaba con Leo, cuando en realidad era él quien estaba al teléfono.

—Yo también soy muy bueno con las voces. ¿Alguna vez te he hecho mi

imitación de Mickey Mouse? —sonrió con amargura—. Me tomó el pelo a mí también, CC. Buscaba al gran anciano de la guerra privada, no a mi borrador. Tú, de todas maneras, tienes una excusa. Tu instinto maternal. El reloj biológico que hace tictac.

—Idiota. Es que de verdad parecía un adolescente. Y nadie de entre los que lo visitaron notó nunca nada.

—Tenía una buena prótesis y nadie le hizo nunca exámenes en profundidad, sabiendo dónde buscar. Y cuando la coordinadora del CTE empezó a insistir demasiado para hacerle uno, ordenó que la mataran. En cualquier caso, le he enviado una botella de whisky a Lupo, se la ha ganado. Era el único que no se fiaba de él.

—Y yo siempre lo traté de escoria, como a todos los otros que querían incriminar a Tommy.

—Es que fue hábil, muy hábil. Escondido y a la vista de todo el mundo, como Leo, aunque físicamente mucho más robusto. Y luego el azufre en los zapatos, una jugada maestra. Estaba seguro de que tú lo descifrarías.

Fue Tommy el que planeó el traslado de los Melas a Portico precisamente para estar cerca de Colomba y hacerla entrar en el juego. Y cuando lo encerraron en la casa de acogida, no tuvo problemas para abandonarla de noche y poder ocuparse de sus asuntos. Martina tal vez lo reconoció la noche en que la mató.

—Luca me escribe a menudo —dijo Colomba—. Dice que tuvo razón al confiar en mí y revelarme el Código. Cesare ahora prácticamente vive con él.

—Quizá Maugeri es menos canalla de lo que creíamos —dijo Dante.

—En comparación con los demás, es casi un santo. Y Luca va creciendo bien, se sirve de su enfermedad como un instrumento, no como una limitación —Colomba le dio una palmadita a Dante, que se había embobado mirando al vacío—. ¿Qué te pasa?

Él bebió otro sorbo para tomarse su tiempo.

—Es que me he hecho una idea acerca de por qué estaban tan interesados en los chicos de espectro autista —dijo.

Le pasó un recorte de periódico, donde se explicaba cómo en las compañías de Silicon Valley había una concentración de adultos con síndrome de Asperger muy superior a la media nacional.

—¿Son buenos creando software? —preguntó Colomba.

—Seguramente, pero creo que la cuestión es otra —dijo apoyándose contra el bastón. No lo necesitaba y ya no llevaba un estoque en su interior, pero estaba convencido de que le quedaba bien—. Evolución.

—¿Evolución?

—¿Sabes por qué hay muchas personas con la tensión alta? Porque los que tenían la tensión alta se despertaban con más facilidad, no como tú, que eres un diésel. Y si alguien intentaba matarlos mientras dormían, reaccionaban. Ahora ya no sirve para nada, o casi, pero muchos científicos creen que los autistas son los hombres del futuro, aptos para moverse por un mundo sepultado por las informaciones, porque son capaces de encontrar la justa sin distraerse.

—¿Y tú?

—Yo soy muy adaptable, si el café es bueno —suspiró—. Leo no era mi hermano.

—Lo sabíamos.

—No..., él lo creía. De verdad creía que había estado en la celda conmigo. En cambio era Tommy. El auténtico Dante.

—¿Estás seguro de ello?

—Bart no ha encontrado ni un solo rastro mío en la fábrica. Estamos examinando los archivos de Villa Blu, para ver si por casualidad me habían ingresado allí, y luego hecho... desaparecer como a muchos otros chicos. Por ahora, sin embargo... Me alegro de que no fuera mi hermano, ni siquiera adoptivo, pero lamento su muerte.

—¿Estás de broma?

—No. Él también era una víctima, como Giltiné, como Tommy. Como muchas víctimas, se transformaron en verdugos, pero Leo... —negó con la cabeza—. Hasta el final ejecutó las órdenes de sus carniceros. La foto que me dio no era solo para mí.

—Sabía que se la enseñarías al Alemán.

—Era el único que podía confirmar su autenticidad. Cuando sabes cómo piensa una persona, también sabes lo que hará —miró el reloj de bolsillo y se levantó—. Bien, ya es hora de que me vaya. Hay alguien que quiere comprar la casa de Annibale, y yo me muero de ganas de deshacerme de todo lo que queda de él. Aparte de este reloj, que hace juego con el bastón.

—¿Aún piensas en marcharte a Suecia?

—La Antártida tampoco parece mala opción. Hay barcos rompehielos que realizan unos bonitos cruceros turísticos. No sé nadar y me asusta el agua profunda bajo mis pies, pero creo que sería capaz de acostumbrarme. Me gustaría ver algo hermoso, aunque solo sea por cambiar.

Colomba cerró los ojos, luego volvió a abrirlos.

—Pídemelo.

—¿Que te cases conmigo?

—No seas idiota.

Dante se armó de valentía.

—¿Te vienes conmigo?

Colomba sonrió.

## *Agradecimientos*

Hay tres personas sin las que no tendríais entre las manos este libro: mi agente, Laura Grandi; mi editor de mesa, Giordano Aterini, que ha compartido las madrugadas conmigo; y mi esposa, que me ha apoyado, ha animado e indicado numerosas sugerencias para profundizar. También debo dar las gracias a Chiara Caccivia, que ha hecho una lectura *técnica* de la primera versión muy cuidadosa; a Alessandra Maffiolini, que es la memoria histórica de esta trilogía; a Carlo Carabba y, obviamente, a todo el equipo de Mondadori.

Muchas de las cosas que menciono en esta novela son verdaderas, aunque estén adaptadas. Villa Blue no existe, pero existió una Villa Azzurra sobre la que os invito a informaros y descubriréis que determinados tratamientos medievales de los neurodiversos han llegado hasta nuestros días.

También la Armaguerra de Cremona existe, y la historia es más o menos la que he contado, exceptuando el refugio antiaéreo, que es invento mío. Es un pedazo de la memoria de nuestro país, además de la de Cremona, y es un monumento a los tiempos oscuros de la Historia.

La historia sobre los autistas en Silicon Valley es verdadera, como también lo es la de las guerras privadas. He cambiado los nombres de las empresas de seguridad privadas, pero lo que hacen y sus actividades son como he contado.

Si queréis profundizar, os dejo unos cuantos vínculos para terminar, también como muestra de agradecimiento a mis fuentes de información. Pero antes quiero daros las gracias a vosotros, lectores, por este largo viaje que hemos hecho juntos.

*Pergola, 2017 - Milán, 2018*

## ***Para profundizar***

AUTISMO Y NUEVAS TECNOLOGÍAS:

<<https://www.dailymail.co.uk/wires/afp/article-3762402/Autism-Silicon-Valley-asset-social-quirks.html>>

ARMAGUERRA:

<<https://www.cremonaoggi.it/2018/02/21/larmaguerra-cremona-storia-affonda-le-sue-radici-nel-primo-dopoguerra>>

VILLA AZZURRA:

<<https://www.vanityfair.it/news/storie/17/01/20/manicomio-bambini-libro-alberto-gaino-edizioni-abele-storia-angelo-torino>>

LA INSPIRACIÓN PARA EL PADRE:

<<https://www.infermieristicamente.it/articolo/7777/dalla-violenza-dell-elettromassaggio-alla-violenza-dell-abbandono>>

CASTRACIÓN Y LONGEVIDAD:

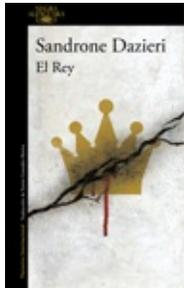
<<https://www.lesswrong.com/posts/2w9FEdFiMwnGLbAZf/effects-of-castration-on-the-life-expectancy-of-contemporary>>

CONTRATISTAS MILITARES:

<<https://www.usnews.com/opinion/blogs/world-report/2015/10/08/pentagon-needs-to-cut-shadow-contractor-work-force>>

<<https://www.securitydegreehub.com/top-security-companies-operating-primarily-outside-the-united-states>>

**La última y esperadísima entrega del gran autor del *spaghetti crime*:  
Sandrone Dazieri. Una estrella de la novela negra europea junto a Lemaitre  
y Dicker.**



Después de una terrible tormenta de nieve, la ex subcomisaria Colomba Caselli encuentra en un su trastero a Tommy, un chico autista muerto de frío y en estado de shock, embadurnado de sangre, pero sin ninguna herida. Hace ya un año y medio que Colomba ha dejado la Policía y pasa las horas intentando recuperarse del día en el que el hombre sin nombre estuvo a punto de matarla y del secuestro de Dante Torre, algo así como su alma gemela.

Pronto descubre que Tommy es el único superviviente del asesinato de sus padres, y también el principal sospechoso y, sin embargo, reconoce en su comportamiento las huellas de «el Padre». Mientras tanto, ¿dónde está Dante? ¿Sigue vivo? Y, ¿quién es el Rey de Oros? Colomba no tiene otra alternativa que regresar en el que quizá sea su último y más arriesgado caso.

El maestro del *thriller* italiano se supera a sí mismo en esta extraordinaria entrega que cierra la serie protagonizada por la mejor pareja de investigadores de la novela negra actual.

**La crítica ha dicho...**

«Un *thriller* prodigioso, con un ritmo intenso y una trama soberbia llena de giros que no te dejan tiempo ni para tomar aire.»

*Il Foglio*

«Una trama vertiginosa, extrema y explosiva. [...] Dazieri juega con el imaginario de la ficción literaria contemporánea: desde Asimov a Doc Savage, pasando por El Club de la Lucha y el doctor House.»

Severino Colombo, *La Lettura (Corriere della Sera)*

«Rebosa adrenalina y terror.»

Fabrizio D'Esposito, *Il Fatto Quotidiano*

«El esperadísimo acto final de la trilogía de Dazieri. [...] Una última e inquietante jugada en la partida de cartas que los protagonistas juegan contra el Mal.»

Raffaella Silipo, *La Stampa*

«Un *thriller* a contracorriente.»

Stefania Angelini, *La Gazzetta dello Sport*

«Un castillo de espejos y engaños, una matrioska de efectos sorpresa que se desencadenan página tras página hasta llegar a un final de lo más inquietante.»

Stefano Fabi, *Corriere Adriatico*

### **Sobre *El Ángel*:**

«Dazieri vuelve con la espectacularidad de una obertura de ópera trágica y de una escalofriante realidad.»

Lilian Neuman, *Cultura/s de La Vanguardia*

«El personaje de Dante, acompañado de Colomba Caselli, es el resultado de mezclar ingeniosamente a Sherlock Holmes y el Dr. Watson con esos nuevos y atípicos investigadores, golpeados y resentidos, que representan Lisbeth Salander y los putrefactos asesinos de las novelas de John Connolly y Maurizio de Giovanni.»

Lluís Fernández, *La Razón*

«La novela de intriga más original que ha caído en mis manos en las últimas semanas. Un thriller bastante oscuro y muy anfetamínico. [...] Una novela absorbente.»

Manuel Rodríguez Rivero, *Babelia*

«Dante y Colomba, una versión extrema de Sherlock y Watson del siglo XXI... Su libro es una representación del *spaghetti crime*, esa nueva novela negra italiana que se acerca más al *thriller* norteamericano y al lenguaje televisivo que a las viejas esencias mediterráneas de Camilleri.»

Berna González Harbour, *Elemental* (blog de *El País*)

**Sobre *No está solo*:**

«Un gozoso descubrimiento. (...) Un vértigo de lo real, sin duda, memorable, con un ritmo frenético que absorbe (o abduce) al lector en un viaje desenfrenado a través de sus inquietantes páginas. (...) Los golpes de efecto son constantes. (...) Además, la novela respira un profundo anhelo por vivir. (...) Sin respiro.»  
Fernando R. Lafuente, *ABC*

«Un *thriller* que se sale de lo convencional gracias a unos personajes nada típicos.»  
Juan Carlos Galindo, *El País*

«Efectiva y efectista, veloz y malvada.»  
Lilian Neuman, *Cultura/S de La Vanguardia*

«Un *thriller* adictivo. Una novela poderosa.»  
*La Vanguardia*

## Sobre el autor

**Sandrone Dazieri** nació en 1964 en Cremona (Italia). Tras abandonar la carrera de cocinero, empezó a escribir para convertirse más tarde en uno de los más apreciados escritores y guionistas del panorama literario italiano.

En 1999 publica su primera novela, *Attenti al Gorilla*, a la que siguió *La cura del Gorilla*, que inspiró la película homónima, *Gorilla Blues*, *Il karma del Gorilla* y *La bellezza è un malinteso*. Como guionista es autor de las exitosas series de la televisión italiana *Squadra antimafia*, *Intelligence* y *R.I.S. Roma*.

Con motivo de la publicación de *No está solo*, su primera novela traducida al castellano (Alfaguara, 2015), que cosechó un gran éxito internacional y está siendo adaptada al cine y a una serie de televisión con guion del propio Dazieri, declaró la muerte de la novela negra y el renacimiento del *thriller* como género. Esta novela iniciaba la serie protagonizada por la pareja inolvidable que forman Colomba Caselli y Dante Torre, y que se ha completado con la publicación de *El Ángel* (Alfaguara, 2017) y *El Rey* (Alfaguara, 2019).

Título original: *Il re di denari*

© 2018, primera publicación en Italia por Arnoldo Mondadori

Edición publicada mediante acuerdo con Grandi & Associati

© 2019, Francisco Javier González Rovira, por la traducción

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-204-3332-5

Imagen de cubierta: Jesús Acevedo

Diseño de interiores realizado por Alfaguara, basado en un proyecto de Enric Satué

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

[www.mtcolor.es](http://www.mtcolor.es)

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

megustaleer

## Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

Visita:

[ebooks.megustaleer.club](http://ebooks.megustaleer.club)



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

[El Rey](#)

[Cita](#)

[Antes](#)

[Primera parte. PESADILLAS](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Segunda parte. DESPERTARES](#)

[Antes](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Tercera parte: LOS DOS REYES](#)

[Antes](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Cuarta parte. LA INFANCIA DEL MAL](#)

[Antes](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Para profundizar](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)